



 Nuestra
casa en el árbol **Lea**
Vélez

DESTINO

Índice

Portada

Cita

Joiners House, Hamble-le-Rice

Primera parte. Un buen árbol

El árbol junto al río

Hamble

El dolor

Volcanes del Ecuador

El río del viento

Aprender a mirar

Una mujer manca y despernada

Fantasmas presentes, pasados

Sir Isaac Newton

El laboratorio

Libertad

Como en las películas

Excursiones

Expiación

El amor

El desangrador del Hamble

María y la envenenadora

Señor Zombi

Segunda parte. Una base sólida

Helados y pistolas

Comenzando los tejados

Somos personas

Tercera parte. Las cartas de Michael

Orfandad

Una galerna emocional

Los árboles son ríos verticales

Tradiciones

El testamento de Jim

Independence Day

El beso

El árbol danzante

Y el fin

Agradecimientos
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Mamá, explícame una cosita, por favor. ¿Por qué existen los grandes hombres, pero no existen los grandes niños?

MICHAEL COLLINSON, seis años

Mamá, en el cerebro más pequeño cabe una galaxia.

RICHARD COLLINSON, cinco años

Joiners House, Hamble-le-Rice
Viernes, 29 de noviembre

Querido Richard:

Te mando los diarios. Son tuyos. Te servirán para viajar al país de la infancia. No sé si recuerdas cierta charla que tuvimos. Os dije: «Niños, quiero que hagáis dos cosas importantes en la vida: la primera es que toméis nota de todo. La segunda, que elevéis la mirada, construyendo una casa en un árbol. Para tomar notas hacen falta cuadernos, bolígrafos y constancia. Para construir una casa en un árbol lo primero que hay que hacer es sentarse durante días y días a mirar el árbol. Después necesitaréis dos cosas más: una escalera muy larga y buenos y robustos materiales. Conviene que los materiales pesen poco, porque lo primero con lo que yo me encontré cuando quise subir largos tablones a tres metros de altura fue con algo tan obvio como inesperado: la fuerza de la gravedad».

Pues bien, cielo, esto son metáforas. Ya sabes que nunca soy literal. Te recuerdo, eso sí, que las metáforas no son solo palabras. Existen las metáforas de ladrillo, madera, tornillos o amor. El Empire State es una metáfora. El río Hamble es una metáfora. Nuestra casa en el árbol es una metáfora. Metáforas físicas de la realidad moral. Un día le dije esto a María, cuando las cosas se le torcieron con aquel novio que tuvo. Pobre, cómo lloraba. Le dije: «María, cielo, mira la casa sobre el roble. Alguien podría pensar que una mujer no puede subir un tablón a tres metros de altura sin un hombre que sujete por el otro lado. Tú misma podrías pensarlo. Esa es la duda que nos hunde. Lo más probable es que muchos te digan: “Te vas a hacer daño” o “te vas a caer”. No hagas caso de esas voces. Podrás. Eres fuerte».

Todos somos fuertes, aunque no lo sepamos. Casi todo lo que somos, lo somos sin saber que lo somos. Así, a simple vista, una madre viuda con tres hijos pequeños lo tenía todo en contra para afrontar semejante proyecto, pero la simple vista no ve lo que hay en los corazones. La simple vista es desconfiada. Yo nunca me miré con desconfianza. Había enterrado al amor de mi vida. Después de pasar por eso no había nada, nada en el mundo, que yo no fuese capaz de hacer. Ahora lo pienso y me digo que esta casa en lo alto de un roble no la construyó la determinación. Tampoco fue la paciencia. No me dije: «Lo puedo hacer»; pensé: «Lo voy a hacer», sin pasar por el puedo, sin pasar por la duda. No dudé, igual que el ave migratoria no duda cuando emprende el camino hacia el lugar donde nació y que, sin embargo, no recuerda. Para aprender lo más importante hay que escribir la infancia y, después, olvidar.

Te quiero mucho, cariño. Vuelve pronto a Joiners House.

Mamá

Primera parte

Un buen árbol

El árbol junto al río

El niño de tres años miró a su madre frunciendo el ceño. Intrigado, preguntó:

—Mamita, ¿el sol está hecho de fuego?

—Sí, cielito —dijo la madre.

—¿Y arde y arde para siempre?

—Sí.

—¿Y el fuego de la chimenea necesita oxígeno para vivir?

—Sí, mi amor.

—Vale, mamita. Y si el fuego necesita oxígeno para vivir y en el espacio no hay oxígeno... ¿por qué arde el sol eternamente?

El niño de tres años era mi hermano. La madre era mi madre. Antes de aquella pregunta, el futuro *astroingeniero* ya había hecho cientos de miles de preguntas sobre Venus, la Luna, la oxidación o el funcionamiento de los tranvías, pero esta fue especial. Esta pasó a nuestra historia familiar como el ejemplo más puro de su pasión por las estrellas. Tras pensar en el niño de tres años, miré al joven de veintipocos. El viento enredaba su pelo. Manejaba el timón. Mi hermana y yo surcábamos con él las aguas del Solent. María, en silencio, largaba cabo, disfrutando del sol. Seguí divagando, la brisa me hacía llorar, los pensamientos me llevaron al Génesis: «La tierra era caos y confusión y tinieblas sobre la faz del abismo y el espíritu de Dios se movía sobre las aguas». ¿El Génesis? ¿Por qué pensaba en el Génesis? El mar estaba tranquilo, azul y veraniego, sin niebla, viento o abismo. Hay que ver qué cosas oscuras y místicas me vienen a la mente en los momentos más serenos. Quizá pensé en el Génesis porque, para mí, el origen del mundo es la infancia, y mis hermanos y yo llegábamos ahora, sobre las aguas, desde un mar de posibilidades al nacimiento de todo lo bueno. O no. Quizá pensé en la

Biblia porque llegábamos tardísimo a un entierro y en los entierros ingleses hay biblias, sermones y palabras solemnes. O tampoco. Quizá pensé en mi propia muerte.

La amenaza del huracán nos había obligado a pernoctar en la isla de Wight. No había prisa. El tiempo solo corre cuando vamos contra él. La cremación ya se había celebrado. Un cuerpo había ardidido, temprano, en Eastleigh. María estaba cansada. Mi hermano, todo lo contrario. Michael, como siempre, parecía lleno del caudal del río, hecho del agua que se adapta a la tierra y se desliza sin forma propia, esculpiendo con su peso un hermoso valle. Parecía alegre ante la adversidad y no paraba de hacer chistes a costa de mi parche en el ojo.

—Eh, *patapalo*, haremos la última trasluchada cuando llegemos a la boya amarilla.

—De acuerdo —le dije—. ¿Qué tuerto era *patapalo*? ¿Personaje real o de ficción?

—Blas de Lezo, marino y terror de los ingleses. Se quedó tuerto de un inoportuno cañonazo defendiendo no sé qué fuerte en las Américas.

—Al menos el cañonazo no le arrancó la cabeza.

—María, necesitamos más tuertos —dijo Michael—. Se nos terminan los tuertos para meternos con Richard.

Protesté con la boca pequeña. Toda aquella comedia de los mancos de ojo distraía mi mente de otras oscuridades.

—Ya he sido Aníbal, Filipo de Macedonia y Marconi —les dije—. Hemos repasado suficientes tuertos por un día, ¿no? ¡Defiéndeme, hermana!

—Oh, Michael, el pobrecito cíclope tiene razón.

Reímos de nuevo. María se animó. Les encantaba meterse conmigo, a los puñeteros, y mi ojo vendado era la diana perfecta para sus cariñosas pedradas. Al verles así, fuertes, jóvenes, bromistas, pensé: los vivos somos la suma de todos los muertos y los muertos queridos nos empujan con su pasado, como el viento del este empuja esas olas y estas velas y aquellas hojas, alineándolo todo. Avistamos la boca del estuario y la última boya. Michael se sumergió en un vago recuerdo del *Paraíso perdido*, como si volviera a una de nuestras representaciones infantiles:

—«Y el monstruo Leviatán, allí, ese gran animal, en lo profundo, como un promontorio, duerme o nada, parece tierra inmóvil entre las aguas...» Lo del monstruo igual me lo he inventado... ¡Preparados para trasluchar!

Con un golpe de mano en la rueda del timón, viramos a babor, embocados hacia el río.

—Tú, como siempre, mejorando el poema —le dije risueño, mientras tensaba el cabo con ayuda de mi hermana. Siempre me emociona el golpe de la botavara, la presión del viento en la vela.

—No sé cómo sigue, ¿alguien sabe cómo sigue? —preguntó.

—¿Por «alguien» te refieres a mí? —dijo María.

—Eres la que sabe de estas cosas.

—¿Es Milton?

Mi hermano asintió. Hamble Point, a sotavento; Warsash, en la distancia. Los árboles de la costa crecían en mi retina y en mi pecho, formando palabras como «familiar», «hogar», «excitación». Salieron por mi boca estos versos:

—«Aspira por las branquias y al soplar lanza un gran chorro.»

—¿Qué tío! ¿Cómo lo has recordado?

—No tengo ni puñetera idea.

—¡Bravo, Richard! Yo nunca conseguí memorizar un solo verso de Milton —dijo María—. ¿No es un rollazo? A mí me parece un rollazo. Bueno, no, claro, Milton no es un rollazo, no debería decir estas cosas, pero es que, donde estén los poetas persas, que se quiten estos sajones brutales y bíblicos.

Mi hermana echó mano a la polea del mástil. Entre los dos plegamos la vela.

—Ahí está el Hamble, nuestra ballena, abriendo las fauces —dijo mi hermano—. Desarbolamos, chicos.

—Estamos en ello, capitán.

—¿Lo de «capitán» va con retintín?

—Mucho.

Michael arrancó el motor del barco.

—Preparados para cambiar las aguas traviesas del Solent por las del río humilde de los recuerdos —dijo mi hermano.

—Eso no lo escribió Milton —añadí.

—No, eso lo digo yo.

María protestó mansamente:

—No os metáis con mi estuario. Mi estuario no es la boca de ningún Leviatán monstruoso. Pobre Hamble.

El *Memento* dejó atrás Southampton Waters. Comenzábamos nuestro ascenso hacia Joiners House. «Ya estamos en casa», pensé, aunque lo pensé sin pensarlo. Hay cosas que se piensan sin que pasen por la mente. «Ya estamos en casa.» No hay muchas frases mejores. Es de esas frases que son emociones. Nunca se desgastan, como la palabra «maravilla». «Maravilla», qué placer verbal. Estas frases y palabras surgen de las paredes del alma, bajo una espiral de gaviotas, delfines del aire, que gritan en la bocana del puerto. ¿Por qué nos molestan los gritos de las gaviotas y no nos importa el canto del ruiseñor? Porque entendemos lo que nos dicen. El estrecho y mis pulmones se llenan del aroma del lodo que sopla desde la tierra. Hasta los árboles parecen felices de vernos volver y agitan sus ramas repletas de pañuelos verdes. También nos reciben los ingleses, con un cartel que dice:

BIENVENIDO AL RÍO HAMBLE
VELOCIDAD MÁXIMA SEIS NUDOS
SINTONICE FRECUENCIA DE RADIO HAMBLE VHF, CANAL 68
CÁMARAS DE VIGILANCIA EN ACCIÓN

Un río ancho, con denso tráfico de motoras, veleros lentos y rápidos, niños en pequeños botes, piragüistas y remeros, puede dar cierto miedo, pero no hay de qué preocuparse. No es complicado navegar por el Hamble. La cortesía obliga a arriar velas, poner motores a medio gas, respetar a los barcos pequeños. La calma se convierte en un lago de tiempo.

El río es un animal pacífico, amistoso. Te lleva sobre el lomo con ayuda del viento. No es traicionero, nunca muerde. En realidad, es un ancho brazo de mar de aguas saladas. Si fuera una persona, el Hamble sería un tipo tranquilo, dócil, algo gris, muy discreto, de inmensa memoria y de grandes silencios. Si fuera un anciano, habría que acribillarlo a preguntas para que recordara los detalles de su infancia, pero nunca se quedaría sin respuestas. El

Hamble huele a hierba y huele a sal y, como forma parte de un estuario, está sometido a las mareas, aunque en Southampton ocurre una cosa llamativa: es el único lugar de Gran Bretaña donde las mareas son dobles.

El río que nos ocupa tiene el lecho de arcilla y sus habitantes más conocidos son los cangrejos marinos, que son pescados y arrojados, pescados y arrojados, pescados y arrojados, por los cientos de niños que visitan el puerto con los cubos y sedales que vende en su puesto de helados el señor Marsh. Cinco mil años de relación con los hombres yacen bajo estas suaves riberas en forma de puntas de flecha, boyas que marcan naufragios, costillares de madera negra que parecen esqueletos de monstruos marinos. Ballenas de roble devoradas por el tiempo. El Solent es el punto de Inglaterra con mayor concentración de yates de todo el país. Los barcos, vistos desde el aire, son cremalleras blancas cosidas sobre una larga tela negra. Hay miles. Miles de barcos de todos los tamaños. A pesar de esta proliferación de mecanismos marinos, yo creo que estamos en un lugar secreto, o a mí me lo parece. La península de Hamble solo la conocemos bien los que hemos vivido en ella. Es un laberinto natural de agua y marisma, bosques y barro. Todo este verdor a resguardo del oleaje del mundo pertenece al condado de Hampshire y se extiende entre los dos grandes puertos de Portsmouth y Southampton. El terreno es complicado de entender. El Hamble no es el único río que desemboca en el estrecho. Tres bocas se abren en la manga de mar que une este trozo de costa con la isla de Wight. Los otros dos ríos son el Itchen y el Test, también navegables.

De un lado del Hamble se extiende el lugar a donde fuimos a parar la excéntrica madre, mis hermanos y yo: la pequeña villa de Hamble-le-Rice, que no ha cambiado en doscientos, dos mil, doscientos mil años. Tiene unas cuatro casas con fachada de ladrillo rojo y pedernal, buhardillas picudas, calles adoquinadas. Por supuesto, es como una postal inglesa. A la espalda de este pueblito está la villa de Netley, que tuvo gran importancia en la época del antiguo hospital victoriano. Sus encantos actuales son el parque Victoria, la ruinoso abadía y el extravagante castillo. El castillo de Netley me sigue fascinando. Hace unos años lo restauraron. Lo reconvirtieron en pisos de lujo. Aunque los adinerados residentes abren sus ventanas a la ría, el agua de este paisaje está enmarcada por la zona industrial del Test, con su horrorosa

central eléctrica, su espantosa refinería y los enormes petroleros que vienen de Dubái o de sitios semejantes a descargar el crudo. La paradoja visual es magnética: los ricachones que viven en el castillo se asoman al humo industrial de su poder económico, mientras que los humildes trabajadores del complejo petroquímico admiran cada día, desde sus ingratas labores, un castillo de cuento de hadas junto al mar. Otra metáfora física —como diría mi madre— de la realidad moral.

Pero salgamos de Netley y volvamos a Hamble-le-Rice. Nuestro hogar británico se llamaba Joiners House y era una vieja escuela de carpintería reconvertida en residencia y hotel *bed and breakfast*. Estaba a unos metros de los cisnes del agua. Tenía un embarcadero de madera, un jardín empinado y un roble que al final de aquel año podría presumir de una casa en la copa por sombrero.

—¿Qué os parece este jardín? ¿Os acordabais de él? ¿No es maravilloso? —nos dijo mamá el día que llegamos. Michael tenía seis años, María cuatro y yo, cinco. Mis ojos se quedaron pegados a la barca de remos.

—¿Que qué nos parece? —respondí—. ¡Que vamos a vivir en un libro de aventuras!

Michael esgrimió una espada imaginaria y se subió a un tocón mientras decía:

—Hola. Me llamo Íñigo Montoya; tú mataste a mi padre, ¡disponde a morir!

Desenfundé mi pistola:

—¡Yo soy Indiana Jones y tu espada no puede hacerme daño, pium, pium!

—¡No vale mezclar películas!

—¡Michael, te tienes que morir o saco el látigo!

En ese instante, mi hermanita María se lanzó sobre nosotros:

—¡Cabuum! ¡Soy la mujer maravilla y acabo de convertirlos en carne de hamburguesa con mi lanzarrayos-pararrayos! Venga, y ahora os tiráis al suelo.

Obedecimos a la pequeñita y nos morimos genial, retorciéndonos entre estertores, echando espumarajos por la boca. María se puso a dar saltos de alegría como un conejo sin orejas largas.

—¡Los he matado, mami! ¡Mira, mira, los he matado!

Mamá nos miró muy complacida mientras nos agitábamos en convulsiones y dijo:

—Hay una barca de remos y dos canoas, pero nunca podéis salir a navegar sin mi permiso y sin el chaleco salvavidas.

—¿Esta casa es toda nuestra, «princesa prometida»? ¿To-da? —dijo Michael.

—Ahora sí. Ahora ya es nuestra, toda entera enterita nuestra. Nuestra y de los huéspedes que vengan a visitarnos. ¿Os gusta el sitio?

—¡Eres la mejor madre de la meseta central! —gritó mi hermano.

Los niños miramos hacia el río desde un lugar que ya siempre sería memoria. María estrujó su peluche favorito, un oso polar que en tiempos de matusalén había sido blanco, y dijo:

—Me encanta, mamita. Mi osito-polarito dice que por delante de nuestro jardín pasará el mundo flotando.

Y pasó el mundo, y ahora estamos aquí, adultos, flotando entre patos, gaviotas y barcos.

Amarramos el *Memento*. Habíamos llegado a Joiners House. Las malvarrosas agitaban los brazos, cargadas de flores delicadas. Un gato blanco nos miraba desde el poste del embarcadero. Los pájaros revoloteaban junto a la casa del árbol, que se elevaba majestuosa sobre el gran roble del jardín. Desembarcamos en Joiners, clon-clonclon, tocando el tam-tam del embarcadero de madera con los pies. Fue como entrar en un cuadro. Nadie salió a recibirnos y eso que Michael gritaba: ¡Ah de la casa! ¡Han llegado los Martin!

—Ya nos dijo el señor Marsh que no habría nadie. Deja de gritar —dijo María.

—Alguien habrá que nos pueda dar un bocadillo —replicó Michael.

—No sé cómo puedes tener hambre en un día así.

—La muerte siempre da hambre, María. Pareces nueva en esto de las desgracias.

—¿Desgracias? No existen las desgracias en Joiners House.

Por primera vez reconocí a mi madre en la sonrisa resignada de mi hermana. Respiré hondo, sintiendo el limo de la orilla en los pulmones. Las desgracias ¿es cierto que aquí no existen? Debo pensarlo.

Dicen que los lugares donde has crecido parecen más pequeños cuando vuelves de mayor. Esto no me pasa con mi hogar inglés aunque vivo en España desde hace años. Se mantienen las proporciones porque árboles y arbustos han crecido con nosotros. Es un laberinto de verdor, habitaciones de exterior, terrazas, rincones, escaleras, armarios de Narnia, un río de movimiento interior. Al fin, salió una de las camareras, después las demás. Besos, alegría, saludos. No había familia a la vista, solo empleados. Me preguntaron por mi ojo. Les di las respuestas acostumbradas. Hubo más chascarrillos y fui Falconetti, el rapero Slick Rick y hasta Colombo, que andaba siempre con el párpado caído. María se acordó de aquel poeta español, Bretón de los Herreros, que perdió el ojo en una reyerta de honor. Su desgracia le inspiró el simpático epigrama: «Dejome el Sumo Poder por gracia particular, lo que había menester: dos ojos para llorar... y uno solo para ver».

Desayunamos algo en el restaurante. Tras matar el hambre nos desplegamos sobre la hierba, indolentes, como actores de un drama victoriano. María se distraía con las budelias, recortando cabezas muertas. Michael aceitaba el bate de críquet, posando para una estampa costumbrista. En unos días jugaría en el famoso y absurdo partido anual de Bramble Bank. Yo escribía en los cuadernos de espiral que me acompañaban desde hacía semanas y que me sirvieron para ordenar este relato autobiográfico de nuestra infancia en el Hamble.

—¿Por qué tomas tantas notas ahora, justamente ahora? —me dijo Michael blandiendo su bate.

—Para que no se me olvide nada de lo que voy recordando.

—¿No te fías de tu memoria? Nunca he conocido a nadie con una memoria como la tuya.

—Ya sabes que mamá siempre estaba escribiendo en sus diarios. Será una imitación inconsciente.

Dejé de escribir. Puse los cuadernos a un lado. Michael empezó a curiosear. También era su infancia.

—¿Me dejas ver?

—Claro.

—Lee en voz alta —dijo María—. Hace un día perfecto para volver al pasado.

Tres mariposas Holly Blue danzaban al sol. El primer cuaderno empezaba con la frase: «Todos mis errores me trajeron hasta ti». Michael me miró intrigado, disfrutando del poema.

—¿Tú no sabrás de quién es? —le dije—. Yo no me acuerdo.

—Era del estribillo de una canción.

—¡Es verdad! Pensaba que era el comienzo de un poema.

All my mistakes brought me to you. No recordábamos al músico. Un americano folk. Alguien estupendo. Llegamos a la conclusión de que el holandés la escuchaba el verano en que mamá construyó nuestra casa en el árbol. María empezó a tararear. No hay canción que se le resista. Me reflejé en los ojos de mi hermana y vi a la niña dulce de entonces. La misma que un día dijo: «Mamita, si la infancia es tan tan tan feliz como dicen los mayores, ¿por qué los niños siempre estamos llorando?».

—Vamos, sigue leyendo —insistió la María adulta—. Yo era muy pequeña. ¿Esto fue el año en que murió papá?

—No —respondió Michael—. El primer año, mamá estaba hecha polvo. Aún vivíamos en España, peleándonos con el colegio y con la vida. Vinimos año y medio después.

—Dinos la verdad. ¿Para qué escribes estos cuadernos? —me preguntó María—. ¿Tomas notas para un libro? Siempre quisiste ser escritor, confiesa...

Cuando me lo preguntó así, a bocajarro, estuve al borde de confesar todo lo que llevaba días ocultando —no sé resistirme a los ojos transparentes de María—, pero fui valiente y mentí de nuevo:

—No lo sé, me ha dado por ahí. Si no lo hago yo, ¿quién va a hablar de la casa del árbol? ¿Quién va a atrapar esta magia y repartirla por el mundo?

—Tú eres el más indicado, eso es cierto. Siempre quisiste inventar la inmortalidad.

Sí, me dije. La inmortalidad es mi obsesión y los cuadernos, el inventario de nuestro amor. Estaba haciendo acopio de momentos fuertes para diseñar este hogar mental en el árbol que ya me toca construir. Al pensar en la casita arborescente, les dije:

—«Llevamos el destino escrito detrás de los párpados, por eso solo podemos verlo con los ojos cerrados.» ¿Os acordáis de quién dijo esto?

—Fuiste tú —me dijo María—. Está escrito en la pared de la casa del árbol.

Caí fascinado en un trance de recuerdos, preguntándome si la infancia no será más que el lugar donde se siembran profecías. Me puse a pensar en todo lo que no recordamos. Lo olvidado nos rige y de lo olvidado surge mi breve reflexión sobre lo que habitualmente se llama «desgracia». Es cierto que en Joiners House no existen las desgracias. En Joiners House un huérfano no es un niño que sufre y se esconde bajo las faldas de una mesa camilla. Una viuda no es una mujer desolada, demacrada, con ganas de morir, que se lamenta. La desgracia no es llanto. No se ve. Es un peso profundo, como el de la gravedad en Júpiter, porque es como vivir en Júpiter. La desgracia es una montaña invisible, que a veces se mueve. Igual que hay alpinistas que coronan los picos más altos, hay madres que escalan a tientas su propia desgracia. Estas personas saben que el único camino de salida es hacia arriba. Actúan por instinto, como los animales. La desgracia es abrir los ojos a la verdad.

Esta mujer había perdido mucho y por eso reía tanto y nos hablaba de la vida y de la muerte todo el tiempo, llorando o a carcajada limpia, enseñándonos a comprender la desgracia desde un sentido de urgencia, de aprovechar el tiempo, de fugaz mortalidad, de amor a contrarreloj. La madre que escala la desgracia usa de *sherpas* a sus hijos y tiene con ellos conversaciones como esta:

—Mamá, ¿es verdad que papá está sentado en una nube? —le preguntó mi hermano un día.

—No, no es verdad. ¿Quién te ha dicho eso?

—Mi profesora, la señorita Shank. Me dijo que no tenía que hacer la tarjeta del día del padre si no quería porque mi papá está sentado en una nube, que es lo que dice la gente que cree en Dios y los angelitos y esas

cosas.

—¿Y qué le respondiste?

—Que eso era un disparate. Que mi padre no estaba hecho de vapor de agua. Que yo te ayudé a esparcir sus cenizas y que está en los jardines de la abadía, en las raíces de un roble centenario. Luego le dije que sí que quiero hacer una tarjeta para mi padre, porque yo tengo padre, solo que está muerto.

—Muy bien contestado.

—Mamá, ¿por qué hay tantas personas que creen en Dios? —dijo Michael.

—No hay un solo motivo. Hay muchos y muy variados. Por ejemplo, hay quien nace en una comunidad cristiana o de la religión que sea y su religión es parte de la cultura, con lo cual se sumergen en esas creencias sin cuestionarlas porque ir contra ellas es convertirse en diana del odio o de la burla. Una cultura es un mundo de signos, símbolos, comportamientos que están bien vistos. En el patio del colegio tenéis la cultura de la imitación. Tú te comportas como los demás niños del colegio en muchas cosas, para no destacar, y, por ejemplo, no te quieres poner el abrigo por las mañanas porque no quieres ser el único que lo lleva puesto. Crees que, si no haces lo mismo que los demás, no serás aceptado, que se reirán de ti. Con la religión, hay quien verdaderamente siente su espiritualidad y emocionalmente tiene respuestas invisibles al sentido de vivir en la idea de Dios, de un ser supremo que organiza el caos, que nos dirige. Hay quien cree que rezando le irá mejor en la vida pero solo reza, sin vivir conforme a ningún valor humanista de su propia religión, también hay quien es incapaz de actuar o no puede actuar y desvía su impotencia ante la enfermedad de un hijo o de un marido por la vía religiosa. Incluso hay científicos que ante la perfección de la física y de la matemática se han pasado del lado de los ateos al de los creyentes. Los que no creen en Dios se llaman ateos. Hay muchas maneras de ser religioso.

—Yo soy ateo.

—Bueno, eso está bien. Yo también lo soy, pero eso no significa que tú tengas que serlo por quedar bien conmigo.

—¿Por qué eres atea?

—Supongo que por lo mismo que tú le has cogido manía a leer y a escribir, porque en el colegio me obligaban a rezar el padrenuestro y a aprender el catecismo a la fuerza. Además, mis padres no me educaron en la religión. No es mi cultura. Me enseñaron a ponerlo todo en duda. A profundizar. A no creer en algo solo porque lo repite todo el mundo, porque todo el mundo puede estar equivocado.

—Como en *Matrix*, que hasta que no te tomas la pastilla roja no ves que estás enchufado en una fábrica alienígena que te chupa la energía.

—Como en *Matrix*. Exactamente.

—Mami, a lo mejor Dios existe porque es una metáfora.

—No sé si Dios es una metáfora, pero *Matrix* sí es una metáfora de la religión y de algunas de las grandes preguntas del ser humano.

—Mamá...

—Dime, cielo.

—Estaría bien que nos pudiéramos tomar la pastilla azul y ser felices.

—No nos hacen falta pastillas, cariño. Nosotros somos de los que convierten la realidad en ficción y viceversa.

Muchas veces sueño con la casa junto al Hamble. Fueron los años en los que escribimos la partitura de nuestra vida y la música de los recuerdos pasa por mi interior como el río salado que corre frente a las ventanas. Fue aquel tiempo en que murió papá. El tiempo de resurgir. El tiempo inmóvil en que rompimos con todo y nos mudamos a Inglaterra, a esa apagada zona campestre, bucólica pero aburrida, ordinaria y llena de aventura, junto a la ría que forman en Southampton el Hamble, el Itchen y el Test y que los ingleses llaman el Solent. Fue el tiempo de sembrar pasiones con largas conversaciones, el tiempo de enamorarnos de símbolos y personas que marcarían nuestras profesiones, pero, sobre todo, fue el tiempo en que mi madre construyó una casa en un árbol para salir del dolor.

Espero que inmortalizar en mis páginas aquellas escenas no sea como extirparlas de los recuerdos, porque escribir algo para la posteridad, a veces, es la mejor forma de olvidarlo. Pero esta es mi terapia, igual que construir una casa en el árbol fue la de mi madre. Dos semanas después de nuestro

retorno fraternal a Joiners, los niños del pasado renacemos sobre la hierba, componiendo este hogar, que, como la vida, es mi realidad de pastilla roja y, como la literatura, es pura ficción azul para el lector.

Hamble

Igual que tantos lugares considerados mágicos por la muchedumbre, la vista del río y sus miles de veleros solo es mágica para el visitante ocasional. Hamble-le-Rice es un lugar que se termina donde empieza, un pueblo dormido como otro cualquiera, un extrarradio en el que el bien y el mal conviven de puertas adentro, mirando la tele, yendo al colegio, llevando a los hijos a sus extraescolares, haciendo deberes, criticando, callando, saliendo a dar algún que otro paseo con el perro, o incluso, muy de cuando en cuando, muriendo. En Hamble solo se mueven dos cosas: el río y el tiempo. En Hamble solo viven dos tipos de personas: las buenas y las malas.

Un ave común desciende sobre nuestro río en primavera y verano. El ciclista común. Lo primero que hace el ciclista común cuando llega a la orilla del río Hamble es ponerse a la larga cola de los helados en el café del señor Marsh. Si el ciclista común tiene muy mala suerte y es atendido por el dueño, recibirá una bronca por no tener el cambio preparado, no le darán ni cucharilla ni servilleta o, directamente, no conseguirá el helado del sabor que quería. Esto es así porque el señor Marsh luce su antipatía con total franqueza. Tiene la desdicha de ser el único propietario de un café a este lado del río y es un amargo esclavo de su éxito.

Después de tomarse el helado equivocado, pringarse hasta el codo y no tener con qué limpiarse, el ciclista común mirará un rato el agua, verá los barcos pasar y, por fin, se animará a cruzar con su bicicleta al otro lado del río, a pesar de que el trayecto de ida y vuelta en el ferri cuesta la friolera de tres libras con cincuenta. La pequeña travesía se realiza en un barquito que hace el tradicional ruido pop-pop-pop y que conecta la villa de Hamble-le-Rice con Warsash. Michael, que es el cinéfilo de la familia, lo llama *La reina*

de África y, como mi hermano también es el ingeniero naval de la casa, es capaz de explicar con todo lujo de detalles los misterios de su quilla y de su motor intraborda de gasoil a dos tiempos.

La reina de África está pintada de rosa chillón y en su costado pone *Ferry* con letras de brocha gorda, por lo que malamente sobreviviría en el África de la primera guerra mundial a los torpedos alemanes. El patrón de tan ruidosa embarcación se llama Jasper Jarvis y posee el récord de ser el hombre que más hasta las narices está del frío en toda la grandísima Gran Bretaña. Si el señor Marsh es el más antipático, Jasper Jarvis es el más cascarrabias. No es lo mismo ser antipático que cascarrabias. La diferencia es abismal. Es posible que Jasper sea un tío majo debajo de toda su mugre de inquina amarga, pero, como sabemos los ribereños, la queja es condición indispensable para hacerse con el puesto de patrón del ferri Hamble-Warsash. En su defensa diré que, si yo tuviera que cruzar el río cien veces al día, con lluvia o nieve, calor abrasador o una niebla de narices, tampoco sería la alegría de la huerta. Por otra parte, como dice mi abuela:

—Haber estudiado.

Cruzar el Hamble lleva unos cinco minutos, dependiendo del estado de la marea. La primera vez que mis hermanos y yo nos subimos al diminuto ferri de la mano de mamá, nos pareció lo más intrépido que habíamos hecho jamás. Por supuesto, pronto superamos este listón de riesgo. Otra cosa no sería vivir junto al Hamble. Lo superamos tan a nuestro pesar que a los seis años yo ya había visto mi segundo cadáver. El primero fue el de mi padre, que había muerto hacía ya un año de cáncer de pulmón. El otro, el de un piragüista de Gosport que salió a batir un récord, calculó mal sus fuerzas y se ahogó. Dicen que se le echó la noche encima y que, quizá, otro barco que no lo vio le volcó la piragua con su estela. Estas cosas pasaban a veces. Lo encontraron varios días después, en una playa de Hamble Point a la que habíamos ido con los *water-scouts*. Michael, una pequeña muchedumbre de niños excursionistas —entre los que estaban los amigos y sospechosos habituales Trishy Smith y Alberto Randall— y yo vimos cómo nuestros monitores lo sacaban a tierra y lo cubrían con una manta. Ese día anoté en mi libreta interior que detrás de las estampas mágicas hay otras terribles. Comprendí que los icebergs son preciosos, pero que hay que tener cuidado

con su base porque hundan lo que parece más fuerte. También me di cuenta de que en la vida pagamos precios muy altos por no estar atentos a lo inesperado.

Esa tarde, al llegar a casa, mamá nos dejó ver una película que ponían en la tele: *Dante's Peak*. Era de un volcán que entra en erupción en una isla preciosa y bucólica. Esas cosas nos fascinaban. Lo que yace. Lo que amenaza. El fango dormido bajo aguas cristalinas. La lava que todo lo destruye y borbotea en el corazón del planeta. En la película, un lago se volvía corrosivo por culpa de los ácidos que emanaban del volcán. Los protagonistas, con Pierce Brosnan a la cabeza, se daban cuenta porque todos los peces del lago se morían y aparecían flotando. Como solía pasar en estos casos, mi hermano Michael estuvo al quite para sacarle tarjeta roja al guionista y taparnos los diálogos de la película con sus indignadas protestas científicas:

—¡Oh, mamá, por Dios! Esto no es científico. ¡Los peces no flotan nada más morir porque la glándula esa que tienen... esa que ahora no sé cómo se llama, pero que es como lo que tienen los submarinos, se les llena de agua y se van al fondo!

—Ah, muy bien, cielo. ¿Te refieres a la vejiga natatoria?

—Esa es la glándula.

—Pues no lo sabía. ¿Y entonces los peces flotan después de varios días? ¿Por los gases de la descomposición?

—Sí. Exacto. A las personas les pasa lo mismo.

—¿A los cadáveres? —dijo mamá, algo preocupada por ese asunto del piragüista muerto que habíamos visto con los *water-scouts*.

—A los ahogados sí —respondió mi hermano.

Según decía eso, la abuela de los niños de la película se lanzaba al agua, valerosa, para remolcar la barca que ya empezaba a deshacerse y salvar a sus nietos. La pobre se moría en la orilla, corroída hasta el tuétano por los imposibles ácidos del volcán. Esa noche me fui a la cama pensando en el piragüista y en sus últimas horas. Me puse en su lugar. Me pregunté si habría muerto de hipotermia, de miedo, de oscuridad, desorientado, agotado y, por fin, ahogado. Me pregunté si yo habría muerto de haber sido un piragüista fuerte y adulto y bien entrenado. Me propuse ser un hombre fuerte, robusto y

bien entrenado. Luego eché de menos a la abuelita, que se había quedado en España. Luego tuve miedo de que mamá se pusiera enferma de cáncer como papá y nos quedáramos solos. Luego lloré. Luego escuché las olas del río. Luego me paré a pensar en lo que la belleza esconde. Luego vino mamá a consolarme. Luego me quedé dormido.

Mamá decía que en esta vida hay simplificadores y complicadores, serios y risueños, felices e infelices y que luego, entremezclados, viven ciertos seres del averno, miembros de la peor calaña que existe sobre la tierra: la gente que se va dejando las puertas abiertas.

—Dejar la puerta abierta sin fijarse lo explica todo de una persona —dijo mi madre.

—Cómo te gusta exagerar —interrumpió mi hermano Michael.

—Qué va, cariño. No exagero nada. Cerrar una puerta no es solo una cuestión de educación, es también una cuestión de atención al detalle. Cuando una persona se deja la puerta abierta nos está diciendo que no piensa en lo que deja atrás. Que mira solo hacia delante. Yo creo dos cosas: que hay que mirar al futuro y al pasado por igual y que dejar la puerta abierta es una falta de atención.

—Cualquiera puede tener un descuido.

—Cualquiera, sí, pero un no-cualquiera, no. Yo no quiero que seáis cualquiera.

—Entonces... ¿las puertas son metáforas del presente y del pasado? —pregunté.

—Todo es una metáfora. Claro. Las puertas son metáforas y los agujeros negros y la luna y un río que fluye y un corazón latiendo. Los hombres funcionamos a base de metáforas conscientes e inconscientes.

—Mamá, igual lo de la puerta lo estás llevando al extremo —dijo mi hermano.

—Sí. Es posible. De todas formas, por algo decimos que una persona que sigue las normas de urbanidad es una persona atenta. Y ya, si está muy pendiente de los demás, decimos que es una persona muy atenta. Una persona

debe ser atenta, estar atenta y vivir atenta. Ser atento es utilísimo. Os quiero siempre atentos, ¿de acuerdo?

—Qué pesada...

—Atentos a los demás, a los detalles, a lo que tenéis delante y a lo que dejáis atrás. Atentos en todos los sentidos.

—Que sí, que ya...

—Os quiero siempre atentos, porque una persona que vive atenta, por ejemplo, es capaz de cruzar la Gran Vía sin que la atropelle un autobús o de cruzar el río sin ahogarse.

Esta lógica de madre nos parecía genial y tan aplastante como el ya mencionado autobús. Ella estaba empeñada en juzgar a la gente por su manera de entretener, su forma de escuchar y, sobre todo, por su interés en cerrar una puerta metafórica o real. Debo confesar que yo comparto sus teorías puesto que empleé su técnica de observación, al menos en una ocasión, para escoger algo que no me ha resultado del todo superfluo: a la mujer de mi vida. Ana y yo habíamos quedado en un bar, yo la esperaba dentro y Ana llegó y era preciosa y —además de compartir nombre con mi madre— la tía fue y cerró la puerta del local después de entrar. ¡Cómo no enamorarse de por vida!

En España, a los alojamientos como el nuestro se les llama casas rurales u hostales. En Inglaterra los llamamos *bed and breakfast*. Cama y desayuno. En España, cuando uno va a un hotel, paga en función del lujo y del tamaño de la habitación. En Inglaterra no, aquí se paga por persona. Si un señor duerme en una habitación doble, paga la mitad que si el mismo señor duerme en la misma cama de la misma habitación con su mujer. Esto a los españoles nos cuesta entenderlo, pero hay que contar con que el precio incluye el desayuno de Pantagruel: salchichas, beicon, huevos, alubias blancas, rodajas de tomate a la plancha, champiñones, pan frito o tostadas y té o café. Un desayuno que bien podría dar de comer a una familia de ocho durante una semana. La casa junto al Hamble fue un *bed and breakfast* de los caros, incluso antes de que nos instaláramos allí, y llegó a manos de mi madre de una forma un tanto rocambolesca que, por supuesto, tiene que ver con mi padre, que era inglés,

con el anterior arrendatario, que era el mejor amigo de mi abuelo, y con una deuda de amistad. O sea, un lío. En fin, que a la muerte de papá heredamos el hotelito, llamémoslo así, y mi madre, en lugar de venderlo y quitarse de problemas, vendió nuestra casa en España, nos sacó del colegio y nos trajo al borde del mar. Al principio nos costó aclimatarnos, pero solo hasta que construimos nuestros propios caminos con la mente. Recuerdo bien la reacción de Michael tras una semana en nuestro nuevo hogar. Comía puré de verduras de muy mala gana cuando dijo:

—Muy bien, lo hemos visto todo, el río, los barcos, la casa, los árboles... y es muy bonito. Ahora ya podemos volvernos a España.

—Michael, no vamos a volver a Madrid. Nos quedaremos aquí para siempre —dijo mamá.

—¿Para siempre? ¿Tú estás loca?

—No tenemos casa a donde volver. Ya te lo expliqué, cariño. Ahora Joiners House será nuestro hogar.

—Está bien. Sí, es cierto. Me lo habías explicado, pero... ¿estás segura?

—Cielo, ¿ya no te acuerdas de lo que sufrías en aquel colegio? ¿No comprendes que teníamos que cambiar de vida?

—Ya, sí, bueno. Ese colegio era la tortura, pero... ¿tú sabes el frío que hace aquí en invierno? Lo sabes, ¿verdad?

—No te preocupes, cariño. Hemos traído todas tus películas favoritas: *Cadena perpetua*, *Matrix*, *La gran evasión*, *La princesa prometida* y *Capitán América*.

—¿Y *Frequency*?

—También, amor.

—Esa es la de un hijo que viaja en el tiempo para salvarle la vida a su padre, ¿no? —dije yo.

—No viaja en el tiempo, Richard —puntualizó mi hermano—. Es de un hombre que se comunica con su padre por radio, mediante ondas hertzianas, y son esas ondas las que viajan al pasado de una forma un tanto pintoresca, y es gracias a eso que el hijo, que es policía, logra avisar a su padre, que es bombero, de que va a morir en un incendio. El padre le hace caso y no se

muere en el incendio, pero entonces descubren que, aun así, va a morirse de cáncer de pulmón y su hijo también consigue avisarle de que deje de fumar y lo salva.

—Vale. Pues lo que te estoy diciendo.

María comenzó a canturrear mientras fingía comer el puré.

—Come, cariño —le dijo mamá.

—Puaj, no quiero. Esto es verdura disfrazada de puré.

—OK, Richard —replicó mi hermano—, lo estabas diciendo mal, pero vale. Sí, esa es la peli.

—¿Lo ves, Michael? —dijo mamá mientras le ponía un filete a María y ella se comía los pellejos—. Vives en las películas y cuando uno vive en las películas, ¿qué más dará el país donde esté el televisor?

Pensé: «Esto es de una lógica irrefutable». Michael lo digirió y debió de estar de acuerdo, porque aprobó nuestra mudanza internacional diciendo:

—Es verdad. Las películas y mi familia son el único hogar que me puede importar.

Después, Michael le dio un sonoro beso a María en la mejilla. Ella se lo limpió con la manga de la chaqueta, como siempre que era besada por cualquiera que no fuese mamá.

—¡Arrgggg! ¡Que no me beses con tus babas!

El dolor

Me temo que estoy empezando la casa por el tejado. La cabaña se construye en Inglaterra, pero mucho antes de que fuéramos a vivir junto al Hamble y cambiáramos de colegio y de vida, mucho antes de que mamá sonriera todo el rato, tuvimos que ser absolutamente terribles y llevarla al borde de la locura. Tuvimos que empujar a mamá a revivir su infancia. Tuvimos que obligarla a pasar día tras día repitiendo lo que más odiaba. Tuvimos que forzarla a sentirse culpable, a retorcerse entre malos sentimientos encontrados por lo que le pedía el cuerpo y lo que le pedía la sociedad. Tuvimos que verla llorar en el pozo del desconsuelo por sentir que estaba haciendo con nosotros lo mismo que habían hecho con ella: llevarla al colegio para podar sus ramas. Porque esta es la sociedad, una apisonadora que allana el terreno sobre la cabeza de un niño. Un pobre niño-árbol al que primero hay que podar con dolor sus mejores ramas para que quepa ahí, bien colocada, una casa en kit de conocimientos superficiales. Una casa prefabricada sobre cuyo diseño nadie, nunca, le ha pedido al niño, o al padre del niño, opinión.

Mientras vivíamos en España, el coche de mamá era también armario. Siempre dejábamos en él los abrigos para que por la mañana no se nos olvidara cogerlos. En un cajón, bajo el asiento del copiloto, estaba mi ropa de fútbol, porque desde la salida del colegio hasta el comienzo del entrenamiento solo teníamos veinte minutos y el trayecto en coche, en cambio, duraba una media hora. Entre curvas y bandazos de autopista, me convertía en Houdini, me deshacía del uniforme sin quitarme el cinturón de seguridad y me cambiaba de ropa y zapatillas con clavos mientras mamá ponía a su favor las leyes de la física cuántica y ralentizaba el tiempo conduciendo a la velocidad de la luz. También había comida en el coche, por si nos daba hambre, que casi siempre nos daba, y entre las sillitas elevadoras

se acumulaban sobras de otros días, botes vacíos de zumo, yogures sin estrenar, trocitos sin identificar, restos infantiles que eran retirados solo cuando empezaban a convertirse en pequeños arbolitos, animales exóticos o bolas verdes y peludas que ya hubiera querido para su colección de mohos el mismísimo doctor Fleming.

Mamá tenía medido cada atasco y se conocía esos caminos más largos que, sin embargo, son atajos, pues metiéndose por tan raros vericuetos lograba el objetivo imposible de que llegáramos a tiempo. Ella era como mi hermano: una exploradora nata. Si durante más de dos días nos encontrábamos con un atasco en una rotonda, nuestra chófer empezaba a maquinarse la huida. Los atascos eran ratoneras. Ella no quería que fuéramos ratones. Si el atasco se repetía más de una vez, mamá miraba a su alrededor y decía cosas como:

—Me pregunto a dónde dará esa calle... Mmmm... Ese coche que se ha metido por ahí parece saber algo que los demás ignoran...

—Mamá, prefiero el atasco —decía yo. Me agobiaba pensar que iba a lanzarnos a una aventura de final desconocido. A María también le agobiaba. Dejaba de tararear. Pero mi madre se había convertido en el perro de caza que ha visto caer la pieza y, si se repetía el atasco, daba un volantazo y se lanzaba por ignotos polígonos industriales de rotondas desérticas o vías de servicio tenebrosas por las que nadie más que los descuartizadores de niños se arriesgarían a adentrarse. Cuando hacía eso, nos daba el pánico. Gritábamos desolados:

—¡No, mami, no es por aquí! ¡Te has confundido! ¡Es por ahí! ¡Por ahí! ¡Por donde van todos!

—Es que yo no quiero ir por donde van todos —decía ella con mirada de podenco agresivo—. Quiero descubrir nuevos caminos. ¿Qué podemos perder por probar a ver a dónde sale esta calle?

Mis hermanos y yo nos cogíamos de las manos, rezando una letanía inaudible, aterrorizados por que se perdiera y no llegáramos al entrenamiento ni tarde, ni pronto, ni nunca, ni vivos.

—Vamos, chicos —decía—, ¿tenéis miedo? ¿Es en serio? ¡Venga! ¡No hay que tenerle miedo a lo desconocido! Lo que imaginamos siempre es peor que lo que va a suceder. ¡Hay que vivir miniaventuras!, como le gustaba decir

a papá.

—Preferimos el atasco conocido a una vía de servicio sin salida —dije aterrorado.

—¿No sabéis que todos los caminos llevan a Roma?

—Pero nosotros no vamos a Roma, vamos al fútbol —dijo mi hermano, que tampoco era muy amigo de los cambios.

—Hermano —le dije—, en realidad, no son todos los caminos. Son todos los corazones los que nos llevan a Roma.

—¿Ah, sí?

—Sí, porque Roma es amor al revés.

—¡Richard, eso es precioso! —dijo mamá—. ¡Cogemos este desvío y derechos al amor!

—Nooooo —gritamos todos.

—Oh, chicos, conmigo no os podéis perder. Me conozco los puntos cardinales. Sé lo que hago y, si no lo sé, soy capaz de razonarlo.

Y sí que parecía saberlo, y sí que sabía razonarlo, porque, efectivamente, no solo no nos perdíamos, sino que de repente aparecíamos en una rotonda conocida por el ángulo más inesperado, tras saltarnos enormes colas de coches parados. Entonces mamá se crecía y decía entre risas:

—Ja já, ¿lo veis?, hemos rodeado por el sur y ¡he ahí el norte y he ahí los cientos de pringados que, como vosotros, tienen miedo de salirse del camino conocido! O quizá ni siquiera es miedo. Quizá es vergüenza a fracasar. O no es ni vergüenza. Es pereza. Pereza mental. Más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer, dice el refrán. ¡Pues no! ¡Cuando algo no funciona, hay que intentar otra cosa! Quiero que seáis diferentes, que no seáis borregos, que disfrutéis de estas pequeñas victorias. Quiero que uséis la inteligencia para lo prosaico porque lo prosaico es el noventa y nueve por ciento de la vida.

—Cogiendo caminos diferentes y atajos no vamos a ahorrarnos más que unas pocas horas de vida, ¿sabes, mami? —dijo mi hermano.

—Sí, cariño, eso es verdad, pero vamos a ganar muchas horas de diversión.

—¿Y eso es lo que los adultos llaman «la felicidad»? —pregunté.

—Sí. La felicidad es el resultado de hacer una resta. Es lo que queda después de quitarle al día todas las horas amargas, aburridas, inútiles o idiotas. Hijitos lindos, ¡que esa resta no nos dé nunca «a deber»! ¡Convirtamos lo prosaico en poesía!

Y todas estas cosas las discutíamos en el coche, haciendo lo que hacían otros niños y otros padres: kilómetros sin perder el norte, kilómetros de extraescolares, horas de esclavitud, recorridos enrevesados. Dolor. Nos encantaba que mamá no perdiera ni el norte ni el buen humor, y sobre todo que, efectivamente, hubiera siempre más de un camino para llegar a donde había que llegar. Hasta la abuela se sorprendía de aquel catálogo inagotable de vericuetos que mamá había ido coleccionando con el tiempo, y eso que todos admirábamos a la abuela por sus dotes de navegación. Esto me recuerda otra cosa que le gustaba hacer a mamá: examinarnos sobre los puntos cardinales. María no parecía mostrar interés, aunque luego supimos que es porque en el coche ya iba componiendo sus sinfonías mentalmente. Michael sí que estaba interesado. Era muy fan de Bear Grylls (papá y él lo veían siempre juntos en la tele) y de la supervivencia, y era una brújula viviente desde pequeño.

—A ver, niños, ¿en qué dirección vamos?

—Vamos para allá —dijo María apuntando con el dedo.

—Vale, cielito, pero buscaba un poquito más de precisión verbal.

Michael tomó la palabra:

—El sol del amanecer nos está dejando ciegos, así que vamos hacia el este. El sol sale por el este.

—¿Y por dónde se pone?

—Por el oeste —decía yo—, que está en el cogote de María.

—Y en tu cogo-o-o-o-ote —decía ella, tartamuda y musical.

—Muy bien, el sol se pone por nuestros cogotes.

Michael se quedó pensativo y dijo:

—Mami, un día voy a vivir el día más largo de mi vida.

—¿Y eso?

—Viajaré muy deprisa, persiguiendo al sol, y nunca será de noche.

—Bueno, cielo, me parece genial, pero asegúrate de tener siempre la rotación de la tierra a tu favor.

Y hablábamos de la rotación de la tierra, de la traslación y de la precesión. María decía cosas como: «Mami, los cables son las venas de la electricidad»; o yo le insistía en algo del tipo: «Mami, ¿me cuentas otra vez el cuento de la dermis y la epidermis?»; o Michael decía: «¿Por qué Venus es el planeta más caliente del sistema solar si no es el que está más cerca de su estrella?». Como los muñecos de *Toy Story*, que cobran vida cuando los humanos se van a la cama, nosotros despertábamos al salir del colegio, en el coche de mamá, disfrutando de largas conversaciones de difícil vocabulario, analizando los agujeros negros, elucubrando sobre el espacio-tiempo y las películas de superhéroes, añadiéndole ingredientes a la tarta de manzana, a la muerte, a los puntos cardinales, a Roma y al amor.

Mamá estaba empeñada en que fuéramos los náufragos perfectos. No es que tuviéramos intención de naufragar, pero ella decía que los Martin siempre son náufragos, los pongas donde los pongas, y que es necesario saber de todo para sobrevivir en una isla desierta, aunque la isla sea imaginaria y la balsa, la cama de matrimonio de nuestra madre.

Nos acostábamos todos juntos, con ella en el centro, y nos preguntaba cosas como:

—¿Cuál es vuestro momento favorito del día? El mío es este. Cuando estamos todos así, abrazaditos.

—El mío es justo cuando me despierto por la mañana —dijo Michael—, porque justo nada más despertar se me ha olvidado que papá está muerto y durante unos segundos pienso en todas las cosas que le voy a preguntar sobre los planetas. Luego ya viene el peor momento del día.

A mamá se le llenaron los ojos de lágrimas y yo le dije:

—Porfí, mami, ¿nos cuentas el cuento de cómo murió papá?

María se agarró a su osito-polarito y se acurrucó contra mi pecho. Mamá nos explicó de nuevo lo que era el cáncer y que nunca morían los muertos porque los llevábamos en el cuerpo y en los gestos y en el sentido del humor.

Madrid. Martes, 22 de diciembre

Primer día de vacaciones de Navidad. Ayer escuché cómo Michael le decía a Richard:

—¿Sabes qué?

—Qué.

—Que mamá está triste porque papá se ha muerto.

A veces estoy triste, claro, pero el niño no hablaba de mí. Hablaba de sí mismo. Voy entendiendo que ellos no atacan las cosas de frente, pero nos dan la tarea a los adultos de que interpretemos sus diálogos y su aparente indiferencia como lo que realmente es: intenso vacío. Realidad. Michael busca hablar de su padre para reconstruirlo en su memoria y comprender lo que le está pasando. Richard, también. María, imagino que lo mismo, aunque ella se empeña en decir que no tiene papá, mientras le transfiere todas las propiedades de un padre cariñoso a su peluche «osito-polarito».

Así que después del baño de todas las noches les pregunté si querían que les contara una historia de papá antes de irse a dormir. Los tres gritaron, felices:

—¡Síííí!

Richard me dijo:

—¿Vas a contarnos el cuento de cómo se murió papá?

—¿Queréis ese cuento? —dije. Mi intención era la de contarles alguna anécdota, no la historia de su muerte. Pero los tres dijeron:

—¡Síííí! ¡El cuento de cómo murió papá!

—Y el cuento de su enfermedad —añadió Richard.

Respiré hondo y se lo conté como he hecho otras veces. Les gusta escuchar la verdad. Luego me fui a la cama temiendo que los kilómetros diarios, las luchas con los profesores, las horas sin los niños, los deberes rutinarios y la culpa no se cautericen solamente con amor.

Madrid. Martes, 12 de enero

Los gritos empezaron temprano. Desayuna, Michael, date prisa; Richard, no llegamos al colegio; María, tómate el chocolate, cielo, ponte los pantalones ya. Los niños salen en tropel, se meten en el coche, me dejan atrás con sus mochilas, mi bolso, el ordenador, las llaves de casa, las llaves del coche, el miedo y la soledad. Persigo la aguja de un reloj. Todas las madres lo hacemos, cada mañana. No tengo manos para todo, pero de alguna forma lo agarro todo y en marcha. Soy fuerte, me digo. Yo puedo, dice mi cuerpo. ¿Pero puedo?, ¿puede el cuerpo? Meto las cosas en el asiento del copiloto, busco las llaves para arrancar. ¿Y las llaves? ¡¿Dónde están las malditas llaves?! No aparecen. He perdido las llaves en los cuatro metros que hay desde la puerta de casa hasta el coche. El dolor me inunda mientras seis ojos infantiles se clavan en mí. Seis ojos que dependen para todo de mis movimientos. El dolor es buscar a tientas, de rodillas, unas llaves y creer que, si no las encuentro, les estoy

fallando a ellos, al mundo, al marido muerto, a mi madre, que me educó para ser fuerte, a la sociedad. ¿Cómo voy a poder cuidarles, consolarles, hacerles felices si no soy capaz de encontrar estas malditas llaves? ¡Malditas, malditas llaves! El dolor es creer que todo depende de no perder esas llaves o que todo depende de encontrarlas.

Volcanes del Ecuador

El barco empezó a hacer aguas en primero de primaria de un colegio público español. La verdad es que para Michael ya venían mal las cosas desde primero de infantil. Hay que entender que mi hermano no solo es peculiar, es que es un entusiasta. Si un niño normal es una esponja —mira que odio esta metáfora, pero no encuentro otra—, Michael era la madre de todas las esponjas. Tenía un enorme entusiasmo por el conocimiento, por hacer preguntas, y cuando empezó el colegio sabía más que muchos adultos. También conviene recordar que había visto morir a su padre. Eso le había enseñado que el futuro no es excusa para ningún sufrimiento presente. Mamá fue avisando a sus profesoras de que el pequeño *astroingeniero* odiaba a muerte el colegio porque él no quería colorear, sino saber de qué estaba hecho el lápiz, no quería aprender canciones, sino entender cómo se propaga el sonido, no quería repetir letanías, sino conectar datos sobre el fascinante *big bang* en su memoria. Mamá explicó en el colegio que lo que aquel pequeño de cinco años quería, más que nada en el mundo, era saber de astrofísica, ingeniería y matemáticas. No la creyeron, igual que el lector de este relato no podrá creer que unos niños tan pequeños hablen como hablábamos nosotros. Nadie se lo cree y fue verdad. Lo fue. Éramos así. La idea que tiene la sociedad de los superdotados es lo que se ve en películas, en reportajes periodísticos: niños que cogen un violín y te cascan a Mozart, chavales que pintan como Picasso. Si no pintas y no cantas, si solo conversas con tu madre en los atascos de las rotondas, estás listo, porque las palabras se las lleva el viento. Si no puedes demostrar tu capacidad de otra manera y en el colegio te vuelves mudo, todos te tratarán como a un cachorro de hombre y te harán cucamonas, te cantarán canciones de Walt Disney, te matarán de aburrimiento y, mientras tanto, seguirás callado, desenrollando el tejido del espacio-tiempo con el cepillo de dientes, descifrando la utilidad del viento

con un molinillo de colores. Esto es lo que le pasaba a mi hermano. Más tarde, me pasó a mí. Por último, lo sufrió mi hermana. Una vez estábamos en la consulta del médico. María tendría tres años. Una señora muy amable le dijo:

—¿Y tú, preciosa? ¿Ya vas al cole?

—Sí, señora. Estoy en primero de infantil.

—Ay, qué rica y qué educadita, si hablas como una adulta. ¿Y a qué vas al colegio?

María la miró con sus enormes ojos azules y su inocente rostro feliz y respondió también «como una adulta»:

—Yo voy al colegio a llorar.

No hay un solo profesor en el mundo que se crea que un niño de cinco años pueda tener la suficiente independencia de pensamiento como para desear conocimientos complejos, porque no entienden que para un niño no existen los conocimientos complejos. La «complejidad» es una clasificación adulta, un cliché. No hay nada más simple que la ciencia. Que la velocidad. Que la inercia. No hay nada más obvio y abundante para un niño que tropieza que la dichosa fuerza de la gravedad. Michael no dormía, pensando en las estrellas. Michael no comía, pensando en las fuerzas del universo. Mamá andaba despistada, pensando erróneamente que ella no podía ser la primera madre del primer superdotado y que en un colegio, en cualquier colegio, los profesores habrían estudiado casos similares en la carrera, las psicopedagogas sabrían reconocerlos y entre todos pondrían en marcha un sistema de actuación. Por describirlo en plan metafórico, mi madre se imaginó algo así como que en la pared del colegio había una caja de cristal que decía: «En caso de superdotado, romper aquí», y les explicó a las maestras que Michael ya sabía sumar perfectamente a los dos años y que decía frases como «la oxidación es una reacción química que se produce entre el hierro y el agua» o «Venus no es una estrella, es un planeta». Tampoco la creyeron. Cuando una madre dice que su hijo hace cosas que todos consideran extraordinarias, se la suele tomar por una madre algo chalada, cegada por el amor. La incredulidad de las

profesoras devolvió a mamá a su propia infancia. Reavivó el sufrimiento escolar. Supo que en el colegio no tenían caja de cristal metafórica. Aun así, no se rindió:

—A ver, ya sé que decir que el niño es diferente... que es... superdotado, suena un poco fuerte. No estoy diciendo que sea Einstein, pero es verdad. No me invento que mi hijo sabía sumar a los once meses. No me invento su pasión por la astronomía, el vocabulario que maneja...

—En clase no me habla nunca de... astronomía. Nunca dice nada. Se queda ido y no escucha —dijo la profesora del párpado caído con retintín detestable.

—Pero a mí sí me habla.

—Bueno, yo eso no lo puedo saber.

—Pero por eso mismo te lo estoy diciendo. Para que lo sepas y hagamos algo. No me lo invento.

—Nosotros animamos a los niños a que participen en clase y Michael se queda callado y nunca participa.

—Ayer mismo vio la luna en cuarto creciente y me preguntó si igual que la luna está unida a la tierra por la fuerza de la gravedad, está la tierra unida a la luna por la misma fuerza y yo le hablé de las mareas y de que la luna se aleja de la Tierra...

La profesora la miró con sumo disgusto, como si pensara que hablarle a un niño tan pequeño de la fuerza de la gravedad fuese una forma de maltrato infantil y dijo:

—¿Y qué propones, que le demos a leer libros de la ESO?

—No, yo no propongo, yo solo quiero atajar el problema. Se supone que sois vosotras las expertas.

—El niño no quiere ni ver el lápiz. No le interesa aprender. Él tiene que hacer los mismos ejercicios que hacen los demás para demostrar sus conocimientos, y no tiene una buena actitud.

—¿Y qué actitud quieres que tenga si no le interesa nada de lo que tratáis de enseñarle? A él le fascinan los planetas, los volcanes, las ondas, la gravedad, no escribir cosas como «El pato pateo el patio».

—Pero es que le tiene que interesar escribir eso. Estamos con el fonema de la P.

—Pues que escriba «el plutonio no viene de Plutón».

—No podemos estarle cambiando todo a su medida.

—Yo no digo cómo hay que hacerlo, solo trato de explicar que cuanto más le queráis obligar a hacer lo que no le gusta, más lo odiará. ¿Por qué le obligas a colorear y a repetir la misma letra ochenta veces? Colorear es una tortura. Escribir frases ridículas, cuando no se necesita escribir, no tiene ningún sentido.

—Este problema lo tenemos siempre con las madres. No sabéis nada de psicomotricidad. Necesitan colorear para coger fuerza en los dedos.

—La que no sabe nada de niños eres tú. Pero ni idea, oye, ni de lo que les motiva, ni de lo que les interesa. Los niños son personas pequeñas, pero no tienen un pelo de tontos, superdotados o no superdotados, y yo sé, digas lo que digas, que no hay uno solo al que le interese copiar frases como la del dichoso pato que patea el patio. Y te voy a decir otra cosa: tampoco sabes nada de madres. Mi hijo no tiene un problema de psicomotricidad, tiene un problema de aburrimiento.

Mamá se enfadó muchísimo. Ese era su gran defecto. Era volcánica. Cuando se calmó, insistió en que le enseñaran animándolo con cosas de su interés, con textos sobre los cuerpos celestes, la gravedad y no con un tal «gallo kikirikí o un burrito muy blandito que hacía un ruidito». Pero el problema es que esas mujeres no eran profesoras, profesoras desde la pasión, como lo fue papá. No eran profesoras como ese maestro que todos hemos tenido alguna vez y que nos cambió la vida. Ellas eran celadoras en la cárcel de las sonrisas, que es de lo que más abunda.

Mi hermano huía de los gallos infantiles y de las películas de Walt Disney como de la peste, y ellas solo tenían gallos, patos y dibujos animados en su repertorio. Las profesoras, frustradas, tomaron la negativa de Michael a trabajar como un desafío (en el peor sentido de la palabra), y como seguían sin creer a mamá porque jamás se habían encontrado a nadie como mi hermano, pensaron que lo que hacía falta era darle verdadera caña utilizando más veces la frase «vamos, Michael, hazlo». No conocían ni a Michael ni a los niños como él. No sabían que nosotros preferimos cien mil veces la palabra «vamos» a hacer los dichosos deberes. El problema ya enquistado, infectado y dolorido, acabó en «el patio aburrido». El patio aburrido era un

castigo. Si no trabajabas, te dejaban sin recreo. Como ellas no querían quedarse sin recreo, lo encerraban a solas en el aula. Ah, pero es que la película favorita de Michael era *La gran evasión*. Nada podía gustarle más que quedarse en clase y discurrir la forma más imaginativa de escapar. Era como mamá en los atascos. Michael salía por la ventana usando la cornisa, abría la cerradura con un par de horquillas, pedía auxilio a alguien que pasaba por el pasillo, fingía un ataque de asma. A los cinco años, mi hermano se hizo experto en fugas y, cuando lo cazaban y lo volvían a castigar, sacaba del bolsillo una de esas pelotas que salen de las máquinas de bolas con un euro y la hacía rebotar incesantemente en la pared. Michael era Steve McQueen y su humor y sus conocimientos nos han servido más de una vez en nuestras correrías infantiles, como, por ejemplo, el día en que nos colamos en casa de la vecina Daniels a ver qué demonios tramaba su maléfica ama de llaves, la señora Barlow. Pero ya volveré a eso. Voy a terminar primero de contar por qué mamá decidió arrancarnos del colegio español y traernos a orillas del río Hamble a mitad de curso.

Michael tenía cinco años y ya era carne de «fracaso escolar». Mi madre, que había vivido muy de cerca los fracasos de algunos tíos suyos y los reglazos de una tal doña María Antonia, estaba enardecida con las profesoras y, sobre todo, preocupada, sintiendo que no podía ayudar a su hijo. Su propio patrón infantil se repetía paso a paso. Por mucho que le dijeran «vamos, hazlo» y que lo encerraran en el aula en el llamado «patio aburrido», Michael seguía sin trabajar en clase y, cada tarde, mi madre recibía de manos de la adusta profesora todas las fichas que el pequeño genio se había negado a escribir en el colegio con la frase en rojo: «Hacer para mañana».

Un día, una de las frases que debía copiar era: «Pilar pela el pomelo».

—Coge el lápiz —le dijo mamá a mi hermano.

Michael cogió el lápiz.

—Escribe: «Pilar pela el pomelo».

—¿Quién es esta Pilar? —dijo Michael.

—Una que tiene un pomelo. No trates de desviar la atención.

—¿Y para qué quiere pelarlo? ¿No es mejor que se haga un zumo?
¿Quién es esta idiota que pela los pomelos?

—Tienes razón, Pilar es idiota. Escribe eso: «Pilar es mema porque pela el pomelo».

—¿Mamá, por qué la Tierra nunca para de girar?

—Te contesto si escribes lo del pomelo.

—Cuando me contestes, escribo lo del pomelo.

—Es por la inercia. En el espacio no hay fricción. Una vez que algo está en movimiento, por ejemplo, un tal planeta Tierra girando, no existe fuerza de la fricción que lo pueda parar. Los cuerpos en movimiento no se detienen a no ser que otro cuerpo, otra fuerza, los obligue a parar. Escribe.

—No entiendo por qué tengo que escribir. De mayor seré algo para lo que no se necesite escribir, como carpintero. ¿Qué es la fricción?

—Es la fuerza que impide el deslizamiento de un objeto sobre otro. En el vacío no hay fricción. En la atmósfera sí, porque hay aire. Por eso cuando las cápsulas espaciales caen desde el espacio se envuelven en llamas, porque la fricción es una fuerza que surge entre dos cuerpos y produce calor.

—No quiero escribir lo del pomelo. Seré carpintero y construiré un barco y viviré en él. ¿La fricción siempre produce calor?

—Los carpinteros escriben. Todo el mundo lee y escribe. Tú también leerás y escribirás o no podrás ser astrofísico. Quieres ser astrofísico o ingeniero. Para eso hay que hacer exámenes, estar en el sistema. Y sí, la fricción siempre produce calor.

—Vale, pues ya no quiero ser astrofísico. No quiero escribir lo del pomelo de esta Pilar y no me podrás obligar. Seré el primer Mr. Martin analfabeto.

—¿Y si te dejo escribirlo en la pared?

—¿Puedo escribir «Pilar pela el pomelo» en la pared?

—Si me lo escribes, te dejo también poner la siguiente frase y te hablo de la fricción y de sir Isaac Newton.

Mi hermano escribió la frase en la pared. Mamá le dio un beso.

—¿Y la fricción del agua contra el casco de un barco también produce calor?

—Escribe la siguiente frase.

—¿Qué frase?

—«El oso Suso suspiró.» Sí, la fricción de cualquier elemento, agua, hielo, lo que sea, produce calor. Si frotamos dos hielos, se funden por el calor.

—¿Este oso se llama Suso? ¿Estás de coña? ¿Suso?

—Ojalá lo estuviera, cielín, pero es lo que pone aquí.

—¿Existe ese nombre? Suso... Nadie en el mundo se llama Suso.

—No entremos en eso. Escribe.

—¿Y los osos suspiran?

Mamá no pudo más y estalló, perdiendo los papeles:

—¡Joder! ¡Es un oso de ficción! ¡Escribe o te cojo del pescuezo, te tiro por la ventana y tendrás que vértelas con el puñetero vacío!

Mamá se agarraba a la mesa para no caerse de rabia. Ojos furiosos, desesperación. Mi hermano empezó a escribir con letra impecable en la pared de la cocina. Cuando acabó, dijo muy suavemente, despacio, como quien le habla a un animal salvaje:

—Mamá, cuando decimos que un objeto se cae al vacío, en realidad, no es el vacío. No hay vacío a no ser que salgamos de la atmósfera. No hay vacío en la Tierra.

Mi madre se enjugó un par de lágrimas de rabia y dijo:

—No, cariño. Ya lo hemos hablado. En la atmósfera no hay vacío. El vacío está ahí fuera, en el espacio.

—¿Y sabes qué? Que si fuera vacío de verdad, nada, nada podría volar. Los aviones no podrían volar, las gaviotas no podrían volar, los gorriones no podrían volar, los paracaidistas se estrellarían contra el suelo con sus paracaídas hechos un churro, así, pfffff. Nada podría volar. Los pájaros agitarían sus alas como locos, inútilmente, porque sin aire contra el que empujar no podrían volar. El aire es lo contrario del vacío.

—Es lo contrario, cielo. Ahora escribe la siguiente frase.

—Voy.

—Gracias.

—Mamá...

—Qué.

—El aire es como el agua para los pájaros, los pájaros son delfines en el aire y los hombres también podemos volar.

—¿Sí, cielo? ¿En el vacío exterior?

—No, mami, los hombres podemos volar en el agua. Es por la densidad. El «volar» de los hombres se llama «nadar». Y ahora... ¿me puedes dar dos cubitos de hielo? Quiero frotarlos a ver qué pasa.

Mamá le dio los cubitos de hielo, se metió en el baño, echó el cerrojo y se hinchó a llorar.

Madrid. Jueves, 14 de enero

El dolor es un llanto que viene de cualquier sitio, como una ráfaga de pánico. Inunda el cuerpo, sale por los ojos. El dolor es sangrar por heridas invisibles, caerse al suelo gritando de agonía al llegar a casa después de haber dejado a los niños en la escuela y enfrentar la soledad. El dolor es la pared del dormitorio. Es volver a la cama. El dolor es dejar un trozo de ti a la puerta de un colegio, sabiendo que a los niños les duele aún más, muchísimo más, infinitamente más, separarse de tu lado. Es saber que allí, solos con extraños a los que no aprecian, mostrarán su dolor como los niños que son: no haciendo los trabajos, desobedeciendo, tirando el lápiz con rabia, volviéndose disléxicos, diciendo: «Te odio». Y eso es el dolor, una parte de nuestro dolor, al menos.

A veces, como hoy, me invade la rabia. Grito. Me desahogo. Soy injusta. Doy portazos. Tiro cosas por el suelo. Por suerte, poco a poco voy aprendiendo que tengo una herida invisible. No es imaginaria. Miro a mis hijos. Sonrío. Les cuento el dolor de mi infancia en el colegio. Ellos me cuentan el suyo. Nos abrazamos. Somos los supervivientes del cáncer y no vamos a aceptar mediocridad.

Madrid. Viernes, 15 de enero

Hoy, al fin, entendí lo que debo hacer. Es como si mi propia conciencia me hablara a través de las preguntas de mis hijos. Michael se metió en mi cama y me dijo:

—Mamá, ¿por qué el hombre tiene que sentir dolor?

Me quedo muda, absorbiendo una pregunta que es un verso. El niño me lo aclara:

—Quiero decir, ¿por qué si nos cortan duele, si nos golpeamos duele, si nos ponemos enfermos duele?

—Porque si alguien nos clavara un cuchillo en la espalda y no nos doliera, nos dejaríamos matar sin defendernos. Si nos picara una serpiente y no nos doliera, caminaríamos por la jungla sin tener cuidado con las serpientes. El dolor es fundamental para conservar la vida.

—¿Pero tiene que doler tanto? ¿Tanto? ¿Por qué no ha evolucionado el hombre para que duela menos?

—Hemos inventado los analgésicos, las medicinas, pero el dolor es un lenguaje del cuerpo. Es la manera que tenemos de hablar con los músculos, los nervios, lo que no funciona bien. Hay dolores que nos dicen que algo está empezando, un catarro, un virus, pero que no es preocupante, hay dolores intensísimos que nos dicen que debemos ir corriendo a urgencias porque necesitamos un médico. También existe el dolor emocional por el mismo motivo.

—Mamá, ¿el cáncer duele?

—Al principio no. No duele. Es uno de los problemas del cáncer, que hasta que no es grave no se nota.

—Pues los médicos o los biólogos podrían diseñar un elemento químico o algo para hacer que el cáncer doliera desde el principio.

Mamá había entendido que debía escuchar su dolor. Se sentía atascada en una de esas rotondas absurdas que tanto odiaba. Densidad. ¿Y si cambiamos la densidad? ¿Y si es tan simple como eso? Quería buscar otra vía, un lugar donde volar. Agua. El hombre vuela en el agua. Empezó a darle vueltas a la idea de marcharse, pero le daba miedo, así que insistió en dar el coñazo en el colegio. Escribió una instancia en la que solicitaba que se aplicaran leyes, se adaptaran contenidos. El director accedió. Las profesoras de mi hermano recibieron órdenes de alimentar su inteligencia con elementos motivadores, como marca la ley, pero da igual que un arquitecto diseñe la casa más avanzada del mundo: si los obreros no la saben construir, será una birria. Como mamá les había dicho a las profesoras que al niño le interesaban mucho los terremotos y las erupciones volcánicas, a ellas solo se les ocurrió la bobada de que Michael copiase en su cuaderno una lista con veinte volcanes del Ecuador. Cuando mi hermano leyó la lista que empezaba por Cotopaxi, Tungurahua, Chimborazo, Cayambe, Sangay, Quilotoa y Carihuairazo, decidió lo que habría decidido cualquier persona con dos dedos de frente, lo que decidió el mismísimo Albert Einstein ante una situación similar: hacerse disléxico.

El río del viento

Y la densidad cambió junto al río. El cartel con el nombre de nuestra nueva casa colgaba de dos argollas. El aire lo mecía. Como en las películas de Jack el Destripador, gemía con chirriante agonía. Cric-crac, cric-crac. Sobre fondo negro, escrito con sencillas letras blancas, decía:

JOINERS HOUSE
B & B

Un *joiner* es un tipo de carpintero. Un artesano constructor. No sé bien cuál sería la traducción al español. Como traductor no me ganaría la vida a pesar de que soy bilingüe. A pesar de eso o precisamente por eso, porque para los bilingües emocionales las palabras en un idioma jamás tienen verdadera equivalencia con las del otro idioma mental. Son entes independientes con sabores, texturas, virtudes, recuerdos irrepetibles e intraducibles. *Joiner* me vibra entre los dientes, como la palabra «yo», que me estalla en la boca, o la palabra «ya», que me sabe a urgencia. «Ensamblador» sería la traducción de *joiner*, pero el vocablo no me dice nada. En el traslado semántico se me escapan mil conexiones emocionales y en casa nos alimentamos de una droga que se oculta en las palabras. Da igual. El asunto es que se llama Joiners House, «casa de los ensambladores», porque en este lugar se enseñaba carpintería aplicada a la construcción de barcos. Era una escuela para los muchachos descarriados de la zona, imagino que los mismos rebeldes, como Michael, que no aguantaban el colegio. En el Joiners House de los cincuenta se alojaron algunos de esos aprendices, que después trabajaron en los pequeños astilleros que pueblan el río. Más tarde, ya en los setenta, mi abuelo compró el edificio y lo reconvirtió, con sus propias manos y herramientas, en un taller de artesano. Era *luthier*. Violas, violines y violonchelos. Cuando murió el abuelo Samuel, la heredó mi padre,

que transformó de nuevo esta vieja escuela de carpinteros en residencia privada de amplios salones, con diez habitaciones de B&B y restaurante. Dejó una zona privada para la familia y el resto lo tuvo alquilado a un amigo de mi abuelo que se encargó del hotelito hasta el año anterior a nuestra llegada. Mis padres siempre habían veraneado en Joiners. Nosotros también. El año de la dislexia acabaron los veraneos y empezó la vida. Ese fue el cambio de densidad.

Los aficionados a las adaptaciones televisivas de Agatha Christie pueden imaginar esta casa. Está llena de recovecos de cuento inglés, comenzando por los muretes de piedra rubia cubiertos de campánulas azules, musgo y caracoles de jardín; las escaleras que bajan la pendiente hacia el río, de tierra y travesaños, sembradas de narcisos; el tejado picudo, de pizarra negra, cubierto de nieve en invierno; el embarcadero con su *boathouse*, un cobertizo de madera para los botes construido sobre pilotes en el agua, que suena como a estar en Venecia. Hasta allí llegaban los hechizos de las budelias en flor y las mariposas primaverales. Sus aromas y colores brillantes envolvían el eco del agua, que chocaba una y mil veces contra la barca de remos, formando una nube de sensaciones. El taller original aún tenía herramientas, bancos de trabajo, prensas y gatos, olor a cola y serrín y un violonchelo en un rincón — sí, un violonchelo. Ya volveré a él—. La caseta de las bicicletas estaba junto al taller, aislada de la casa en una zona umbría, pues en los viejos tiempos había sido la nevera, el lugar donde se almacenaba hielo bien empaquetado con nieve prensada durante todo el invierno, para poder usarlo en los veranos de antes. Algo más allá, estaba la carbonera, de la que prefiero su traducción literal del inglés porque suena como a jugar a la guerra: búnker para el carbón. La casa tenía un nido de golondrinas en el alero, topillos en el jardín, palomas en el alféizar, gaviotas sobre el cobertizo y cisnes malhumorados en el embarcadero.

Dentro de sus salones siempre había niños educados y ancianos interesantes, algún patrón de yate extranjero con su familia, una pareja de recién casados a punto de salir en kayak para torcerse el tobillo, dos doncellas, una madre atareada, mis hermanos, la cocinera furiosa, varios gatos altivos, dos perros dormidos, nuestra música y yo.

Hamble. Jueves, 1 de septiembre

No, las madres no estamos acostumbradas a encaramarnos a las ramas, así que hay que tener muy en cuenta la fuerza de la gravedad y conseguir, si es posible, que las cosas que han de caer caigan a nuestro favor. A fin de cuentas, la gravedad es una fuerza y las fuerzas a favor de las madres viudas con tres niños nunca sobran.

Hamble. Jueves, 1 de noviembre

Para construir una casa en las alturas hay que sentarse y pensar que el árbol estaba ahí antes que tú, que el árbol lleva ahí cien años más que tú. Esto también hay que tenerlo claro para no pretender ponerse uno por encima del árbol. Al árbol hay que respetarlo.

Mi madre cambió cuando llegamos a Inglaterra. Aprendió a volar en el agua con bastante rapidez. Nunca había sido así, tan loca y libre, como una Pippi Calzaslargas adulta, viuda y liberada de la sociedad de consumo, de lo que piensen los demás, de luchar por que hiciéramos los deberes, de preocuparse de si hacíamos las extraescolares adecuadas o de si estaríamos derrochando nuestro tremendo potencial no aprendiendo a leer y escribir correctamente el chino mandarín. En Inglaterra entendió que lo más importante de su vida éramos nosotros y que no existía profesor, monitor o entrenador capaz de poner el interés en nuestra educación que solo una madre o un padre pueden poner. No lo había, al menos en nuestro caso, porque nadie más creía que pensábamos lo que pensábamos. La verdad es que de niños éramos amenos. Cualquier pregunta iniciaba una conversación de ciencias o de filosofía. Por ejemplo, mi hermana de cuatro años, María, de pronto le tiraba de la camiseta y le decía con su voz de flauta tartamuda:

—Mamá, ¿por qué podemos ver el agua si no tiene color?

Aunque los tres éramos originales y mi madre estaba acostumbrada a que lo fuéramos, casi siempre se sorprendía con nuestras preguntas constantes. Tras el desconcierto inicial, o una carcajada, nos daba la respuesta más razonada de la que era capaz:

—Por la reflexión y la refracción, cielito. Porque la luz no atraviesa de la misma manera el aire que el agua y, a lo largo de la vida, aprendemos a ver las diferencias entre los objetos, los materiales, según la forma en que incide la luz sobre ellos. El agua es más densa que el aire, que tampoco tiene color. ¿Sabes lo que es la densidad?

—Sí, Michael siempre está hablando de la densidad y de la gravedad. ¿Me compras un perrito?

—Los perritos no tienen nada que ver con la densidad, cielo —dijo mamá.

—La gravedad ordena todos los elementos del planeta por su densidad —añadió mi hermano—. ¡Y lo del perrito ni de coña, *no way!* Me dan miedo los perros.

—Mami —interrumpí—, ¿tú sabes cómo llega la sangre a todas las partes del cuerpo?

A ella le encantaba hablarme de medicina porque estaba empeñada en que yo sería un gran médico y a mí me encantaba que le encantara, aunque no tenía ni la más remota intención de ser médico. No pensaba ser médico ni borracho. Me daban mucho asco las vísceras. Me siguen dando asco las vísceras. Ahora, por supuesto, soy médico.

—Dentro del cuerpo tenemos venas y arterias —me respondió—. Por las arterias viaja la sangre desde los pulmones. En su recorrido por cada órgano y cada célula, las va llenando de oxígeno. Luego, esa sangre, digamos «sucía», sin oxígeno, vuelve por las venas al corazón, que es la bomba que mantiene toda la circulación en marcha de forma constante. La circulación es un sistema de tuberías, un sistema cerrado a presión. Todos los sistemas cerrados necesitan una bomba. La sangre tiene que vencer la fuerza de la gravedad para llegar a lo más alto, el cerebro, y eso es imposible sin una bomba.

—¿Y la bomba es el corazón? —pregunté.

—Sí. Aunque en realidad... la bomba es todo el sistema circulatorio, venas y arterias incluidas. Así que podemos decir que todo el cuerpo es un enorme corazón. Las arterias se contraen, tienen pulsos y cambios de presión para que la sangre fluya de un órgano a otro en una sincronía rítmica y perfecta.

—¿Y el corazón es el corazón del enorme corazón? —dije yo, haciendo reír a mamá.

—Sí, cariño. Exacto.

—¿Y los perritos tienen corazón? —dijo María, que no soltaba ese hueso.

—Tienen, pequeña pesadilla. Todos los animales tienen corazón. Hasta los insectos, aunque su corazón es muy diferente del de los animales más grandes. ¿Qué te parece, Michael? —dijo mamá—. ¿A que el cuerpo humano es un invento genial?

—¡Oh, vamos, mamá! —dijo el minicientífico—. ¡El cuerpo humano es tan alucinante precisamente porque NO ha sido inventado!

A Michael le encantaba tener la última palabra, y sus últimas palabras solían ser demoledoras. Mamá se echó a reír y le dio la razón. «No, el cuerpo humano es tan genial porque es producto de millones de años de evolución y no de la invención de un Bill Gates cualquiera.» Después de decir eso, nos siguió hablando de la circulación de la sangre y de que precisamente fue un español quien primero escribió sobre la circulación pulmonar. Mamá nos dijo también que ese español se llamaba Miguel Servet y que lo quemaron en la hoguera.

Hamble. Miércoles, 7 de enero

Hoy, mientras descargaba la madera bajo el cobertizo, los niños y yo estuvimos charlando de por qué no hay que odiar nada. Ni el colegio, ni los deberes, ni el trabajo:

—Cariños, la vida es incurable, hay muchas personas que viven con la vida muerta. No hagáis eso, no se os ocurra asesinar vuestra propia vida. La vida solo merece la pena ser reída.

—¿De verdad solo importa la risa, mamá?

—No. Ya sabéis que no me gusta ser literal.

—Qué confuso es todo contigo, mami —dijo Michael mientras María se ponía a tararearle algo a su osito-polarito.

—Es que tampoco me gusta ser didáctica —les dije—. Ser didáctico esapestoso y la mayoría de la gente cree que a los niños hay que hablarles con didactismo y voz de majadero... Vaya, me he despistado, ¿qué estaba diciendo?

—Que la vida hay que reírla —dijo Richard agarrándome de la mano.

—Ah, sí. Lo que quiero decir es que lo que importa es el presente. Disfrutad de cada día, hijos, de cada día. Tenemos que conseguir hacer cosas que nos gusten HOY, y por eso hay que buscar la risa en todo lo que no nos entusiasma. Pongo el ejemplo de la risa porque la risa solo funciona en presente. La risa se vive en el acto. Ni nadie trabaja hoy para reír mañana, ni nadie se ríe hoy para que le suceda algo aún más divertido la semana que viene. La risa es el presente perfecto.

Y es cierto. Lo que más recuerdo es la risa. Reíamos todo el rato. Gesticulábamos mucho. Veíamos programas de televisión inteligentes, charlábamos con ella, con los desconocidos, entre nosotros. Competíamos — sin ser conscientes de ello— por soltar la mejor ocurrencia. Pero sobre todo hablábamos, conversábamos de cualquier cosa. Recuerdo una vez, al poco de llegar. La luz de la luna cubría las sábanas de sombras siderales.

—Michael, quiero ver la luna. ¿Me abres las cortinas?

—Voy. Está casi llena.

—¿Dónde?

—Detrás del árbol.

—Veo el árbol, pero no veo la luna.

—Es que eres bajito.

—Michael, ¿quiénes son tus personas favoritas?

—Phineas y Ferb.

—Eso no son personas, son personajes de dibujos animados.

—Para mí es lo mismo. Si te gusta lo que hacen y lo que dicen, ¿qué más da que no sean reales?

—Es verdad. Pues esto es como Phineas y Ferb. Tú eres Ferb y yo soy Phineas y ese es nuestro *back yard*.

—Bañado por la luna.

—Sí. Solo que tenemos un río y ellos no.

—¿Y por qué voy a ser Ferb? No, yo no soy Ferb.

—Sí, lo eres, porque Ferb es el mayor y Phineas es el pequeño.

—Pues no sé, Richard, porque yo soy el parlanchín y Ferb es el callado. Tú eres más callado y yo hablo sin parar.

—Eso es verdad, pero lo que importa es la edad.

—Además, tú tienes la cara más triangular que yo. Eso sin contar con que yo no parezco un rectángulo. De todas maneras, no está claro cuál es el mayor.

—A todo esto, yo quería ver la luna.

Entró mamá. Nos mandó callar:

—Shhhh. Menudo par de loros. Vais a despertar a vuestra hermana.

—Es la campeona del sueño. María duerme olímpicamente —respondí.

—Mañana hay colegio.

—Gracias por ese pensamiento tan relajante, mami. Ahora seguro que me duermo —dijo el hermano irónico.

—Lo siento, hijo.

—Mamá, ¿por qué tenemos que ir al colegio? ¿Por qué no nos puedes enseñar tú en casa?

—Porque el colegio tiene algo que yo no puedo daros: estructura.

—¿Estructura?

—Todo se forma gracias a una estructura. Una rutina, un soporte, un esqueleto. La vida en la tierra empezó por la estructura.

—¿En serio? ¿La primera célula?

—Sí. Se cree que esas primeras células podrían haberse formado en las burbujas de la piedra pómez a resguardo de la luz ultravioleta. Así que las burbujas de la piedra pómez son el molde de la vida.

—Ohhh... la piedra pómez es genial, porque flota.

—Sí. Es el habitáculo perfecto. Una pequeña nave oceánica. Dicen que pudo lanzar la vida desde el mar hacia las playas. Insisto, es una teoría.

Nos quedamos callados imaginando trocitos de piedra pómez a la deriva. La luna entraba por la ventana. Creaba sombras fabulosas. Despertaba fantasmas. El oleaje del río batía las piedras de la playa. Rodaban unas sobre otras con cada ola, como un inmenso sonajero. Pensamos en la vida, en el *big bang*, en lo que importa.

—Mamá, ¿qué es lo más rápido del mundo? ¿Una bala? —preguntó mi hermano.

—No, lo más rápido es la luz.

—¿La luz es más rápida que una bala, que es más rápida que el látigo de Indiana Jones, que viaja a la velocidad del sonido?

—Sí. No existe nada más rápido en el universo.

—Nada más rápido *que sepamos*, mamá —puntualizó el puntualizador.

—Cierto. Que sepamos.

—Oye, mami, ¿y la luna tiene más nombres? —pregunté yo.

—Selene, mis pequeñas pesadillas.

—Somos tus pesadillas despiertas —dijo Michael.

Mamá sonrió, nos besó otra vez, echó la cortina y ya se disponía a salir de nuestro cuarto cuando mi hermano añadió:

—Mami, espera. Estoy pensando que sí que hay algo tan rápido como la luz.

—¿Sí? ¿Qué, cariño?

—La oscuridad.

Hamble. Viernes, 5 de febrero

La oscuridad destapa miedos, anhelos, inseguridades, frustraciones. En la noche me atormentan cosas como si estaré haciéndolo bien, si los niños se adaptarán al nuevo colegio, si María dejará de tartamudear, si, esta vez, sus profesores comprenderán sus pasiones por la ciencia, la historia, la música. Si recuperaré algo, algo de ilusión por eso que la gente normal llama «el futuro». Pero, al fin, amanece y el día trae paz, seguridad, disuelve mis locuras. La luz es felicidad. Los niños me mantienen a flote con sus ocurrencias constantes y sus antorchas de exploradores. El otro día Michael me dijo:

—Mamá, ayer soñé con papá.

—¿Sí, cariño? ¿Y fue bonito el sueño?

—Sí, hablamos mucho de Júpiter y yo le dije que quería cumplir doce años, porque cuando los cumpla, Júpiter estará en el mismo punto del espacio en el que estaba el día en que yo nací y Júpiter es mi planeta favorito. ¿Mamá...?

—Dime, amor.

—He pensado que cuando sea mayor voy a inventar una almohada que grabe los sueños.

Hamble. Sábado, 6 de febrero

—Mamá, ¿me ayudas a escalar el árbol? —me dijo Michael.

Le ayudé a subir a la cruceta del roble. Hablamos de las mareas del Hamble. Del barco de Enrique V, el *Holy Ghost*, la carabela de guerra que conquistó Francia, tras las terribles batallas de Honfleur o Chef de Caux, hundida hoy en el lecho del río.

Hablamos de la segunda guerra mundial y de los secretos conductos de gasóleo que salían de Hamble Point y atravesaban el canal de la Mancha, hasta llegar a Francia, para abastecer de combustible a los Aliados. Hamble tuvo un papel crucial en la guerra contra Hitler. El estuario era el principio y el fin de grandes victorias milenarias y actuales. El niño se sentía feliz a mi lado, infeliz en la cautividad escolar. No pude evitarlo y le dije:

—Cariño... os voy a construir, a tus hermanos y a ti, una gran casa en el árbol.

María y Richard nos escucharon desde abajo y gritaron a la vez:

—¡Síííí, una gran casa en el árbol! ¡Eres la mejor!

Aprender a mirar

Una tarde, cuando volvimos del colegio, encontramos a nuestra madre entre las flores, sentada en un tocón, con una taza humeante de caldo de gallina. Miraba el gran roble del jardín. Lo estudiaba con ojos nuevos. Ojos de reto y concentración. Mamá se pasó tres semanas ahí, cada tarde, frente al roble. Lo miraba durante horas y horas, pensando en el diseño de la casita. Ella nunca dudó de sí misma. Sabía que lo conseguiría. Jamás había construido nada de tal calibre y menos sola y menos en las alturas arborescentes de un roble centenario a orillas del Hamble, pero se dijo que antes de ser madre tampoco había educado a ningún niño. Un niño se construye con decisiones, amor, lecciones, lecturas. La responsabilidad es enorme. Se dijo que esto de la casa en el árbol no podía ser tan difícil. Nosotros tampoco dudamos un solo instante, a pesar de que, a menudo, cuando volvíamos del colegio, nos comportábamos como los propietarios impacientes que han contratado al jefe de obra equivocado.

—¡Pero, mamá! ¿Todavía así? —protestaba Michael—. ¿Pero aún no has construido nada?

—No puedo comprar los materiales hasta que no sepa cómo lo voy a hacer. Para construir cualquier cosa importante en esta vida lo primero que se necesita es una buena base. La base es la madre de todos los corderos, y antes de ponerme como loca a improvisar un chamizo cutre y estropear el árbol tengo que decidir muchas cosas. El diseño, dónde irán las ventanas, dónde estará la escalera, cómo demonios voy a subir los materiales, dónde colocaré mis herramientas y, la más importante, en qué y cómo la voy a anclar al dichoso árbol.

—La estructura.

—Sí, la estructura. La estructura es lo más importante. Bueno, no sé si es lo más importante, pero desde luego es lo primero.

—Como las células, que necesitan una membrana exterior.

—Eso.

Nosotros, que estábamos leyendo la novela de los Robinsones suizos, creíamos que construir casas en los árboles era cosa de subirse y de clavar unas tablas y de ponerles un techo cualquiera, porque los Robinsones suizos naufragaban, construían una balsa, construían una escalera, construían un puente para cruzar un río y construían un chalet de madera en la copa de un árbol en una media hora. Mamá daba alaridos mientras nos lo leía, insultando al autor, «ay, ay, ay, ¡pero qué morro tiene este tío!», y decía que el muy majadero no había clavado un clavo en su puñetera vida y mucho menos había tratado de subir un tablón a lo más alto de ningún árbol tropical. Y ahí estaba ella en cambio, ni suiza, ni tropical, con su taza de caldo humeante entre las flores, mirando el roble, sin demostrarle a nadie, y menos a nosotros, sus ansiosos clientes esperanzados, que supiera clavar, atornillar o aserrar, o algo mucho más necesario para construir en las alturas: vencer el vértigo que padecía para subirse a la escalera.

—Mamá, el vértigo es un miedo irracional —le dijo Michael.

—Eso dicen, pero yo pienso que el vértigo es puro instinto de supervivencia. Las alturas matan. Por eso, algunos listillos interiorizamos el peligro convirtiéndolo en fobia. Esta fobia nos impide acercarnos a los barrancos y nos salva la vida.

—Una fobia es algo malo.

—Eso díselo a toda esa gente tontísima, sin vértigo ni fobias que echarse a la cara, que se caen de los barrancos por hacerse una foto junto al borde... Pero yo no. Es bien difícil que alguien como yo, con mucho vértigo de la mejor especie, se mate cayendo por un barranco.

—Y por eso precisamente no te vas a caer del árbol, porque vas a tener un cuidado congénito. ¡Súbete de una maldita vez!

—Ay, cariño, no me presiones. En mi propio tiempo —decía mamá—, en mi propio tiempo.

—En su tiempo, hermano. En su tiempo.

—Estoy pensando que para esto que os estoy diciendo de las fobias tengo también el argumento contrario.

—Qué madre tenemos, hermanos.

—Es enrevesada.

—Mucho.

—¿Nos compras un perrito?

—¿Os acordáis de Susana, nuestra vecina de España? Ella me contó que cuando vivía en Guatemala conoció allí a un señor que le tenía terror a los terremotos. Estaba seguro de que iba a morir en un terremoto, tenía fobia a los terremotos. Les tenía tal pavor que emigró a España porque en España no hay terremotos. Bueno, al menos, no los hay en Madrid.

—¿Y qué pasó?

—Que cruzando un paso de cebra fue arrollado por un camión y murió.

—Nooooo.

—Como os lo cuento. Es igual que aquel relato árabe, el del hombre que sueña con la muerte y, para escapar de ella, cabalga toda la noche y, sin saberlo, va a su encuentro en Samarcanda.

—Pero lo del pobre señor guatemalteco pasó de verdad —dije yo.

—Sí, cielo. Pasó de verdad. Lo que demuestra que los relatos, a veces, son realidades escritas con palabras de ficción.

Y así era mi madre. Rebuscada, simple, nada literal. Odiaba ser literal. No se paraba a distinguir entre niños y adultos, ficción o realidad. Soltaba las mayores dulzuras y las mayores burradas con la misma intención educativa. Por eso, con vértigo y todo, confiábamos en ella para construir nuestra casita arborescente. Nunca la habíamos visto atornillar, ni aserrar, ni escalar, pero ella juraba que en el pasado había hecho todas esas cosas con papá, que habían reparado juntos Joiners House de arriba abajo. Confiábamos en su palabra. Siempre lo hemos hecho. Mi madre tiene una credibilidad del noventa y cinco por ciento con nosotros, y en aquella época de infancia sin prejuicios es posible que su credibilidad aún fuese del cien por cien. Por eso no perdíamos la esperanza un mes después de su promesa, aunque ella siguiera mirando el roble como traspuesta desde la tumbona plegable del jardín o desde el porche o desde la ventana de la cocina o desde la ventana del cuarto de baño. A veces arrancaba a hablar y decía cosas como esta:

—Míralo, cielo. Cuanto más viejo es un árbol más fuerte nos parece, más impresionante. Cuanto más grueso es el tronco, más lleno de anillos, más cosas tiene que contarnos.

—¿Y qué cuentan los árboles? —dijo la pequeña María.

—Los científicos pueden estudiar la historia del clima por el grosor de los anillos de un árbol. Eso nos cuentan los árboles. La historia del clima.

—Cada anillo equivale a un año. Los árboles cuentan la vida como nosotros, por años —dijo Michael.

Yo no terminaba de entender aquello de que cada anillo fuese un año exacto, porque para mí «año» era un concepto humano, así que pregunté:

—¿Y cómo saben los árboles lo que es un año? Los hombres se han inventado los años y los árboles no han ido a la escuela.

Michael reaccionó enseguida:

—Pero, hermano, ¡qué dices! Los años no los han inventado los hombres. Los años los inventaron la Tierra y el Sol.

—Eso es, cariño —dijo mamá—. Los árboles tienen grabadas en el cuerpo las impresiones del universo. Mirad, mirad sus arrugas. Ojalá pensáramos lo mismo de las personas y de su piel caída y ajada y de sus canas, porque a mí me parece que un rostro arrugado es el mapa del tiempo.

—Mamá —dije yo—, ¿a que cuando uno es abuelo ya tiene todos los años que hay que tener?

Mamá rio. Mis hermanos estuvieron de acuerdo.

—Supongo que sí. Supongo que cuando uno es abuelo ya ha cumplido con el tiempo. Las arrugas de un anciano son como los anillos del árbol. Quiero que penséis en los viejecitos como árboles que caminan. Mapas del tiempo con patas.

—Mamá, ¿y tú qué opinas de la vida de un árbol? —dijo Michael—. No se mueve, no hace nada, nunca va a ninguna parte, pero sirve para lo más importante, sirve para que el planeta sea habitable.

—Sí, hijo. ¿Hay algo más maravilloso que un árbol? Absorbe el gas que no podemos respirar, el dióxido de carbono, y lo convierte en oxígeno, el gas de la vida. Mirad ese roble. Es una fábrica de vida. Mirad la corteza. ¿Sabes por qué tiene esos surcos? Para que el agua de lluvia que recogen las hojas baje por las ramas y por el tronco hacia las raíces. Es un diseño de recolección acuífera.

Michael quedó fascinado. Se sentó con ella. María y yo solíamos escuchar en silencio sus extrañas conversaciones. Sabíamos dónde empezaban, pero era imposible sospechar que de los anillos de un árbol podíamos pasar a las arrugas de los ancianos y de ahí a algo tan exótico como una almeja islandesa llamada Ming.

—Mamá, ¿sabes que la técnica de datación de los árboles se llama dendrocronología? —preguntó mi hermano.

—No solo lo sé, sino que eso te lo expliqué hace tiempo. Oye, ¿y tú sabes que se puede datar una almeja por las líneas curvas de crecimiento que se forman en su concha? ¿Y a que no sabes que el ser vivo más longevo del mundo es una almeja llamada Ming?

—¿Ming?

—Sí, porque la tía nació en la dinastía Ming y vivió hasta el año dos mil y algo, que es cuando la examinaron para datar su edad. Los científicos llegaron a la conclusión de que la almeja tenía más de quinientos años.

—¿Y ahora cuántos tiene? —dijo María.

—Ya no tiene. Para estudiar su edad, la mataron.

—¿¿Qué?! ¡Vaya científicos más malos! ¡Pobre almejita! —gritó mi hermana.

—Ya lo dijo Wordsworth en aquel poema... «matamos para diseccionar». La ciencia mata para estudiar la naturaleza.

—¡Pero eso es como si matáramos personas para saber cómo funcionan sus cuerpos! ¡Y, además, es idiota, porque si los cuerpos están muertos, no estudiamos la vida, estudiamos la muerte! —gritó Michael indignado.

—Bueno, no se puede comparar una almeja con un ser humano, pero entiendo tu espanto, cielito. A ver, dejadme que os busque el poema de Wordsworth, porque has dado justo en el clavo con este asunto de la almeja muerta.

—De la almeja asesinada —puntualizó mi hermano.

Mamá rio, fue a su biblioteca, que tiene todas las respuestas que a ella le faltan. Sacó un libro de poesía inglesa. Nos leyó los versos de Wordsworth que yo traduzco así: «Dulce es el saber de la Naturaleza; nuestra inteligencia entrometida destroza la belleza de las cosas. Matamos para diseccionar».

—Al osito-polarito le ha dado un poco de miedo, mamita —dijo María.

—Vaya, cielo, lo siento. Dile que no se preocupe.

—Vale.

Michael tomó la palabra:

—Mamá, solo una cosita más. Sabemos para qué sirven los árboles, para fabricar oxígeno. Pero ¿sabemos para qué sirven los hombres?

No olvidaré mientras viva la respuesta de mi madre:

—Los hombres solo sirven, que yo sepa, para darles nombres fabulosos a todas las cosas con el fin de poder atraparlas.

Como de costumbre, supimos que nuestra madre no era literal y Michael empezó a mirar el árbol por las tardes pensando en la dendrocronología, la dinastía Ming, las arrugas de los ancianos, la poesía, las palabras, el sentido de la vida y la pérdida.

Fue uno de esos días en los que el hermano intenso y la madre carpintera miraban el árbol, reflexionando sobre las capas de sabiduría de los vegetales. El barco se llamaba *Pequeño Arethusa*. Era un yate de madera rubia, velamen marfil. Las drizas no eran blancas, como es habitual, sino azules. Enarbolaba pabellón inglés, la cruz de San Jorge. La bandera ondeaba con alegría en nuestro atracadero y el barco me pareció un ser vivo y feliz. Ahora, veinte años después, somos adultos, estamos aquí de nuevo, en el mismo jardín. Los niños que fuimos corren a nuestro lado porque mi hermano nos lee extractos de mis cuadernos. Seguimos sin aburrirnos, limpiamos nuestras mentes, buscamos el sentido de la vida, jugando en aquellos recuerdos, sobre las mismas orillas, llegando hasta el misterioso lugar en el que empieza la ola. Esto me obsesionaba de pequeño. ¿Dónde empieza la ola? ¿Dónde está el principio del mar? Ahora que ya lo sé, ahora que la noche se engancha a pensamientos de enfermedad, me pregunto: ¿y cómo marca al hombre el universo? Mientras mis hermanos me buscaban nombres de cíclope y criticaban mi prosa, discutíamos si tal anécdota fue así o no o qué. Discutíamos si acaso importa que eso fuera de esta o de aquella manera. Hablábamos de ciencia y literatura. Enumerábamos turtos famosos. Mi hermana componía melodías. Tarareaba. Ha tarareado siempre, desde muy pequeña. Desde que imitaba el canto de los pájaros agarrada a la oreja de su

osito-polarito. La infancia está disuelta en nuestra vida adulta como el azúcar en el té. Bebí un sorbo dulce. Miré hacia el varadero. Nuestro paisaje era una habitación abierta, verde, sin puerta. Le faltaba el cierre que completa el círculo, porque no estaba el *Pequeño Arethusa* fondeado frente a mí. Un día se cerró el paisaje. Un día perfecto, hace muchos años, cuando apareció aquel hombre alto, lacónico, de mirada densa como la madera y sonrisa difícil. Bajó a tierra, se acercó a mamá. Antes de que pronunciara una sola palabra, todos comprendimos que había un antes y un después de su llegada a Joiners House.

El holandés le dijo:

—¿Eres Ana?

—Sí —respondió ella volviéndose al extraño recién arribado.

—Soy el holandés. Me han dicho en el pueblo que eres la nueva dueña de Joiners House.

—No sé si nueva, pero dueña, sí. ¿Eres holandés? No pareces holandés.

—No, no lo soy, pero me llaman así. El año pasado amarré aquí. Quería saber si este año también puedo quedarme o si vas a fondear tú.

—¿Yo tengo un amarradero?

—Aquella boya azul en paralelo con el atracadero de los botes le pertenece a Joiners House. ¿No te lo han dicho?

—Llevo veinte años viniendo a Hamble y no sabía que tengo permiso para fondear un yate de siete metros.

—Lo tienes. Consúltalo con el *harbour master*. Pagaré trescientas libras por seis meses y, luego, veremos. No siempre estoy ahí, claro, hago salidas largas. A veces no vuelvo en uno o dos meses. De vez en cuando alquilo una habitación en el hostel para recibir a los amigos...

—Ah, muy bien..., pues si la autoridad del río lo confirma, me parece perfecto. Serán trescientas libras con las que no contaba.

—Esperaba que pudieras hacerme otro favor hasta que venga en un par de semanas. Ahora estoy de paso.

—Dime.

—Tengo un violonchelo en el barco. Me ocupa mucho espacio y querría dejarlo en alguna parte.

Mamá sonrió por la inesperada imagen mental.

—Un chelo no parece el instrumento más apropiado para la cabina de un barco.

—No. No lo es. El chelo y yo hemos llegado al punto de «o tú o yo» y ha perdido él. ¿Tendrías dónde meterlo? No sé... un desván...

—¿Es valioso? No quiero que le pase nada si es valioso...

—Es grande, pero no hay que preocuparse, la funda es resistente y no es un Stradivarius.

—Supongo que puedo guardarlo en el taller, que tiene un buen candado. Es un buen hogar para un chelo.

—Sí.

—¿Sí? ¿Cómo sabes que sí?

—He oído que en tiempos fue el taller de un *luthier*.

—Así es. El taller de mi suegro. Mi marido creció aquí.

—Es un lugar increíble.

El hombre sonrió. Se estrecharon la mano. Se miraron a los ojos. Se miraron como si no quisieran soltarse la mano o como si sus manos tuvieran independencia para no soltarse si les daba la gana. Si se hubieran sentado a charlar como viejos amigos, no nos hubiéramos sorprendido. Las personas no se conocen, pero los cuerpos saben perfectamente quién es quién, qué es qué. No se interesan por circunstancias, contextos, ceremonias o convencionalismos. Dos imanes se habían encontrado. Fuimos testigos de sus gestos impotentes. El holandés le dio a mamá el chelo y se marchó con su estupendo velero río abajo. Volvería unas semanas después. Así fue cómo a nuestro amable paisaje de variados personajes —como el viejo Brian, el vagabundo Jim, Lulú, la camarera, o la mala señora Barlow— se incorporó Tom en su *Pequeño Arethusia*. Así fue también cómo a nuestro paisaje del taller, con sus formones, taladros, gatos, fresadoras, clavos, olor a cola y madera de balsa, se incorporó el instrumento musical más grande que unos niños tan pequeños habían visto «en persona».

Antes de acordarme del holandés y de su chelo, decía que mamá y Michael miraban el roble. Lo miraban juntos tarde tras tarde y ella lo miraba a solas cuando Michael se quedaba jugando conmigo y con María o cuando Michael

y yo salíamos en el bote de remos hacia el puerto deportivo. Sí, mamá miraba el árbol. Lo miraba hasta el punto de que creo que el roble también la miraba a ella con cara de decir: vale, pesada, me has convencido, súbete ya que todo saldrá bien. Pero mamá aún no se subía. Disfrutaba mirando las arrugas del árbol y, mientras tanto, los niños vivíamos el horror del frío inglés, el horror de la lluvia inglesa, el horror del viento inglés y el horror de haber perdido a nuestro padre inglés y de que algo tan supuestamente tremendo no nos sirviera de excusa para evitar a toda costa el horror de asistir al colegio.

—Si se muere tu padre y aun así estás obligado a ir al colegio —decía Michael mientras remábamos río abajo— es que claramente el colegio es una esclavitud inhumana.

—Tienes razón. No hay nada peor que el colegio. Bueno, sí. Los deberes del colegio.

—El colegio solo les interesa a los adultos porque es la fábrica que se han inventado para hacer más adultos. A los adultos no les interesa que los niños seamos niños.

—¿Tú crees que no?

—Estoy seguro. ¿No te has fijado en que no les gustan los niños de los demás? En las funciones de teatro del viejo cole, los padres esperaban a que saliera su hijo para hacerle la foto y saludar y luego, en cuanto su hijo decía su frase, se largaban a toda prisa.

—La verdad es que las funciones de teatro del viejo cole ni eran teatro ni eran funciones. Aquello era un rollazo.

—Sí, pero te digo que a los adultos solo les interesa su propio niño, y si las funciones hubieran sido medio tragables tampoco se las habrían tragado. A la mayoría de los adultos tampoco les gusta mucho que su niño sea un niño.

—¿Y eso por qué será?

—Yo creo que un motivo puede ser porque les da rabia tener que ir a trabajar para ganar dinero y nos tienen envidia.

—O porque somos ruidosos.

—Eso también. Los adultos son muy sensibles al ruido... ¿Pero es culpa nuestra si nos regalan tambores y silbatos?

—Me encantan los silbatos —dije mientras soplabla una vez por el silbato de mi chaleco salvavidas.

—¡Calla, que se van a pensar que tenemos problemas de navegación! ¡Lo que más le puede molestar a un adulto es el ruido que hacemos los niños!

—¿Y si son tan sensibles al ruido, por qué tienen niños? Los niños hacemos ruido todo el tiempo.

—¡Pues ya te lo he dicho, cabecita loca! ¡Para conseguir más adultos! No se puede tener un adulto sin tener primero un niño. Solo les importan los adultos. Fabricar más y más y más adultos. Es un instinto que no pueden evitar.

—Es que hacen falta muchos adultos para ponerle nombre a todas las cosas.

—Eso debe de ser.

—Oye... ¿qué es un instinto?

—Un instinto es todo lo que llevamos puesto en el cerebro antes de nacer. Es como si fuera un recuerdo del que nos hemos olvidado y va sin imágenes.

—Ah, ya, y nos pasamos toda la vida tratando de recordarlo.

—No, al revés. De olvidarlo. Los adultos piensan que los instintos son cosas de los animales y los hombres no quieren ser como los monos. Por suerte, un instinto nunca se olvida del todo porque es de tontos pensar que lo que se nos ocurre es mejor que lo que ya traemos heredado con la evolución de las especies.

—Ya.

Los dos nos quedamos callados, mirando las cuadernas de la barca. Al cabo de unos minutos, le dije a Michael:

—Pero los niños les hacemos gracia... ¿no? A los adultos, digo.

—Solo un rato. ¿No has visto que se mueren por saber cómo seremos de mayores? ¿No te has fijado en que siempre están preguntando «¿y qué vas a ser de mayor, bonito, qué vas a ser de mayor?». ¿Qué pasa, que ellos nacieron sabiendo qué iban a ser de mayores?

—¡Si ni siquiera queremos ser mayores!

—Bueno, yo sí quiero. Sobre todo, para poder ser de una vez mi propio jefe y que me dejen usar herramientas punzantes. No se pueden construir robots y circuitos sin objetos punzantes, pero ahora soy niño y nadie me deja usar destornilladores ni tenazas ni tijeras y eso no hay quien lo cambie.

—¡Un día haremos la revolución de los niños y se van a enterar!

—El problema es que la revolución de los niños, hermano querido, consiste en crecer.

—Eres sabio, Michael. Eres tan sabio que das mucho miedo.

—Pura observación. Debemos aceptar, pequeño conejo rubio, que los niños somos niños y que no somos personas.

Asentí, convencido de que tenía razón y viré un poco a babor porque el velero de Brian venía directo hacia nosotros. Michael se puso a cubierto y con reflejos sobrecogedores le disparó al viejo marino una ráfaga de ametralladora. Brian gritó «arghhhh» y se llevó una mano al pecho mientras se aferraba con la otra al timón de la nave..., pero sus heridas eran incompatibles con la vida y, muy pronto, el capitán del *Marion* murió entre dramáticas boqueadas. Su cuerpo inerte estaba doblado sobre la rueda del timón. Después de morirse fenomenal, Brian se incorporó de nuevo y nosotros guardamos las armas invisibles.

—Buenas tardes, pequeños grumetes. ¿Vuestra madre os deja salir solos en el bote?

—Sí, nuestra madre es una irresponsable total. Nos deja ir armados hasta los dientes y enfrentarnos con los piratas del Hamble como tú.

—Pues mucho cuidado, que ya sabéis lo que le pasó a la Armada Invencible.

—Pero la Armada Invencible se enfrentó con los elementos y el mar abierto y tú eres un jubilado de Hamblele-Rice en un río tranquilo.

—Tienes toda la razón, grumete —dijo Brian—. De todas formas, no vayáis hasta Hamble Point. Va a llover.

—¿Te lo han dicho los huesos? —le pregunté yo.

—Me lo han dicho las rodillas y las manos. ¡Maldita artritis...! Además, a las seis siempre llueve, sobre todo si la marea está alta y ya vamos por la cuarta marea del día.

—Brian, ¿tú sabes por qué hay cuatro mareas en el Hamble?

—Sé que la culpa la tiene la luna, pero poco más.

—Sí que lo sabes —dijo Michael molesto—. En Southampton hay cuatro mareas, pero en el resto de Gran Bretaña hay solo dos y quiero saber por qué.

—Eres pequeño para entenderlo, Michael. Cuando seas un poco más mayor, te lo explicaré. Lo dicho, recogeos antes de las seis o pescaréis un buen catarro.

Mi hermano se quedó hosco y callado. Odiaba que le dijeran que era demasiado pequeño para entender cosas de ciencias porque, precisamente, entendía cosas de ciencias que el viejo Brian no habría sabido desentrañar aunque volviera a nacer. Se confirmaba la teoría de mi hermano. Los adultos les hablan a los niños como si fueran de una raza inferior cuando los niños esperan y desean ser considerados sus iguales.

—Para esa hora ya estaremos merendando en casa —dije, suavizando la tensión—. ¿Te ayudamos a repostar?

Brian asintió y siguió hacia la gasolinera flotante del club de vela. Después se quejó de nuevo de su artritis y nos pidió que nos encontrásemos con él en su pontón, para ayudarle a amarrar el barco. Michael se animó, le gustaba ser útil. Según se animó él, yo me entristecí. Toparnos con Brian, que era nuestro vecino, me hizo pensar en papá. A él también le dolían las rodillas y los huesos por culpa del cáncer. Yo podía recordar eso perfectamente y, sin embargo, no era capaz de recordar su rostro. Había muerto hacía año y medio y me sentía culpable de no tener memoria de algo tan importante. No recordaba nada, cero, así que me miraba en el espejo, en el agua, porque mamá decía que, de todos los niños, yo era el que más se parecía a papá. Quizá por eso me puse a hablar de él cuando dejamos a Brian desarbolando el barco y marchamos remando río arriba, en nuestro bote *randan*, de vuelta a Joiners House. Me gustaba sacar a papá en la conversación, aunque no viniera a cuento:

—La verdad es que es un rollo que se muriera papá —le dije a Michael—, porque con eso a nuestras espaldas ya no podemos quejarnos de nada.

—Creo que no entiendo lo que quieres decir.

—Pues que ya no hay nada que pueda ser peor que haber perdido a un padre. Después de que se muera tu padre y de no haber llorado demasiado por eso, se acabaron los cuentos. Ya no podemos ir a mami a quejarnos de que nos duele un pie, o de que nos aprieta el zapato, o de que tenemos que hacer deberes aburridos echando unas lagrimitas para ver si se ablanda.

—Tienes toda la razón, *little buddy*. La muerte del padre nos calla la boca con todo lo que antes llorábamos genial.

—Oye, ¿sabes lo que estaría bien? Inventar una pócima para alcanzar la inmortalidad. Si fuéramos inmortales no habría que trabajar para vivir y no tendríamos que ir al colegio.

—Entonces vas a tener que hacerte inventor. ¿Tú quieres ser inventor?

—No, no quiero, pero... ¿una pócima así no la inventaría un médico?

—¡Qué va! *Don't be silly!* ¡¿Cómo va a inventar un médico la inmortalidad?!

—Anda, ¡¿y por qué no?! —pregunté.

—¡Pues porque si la gente dejase de ponerse enferma, todos los médicos se quedarían sin trabajo!

—Ah, ¡jajajajá! ¡Es verdad!

—Ay, si es que no piensas, hermanito, no piensas.

—Bueno, a lo mejor luego la gente se aburre sin morirse y ya no quiere ser inmortal y hay que inventar una nueva profesión para matarlos.

—Claro, habría que inventar los antimédicos.

La verdad es que pensábamos mucho en la muerte porque todos sufríamos un duelo del que nadie era consciente. Cada uno lo vivíamos a nuestra manera. Michael, cabreado con el mundo y con su nueva tutora, disléxico perdido, negándose a leer y escribir, planeando túneles para escapar de sus cárceles reales e imaginarias como hacían sus héroes de *La gran evasión* o de *Cadena perpetua*. María, negándose a hablar durante horas a causa de su extraña tartamudez, que iba y venía como el Guadiana, en medio de una desolación ondulante y lacrimógena, y yo, hablando a veces por los dos hermanos silenciosos —el enfadado Michael, que casi nunca quería estar con nadie, y la tartamuda María, que callaba a voluntad— y sufriendo con los deberes y

preguntándole a mamá a modo de escapismo intelectual todo lo que tuviera que ver con las únicas tres cosas que me importaban en el mundo: los dinosaurios, los planetas y el sistema circulatorio.

Hamble. Miércoles, 2 de marzo

Desde mi roble junto al río veo más allá de las vallas de nuestros vecinos. Observo cosas tristes, como los caminos cruzados en forma de ocho, o en forma de símbolo infinito, por los que *Sir Isaac Newton*, el perro de nuestra vecina Daniels, trota durante sus horas de soledad envuelto en ladridos de auxilio. Pensé en todos los perros del vecindario que oyen a otros perros ladrar desde sus casas. ¿No es una tortura escuchar a tus semejantes y no verlos jamás? Los perros viven en la cueva de Platón. ¿No es terrible sentirse desgajado de la manada y no saber por qué? ¿Echa de menos el perro de finca jugar con otros perros? ¿Se ha acostumbrado? ¿Son los ladridos de otros perros un lenguaje para él o son un ruido más, sin ningún significado? ¿Entiende el perro la angustia? ¿Cree el perro de finca que los otros perros son invisibles? ¿Que son voces imaginadas? ¿Que son ficciones? Los perros de finca nunca pasean. Qué horror. Si yo fuera perro escaparía. Derribaría la valla del jardín. Los hombres no damos por hecho las estrellas solo porque siempre estuvieron ahí. Preguntamos, indagamos, buscamos causas, estelas. Las nombramos para atraparlas. Ya, un hombre es un hombre y un perro es un perro, pero si yo fuera perro saltaría esa valla en busca de los demás. Sin embargo igual que las personas, igual que los niños, me he fijado en que muy pocos perros son escapistas. Michael se sentó a mi lado. Debió leer mis pensamientos, porque dijo:

—Mamá, ¿por qué cantan los periquitos de la vecina en sus jaulas? ¿Es que no echan de menos volar?

—Pues yo me imagino que cantan porque están acostumbrados a sus barrotes. Es posible que no sepan que pueden volar.

El día en que casi matamos a la bruja, subíamos desde el colegio, en coche, hacia uno de nuestros lugares favoritos: el enorme hipermercado Tesco. En los márgenes de la carretera vimos a unos hombres encaramados a los árboles. Podaban sus ramas.

—Mamá, ¿a los árboles no les duele que les corten las ramas? — preguntó María.

—Esperemos que no, cielito, porque sería terrible si les doliera.

—Mamá... —dijo Michael—, ¿dónde tienen los árboles el corazón?

Mi hermano no preguntaba nada al azar y menos cuando ponía esa cara de gato que se zampó al canario.

—Los árboles no tienen corazón —dijo mamá sin ser consciente de que estaba cayendo en una trampa—. Me sorprende muchísimo que no lo sepas. ¿No se supone que eres un fuera de serie?

Michael se relamía de gusto, la tenía donde quería y pronto la dejaría frita:

—Creí que habías dicho que todo sistema de circulación necesita una bomba para vencer la fuerza de la gravedad. Hay árboles de veinte, treinta metros de altura. Si los árboles no tienen corazón, ¿cómo se las arreglan para mandar la savia desde las profundas raíces hasta las ramas más altas?

—Ostras, qué buena pregunta y qué poca o qué nada respuesta tengo para darte. Bendita enciclopedia —dijo mi madre—. No te preocupes, que en cuanto volvamos a casa os lo busco y os lo encuentro y os lo cuento con mi gracejo habitual.

De pronto, un perro negro de hocico blanco y orejas largas y colgantes se tiró a la carretera seguido de su dueña. Mamá, que siempre conducía muy atenta, juró en un idioma inventado y logró frenar a tiempo para no aplastarlos.

—Mamá, que sepas que los frenazos siempre suceden cuando menos los esperas y como no los esperas, siempre te pillan desprevenido y por eso... ¡odio los frenazos!

Mientras mi hermano refunfuñaba, los demás mirábamos muy molestos a la mujer del perro. Era miss Barlow, la nueva cuidadora de la señora Daniels, nuestra vecina. No soportábamos a miss Barlow. Era la única persona adulta que no se moría cuando le disparábamos y no solo no se moría, sino que nos miraba desaprobadora, como si pensara que nuestros dedos pudieran estar cargados de balas reales. Miss Barlow era nueva en el barrio y cuidaba desde hacía un mes a la vecina porque, al parecer, Daniels (todos en el barrio la llamaban Daniels, sin el miss delante) estaba pasando una mala racha de salud y necesitaba una enfermera. En ese mes, la Barlow había conseguido que todos la odiáramos. Siempre nos estaba mirando por encima de las gafas, como si sospechara de cada uno de nuestros movimientos e imaginara un crimen detrás de los rododendros de Joiners. La

verdad es que el sentimiento era mutuo. A nosotros nos parecía que paseaba a solas por el jardín de la señora Daniels como si la casa fuera suya, como si el río fuera suyo, como si pudiera parar el viento o como si fuera una delincuente, capaz de cualquier cosa, incluso de matar. No andábamos desencaminados. Daniels, en cambio, parecía una mujer amable, dulce. Nuestras observaciones confirmarían la voz del instinto. Precisamente el día en que mi hermano y yo conocimos a la blanca anciana, remábamos frente a su jardín, charlando de nuestras preocupaciones:

—Hermano, estaba pensando en eso que hablamos del ruido el otro día —me dijo Michael.

—¿Del ruido que hacemos los niños?

—Sí. Me di cuenta de que tú también piensas que los niños somos ruidosos.

—Los adultos se quejan todo el rato de que lo somos, sí. ¿No lo somos? —pregunté desconcertado.

—He dedicado estos días a llevar a cabo una observación exhaustiva, aplicando el método científico y todo ese rollo, y no he encontrado ruido en ningún paraje en el que haya niños entretenidos.

—¿No?

—No. Fui con mi minicámara de vídeo por el recreo del colegio y grabé a muchos niños jugando. Unos fingían ser Batman y se lanzaban desde el tobogán. Otros excavaban afanosamente en la tierra. Cinco niñas estaban sentadas en corro, charlando y cambiando cromos. Otros dos se llevaban en carretilla el uno al otro. Escuché muchas risas, mucha alegría, pero nada de ruido.

—A lo mejor, a la risa los adultos le llaman «ruido».

—Eso es como decir que las olas del mar hacen ruido, o que los pájaros cantando a todo pulmón hacen ruido.

—Pero los niños no somos ni pájaros ni mar.

—¿Y quién dice que el ruido del mar es bonito pero la risa de un niño no? ¡Los adultos!

En ese momento filosófico, cruzábamos con nuestra barca por delante del jardín de Daniels. Ella estaba bajo su gran magnolio en flor, sentada cerca de la orilla. Era toda blanca, pelo blanco, tez blanca, ropa blanca, y

descansaba enmarcada por las flores cuasiblancas de magnolia y el aroma feliz, que olía a blanco porque había llovido. Al verla echamos de menos a la abuela, que se había quedado en España, y nos encariñamos con Daniels inmediatamente. Michael le aplicó el test de inteligencia acostumbrado y le disparó una ráfaga.

—Tatatatatatatatatatá.

La anciana se llevó las manos al pecho con tan buenos reflejos que por un momento pensamos que le había dado un infarto. Daniels murió con un espasmo encantador, la lengua fuera y ladeada y los ojos desorbitados. Sus últimas palabras fueron:

—Ahrrrggg... ¡Habéis ametrallado a la malvada bruja de la casa de chocolate!

—Tu casa no es de chocolate y no eres una bruja —dije entre carcajadas.

—¿Cómo lo sabéis? —dijo la señora Daniels.

Michael remó hasta su embarcadero. La marea estaba muy baja y había que saltar al barro porque las tablas quedaban lejos, pero eso nos encantaba. Después de chapotear un poco en el suave lodo amarillo de su casa con los zapatos buenos del colegio, nos acercamos a ella.

—Lo sabemos, porque una verdadera bruja no se muere con las balas de los niños. Las brujas necesitan balas de plata.

—¿Las balas de plata no son para los hombres lobo? —dijo risueña.

—Los hermanos Grimm matan a una bruja disparándole botones de plata. Bueno, los hermanos Grimm escribieron el cuento en el que pasa eso, ellos no mataron a nadie, que yo sepa.

—Qué niños tan majos. ¿Cómo os llamáis?

—Yo soy Obi Wan Kenobi y este es Darth Vader, pero tú puedes llamarnos Michael y Richard Martin.

La anciana Daniels rio encandilada. Michael causa ese efecto instantáneo en la gente. De niño tenía el humor de un adulto cínico y ahora, de adulto, tiene el humor de un niño gamberro.

—¿Qué te pasa en los ojos? —le pregunté yo.

—Veo un poco mal, pero estoy bien, aunque me salen unos terribles cardenales en las caderas.

—¿Y eso?

—De darme porrazos contra el piano.

Todos reímos de nuevo.

—¿Y a vosotros, qué os pasa? —nos preguntó la mujer de vainilla.

—Que somos nuevos en Inglaterra, pero también estamos bien. Oye, ¿tú crees que los niños hacen más ruido que la gente?

—Los niños sois acción y emoción, pero nunca ruido. Hacen ruido los coches, las motos, los adultos en el *pub* viendo un partido. El ruido de los niños se llama imaginación y es siempre bienvenido en mi jardín.

—Atención, Richard. *This old lady rocks!*

Pero, en ese momento, nuestra conversación fue interrumpida por la señorita Barlow, que no era nada guay y que asomó la cabeza por la ventana del salón diciendo:

—¡Jane, dile a esos niños que no te agobien, querida, que no vamos a comprar más papeletas para la rifa de los *scouts!*

Qué mal nos caía la señorita Barlow. Tenía algo siniestro en su cara tan simpática. No hay nada peor que una sonrisa falsa. Vuelve feos a los guapos igual que la sonrisa verdadera convierte en adonis a los más brutos. A Barlow, la fealdad se le salía por los ojos.

Pero volviendo al frenazo con el perro y a Michael agitado por la inoportuna inercia... No. Mamá no se la llevó por delante con el coche, lo cual fue una pena. Una pena muy grande. Lo que sí hizo mamá esa noche, al volver de la compra, fue conectarse a Internet y leernos varios artículos que tenían que ver con la savia de los árboles. Así nos enteramos de que los minerales que las plantas absorben del suelo disueltos en agua suben hasta arriba por capilaridad y ósmosis. La química le gana la batalla a la fuerza de la gravedad, pues unas moléculas llaman a otras hacia lo más alto, hasta la evaporación por las hojas, en una orquestada coordinación de efectos biológicos. No soy botánico, y debo de ser muy mal cardiólogo, porque lo que a mí se me quedó de todo aquello es que un árbol, igual que una persona, es un enorme corazón.

Hamble. Lunes, 14 de febrero

Mirando el árbol para construir la casita de madera, comprendo que su copa no solo es lo que creemos que es: algo bello, denso y verde, que hace un agradable sonido con el viento y que libera nuestro oxígeno necesario. Esto del oxígeno lo hemos pensado todos alguna vez, por supuesto, pero es un pensamiento banal. Un bonito cliché. No quiero ser superficial. La muerte me ha enseñado a no pasar de puntillas por mis propios pensamientos. Que los árboles son estupendos es una obviedad que la piensa cualquiera y, además, es un punto de vista humano. Debo ser pájaro, agua, hoja, niña de nuevo. Me decido a pensar en el árbol con profundidad. El árbol se agita y gracias a sus movimientos puedo ver el viento, ese amigo invisible cargado de polen, y pienso que un árbol es un perfecto diseño de red atrapadora de partículas. Trato de imaginar si alguna de esas partículas de polen, de lo que sea, vendrá del otro lado del río, o quizá desde más allá, Gosport, o incluso de Portsmouth o de la isla de Wight. El viento es muy fuerte. Las motas de polen son microscópicas. Para verlas, me las imagino de algún color. Miles, millones de partículas de polen amarillo, rojo, turquesa invaden los robledales, las alamedas, los tejares, los hayedos, como bancos de crill, ese plancton invisible que engullen las ballenas. Cada pequeña hoja de mi árbol recoge dióxido de carbono, el gas que nos envenena. Cada pequeña hoja cuenta y los árboles nos salvan de morir ahogados en todos los sentidos. Quiero subir a un árbol, extender mis brazos hacia el cielo, atrapar el mundo invisible entre las ramas y convertirlo en mi hogar.

Hamble. Miércoles, 16 de febrero

Dos semanas después de nuestro primer encuentro, Tom regresó en el *Pequeño Arethus*. El holandés es en el humor, en su visión de la vida, en la rapidez de reflejos y sobre todo en la mirada irónica, igual que el padre de mis hijos. ¿Cómo no preocuparme? La vida está en la mirada. No sé quién dijo esto una vez. Tal vez fue Jim, nuestro vagabundo. La vida está en la mirada. Tom tiene la misma mirada del hombre del que me enamoré una vez. El viajero constante, el David que no quería tener hijos, que no creía en la familia o en la humanidad, siempre huyendo o buscando. Buscar es huir de lo que nos falta. Hay que sentirse lleno. Él no lo estaba cuando nos conocimos. Siempre cambiando de aguas para poder respirar, ligero de equipaje, compensando con sus acciones leves los graves pecados de sus progenitores. Creo que son los tiburones los que siempre deben estar en movimiento. No tienen opérculo. Si no nadan, el agua no pasa por sus branquias y se ahogan. No podía volver a querer a un tiburón, por mucho que después, con los años, con el nacimiento de los niños, con el cáncer, con lo inevitable, David se hubiera convertido en un ser de amor verdadero. Yo no podía querer a Tom y, sin embargo, fue amor a primera vista, que es como es el amor.

Una mujer manca y despernada

Hamble. Viernes, 2 de septiembre

Escoger los materiales apropiados para construir una casa en un árbol puede ser muy complicado. Evidentemente, existen casas en kit. Una casita de juegos en un kit tiene varios problemas. Por una parte, es imposible ajustarla al árbol sin tener que cortar ramas aquí o allá porque un kit no está hecho a la medida y el árbol es como quiere. No podemos plantarle una casa cualquiera encima y echarle la culpa al árbol por tener las ramas retorcidas o en todas direcciones o la copa demasiado densa. Luego ocurre que una casa en kit es carísima. Y ya, para colmo de males, resulta que a esas casetas fabricadas en masa les falta todo el amor. Opino que una casa hecha para todos igual no puede funcionar, sobre todo si los niños son intrépidos e inteligentes. Ya, ya sé que, de momento, a cualquier niño le hace ilusión una casita prefabricada, sea de plástico o de madera, pero a mí no. A mi modo de ver, lo divertido de construir la casa en el árbol no es el resultado, es el proceso, es pensar en el niño y en lo que le gusta y conseguir que disfrute y que se implique al ofrecer su opinión. Lo divertido de ser arquitecto arbóreo y madre arborescente es construir para un cliente con gustos personales. No escuchar a tu cliente mientras construyes su casa sería absurdo, puesto que es el niño quien ha de ser feliz en su interior. Los mismos principios de una casa en un árbol pueden aplicarse a la educación.

Un glorioso día, mamá cambió su taza de caldo humeante por un cuaderno. Seguía mirando el árbol, seguía sin empuñar un serrucho, pero había comenzado a trazar simpáticos bocetos. Poco después de terminar el primero, nos implicó en el proyecto. Michael, María y yo nos sentíamos como los propietarios de una parcela a punto de cumplir sus sueños más burgueses. A mí todos los bocetos me encantaban, no me preocupaba cómo sería la casa, porque lo que yo quería era que mamá empezara a darle al martillo. Michael no. Michael miraba los bocetos como lo haría un adulto, imaginándose dentro, poniéndose en situación, pensando en los detalles con una precisión que todos apreciábamos con admiración.

—¿Cómo la queréis? —nos preguntó la madre-carpintera mientras escogíamos entre varios diseños hechos con bolígrafo bic. Yo me encogí de hombros, María se subió al regazo de mamá sin hablar (ese día estaba tartamuda) y, como ya era habitual, Michael tomó la palabra:

—Quiero que tenga una trampilla por la que se pueda tirar una escala de cuerda. Quiero poderme subir y recoger la escala del todo para cerrar la trampilla. También necesito que tenga un cerrojo por la parte de dentro para que nadie más pueda subir si yo no quiero. También necesitaré una repisa para todas mis armas y es muy importante que tenga ventanas en todas las direcciones para ver llegar al enemigo.

—Muy bien, cariño. ¿Esperas muchos enemigos maléficos a tomar el té? —dijo mamá.

—Lo normal en estos casos —dijo Michael con media sonrisa—. Al hombre de arena, a diez o doce terroristas internacionales, al conde Dooku, a Darth Vader, al policía de metal líquido de *Terminator*...

—OK, entiendo. ¿Y tú, María? ¿Qué vas a necesitar, mi amor? —le preguntó mamá.

—Un telescopio para ver los barquitos y una ca-a-aa-a-amita para acostarme con mi osito-polarito.

—Una camita. Genial. Dalo por hecho, cielo, y el telescopio lo pido esta misma tarde por Internet. ¿Y tú, Richard?

—Yo me conformo con que no nos podamos caer.

—¿Tienes miedo de que no sea segura?

—Sí.

—A la casita del parque te subes sin ningún miedo.

—Ya, mamá, pero esa la han construido unos carpinteros profesionales.

—¿Qué pasa? ¿Te crees que voy a poner menos cuidado en construirla que un profesional? ¿Piensas que, siendo mis propios hijos, no me preocupáis más de lo que le preocupáis a los profesionales que hicieron la casa del parque?

—Precisamente, como somos tus hijos —dijo Michael—, si nos caemos no te vamos a demandar.

—Muy gracioso, pero no os caeréis. Uno solo se cae de los sitios cuando piensa que se va a caer.

—O cuando el sitio es como uno de esos puentes de cuerdas por los que cruza Indiana Jones y que siempre se están rompiendo en el momento más inoportuno.

—Lo tuyo con Indiana Jones es un poquito obsesivo.

—Cállate, hermano.

—Mi casa en el árbol no se romperá. Al menos no el primer día. ¿Sabéis por qué quiero construir ahí arriba, en lo más alto de ese roble? —nos preguntó mamá.

—¿Para cumplir el sueño de nuestra infancia? —dijo Michael cargado de ironía.

—Eso también, pero no. —Rio mamá.

—¿Pero no?

—¿Para educarnos en el arte de la carpintería? —pregunté yo entrando en la guasa.

—Eso también, pero tampoco es lo principal.

—¿Pues para qué es principal la casita, mamita? —dijo la pequeñita.

—Es complicado, queridos amantes de los diminutivos. Todas las noches me lo pregunto a mí misma y creo que es, sobre todo, para que os acostumbréis a que nuestra vida no es perfecta, como las casas elevadas a las que os subís en los parques. No es perfecta, pero es mejor.

—Eso no tiene demasiado sentido, mamá. No hay nada mejor que la perfección —dije yo.

—Tiene todo el sentido. La perfección al modo en el que es entendida por el hombre es una quimera insufrible. En el parque pensáis que no podéis caer, que es muy difícil caerse, a pesar de que también os podéis dar un buen batacazo. Y no lo pensáis porque allí todos los niños se suben y los adultos les dejan subir sin ningún miedo y dais por hecho que es seguro. Lo veis natural y no os caéis. Las casas en las alturas de los parques y los juegos de escalar son peligrosos y al mismo tiempo no lo son. Todo es peligroso y al mismo tiempo no lo es. Lo que vemos natural no asusta y, sin miedo, todo es menos peligroso porque el miedo nos atenaza y nos hace cometer errores.

—¿Hablas de la confianza, de tener confianza en uno mismo?

—Hablo de la confianza, sí. Hablo de no preocuparse de ciertas cosas. Hablo de que de mi casa en el árbol os podéis caer igual que de la del parque. Hablo de que dudar es malo. La duda es una vía de agua en el barco más fuerte.

—Y la seguridad y la arrogancia hundieron el *Titanic* —dijo mi hermano.

María soltó una carcajada. Amaba a mi hermano. Yo también.

—Hijo, ¿siempre tienes que tener la última palabra?

Mi hermano sonrió de medio lado. Nos abrazó a María y a mí.

—Queridos hermanos —añadió—, parece que un buen batacazo no nos lo quita ni Dios.

Todos reímos. María estrujó con fuerza el peluche y comenzó a canturrear.

—Hay otro motivo más para que quiera haceros esta casa —dijo mamá.

—¿Cuál? —preguntó María la melódica, mientras estrangulaba a su osito polar.

—Para que cuando seáis mayores sintáis el irrefrenable impulso de querer construirles una casa a vuestros propios hijos. He descubierto, con la edad y con la maternidad, que cuando se tienen hijos cuesta mucho trabajo no repetir lo que nuestros padres hicieron por nosotros. Tanto lo bueno como lo malo. Quiero hacer solo lo bueno para que os convirtáis en tipos estupendos.

—Y tipas —dijo María.

—Y tipas, pequeña monada rubia —replicó mamá dándole un achuchón a nuestra hermanita.

—¿Sabes, mami? —dijo María—. Mi animalito favorito es el estegosaurio.

—Menos mal, cariño, por un momento creí que ibas a decir que querías un perrito.

—El estegosaurio se extinguió con el meteorito.

—Sí. El estegosaurio y todos los dinosaurios.

—Mamá, ¿y cómo saben los científicos lo del meteorito? —pregunté yo.

—Porque han taladrado muy profundo en el polo, han analizado la composición química de la capa de la tierra que corresponde a la época de la extinción de los dinosaurios y todo indica que hubo un cataclismo que se

corresponde con el impacto de un meteorito gigante.

—¿Y por qué lo saben? ¿Qué es lo que prueba que hubo un meteorito? —preguntó Michael.

—Las capas de la tierra son como los anillos de los árboles —dije yo.

—Yaaa, yo digo que qué elemento químico han encontrado en esa capa de tierra —protestó mi hermano.

—Iridio. Han encontrado iridio, que es un metal que llegó con el meteorito que impactó en la tierra hace sesenta y cinco millones de años.

—*Wow!*

—Los científicos son los detectives del tiempo —añadí. Mamá rio. La frase fue muy aplaudida y, después, dijo la pequeñita:

—Creo que lo he entendido todo, mami, pero, por favor, ¿me lo repites?

Cuando mamá nos volvió a explicar lo del iridio y que era uno de los metales más densos y más raros, y otras muchas cosas más que miró en la enciclopedia, María comentó que cuando fuera mayor y tuviera niños les contaría las mismas cosas que ella nos contaba con tanta paciencia porque era muy divertido. Michael lanzó una exclamación que le salió del alma:

—¡Bah! ¡Yo nunca tendré niños!

—¿No? ¿Y por qué no? —preguntó mamá decepcionada.

—Porque ser niño duele demasiado.

Y sí que dolía. A mí me dolía crecer. Odiaba la idea de ser demasiado mayor para recibir los abrazos de mi madre. Odiaba la idea de dejar de ser niño. Era una angustia constante. Cuando mamá nos dejaba en el colegio, llorábamos siempre al separarnos de ella. Michael y yo tratábamos de ser valientes, pero el colegio no nos interesaba lo más mínimo. En el colegio no había respuestas. Era un lugar árido, frío, inhóspito, lleno de actividades majaderas, como colorear, y, además, el colegio estaba lleno de niños. Niños por todas partes que parecían muy conformes con estar allí. A mí me aterraban los niños. No sé por qué los adultos creen que los niños debemos estar con otros niños a toda costa. A mí no me gustaban los niños que disfrutaban del colegio, que sabían estar en el colegio. Bueno, no es que no me gustasen, es que no tenía nada en común con ellos. Yo no deseaba estar allí. Yo quería

hablar del sistema circulatorio, de la almeja más longeva del mundo, de la dinastía Ming, del horizonte de sucesos de un agujero negro. Las preguntas se me agolpaban durante el día. Pensaba muchas cosas mientras nos obligaban a colorear tonterías: ¿por qué es azul el cielo? ¿La luna tiene placas tectónicas como la tierra? ¿De dónde viene el pis? ¿De qué está hecha la lengua? ¿Cuántos músculos hay en la cara? ¿Cómo funciona el ojo? ¿Cómo es posible que nunca se pare el corazón? ¿Por qué los antiguos pensaban que la Tierra era plana? ¿Por qué los antiguos se enfadaron tanto con Galileo cuando dijo que la Tierra no era plana? ¿Fue Galileo el que dijo que la Tierra no era plana o él solo dijo que giraba alrededor del Sol? ¿Quién dijo que la Tierra no era plana? ¿Cómo es posible que existiera alguien tan malo como Hitler? ¿Por qué en las burbujas de jabón hay siempre un arco iris? ¿Por qué empieza una guerra? ¿Para qué sirve el viento? ¿Por qué hay cuatro mareas en el Hamble? ¿Existe una persona tan pequeña que no la podamos ver? Después, terminada la tortura de coger el lápiz, acababa el colegio, llegábamos a casa, nos poníamos con los deberes y apenas quedaban horas del día para saber todo lo que necesitaba saber, porque después de trabajar tanto para aprender tan poco solo me apetecía jugar y me olvidaba de las preguntas. Lo que no entiendo es por qué cada vez que mamá me decía al salir de clase:

—Cariño, ¿qué tal hoy en el colegio?

Yo le respondía:

—Muy bien.

Siempre decía «muy bien» cuando en realidad debería haber dicho: «Muy mal, fatal, hoy hemos pasado todo el día coloreando. Un coñazo total».

Un día le pregunté a mis hermanos:

—¿Vosotros sabéis para qué narices sirve colorear?

—Colorear es aburrido —dijo María.

Como siempre, fue Michael, con su innata sabiduría, el que nos sacó de dudas:

—En el cole nos obligan a colorear para que aprendamos a hacer cosas aburridas, hermanito.

—¿Y por qué tenemos que aprender a hacer cosas aburridas?

—Porque los adultos tienen que hacerlas todo el rato.

Hamble. Sábado, 3 de septiembre

Cerca de aquí hay un castillo, el castillo de Netley. Lo han reconvertido en pisos de lujo con vistas a Southampton Waters. Tuve una relación bastante larga con un hombre al que mis hijos llamaban el príncipe de Netley, porque vivía en este castillo. El piso del que hablo es amplio, luminoso. Está junto al agua del estrecho. Es bonito, pero no más bonito que cualquier piso común y corriente. Cuando estás dentro, ni siquiera sientes que estás en un castillo. Nada en él te hace ser mejor, estar más feliz, sentirte privilegiado. Nada te une a la historia de sus paredes o a las batallas vividas entre almenas y rompientes de pedernal. Es pura fachada, como el dueño del piso. Los constructores sacaron hasta la última veta de su alma para instalar cocinas modernas, ventanas climáticas y suelos de madera laminada imperturbables al paso del tiempo. Las vistas a la bahía tampoco son las mejores del mundo. Llega un momento en el que olvidas Southampton Waters y te cansas de ver petroleros. Las de mi descoyuntada casa de Joiners sí son perfectas porque tengo ahí el río, los veleros, la normalidad de otros seres humanos remando esforzados y, además, ocurren cosas. Ocurren mientras discurre el agua. El tiempo pasado existe ante mis ojos. El hombre más normal en su barca tranquila es de una belleza indescriptible, pero con nuestras miradas superficiales no valoramos lo que tenemos delante. Tenemos delante la historia.

Desde ese piso en lo más alto del castillo se ve el mar, sí, pero también un complejo industrial bastante horroroso. John, el dueño del piso, se arrepiente de haberlo comprado. Yo sé que el viento, el temible viento que abre su alma y azota la calma y le obliga a tener las ventanas cerradas al mundo, también le hace sentirse idiota por haberse enamorado de un piso corriente pensando que se trataba de un castillo, pero nunca confesará su error. Es la perfección fingida.

Atornillando mi casa en el árbol aprendí que nunca es mejor un castillo comprado que lo que construimos con las manos, el ejemplo y la fuerza de voluntad. Aprendí que la felicidad no se compra, la felicidad no se encuentra. La felicidad se transmite de padres a hijos.

Mamá capitaneaba Joiners House con pericia. La clientela y las pensiones de orfandad cubrían nuestras necesidades. Además, ella no esperaba hacer dinero. Tenía la teoría de que eliminando el deseo de hacer fortuna se eliminaba también el estrés del éxito. Muchas veces nos explicó que su objetivo no era hacer negocio, sino acompañar, abrir las puertas a la vida, inspirar, recibir, dar, dejar que entrase el río con sus gentes, los barcos, el mundo. Decía que todo lo que hacía, todo, era para educarnos... y que haciendo eso, viviendo lo que uno hace, viviendo en el amor, se tiene éxito

aunque no se quiera. Y lo tuvo. Esos años fueron un éxito familiar en todos los sentidos. Mamá tenía toque para crear hogar y, con sus libros, sus cuentos y su alimento conseguía que el navegante arribara a un lugar soñado, una especie de Shangri-La del pensamiento del que odiaba marcharse y al que amaba volver. Los extraños se volvían amigos, le escribían emails, a veces hasta le enviaban postales o incluso antediluvianas cartas de papel. Estos amigos de la casa recomendaban el lugar con entusiasmo. Otros huéspedes llegaban cansados de su vida y se marchaban más guapos porque sonreían con paz verdadera, un horizonte al que aspirar. El secreto era la simpleza. En Joiners House todo era original. Original en su acepción de raro o escaso y original en su acepción de primigenio, inicial, auténtico, básico, sin disfraz. Uno no encontraba folletos de excursiones tópicas en un mostrador, porque no había mostrador. Uno no encontraba butacas floreadas en un *hall* de entrada que solo adornan pero que no sirven para sentarse, sino un sólido banco de cedro para quitarse las embarradas *wellingtons*, que es como los ingleses llaman a las botas de agua —que se llaman así en honor al héroe de Waterloo, ese duque al que los niños ingleses nos imaginamos con melena al viento, chapoteando en los charcos de la batalla, entre risas y olor a pólvora—. En Joiners House uno no encontraba decoración de circunstancias en la pared, con estampas y reproducciones campestres, que es lo que hay en cualquier hostel. Uno vivía la estampa porque entraba en ella al encararse con la chimenea encendida, la alfombra cálida y el perro dormido —aunque es cierto que el perro vino después—. En la pared de mi casa había una biblioteca, dibujos originales, óleos de artistas locales, esculturas y grabados, fotografías de calidad. Nuestro gusto. Nuestro mundo en ofrenda. En Joiners House uno no se encontraba con un menú plagado de platos absurdos para niños, como lasaña con patatas fritas o albóndigas entomatadas con espaguetis. Uno probaba comida simple, buenos productos de pasta, filetes tiernos a la plancha, deliciosas ensaladas en verano, setas de verdad, alubias con almejas, pescados del día sacados del Solent al curricán, gambas a la gabardina, cangrejos recién cogidos por nosotros del río Hamble con arroz bomba La Fallera, tortilla de patatas, honesto jamón y croquetas, ¡croquetas! Los ingleses adoran las croquetas, ese gran invento español. Uno no se arrinconaba en un comedor anónimo, uno compartía mesa y mantel con otros

invitados y sangría, que se servía gratis, en la terraza, entre las campanillas y los jacintos de nuestro jardín, a la hora del aperitivo. Uno no encontraba en nuestra casa parejas silenciosas mirando el agua, sino combinaciones de personajes originales de aquí y allá, porque Dios los cría y nosotros nos juntamos, sentados a una gran mesa redonda, charlando a cualquier hora del día y, sobre todo, al atardecer. Eran reuniones más propias de un juego de Cluedo que de un real y campestre hotelito inglés. Mamá no quería tener éxito y ser esclava del lugar —como el señor Marsh de esos helados que vendía como churros—, y por ese mismo motivo, porque no se esforzaba, su casa de huéspedes estaba siempre llena de nativos que venían a comer o a cenar y de foráneos que venían a disfrutar de la vista del río y se sorprendían descubriendo a una mujer deliciosa que les abría los ojos a veces y otras, si eran muy muy afortunados, les abría con la risa el corazón. Mamá escribía una historia. Nosotros éramos el papel; el río Hamble, la pauta.

—El éxito, hijos —nos decía—, es ser buena persona.

A esos huéspedes habituales —entre los que se encontraban Brian y Marion, Andy, el revisor del tren, o los bailarines Elaine y Ramón— se unió John, otro hombre silencioso, al que muy pronto mi hermanita María comenzó a llamar «El príncipe azul» porque vivía en uno de esos pisazos de lujo que miran hacia los petroleros de Southampton Waters. Era rico y guapo y se comportaba como los príncipes de los mejores cuentos, o los Heathcliff de las mejores Brontë. Vivía en el castillo de Netley y siempre vestía traje azul marino.

A mamá le intrigaba bastante aquel supuesto príncipe azul, pero sabía disimular estupendamente sus afectos y su curiosidad cuando le daba la gana, así que le fue dejando acercarse sin hablarle. Ella no era nada cotilla. No preguntaba, solo observaba y, además, se negaba a empezar una conversación que podía molestar a alguien que claramente venía a escuchar, cenar y dar un paseo. También hay que decir que recién muerto papá, en España, a mi madre no le faltaron los moscones y había aprendido que, a su edad, esos pretendientes divorciados, acostumbrados a la soledad, solían ser muy mal negocio emocional. Por eso, a los nuevos candidatos los tenía a raya, por mucho que vivieran en un castillo con vistas al mar. Les aplicaba la misma teoría que al éxito de su negocio:

—El amor, niños, llega cuando no se busca.

María y yo éramos impacientes y muy partidarios de tener un padre y más siendo este «príncipe azul» un hombre libre de ataduras, que vivía en Netley, uno de nuestros lugares favoritos. Michael, en cambio, no parecía muy amigo de la idea. La verdad es que Michael había hecho lo que hacen todos los chicos que sufren con la muerte de su padre y que necesitan superar su dolor: tratar de sustituirlo. A sus cinco años y medio, recién esparcidas las cenizas de papá, Michael le dijo a mamá:

—Ahora yo soy el papá de esta casa.

Mi madre se quedó alucinada. Michael nos miró a María y a mí y repitió su edípica sentencia:

—¿Habéis oído, niños? Ahora yo soy vuestro papá.

A mí no me pareció nada mal, pero mamá se encargó de corregirle, claro, y de decirle que de momento y con su permiso ella sería el papá y la mamá de la familia. Como conozco a mi hermano, que era un muchacho de mirada intensa y gran, enorme, corazón, sé que aquella no fue una frase dicha por mandar, sino la necesidad vital de evitar que su padre muriera. Fue el deseo de que papá siguiera vivo en su mente y en su piel. Porque ahí viven los muertos. En los gestos. En ese echar a rodar de ojos con el que mamá y Michael muestran su desesperación irónica y que dicen que es robado de papá, o en la risa a carcajadas exageradamente grave. Los gestos familiares pertenecen a un idioma que hablaban los tres y que no querían dejar morir. Un idioma que los hermanos pequeños, que no pasamos suficiente tiempo a su lado, también terminaríamos por aprender. Las palabras, las entonaciones, nuestras vidas... las inventaron los muertos.

Lo de María fue peculiar. Ella gestionó la tragedia diciendo:

—Mami, ¿sabes qué? Yo no tengo papá. Se ha muerto el papá de Richard y de Michael, pero él no era mi papá. Yo solo tengo mamá.

—Cielo, eso no es así —le dijo nuestra madre. Pero María se empeñaba en aquello, como si se negara a tener una pérdida, o quién sabe, como si tratase de consolar a mamá fingiendo que ella siempre había sido la única que de verdad nos importaba.

—No, yo no tengo papá —reiteró mi hermana.

Que Michael se hubiese erigido en nuestro padre no era el único motivo por el que no quería que mamá se enamorase del príncipe de Netley. Él prefería al holandés.

Floreceían las camelias rojas y blancas cuando vino por segunda vez el holandés a fondear en nuestro punto de amarre. Era una especie de huésped que no nos hacía ni caso y que pasaba el tiempo dentro de su *Pequeño Arethusia*. En las primeras dos semanas, uno podría haber tenido conversaciones más largas con el violonchelo que habitaba en el taller. Bueno, en realidad, Tom no nos ignoraba, lo que ocurría es que mamá le había dicho que estaba pasando «el duelo» y le pidió que la disculpara si no era muy sociable. A él le pareció que no ser sociable era la mejor manera de sociabilidad conocida y se hicieron amigos. Eran unos amigos que hablaban sin hablar. Sobre este asunto, me llamó la atención Marion, la mujer de Brian. Era la vecina, siempre muy cariñosa, pero cuando íbamos a su casa teníamos que movernos con un cuidado horroroso, porque la tenía llena, llena hasta los topes, de figuritas de porcelana. Había tortugas y perros de porcelana, dos payasos tirando de un burro de porcelana, una familia de siameses de porcelana —y cuando digo siameses digo hombres nacidos en Siam y no los famosos gatos de ojos azules—. Había un par de sarcófagos egipcios de porcelana y una Nefertiti que María siempre quería robar, un arca de Noé repleta de animales en actitudes humanas, y muchos, cientos de conejitos de porcelana por doquier, que parecían roer la espantosa moqueta morada. Hasta su gato, *Evil*, era un santo de porcelana cuando estaba dentro de la casa, porque moverse en esa cacharrería sin romper nada era prácticamente imposible. Las figuritas estaban por las estanterías y en el suelo, colocadas con intención decorativa por todos los rincones de la habitación, como si hubieran crecido en la alfombra, igual que mis juguetes de Lego. A Michael le recordaban a esa escena de *Blade Runner*, cuando la replicante Prissy se esconde de Harrison Ford disfrazada de autómatas-bailarina en una habitación llena de juguetes medio humanos. Dos periquitos en sus jaulas doradas

flanqueaban la puerta que daba a la cocina. Desde sus pedestales enrejados, cantaban animadamente, como si vivir en cautiverio fuera una juerga o como si trataran de ser libres a través de su arte.

—Vuestra madre y el holandés harían tan buena pareja... —decía la dueña de toda aquella quincalla—, pero él nunca va a sentar la cabeza.

—Perdona, Marion... ¿Nos hablas a nosotros?

—¿Y a quién si no?

—La gente no suele hablar con los niños de amor. Nos va más la guerra.

—¿Tú qué dices, María, cielo? ¿A que tú sí que quieres un papá?

—No. Yo solo quiero una mamá. El papá de mis hermanos se murió, pero yo no tengo papá.

Marion la miró rebozada de ternura, cual croqueta emocional. Era una mujer muy masculina, pero cuando María ponía esas caritas y decía esas cositas se formaban nubes de llanto en la mirada más viril. Marion habló de nuevo y, sorprendentemente, nos volvió a dar la sensación de que no nos hablaba a nosotros.

—No es buena idea que le haya dejado amarrar frente a Joiners. Ahora se enamorará de él, como les pasa a todas estas chicas que vienen y van, que se enamoran de su risa y de su pasión por la vida y de su libertad, y la destrozará. La destrozará. A vuestra madre le conviene John. Ese sí que es un caballero.

—¿El holandés es malo? —preguntó la pequeñita muy preocupada.

—No, cielo. Pero está claro que no sabe querer como las personas normales. Por eso le llaman el holandés errante. Porque no sabe o no quiere o no debe. Muchas mujeres han intentado echarle el lazo y no lo han conseguido.

—Pero solo se necesita una —replicó María.

—¿Cómo?

—Mi hermana quiere decir que solo hace falta una llave —expliqué yo—. La ley de probabilidades dice que, conociendo a tantas mujeres, alguna será la correcta. La que tenga la llave. Pero es cierto. Tienes razón. Los corazones con muchas cerraduras no son de fiar.

—¿La llave? ¿Cerraduras? Sois unos niños verdaderamente originales —dijo Marion.

—Sí —dije yo—. Es que mamá dice que cada persona tiene una llave y que con esa llave puede abrir un corazón para meterse dentro, pero que solo los buenos corazones tienen una sola cerradura. Un lío, vaya.

—Tu madre sabe de lo que habla —dijo la dueña de las figuritas—, de todas maneras, yo creo que todos los corazones tienen varias cerraduras. Lo que pasa es que a lo largo de la vida vamos perdiendo las llaves.

No era tonta, doña Marion. No era nada tonta. Los periquitos cantaban felices, y recuerdo que María los imitaba con su pequeña garganta prodigiosa. Pití-pití-pití-pití. Michael no dejaba de mirarlos, como si no comprendiera qué demonios querían decirnos con sus trinos carcelarios.

Hamble. Jueves, 25 de febrero

Hoy los niños tuvieron un simpático encuentro con Tom, nuestro holandés errante. Una mujer muy atractiva acababa de bajarse de su barco. Siempre tiene amigas atractivas y estupendas subiendo y bajando del *Pequeño Arethusa*. Cuando se quedó solo, se puso a pescar cangrejos. Al cabo de un rato, María ya estaba a su lado.

—¿Por qué nunca hablas con nosotros? —le dijo la pequeñita, sospecho que aleccionada por sus hermanos.

—Porque no os conozco —respondió el holandés.

—¿No te gustan los niños?

—En principio, no. No me gustan.

—¿Has conocido a muchos niños?

—El mundo está lleno de niños.

—También está lleno de chinos y yo no conozco a ningún chino y no por eso digo que no me gustan los chinos.

—En eso tienes razón.

—¿Y por qué no te gustan? Los niños, no los chinos.

—Porque nuestros intereses no coinciden.

—Y porque los niños molestamos mucho, ¿a que sí? —dijo Richard acercándose a ellos—. Deja ya de molestar, María.

—Me alegro de que lo comprendas. No es nada personal. —Sonrió Tom.

María insistió y yo me sentí muy orgullosa de ella cuando le dijo:

—Pero, entonces, ¿nunca has probado a ser amigo de ningún niño?

—No.

—Ya te ha dicho que no le gustamos —insistió Richard. Michael los miraba callado, como si la cosa no fuese con él, pero conozco a mi hijo. Esperaba su oportunidad.

—Perdona —añadió el holandés—, no he dicho que no me gustéis vosotros, sino que, así, en general, no me gustan los niños.

—Pero somos niños. Es como si le dices a un negro que no te gustan, así, en general, los negros. Pues ese negro está incluido, aunque no hables de ese negro en concreto.

—Y, además, si no te gustan los negros, es racismo —dijo Michael—. ¿Tú eres racista?

—No.

—¿Y conoces a muchos negros?

—Vale, me rindo, he entendido el mensaje. Sois muy inteligentes.

—Pero no te gustamos —apostilló Richard.

Tom ya había dejado a un lado el sedal, completamente enredado en los anzuelos invisibles de los pequeños Martin.

—Digamos que no me gusta ser amigo de nadie que tenga menos de veinte o veinticinco años.

—Pues mami dice que, para saber si algo te gusta, primero lo tienes que probar. A mí me pasó con el brócoli.

—¿Y lo probaste y te gustó? —dijo Tom.

—La primera vez no, pero mamá se empeñó en que lo siguiera probando y ya me tuvo que gustar.

Michael se acercó, uniéndose a la conversación.

—¿Sabes una cosa? Eres como Sam Neil en *Jurassic Park*. Al principio no quiere ni acercarse a los niños, le dan grima, pero luego ya se acostumbra a ellos. ¿A ti te gusta el cine?

—Mucho, sí.

—¿Ves? Entonces sí que te interesa lo mismo que a nosotros —dijo Michael.

Tom miró a Michael muy serio.

—Bueno, pero yo no soy como Sam Neil. Yo soy poco sociable. Además, a Sam Neil no le quedaba más remedio que cuidar de esos pelmas de niños. No iba a dejarlos solos frente a los dinosaurios. Eso habría sido inhumano.

—Los niños se las habrían arreglado perfectamente sin él.

—Y entonces ¿por qué no le dejaron en paz, que es justo lo que él quería?

—Porque a los niños más listos les encanta estar con los adultos interesantes.

En ese instante, mis hijos se ganaron a Tom, aunque fue María la que terminó de rematar la jugada diciendo:

—Tom... ¿Tú has viajado mucho?

—Sí.

—Y entonces ¿sabrías decirme por qué todos los chinos llevan coleta?

—Eso es un cliché. Los chinos no llevan coleta. —Rio Tom.

—En los dibujos animados llevan coleta y en los dibujos del libro del cole también llevan coleta.

—Están estereotipados.

—Esperoti...

—Estereotipo. Es una imagen repetida, típica de una raza, de una religión, de una forma de pensar que se queda solo en una imagen preconcebida. Es una imagen que coge un rasgo y lo exagera y ese rasgo, porque es gracioso o porque es fácil de entender, perdura hasta cuando ya no existe. Por ejemplo, otros países ven a los españoles como unos señores que siempre están de fiesta, bailando flamenco.

—Es como cuando los adultos dicen que todos los niños somos ruidosos —dijo Richard. Tom le miró desarmado.

—Entonces ¿los chinos no llevan coleta? —dijo María muy desconfiada—. ¿Seguroooooo?

Tom sonrió enamorado de su inocencia.

—Creo que los campesinos chinos la llevaban antiguamente. Lo que aún llevan ahora, cuando trabajan en los campos, son esos sombreros picudos hechos de paja.

—¿Y por qué llevan esos sombreros tan raros? Parecen la lámpara de la mesilla de noche —dije yo.

—Para protegerse de la lluvia del monzón.

Michael no pudo evitar cierto lucimiento ante el holandés:

—El monzón es una lluvia que cae y cae toda de golpe durante muchos meses.

—Ahhh, ya entiendo —dijo la niña—. ¡No son sombreros! ¡Son paraguas de paja sin palo!

Cualquiera —menos nosotros— podía ver que, efectivamente, mamá y el holandés se evitaban deliberadamente. Él por no hacer daño y enamorarla con sus irresistibles encantos, que eran muchos, y ella por no enamorarse perdidamente, igual que se había enamorado de los dos primeros hombres que pasaron por su vida tras la muerte de papá. Estaba tan destrozada en su viudez, tan dependiente de los demás, que si hubiera pasado Jack el Destripador por delante de su puerta y le hubiera dicho quién era y le hubiera guiñado un ojo, mamá se habría enamorado de él y le habría comprado cuchillos para que le sacara en finas lonchas todo el amor que llevaba dentro.

Después de la nada tranquilizadora conversación con la vecina, nos dedicamos a observar a mamá y al holandés como tres pequeños halcones. Pronto vimos que no había peligro, porque otro que observaba a mamá como un ave de rapiña era el príncipe de Netley, que la sacaba al cine, a cenar y, a veces, incluso a dormir a su casa en el castillo. Pusimos nuestras ilusiones en él. ¿Cómo no hacerlo? Creíamos que la felicidad estaba en recuperar lo que

habíamos perdido. Por otra parte, pusimos nuestro corazón en el holandés incluso antes de haber cruzado una sola palabra con él. Prueba de ello es la obra de teatro que hicimos el día del cumpleaños de María. El teatro en los cumpleaños era otra de las tradiciones de Joiners House.

Vuelvo a la edad adulta, al día en que llegamos tarde a Joiners para la cremación. Regreso a aquella sala de espera mental, con risas y olor a hierba recién cortada. Estamos otra vez en el jardín de Joiners y mis hermanos curiosean en la infancia, entre mariposas y cuadernos. Michael para de leer. Una gota de lluvia se estrella contra la página y los niños que fuimos se deshacen en el agua. Se corre la tinta. Nos echamos el pasado bajo el brazo. Nos ponemos a cubierto. Desplegamos todo de nuevo sobre la mesa redonda de la cocina, la mesa de toda la vida, la mesa de papá.

Salieron fotos de los armarios, cartas de los cajones. Les enseñé a mis hermanos los diarios de mamá que tanto han avivado mis recuerdos. No podría haber escrito esta memoria sin ellos. Las tazas de porcelana y las galletas de jengibre que la cocinera horneaba en las ocasiones tristes se mezclaban con nuestra nostalgia. Corrieron ríos de té. Michael siguió leyendo en voz alta, pero algo le hizo detenerse un instante, a pesar de las protestas de María, y dijo:

—Ya lo tengo. Podemos representar Hamlet y luego enterrar las cenizas en el jardín.

—¿En nuestro jardín? ¿Las cenizas en nuestro jardín? No, de eso nada, ni en broma. Me da mucha grima —dijo María—. Es mejor esparcirlas y librarse de ellas cuanto antes.

—Me pregunto cómo serán —dije yo.

—Pues serán iguales que las de papá. Serán como las de todos los cuerpos incinerados.

—Yo no recuerdo sus cenizas. Tenía cuatro años cuando murió —le dije.

—Y yo cinco y me acuerdo como si hubiera sido esta misma mañana. Las esparcimos en la abadía. ¿De verdad lo has olvidado? Eran muy blancas y gruesas, como sales de frutas. Mamá nos dio las palitas de plástico de la

playa y las fuimos esparciendo sobre el césped diciendo «adiós, papi, adiós». Luego merendamos, hicimos un pícnic con jamón serrano y Actimel y jugamos a los caballeros con nuestras espadas de plástico y nuestros yelmos de caja de cartón.

—¿De verdad estamos hablando de cenizas y de muertos? —dijo María.

—Si hay un día para hablar de cenizas y muertos es hoy, hermanita. Nos dejó encargado que le diéramos una buena despedida. Hemos llegado tarde a la cremación, es algo que habrá que discutir, digo yo.

—No, perdona, parece ser que te lo dejó encargado a ti. Conmigo no cuentas para discutir de muertos y de réquiems fúnebres.

—¿Te pasas la vida desenterrando esqueletos y no puedes hablar de la muerte?

—¡No es lo mismo desenterrar a un griego que murió hace dos mil años en Antioquía de Prisia que enterrar a alguien que prácticamente fue nuestro padre!

María no pudo seguir. Se interpuso la emoción. Dos lagos tranquilos llenaron sus ojos. Me miró como si supiera todo lo que llevaba escrito por dentro de mi parche pirata.

Michael le dio un achuchón. Insistió en su idea de representar Hamlet y, de momento, decidimos seguirle la corriente. Shakespeare era tradición. Había escampado y nuestro hermano nos dijo que tenía que recoger unos repuestos en el astillero de al lado. Cuando nos dejó solos a mi hermana y a mí, María me dijo:

—Vale, John Silver, suéltalo ya. A ti te pasa algo grave. Algo muy serio que te has venido callando todo el camino desde que embarcamos en Francia. O me lo cuentas o lo voy a tener que adivinar.

La miré aliviado y le dije:

—¿Recuerdas aquello que decía mamá de que los hombres le dan nombre a las cosas para poder alcanzarlas?

—Sí.

—Pues así estoy, en un limbo de aire.

—Como todas las personas geniales, soy muy corta de entendederas. No seas tan críptico.

—No tuve un problema con las lentillas. Hace unos días me extirparon un tumor.

—Oh... Richard...

—Benigno, benigno... o eso se supone.

—¿Pero no es seguro?

—Cuando dije aquello de que llevamos el destino escrito en los párpados, fui todo un profeta. Era algo sencillo, un tumor benigno, pero a lo mejor es todo lo contrario. Lo han mandado a patología, con ciertas sospechas, y estoy esperando el resultado de la biopsia.

Teníamos un baúl lleno de disfraces. Algunos eran comprados en las tiendas de los chinos españoles. Otros, más caros, eran los típicos de Marvel o Star Wars: Capitán América, Spiderman, Darth Vader. Pero nuestros favoritos eran los trajes de piratas que nos había hecho mamá. Michael tenía un chaleco cruzado de rayas moradas, azules y doradas, de una tela parecida a la seda, que en los buenos tiempos había sido la parte de arriba de un vestido elegante. Mamá le había cosido al chaleco las mangas de una camisa de algodón de papá y, verdaderamente, el disfraz lucía cual figurín sacado de otra de nuestras películas favoritas: *El temible burlón*. Michael usaba un ancho cinturón de cuero dorado que había pertenecido a un vestido de noche de cuando la abuela era joven. Se lo anudaba a la cintura, como un fajín, y en él encasquetaba dos pistolas y el sable curvo de «plástico toledano». Yo me disfrazaba con una chilaba a rayas. Estaba hecha de algodón indio de colores chillones, fucsias, azules, naranjas, y antes de convertirse en tal modelazo había sido el visillo de la despensa. La tela era tan abundante que a mamá le dio para la chilaba y para un descomunal turbante con fajín a juego. Yo era un rubio y feroz pirata somalí que dejaba a los enemigos temblando de dulzura, pero María, oh, María. María era la mejor. Vestía como la capitana de *El cisne negro* y parecía una pulga agresiva, con pantalones ajustados de ciclista, camisola de cuero y una especie de corsé de corsaria que se anudaba por delante y por detrás con cordones de zapatos, y que en su otra vida había sido una bota vieja de montar a caballo abandonada en el garaje. Parecía un diseño pirata de Versace. Teníamos muchos complementos: parches y joyas,

mosquetes y dagas, sables, collares, anillos y dientes de tiburón. Unos de hueso, comprados en mercadillos, otros de coral auténtico, algunos de plata y un par de ellos de plástico. Todos colaborábamos en el libreto, con trozos de películas, mucho entusiasmo, gran improvisación. Nos sacábamos de la manga cualquier leyenda que nos hubiera contado Jim, Lulú o mamá. Las obras las preparaba y dirigía mi hermano. Como no sabía escribir, grababa un vídeo haciendo todos los papeles y los demás memorizábamos el texto en un par de tardes, mirando la grabación y metiéndonos en los personajes. De aquellas improvisaciones salían los mejores diálogos. Tiempo después formaríamos un grupo teatral infantil, en el que participaban unos cuantos niños del Hamble. Nos llamaríamos The little Players, pero ya llegaré a eso y lo contaré con detalle. Ahora quiero explicar que, sin ser muy conscientes de ello, ya estábamos fascinados por el desconocido del violonchelo. Una de nuestras obras relataba la historia del holandés errante al más puro estilo de los Martin. El escenario: el jardín. El telón: la cuerda de la ropa y tres sábanas de matrimonio. El decorado: el río y los barcos. Entre los espectadores: Lulú, la camarera española que nos cuidaba cuando mamá salía hasta tarde. Jim, vagabundo de éxito, cantante de blues, amigo, abuelo postizo, tío como son los tíos de los niños en las películas, es decir, no de sangre. Jim, blues Jim, Led Belly Jim, *Banjo and guitar* Jim, al que debemos tanto brillo vital. Andaría por allí, supongo, el marido de Lulú, que era barman y medio bobo. Imagino que también estaba Andrew, revisor de tren. Le queríamos mucho. Era especial. Tenía una hija de dieciséis años que a veces trabajaba ayudando en verano y que acabó siendo profesora de matemáticas. Andrew había sido amigo o, mejor dicho, protegido de papá. Nos llevaba a ver los trenes. Él les hacía fotos y apuntaba sus números en una libreta. Una actividad extraña, extendida y muy británica que se llama *trainspotting*. Aquellas aventuras las teníamos al salir del colegio. Andrew nos recogía los viernes y nos acercábamos hasta el puente que cruzaba sobre las vías dando un paseo. Una vez se nos hizo muy de noche. Recuerdo el traqueteo distante, la oscuridad, el intenso olor a *aftershave* de nuestro guía y aquellos cuadrados naranjas pasando a gran velocidad, con el sonido trac-trac, trac-trac, trozos de vidas enmarcados por una masa negra, la noche, como un negativo de celuloide, óleos de Edward Hopper corriendo entre tambores por el cielo. Nunca

olvidaré las ventanillas anaranjadas y las miradas tras las ventanillas anaranjadas del convoy 0765. El tren tocó la bocina bitono, ti-rí, y, en medio de la nada, accionó el freno de emergencia. Chispas, chirridos, emoción. Nos agarramos a la barandilla de la pasarela. Andrew gimió un: «Oh, Dios, no me jodas. *What a fucker*». Era muy mal hablado. Decía palabras como *cunt*, *wanker*, *fuck*, *fuck*. Este «fuck» en concreto era un joven que se había tirado a las vías. Un suicida. Desde donde estábamos no alcanzábamos a ver ningún detalle gore. Sucedió en la curva. Todo era negro excepto las ventanas anaranjadas. *Fuck, what a cunt! Bloody hell!* No entendí por qué Andrew insultaba con tanta saña al pobre desgraciado. Pensé que había que ser terriblemente infeliz para tirarse al paso de un tren y me compadecí. ¿Qué puede causar ese impulso? Tampoco entendí que todo siguiera inalterable a nuestro alrededor. Coches circulando, un hombre paseando, un motorista besando a su novia. Eso era la vida, una colección de estampas, como las ventanas del Empire State, de cualquier gran edificio, las ventanas del mundo por las que ningún hombre mira, ocupado en lo suyo. Andrew insultaba al muerto porque la gente no siempre se suicida en legítima defensa. Él había visto muchos suicidios dañinos antes que ese. Sabía que estos terribles atropellos ponían en peligro a los pasajeros, traumatizaban a los conductores. Si uno lo piensa, hay que reconocer que es cierto. Hay suicidas respetuosos y suicidas con ganas de llevarse a todos los que puedan por delante, en su última hora de odiosa venganza. Andrew nos dijo que, un día, un tipo se tiró a la vía, pero el tren iba despacio y el conductor logró frenar a tiempo. El maquinista saltó a la vía y derribó al suicida de un puñetazo. ¡Si quieres morir, yo te mato, *fuck*, *wanker*, *cunt*, *fuck!* De camino a casa nos cruzamos con las luces de los equipos de emergencia que se dirigían al lugar del accidente. Pensé mucho en aquel suicida. Cuando tuve mi primera tarjeta de crédito, con dieciséis años, y escogí pin, usé las cuatro cifras de nuestra noche de *trainspotting*. 0765. Hoy me pregunto si 0765 no será el número de la vida.

Entre el público de nuestra representación infantil, claro, también estarían, supongo, las doncellas del hotel, algún amigo de la familia que ahora no recuerdo y el príncipe de Netley. A mí me tocaron dos personajes, lugarteniente y narrador. La obra de teatro comenzaba conmigo saliendo de entre las sábanas con esta parrafada:

—¡En el año de nuestro señor, mil seiscientos y pico, un capitán fanfarrón y malvado trataba de surcar los mares doblando el cabo de Buena Esperanza! Como la buena esperanza es lo último que se pierde y el capitán era muy cabezota, se empeñó en seguir adelante, a pesar de que la tempestad le arrancó las velas y lo quiso hundir en el mar. Esta es la historia de Hendrik van der Decken, que por pura ambición vendió su alma al diablo y se convirtió en un pirata terrible, conocido con el sobrenombre de... ¡el holandés errante!

María, subida a una escalera, recorrió las sábanas tirando de la cuerda de la ropa que se movía con una polea. Michael, el capitán, gritó:

—¡Oh, tempestad, no podrás conmigo! ¡Soy el mejor marino de todos los mares y mi nombre será inmortal!

—¡Y una porra! —gritó la pequeña.

Entré de nuevo en escena, disfrazado de lugarteniente del capitán, y dije:

—¡Capitán, por Dios! ¡Moriremos por culpa de tu ambición!

—¿Llamas ambición a la determinación? ¡Nooo! ¡Sortearemos el cabo de Buena Esperanza y abriremos nuevas rutas al oro holandés!

—Escucha a tus hombres, insensato —gritaba la dulce tormenta rubia—. Mi viento será más fuerte que tu voluntad. Fuuuu, fuuuu...

—Eso lo veremos. ¡Muchachos, tensad cabos, viraje a estribor! ¡Venceremos a los elementos! ¡A toda vela!

—No podrás conmigo. ¡Pues buena elementa soy yo! ¡Zasca!

—¡Capitán, mirad, la señora tormenta nos manda un iceberg!

—¡Todo a estribor!

—¡Zasca!

—¡Nos manda otro iceberg!

—¡Todo a babor!

Me puse la gorra de narrador y dije:

—Pero el capitán holandés, a pesar de los gritos de los pasajeros y de los tripulantes, siguió adelante.

—¡Detente, insensato! ¡Os ahogaréis todos! ¿No sabes que tormenta viene de tormento? —bramó María, la aterradorcita.

El público rio conmovido por la dulzura de la pequeña tormenta.

—¡No podrás conmigo!

—¡Yo soy la tempestad! ¡Toma un rayo, blamm! ¡Y otro más, puuum! Te he partido el mástil en dos y le he pegado fuego a tu... a tu... ¿*Santa Rita*?

—*Santa Bárbara*, María. «Le he prendido fuego a tu *Santa Bárbara*.»
Santa Rita es la de «lo que se da no se quita».

Todos rieron de nuevo.

—Ah, es verdad. Perdón, Michael.

—Es lo que pasa por mezclar idiomas. ¡Richard, venga, que estás dormido!

Mi hermano me pegó un codazo y grité:

—¡El capitán no podía bordear el cabo de Buena Esperanza, así que le gritó a los cielos...!

—¡Oh, cielos desatados!, ¡oh, demonios del averno! Hagamos un pacto. Juro que nunca tocaré tierra y que haré muchas maldades de pirata horripilante si me concedéis este deseo: ¡Dadme alas y os regalaré mi alma!

—Y, de pronto, los cielos se abrieron. Paró el viento y el barco, así, sin velas ni nada, hecho unos zorros, se convirtió en el más sangriento de los bajeles piratas y echó a volar por los siglos de los siglos.

—¡Yo soy el capitán holandés y este es mi barco guerrero y volador! ¡Fummm!

—Y el holandés fue el más rápido, pero ya nunca, jamás de los jamases, podría quedarse a vivir en un solo puerto.

—Capitán, te has salido con la tuya, pero que sepas que un día conocerás el amor de una mujer y tendrás que bajar a tierra —dijo María.

—¡Un momentito! —gritó mi hermano—. Eso no estaba en el guion, María. Te lo has sacado de la manga.

—¡Jo, Michael, pero es chulo!

—El amor no tiene nada de chulo.

—¡Telón! ¡Venga, María, echa la sábana!

María corrió el telón y los actores quedamos ocultos tras la tela de las sábanas, donde seguimos discutiendo un buen rato, enfervorecidos.

El final fue un poco abrupto, pero mereció la pena, porque de ese lado del río estaba el holandés sentado en la cubierta de su barco, cerrando el paisaje con su *Pequeño Arethus* fondeado en nuestro varadero. Me pareció que sonreía. Vestía de negro, como el pirata Roberts. Eso nos encantó. Escuchamos la voz de mamá desde el otro lado de la sábana:

—Chicos, ¿ha terminado la función?

Michael asomó la cabeza.

—¡Sí! Podéis aplaudir antes de que María me busque novia o de que yo la meta de cabeza en la penitenciaría del estado.

Todos rieron, y el holandés, mamá, Lulú (la camarera española), Tony (el barman escocés), Jim (el querido vagabundo), Verónica (la limpiadora mexicana) y Andrew (el revisor del tren) nos aplaudieron como locos. Salimos varias veces a saludar y luego seguimos jugando.

Hamble. Sábado, 13 de febrero

No sé explicar este paisaje. Vivo junto a la olla de un hechicero. Una marmita enorme, formada por las paredes del río. Día cálido. La niebla del amanecer asciende. Es el vapor de un guiso universal, son millones de almas saliendo del agua. Este humo de la vida llega hasta un punto en el cielo, choca contra una balsa de aire más frío y allí se condensa, formando franjas grises, olas con forma de nubes, grávidas, sobre Warsash. La condensación, el vapor de la tierra, la humedad de la hierba, las hojas de los árboles, las bandas de nubes, son resultado de la magia de la física y yo estoy aquí, removiendo mis emociones con una cucharilla de café. Soy la vigía del amanecer. Estoy ocupada. Llena. En trance. Vuelvo a un recuerdo de cuando era niña y mi madre me dejaba a cargo de la bechamel, «remueve, hija, no se te vaya a pegar», y me cogía por detrás y ella removía conmigo un rato, con su mano sobre mi mano en la cuchara de madera. Yo quería estar así durante horas, con su mano sobre mi mano, su pecho contra mi espalda, haciendo girar ese palo del que dependía el alimento. Era como darle cuerda al mundo.

Esta mañana, en el coche, de camino al colegio, María me preguntó:

—Mamá, ¿por qué el hombre tuvo que ir a la luna? Quiero decir que... ¿qué necesidad había?

—Porque el hombre siempre trata de mover los límites, de ir más lejos.

—¿Por qué? ¿Por qué necesita el hombre ir más lejos?

—Para desarrollar tecnología, para probarse a sí mismo.

—¿Y para qué es buena la tecnología, mamita?

—Nos hace la vida más fácil, supongo.

—¿La gente antigua vivía peor? ¿Eso dices?

—Pues... no estoy segura de que vivieran peor. Vivían menos tiempo, pero no creo que fueran menos felices.

—¿La felicidad es igual en cualquier época?

—Hay quien dice que la felicidad no existe, pero la felicidad existe y pienso que es igual en cualquier época.

—Mamá —dijo Michael—, es posible que los hombres antiguos vivieran menos años, pero creo que aprovechaban mejor el tiempo. Para empezar, no lo derrochaban tontamente mirando la tele. Hablaban, se contaban historias, caminaban a todas partes, pintaban bisontes en las cuevas...

—Tienes razón.

—Ahora los hombres viven más tiempo, pero es como yo con los deberes, que cuando tengo tres días para hacer la tarea, pierdo el tiempo y luego trato de hacerlo todo al final y me sale un churro.

—Muy buena comparación, sí. Hoy día, muy pocos están en contacto directo con la muerte, no la viven como se vivía antes de las vacunas y de la penicilina. La gente se cree que es inmortal. Que tienen todo el tiempo del mundo. Alguien que se cree inmortal nunca se pone a vivir de verdad.

—Pero cuando se pone, ya es tarde, porque no existe la inmortalidad.

—Así es, amorcito.

—Mami —dijo el conejillo rubio—. Yo sé por qué el hombre quiso ir a la luna.

—¿Sí, cielo? ¿Por qué? —le pregunté.

—Porque había gente a la que le hacía muy feliz la idea de construir un cohete y de subirse en él.

—Sí, mi vida, creo que es posible que ahí esté la clave de los avances de la historia. Michael, como siempre, tuvo la última palabra:

—Yo habría construido ese cohete, yo lo habría hecho, así que puedo decirlos por qué lo habría hecho.

—¿Por qué, cariño? ¿Por qué habrías ido a la luna?

—Porque es divertido. Pero no creo que los americanos lo hicieran por eso. Yo creo que fueron a la luna para darle envidia a los rusos, que habían puesto en órbita a la perrita *Laika* y a Yuri Gagarin, y la NASA no podía ser menos, por todo lo de la guerra fría y las cabezas nucleares y querían decirles: ¡Hale, chincha, que yo he llegado antes!

—Tienes razón. Sí. Por eso fue.

—Así que yo creo que el hombre solo avanza y avanza y avanza porque tiene miedo.

—¿Miedo, cariño? ¿Miedo de qué?

—Miedo de quedar el segundo.

Conversamos largo rato. A María le dio mucha pena enterarse de que la perrita *Laika* es ahora un esqueleto sideral. Reímos, filosofamos. La carretera a Burlesdon estaba atascada, como casi siempre, y tomé un atajo, atravesando por la larga y sinuosa calle de Reeves Way hacia la rotonda del supermercado.

Fantasmas presentes, pasados

El taller había sido del abuelo Samuel. Después, de papá. A los niños nos gustaba mucho entrar, mirar las herramientas, y desde que el holandés había dejado allí su instrumento, el taller nos interesaba aún con más pasión. Mamá estaba cortando leña. El candado abierto. No perdimos el tiempo, nos colamos dentro. María, Michael y yo mirábamos la funda negra y abombada del violonchelo, que estaba en pie, apoyado en una esquina del taller.

—Parece un vigía con cara de mala uva —dije yo.

—Qué va —dijo mi hermano—. Parece una mujer culona, de cabeza pequeña, a la que le han cortado los brazos y las piernas.

—O una piruleta al revés —dijo María.

—O un barco. Tiene quilla, como los barcos que pinta Jim en el astillero.

—Es un corazón de manzana mordida por María, que siempre deja más manzana que corazón. Un corazón de manzana de María con el rabo muy largo.

—¿Os dais cuenta de que todo en este mundo tiene también la forma de otra cosa? —dijo mi hermano.

—Eso es porque la naturaleza entera se puede reducir al cubo, la esfera y el cilindro. Esto lo dijo un pintor, pero no sé cuál.

—Será por eso, sí.

—¿Y qué pasa si dentro no hay ningún violonchelo? —preguntó María—. ¿Y si hay otra cosa?

—¿Y qué quieres que haya? ¿Una mujer cortada en cachitos?

—Esa funda parece un sarcófago egipcio.

—Podríamos abrirlo y ver si tiene una momia dentro —dijo Michael, asustando a María con una carcajada demencial. La niña pegó un buen grito y se refugió tras su peluche.

—No es buena idea —dije yo—. Acordaos de lo que pasó el día en que le estrechamos la mano al esqueleto en la consulta del osteópata...

—Eso no fue culpa nuestra. Ya lo dejó muy clarito el osteópata: fue culpa de mamá por no saber controlar a sus hijos.

—¿Las madres tienen la culpa de todo lo que hacemos mal los niños? —pregunté.

—Anda, claro —dijo Michael.

—No es justo, pero es así —corroboró María.

—Y entonces ¿por qué nos echó mamá la bronca a nosotros?

—Creo que porque es una cadena. Mamá nos abronca a nosotros y la sociedad la abronca a ella.

—Sí —confirmó María—. Es una cadena. Y como lo que pase no será culpa nuestra... me encantaría ver el violonchelo.

—Si ponemos la funda tumbada en el suelo y abrimos la tapa con *muchisísim*o cuidado... no romperemos nada —dije yo.

—El esqueleto se cayó porque calculamos mal la fuerza de la gravedad, pero, si tumbamos en el suelo el violonchelo, no nos lo cargaremos.

—Muy cierto, hermano —dijo la pequeña.

—Qué listo eres, Michael.

—De todas maneras, es mejor que os apartéis un poco y me dejéis a mí —añadió Michael tomando la iniciativa.

María y yo nos quedamos a un lado mientras el científico de siete años, conoedor de la existencia de otra fuerza, la fuerza de la fricción, y anticipándose a un posible resbalón de la base del violonchelo sobre el suelo de granito, lo agarró precisamente por su centro de gravedad, la base, y lo hizo resbalar lentamente hasta dejarlo tumbado. Lo miramos. Al fin, María le dio voz a nuestros pensamientos.

—Parece un ataúd —dijo María.

—Sí que lo parece —corroboré asustado.

—Un ataúd con la forma del cuerpo de una mujer de cuello larguísimo, cabeza pequeña, sin brazos ni piernas. La Venus de Milo despernada —dijo Michael.

—Yo diría que esta mujer no tiene cabeza, aunque tiene el cuello muuuuy largo. Es una tipa con cuerpo de barco, manca y despernada. Una Venus de mar.

—Me estáis dando mucho miedo. —Tembló la pequeña.

—Hasta yo mismo me doy miedo —dijo Michael mientras desabrochaba los cerrojos de la funda. Contuvimos la respiración. Mi hermano levantó la tapa lentamente y exhalamos un suspiro. En nuestras mentes la imaginación era más real que la realidad, así que esperábamos el cadáver sin cabeza, brazos y piernas de la Venus del mar... pero no. Era otro tipo de belleza. El «ataúd» estaba forrado de un lujoso terciopelo. Embutido en ese lecho bermellón, brillaba la madera más pulida y pura que habíamos visto jamás.

—Mira, aquí hay un compartimento secreto —dijo mi hermano.

Michael señaló una especie de bolsillo dentro de la tapa de la funda.

—Secreto no es. Si fuera secreto, no se vería.

—¿Qué habrá dentro?

—No lo toques, que nos la vamos a cargar.

Michael, por supuesto, no me hizo caso, y mientras María admiraba absorta el instrumento, él abrió la tapita del bolsillo interior. Dentro había cuerdas de repuesto y una carterita de cuero. En la carterita de cuero había una fotografía en blanco y negro de dos niños pequeños riendo ante la cámara.

—Ese niño es igual que tú, Richard... —Según dijo esto, nos pilló mamá. Venía con un hacha en la mano y gesto de pocos amigos.

—Oh, no, no, no, cariños. Ya sabéis que no me gusta que toquéis las cosas de los adultos sin pedir permiso... ¿Es que ya no os acordáis de lo que pasó con el esqueleto del osteópata?

No era cosa de llevarle la contraria. La consigna fue «sumisión». Nos apartamos instintivamente del chelo. Nos apartamos todos, menos María, que lo miraba traspuesta y sorda y muda. La niña alargó su manita hacia la barriga dulce y levemente abultada de ese torso sin brazos ni piernas, ese cuerpo de madera brillante, y quiso despertarlo, notar su temperatura, deseó que le hablara. Era como si supiera que dentro del chelo había una mujer y que esa mujer, ya de adulta, era ella misma. La niña retuvo las lágrimas y miró a mamá como implorando que le dejara unirse a la madera. Fundirse

con ella. Ampliar su cuerpo. Mamá sintió todo eso en su expresión. No tuvo coraje de detener la mano de la niña. María acarició el chelo. La felicidad invadió el pequeño corazón de mi hermana. Esa felicidad perfecta que se transmite de los objetos a las personas por los siglos de los siglos. Recuerdo haber imaginado un corazón. Lo imaginé y lo vi latiendo dentro del instrumento, al que le crecieron dos brazos, dos piernas de leche y una cabeza rubia de ojos azules. Ambos formaron una mujer entera, armada de un arco, en una sala de conciertos. María era la Venus del mar y el chelo su barco para surcar océanos. Lo imagino a menudo. Imagino corazones dentro de las personas y de los objetos. Los dibujo mentalmente. Tengo con eso un fetiche. También los arreglo en ocasiones. Soy un poeta regular, pero un cardiólogo decente.

Las cosas no iban bien a nuestra llegada a Inglaterra. Iban mejor que en España, pero seguían torcidas. Michael lloraba todos los días. Odiaba el colegio con todo su cuerpo y por las mañanas se escondía o escondía el uniforme o escondía los libros o trataba de escapar. Mamá se ponía histérica. Le costaba un mundo movernos de casa, meternos en el coche. La rebelión del hermano mayor era apoyada por las huestes infantiles. Le poníamos las cosas bien difíciles a mamá. Creo que la idea de construir una casa en el árbol fue un tipo de terapia ocupacional para soportar todo aquello. Estaba muy sola contra sus pequeños enemigos y al mismo tiempo deseaba hacernos felices cuanto antes.

Fue por aquellos días del principio de la primavera, mientras asomaba el príncipe de Netley y aparecía el holandés, cuando mamá, por fin, se encaramó al árbol. Lo hacía con cautela por culpa de su vértigo. Apoyaba la escalera más larga que yo he visto en mi vida, la calzaba bien en el césped, empleando la fricción a su favor, y se subía a la cruceta del roble con una cinta métrica. Pronto quedó muy claro que por mucha rigidez que tuviera la cinta métrica, el árbol no podía ser medido sin otra persona que sujetase desde el otro lado. Cualquiera podía ver que construir una casa entre dos es más fácil y en aquella época interioricé mi teoría de que las parejas se

enamoran con el único objetivo de gestionar la fuerza de la gravedad. Aunque el holandés estaba ahí, a mano, sentado en su barco y la miraba, mamá nunca le pidió ayuda. Él se la ofreció una vez:

—Puedo sujetar la cinta métrica del otro lado, si quieres —le dijo Tom tan serio como un asesino.

—No, muchas gracias. Quiero construirla yo sola.

—Como desees —respondió el holandés.

María y yo nos miramos alucinados.

—¿Has oído lo que ha dicho? —me dijo la conejita rubia.

—Le ha dicho «como desees».

Michael se sumó a la cháchara fraternal añadiendo datos cinéfilos, como siempre.

—Es lo mismo que Cary Elwes le dice a Robin Wright en *La princesa prometida*.

—¡Me encanta Westley! —Suspiró la pequeñita—. Es el mejor pirata del mundo.

—Mi favorito es Íñigo Montoya —dijo Michael—. Sobre todo cuando al fin encuentra al asesino de su padre, el hombre de los seis dedos, y saca su espada y le dice: «Hola. Me llamo Íñigo Montoya; tú mataste a mi padre, disponte a morir».

—¿A dónde va ahora el holandés?

Lo vimos perderse jardín arriba, subiendo la rampa de piedra cubierta de rosales trepadores, hacia la parte trasera de Joiners.

—Parece que va al taller del abuelo Samuel...

Mientras el holandés desaparecía de nuestra vista, mamá se hizo con un par de tablones de pino de metro y medio y los colocó en todas las posiciones posibles. Trataba de visualizar un rectángulo. La recuerdo sentada en lo más alto del árbol. Sus movimientos eran muy lentos, como la coreografía de un ballet arbóreo. Mientras ella volaba sobre nuestras cabezas, empezó a sonar la música más triste que yo haya escuchado jamás. Mamá se detuvo y cerró los ojos durante un segundo. Era el violonchelo de Tom, una voz profunda, quizá desesperada. Pensé algo absurdo: que el chelo era la voz de mi padre y recordé una discusión que tuve con Michael. Yo decía que todo en este mundo tiene su contrario.

—Para nada, Richard. Hay muchas cosas sin su contrario.

—No.

—Sí.

—No.

—Sí.

—Vale, listo —me dijo—. Dime cuál es el contrario de una persona.

—Su fantasma.

Mi hermano se quedó en silencio, concediendo mi victoria. Me gustaba dejarlo mudo, pero también me preocupaba, porque le hacía pensar aún más en papá.

El chelo sonaba de fondo. Era la voz de los que no están. Un ambiente. Eso es la música. El esqueleto emocional. No teníamos ni idea de nada y ya lo sabíamos todo.

Hamble. Sábado, 5 de marzo

Tom es Tom Dutchman, el famoso compañero de correrías infantiles de mi marido. Esto no me lo ha dicho Tom ni yo se lo pienso mencionar, al menos, de momento. Lo sé porque los niños han encontrado una fotografía de cuando David y él eran pequeños en la funda del violonchelo. A David no le gustaba hablar de Tom, de lo que les pasó. Hace veinte años les pasó algo. Discutieron y Tom se marchó a vivir a Nueva Zelanda en su barco, con su chelo. David y su mejor amigo no volvieron a dirigirse la palabra. A veces decía en sueños algo sobre una valla y una tormenta. La valla. ¿Qué pasó con una valla? ¿Qué valla? ¿Qué tormenta? Todos tenemos secretos.

Hamble. Domingo, 6 de marzo

—Y cuando te acuerdas del sabor de la carne, ¿lo echas de menos o te da asco pensarlo? —me preguntó el holandés.

—La verdad es que dejé de comerla con trece años. Hace tanto tiempo que ya no recuerdo a qué sabe. ¿Y a ti, te pasa lo mismo con el amor?

Tom me miró sorprendido, directo a los ojos. Me gusta desconcertarle.

—No lo echo de menos porque jamás lo he probado —me dijo.

—¿Pero no lo has probado porque crees que no te va a gustar, porque no te apetece o por una cuestión de principios?

—El amor no es como el brócoli de tus hijos. El amor es una droga que se prueba sin querer. ¿Y tú?

—¿De qué hablamos ahora, del amor o de la carne?

—De la carne —dijo riendo.

—Me sentaba fatal. Me atacaba al hígado.

—Me pregunto cómo le sentará a mi hígado el amor.

Hamble. Lunes, 7 de marzo

Anoche soñé con David. No había soñado con él desde que murió. Estaba desnudo de cintura para arriba, cavando en el jardín. Llevaba los vaqueros de trabajo, los mismos que ahora me pongo yo para subir al árbol. Sus vaqueros. Ponerme su ropa es lo más parecido a meterme en su piel. En el sueño le toqué el brazo, la espalda. Al despertar, aún lo tenía entre los dedos. Había olvidado el tacto de su cuerpo, igual que se olvida la voz, o un detalle del rostro. El sueño fue un viaje en el tiempo. Un viaje hasta su piel. Levanté a los niños, aún con David en los dedos, y después de dejarlos en el colegio volví al trabajo. A mi construcción. Estaba sobrecogida. Me puse sus pantalones, me ceñí su cinturón de herramientas. Con el martillo de David, con las brocas de David, con los taladros de David, me subí al árbol. Mientras perforo agujeros en la madera, tengo diálogos con él. En realidad, son monólogos. Es él quien no calla y yo no respondo. No hablo ni con la mente, porque yo no estoy loca, él no existe y yo no le hablo a los muertos. No le hablo a los muertos y, sin embargo, los muertos opinan todo el tiempo de todo lo que hago. Opinan constantemente. No hay nada comparable a la tenacidad de los muertos porque, como no están, no dejamos de pensar en ellos de forma obsesiva. Richard me habló de esto el otro día. El niño también lo siente igual, así que es un hecho empíricamente comprobado que los muertos opinan sobre todo lo que hacemos. Yo soy ahora su cuerpo en la tierra, porque él está en mí y en mi cerebro, así que es él quien piensa:

—Ahora coge el taladro, perfora el agujero, presenta el tornillo y mételo un poco, pero no demasiado, porque si lo aprietas mucho no podrás nivelar el tablón. Ahora coloca el nivel sobre el tablón. ¿Ves la burbuja? Bájalo un poco de ese lado, así, bien. Coge el gato. Fija el tablón con el gato. Vaya, ese está roto. Coge otro. Bien. Y ahora atornilla fuerte el que dejaste flojo. Perfora y sigue. Lo estás haciendo muy bien. Nunca te imaginé aquí subida, sola con mis herramientas. Nunca imaginé esto. Estoy orgulloso de ti. Ten cuidado con la broca. Después de taladrar, puede quemarte la piel.

Por supuesto, me quemé la piel. Hay que quemarse para aprender la lección.

Los días en que el holandés andaba por Joiners House tomaron estructura de concierto. Al atardecer, las notas tristes de Tom se mezclaban con las visitas regulares del príncipe de Netley, que aportaba escalas repetitivas, graves y de fiar, prosaicas pero necesarias, como la base pelma del contrabajo o los clavos que sostienen los cuadros. Estas melodías le daban sustento a la coreografía voladora de nuestra madre: una danza escenificada en sus ingenios contruidos para vencer la fuerza de la gravedad, útiles, cubos, poleas, gatos y puntales. Era un ir y venir de tablones del suelo al cielo y del cielo al suelo, entremezclados con el sonido del taladro y más de un grito de rabia o frustración. A eso de las siete, el timbal final del perro, con sus ladridos a todo gas, ponía el broche canino a la música. Nos gustaba aquel concierto. Era un comienzo.

Como de pronto nos habíamos convertido en clientes de una arquitecta muy sesuda, empezamos a seguir sus movimientos con espíritu crítico desde la ventana de nuestro dormitorio. En esas observaciones, descubrimos el porqué de los ladridos del pobre *Sir Isaac Newton*, el perro de la vecina Daniels. Todos los días, a las ocho de la tarde, la mala miss Barlow lo sacaba al jardín y cerraba a cal y canto la puerta trasera del *conservatory*, esas construcciones de cristal que adhieren los ingleses a sus casas para sentir que están en el jardín todo el año y que parecen invernaderos para conservar ancianos.

No es que a nosotros nos molestasen los ladridos del perro de una forma directa, pero indirectamente nos indignaban. Mamá no era capaz de pensar con claridad en sus mediciones, subida en el roble, con el perro a todo gas, y se mosqueaba. Los tablones se le caían al suelo, los aullidos del animal se mezclaban con los aullidos de mi madre, y ese era el fin de la jornada arbórea.

Hamble. Sábado, 12 de marzo

Y yo callada. El holandés me observa y yo callada, trabajando y pensando en todo esto que me dice mi marido con mis propios pensamientos. Un muerto que no para de hablar sin existir, sin decir nada, sin aspavientos sobrenaturales. Y yo aquí subida en un árbol, acordándome de los ángeles de Wim Wenders. Esos ángeles tristes de largos abrigos de paño que les hablan a las personas en el metro, en las bibliotecas públicas,

haciéndoles creer que son sus propios pensamientos. ¿Son míos mis pensamientos? No lo sé. Aún no lo sé. No ha pasado suficiente tiempo para entender quién piensa lo que yo pienso. Y al fin, no puedo más, me vence el peso del muerto y aunque sé que ésta no es una conversación real con David, me digo:

—¡Cómo me gustaría que me vieras ahora! ¡Cómo me gustaría contarte lo que estoy haciendo! ¿Qué opinarías de todo esto? Nunca lo imaginaste. Nunca lo imaginé... ah... y, sobre todo, ¡cómo me gustaría poder preguntarte dónde demonios has metido la sierra de calar! No, no tiene gracia. Ninguna gracia.

Tom me da un poco de miedo. Me mira como lo hacías tú. Temo enamorarme de una idea. No sería la primera vez. Por eso buscaré refugio cuanto antes. El príncipe de Netley me ha invitado a ir al cine. No me queda más remedio que aceptar, porque la soledad me está matando. Así son mis días. Sigo atrapada en un tiempo en el que todo lo que construyo por fuera del cuerpo lo destruyo por dentro del alma. Creo que la casa en el árbol cambiará todo esto.

Sir Isaac Newton

Hamble. Sábado, 28 de mayo

Desde el roble cambió mi punto de vista. Hasta ese momento me había sentido perdida. Me había echado en brazos de varios hombres y había sufrido emociones violentas de dolor. Hacía las gestiones propias de una madre, pero no entendía cómo ayudar a mis hijos. El sistema era impenetrable. Irreductible. Una condena. Michael traía deberes todos los días. Trabajo de escritura, de copiar frases y palabras, que no había hecho en el colegio. Yo revivía mi propia infancia con dolor. La mala letra. La dislexia... y, de pronto, subir al árbol fue tomar el timón de un barco varado. Decidí que yo debía ser su mejor extraescolar. Que tenía que compensar con ciencia y riqueza todo lo espantoso, las horas de tiempo perdido mirando la pared del aula. La felicidad es una contabilidad o la receta de un pastel. Hay que conseguir que la vida no sea ni demasiado dulce ni muy harinosa.

Hamble. Domingo, 29 de mayo

Ocurre que subir al árbol es difícil y uno se queda más rato del necesario ahí arriba, en soledad, porque da mucha pereza bajar. Esto te obliga a meditar. Te aísla de la tierra y te obliga a pensar. Desde lo alto podía ver mundos dentro del cuerpo. Problemas enterrados. ¿Quién necesita psicólogos? Mis pastillas para el dolor fueron maderas pesadas y tornillos escurridizos. Para ver más allá hay que cambiar de punto de vista.

Hamble. Lunes, 13 de mayo

No sé qué le ha pasado a Tom. Algo le ha enfadado. Los niños quisieron ver con él *Parque Jurásico*. Estaban todos juntos en el salón y al llegar a la secuencia de la valla electrificada, el holandés se levantó para no verla y se vino a la cocina a hacerse un té. Estaba muy raro, tanto que me hizo pensar en aquella valla que David mencionaba a veces en sus pesadillas. ¿Qué les pasó de pequeños? ¿Cuál es su expiación?

Hamble. Lunes, 8 de junio

El príncipe azul me ha llevado de fin de semana a Lyme Regis. Es el pueblo donde se rodó *La mujer del teniente francés*. Malecón de piedra, casas de cuento. John es predecible, algo reaccionario, pero muy inteligente. Es divertido. Fue una buena excursión. John ejerce la perfección, algo que no veo como virtud, pero que de momento me resulta útil. Lo último que quiero ahora son incertidumbres. John es estructura.

Mi hermana María era mágica. No le tenía miedo a nada y menos a un perro ladrando. Le gustaban por igual la música y los animales. Cuando íbamos de visita a Longdale Farm, les daba sonoros besos a los bebés de cabra en la mismísima boca, pues los bebés y las cabritillas blancas como la nieve despertaban en ella toda la ternura y todos los instintos de protección. Un día estábamos usando su catalejo para espiar a miss Barlow, que, como siempre, sacaba al perro a la intemperie al atardecer. En el momento en que se puso a ladrar como loco, María me oyó quejarme del escándalo que montaba *Sir Isaac* y, antes de que pudiera darme cuenta, mi hermanita cogió una salchicha de la nevera, metió su mano por un agujero de la valla y el perro se acercó a devorarla. Cuando bajé al jardín, María tenía su manita dentro de las fauces de la fiera que se había zampado ya la salchicha y ahora le rechupeteaba los dedos con deleite, moviendo el rabo como un limpiaparabrisas.

—Pobrecito —le decía la niña—. Qué mala, miss Barlow, ¿verdad?

El perro asentía con el rabo, comprendiendo cada palabra. Me hizo pensar en que cuando María era más pequeña casi no hablaba —quizá porque Michael y yo lo hablábamos todo—, pero entendía perfectamente dos idiomas. Le decías: «gatea» y gateaba, *crawl* y gateaba, «ponte de pie» y se ponía de pie, *stand up* y se ponía de pie, «canta» y cantaba, *sing* y cantaba. En ese momento idiomático me di cuenta de que los niños éramos un poco como los perros, nos hacíamos entender con el lenguaje de las miradas, de los gritos, de los llantos, por gestos y ladrando. Que no usásemos palabras no significa que no tuviéramos todos los sentimientos de los adultos: el miedo, la rabia, la pasión, el interés, el cansancio, el decaimiento, la depresión, la felicidad plena, la soledad. Los adultos no piensan nunca en esto porque consideran a los niños seres protohumanos por el hecho de que no usan la gramática. Eso es como considerar a un extranjero más bobo porque no

conozca el idioma. Cualquier madre sabe que con su hijo tiene un lenguaje privado de gestos, tonos de llanto y miradas. Un lenguaje de compleja sintaxis que solo hablan las madres y los padres de ese niño con ese niño, porque es específico de cada niño.

María era tan lista que, cuando tenía meses y aún no sabía caminar, se agarraba a las estanterías del salón para ponerse en pie y caminaba por allí, de cara a los libros. A veces empezaba a tirarlos al suelo de forma vandálica, como dispuesta a hacer una hoguera fascista con ellos. Mamá venía corriendo y la regañaba, apartándola de la estantería, hasta que descubrió con asombro que María solo se convertía en la vándala de los libros cuando quería un cambio de pañal. Era su forma de decir: mamá, necesito que me eches un cable. María era tan lista que sabía que los libros eran sagrados para mamá y que no había mejor manera de llamar la atención. Siempre supo hacerse entender de las formas más simpáticas, con gestos, con miradas, arrojando cosas por el suelo y, por tanto, era la mujer perfecta para comunicarse con los animales, cuya única diferencia con las personas es que no saben leer, escribir o conversar sobre física cuántica porque nadie ha tenido la paciencia de enseñarles o no se han visto en la imperiosa necesidad de aprender.

Como el agujero de la valla era muy pequeño y por él solo cabía la manita de María, decidimos agrandarlo con una herramienta. De momento, no le dijimos nada a Michael porque le daban pavor los perros. Les tenía miedo desde aquella vez que estando de excursión por el campo lo persiguió un perro muy agresivo y, para escapar de sus dentelladas, se lanzó al agua helada del canal del Itchen. María y yo esperamos a que la mala miss Barlow se fuese a la compra y empezamos nuestra tarea con un serrucho que habíamos robado de la casita del árbol en construcción. Con la herramienta fuimos muy torpes, pero tuvimos la suerte de que al apoyarnos con fuerza en la valla, esa sección entera se movió. Las vallas que separan las parcelas en Inglaterra son paneles de madera que van fijos a unos postes. Ese estaba suelto. Descubrimos que podíamos empujarlo como una puerta entornada y colarnos por él. En realidad, quien se coló fue *Sir Isaac*, que entró en nuestro jardín y se tiró sobre María matándola a lametones y a cosquillas. Fue en esa tesitura como nos encontró mamá.

No puedo describir la risa de María sin decir que es lo más cercano a la felicidad plena. A mi hermana le tocabas la barriga con la cabeza y se abandonaba a un mundo de carcajadas y sonrisas que causaba placer con todos los sentidos. Ella era musical hasta para reír, aún lo es, y esa música vibraba en tu propio estómago, haciéndote reír aún más que ella, en un círculo sin fin. Cualquier madre, a la vista de un perro feroz sobre su retoño, habría entrado en el peor de los pánicos. Mamá entendió nada más verlos que María y el perro se habían enamorado. Con delicadeza, aunque no sin cierto temor, mamá agarró a *Sir Isaac* por el collar y lo apartó de María. Con un grito, los mandó callar a los dos, me fulminó con la mirada, dijo:

—¿Así cuidas de tu hermana en el jardín? ¿Dejando que sea pasto de las alimañas? ¡¿Qué clase de persona eres?!

—Tengo seis años —dije—. No soy una persona.

—¿Cómo ha entrado aquí el lobo estepario? ¿Ha saltado la valla?

Por toda respuesta, empujé el panel de madera y mamá metió al perro por ahí.

—Y no es una alimaña. Es *Sir Isaac Newton*, lo pone en su collar.

Al quedarse solo, *Sir Isaac* comenzó a aullar y a ladrar de nuevo.

—¿Cómo se os ocurre abrir un agujero en la valla? —dijo mamá tratando de parecer muy seria.

—Nosotros no hemos sido —dije yo.

—No, no hemos sido —corroboró María.

—No, ¿verdad?, la valla se ha abierto solita.

—Fue el perrito —dijo la niña.

—Y claro, esa bolsa vacía de salchichas Frankfurt no tiene nada que ver...

—María, creo que mamá, alias Sherlock Holmes, nos ha descubierto.

—Y tanto —dijo mi hermana.

—No conocéis a los ingleses. No sabes cómo se puede poner la señora Barlow si ve que entráis en su jardín por la valla. Un inglés es muy capaz de llamar a la policía ante algo así y yo necesito que nos llevemos muy bien con todos los vecinos.

—Perdón, mami.

—Es igual, no pasa nada. La verdad es que el pobre perro tiene cara de buena persona y da una pena horrorosa ahí solito, en el jardín. ¿A dónde irá la señora Barlow a estas horas? ¿Y cómo es posible que lo deje solo hasta bien entrada la noche?

—Y cómo es posible que deje sola a la anciana de la que cuida —dijo Michael mientras acudía al alboroto.

—Y cómo es posible que no oiga al pobre perrito ladrar... —dije yo.

—Sí... cómo es posible —dijo mamá muy preocupada.

—La anciana Daniels debe dormir como un tronco —añadí.

—Claro, duerme como un tronco porque ya dijo mamá que los ancianos son como árboles con patas —repuso María.

—Es verdad, *little item* —dijo Michael cogiendo de la mano a la hermanita.

Cuando pasó todo, yo me acerqué a mamá y me agarré a ella y también cogí a Michael de la otra mano. Estábamos todos muy pensativos y muy agarrados y tan filosóficos que no pude evitar decir:

—Mamá, estoy pensando que ser muy viejo es como volver a ser niño.

—Sí, cielo. Es como ser niño en el camino de vuelta.

—Y también creo que... quizá... para morir hay que olvidarlo todo.

—Todo... Sí, es posible que para morir haya que olvidarlo todo menos la infancia —repuso mamá con una de sus sonrisas literarias. A saber en qué estaba pensando María, porque dijo:

—Mamá, ¿por qué los culos de las personas son redondos?

Todos nos echamos a reír.

—Supongo que para sentarnos cómodamente.

—Entonces ¿los hombres están hechos para vivir sentados?

—Más o menos, cielo.

—Pues si los hombres fuéramos árboles, echaríamos raíces en los sofás.

Su relación con John, al que llamábamos el príncipe de Netley, empezó con las visitas que él hacía a Joiners House los martes, jueves y domingos. Poco a poco, esos mismos días, empezaron a salir al cine o a cenar. Era una estructura perfecta, regular y predecible. Mamá y John lo pasaban bien,

aunque él trabajaba mucho y viajaba por negocios constantemente, por lo que sus amoríos eran de los de dos pasos para delante y uno para atrás. O quizá, más bien, de los de caminar de lado, como los cangrejos del Hamble. Le gustaban los niños y tenía un hijo que vivía con la exmujer en otra ciudad, Birmingham, me parece, al que acabaríamos conociendo y que nos caería más o menos bien. Sobre el papel, nos parecía que John podía ser, como suele decirse, una buena figura paterna. Hasta Michael fue venciendo ciertos prejuicios contra él porque de cuando en cuando nos traía regalos y no cualquier regalo. Eran cosas fabulosas, minerales exóticos, fósiles chulísimos. Una vez trajo un trozo de pizarra negra:

—¿Veis, chicos? Estas marcas pequeñitas son fósiles de helechos.

—Oh... —dijo María muy triste—. Son bebés de planta... pobrecitos...

—Vamos, María —le respondí—, no te vayas a poner a llorar por un helecho que murió hace varios millones de años. ¡No seas *tiny-saurus!*

El mejor de todos sus regalos fue una piedra pulida del tamaño de una bola de billar, perfectamente esférica. Una bola de piedra verde, con efecto moaré, que al final de este relato traerá moraleja y explicará al personaje.

—Es malaquita de Madagascar —nos dijo el príncipe del castillo.

—¡Gracias, John! ¡Qué pasada!

Después de comprar nuestras almas con la bola de vetas verdes, corrimos a jugar «a los museos» con nuestra colección de fósiles y de minerales.

Siempre que volvía por Joiners, el príncipe del castillo se reía de lo poco que mamá había avanzado en la casa del árbol y le tomaba el pelo. Ella lo aceptaba con deportividad, pero yo sé que le tenía que sentar regular que John opinara y le diera consejos, porque mamá era muy orgullosa. Michael tenía a quien salir, desde luego.

—Sí, John, ya sé que soy muy lenta —le dijo mamá un día—, pero es que no quiero cometer errores. Tengo que estar segura de que quedará bien. Necesito que sea maravillosa, no un chamizo en las alturas que se pudra a los seis meses.

—¿Pero, mujer, cómo se te ha ocurrido prometerle a los niños una casa en un árbol?

—Ya, eso mismo digo yo. Michael estaba subido ahí arriba y le vi tan feliz, tan emocionado por la altura, la naturaleza, el río. Le vi tan libre y tan inspirado que no lo pude evitar. Les dije a todos: ¿queréis que os construya una casa en el árbol, cariños? Según lo dije, pensé: vaya un lío en el que me acabo de meter. Por supuesto, se emocionaron mucho y dijeron que sí y mi suerte quedó zanjada.

—Porque lo que se les promete a los niños hay que cumplirlo.

—Siempre. A veces me despisto, como cuando le prometí a mis hijos huevos de pascua de chocolate para hacer una búsqueda del tesoro en Semana Santa, me los olvidé en el coche y se derritieron todos. Pobres niños, cómo lloraban, sobre todo María... pero, por norma general, cumplo con todo lo que prometo.

—Eres una gran madre.

—No tiene mérito ser una gran madre cuando se tienen grandes hijos. Además, casi todas las madres son grandes madres.

—No lo creo. Mi ex no lo es.

—Seguro que sí. Los hijos son el motivador de la excelencia. Ellos nos empujan constantemente a ser mejores, a buscar soluciones, a hacer mil cosas más de las que haríamos en condiciones normales. Sí, es verdad que soy una gran madre, como tantas madres, pero, desgraciadamente, no soy una gran carpintera. El gran carpintero era mi marido.

—¿Era carpintero?

—Eso decía él. Que era carpintero. En realidad, era profesor de física, pero el abuelo Samuel, el padre de mi marido, era *luthier* y le enseñó de pequeño a trabajar la madera.

—¿*Luthier*? ¿Esos no son los que construyen instrumentos musicales? Qué profesión tan bonita.

—Sí. Fabricaba violonchelos.

—¿Y uno se gana bien la vida con eso?

—Pues sí, y bastante bien, por cierto. Los violonchelos de algunos grandes maestros pagaron la hipoteca de esta casa.

Unas risas los hicieron volverse hacia el embarcadero. El holandés llegó en su *Pequeño Arethus*a con la rubia más espectacular del Hamble, como si la palabra mágica «violonchelo» lo hubiese convocado. Yo le cogí la mano a mamá. Creo que quise darle ánimos porque de alguna manera inconsciente sentí que mamá tenía el mismo vértigo al verle que al subirse a nuestro roble junto al río.

Hamble. Martes, 4 de octubre

Lo primero que pensé al subir al árbol fue: «¿Pero por qué no he subido antes? ¡Esto es maravilloso!». Es maravilloso y no deja de serlo nunca. Todo el mundo debería subirse a un árbol por prescripción médica. Me hizo recordar el día en que mis hijos fueron por primera vez a una playa de arena, en la Costa Blanca. Una larga y densa franja de arena cálida, dorada como el sol. Los niños tuvieron la misma reacción que cualquier otro niño. Que miles de millones de niños antes que ellos. La misma reacción que tienen los niños que llegan por primera vez a la nieve. Querían revolcarse en ella y tocarla con el cuerpo.

Los adultos no tocamos la vida. Pasamos por ella sin tocarla con las manos. Allí, abrazada a mi árbol, toqué de nuevo la arena y la nieve del primer día del primer hombre con mi primer cuerpo. El sentimiento de infancia, de volver a la infancia, no tiene nada que ver con la edad. Es una emoción intensa de vuelta a la naturaleza y tiene solo que ver con la libertad. Nada es más importante que la libertad. Creemos que nos gusta la infancia porque éramos pequeños y jugábamos, creemos que es nuestra patria porque disfrutábamos sin responsabilidades. Esos son elementos reales, por supuesto, pero la esencia, la única verdad, es que solo en la infancia fuimos libres (si descontamos el colegio) y ansiamos vivir así, que es vivir de verdad. Recuerdo aquella primera vez de mis hijos en la playa. Había un murete de piedra que los niños tuvieron que saltar para llegar hasta el mar. Les tomé fotos. En ellas, Richard está en el aire, de espaldas a mí, su pelo al viento, sus manos y pies lejos del suelo, a punto de aterrizar sobre la arena. Esa imagen del hijo volador me llena de felicidad.

El laboratorio

La ocurrencia que casi lleva a Michael a pasar el resto de sus días escolares en un internado no fue suya, fue mía. Normalmente, este tipo de ideas fabulosas las tenía el protoingeniero, que era él, pero en este caso la ocurrencia fue del protomédico, que era yo. Mi hermano estaba realizando una excavación arqueológica con un palito en el lodo de la orilla. Cuando la marea estaba muy baja, el barrizal era de las cosas más apetecibles para Michael o para cualquier niño ribereño.

—Michael, he pensado que si queremos hacer algo verdaderamente importante por la humanidad deberíamos empezar ya —le dije.

Él ni me miró, concentrado en analizar las capas de cieno, lodo y arcilla, como un científico geólogo. Creí que no me había oído y ya estaba a punto de posar la mano en su hombro cuando respondió:

—¿Y a mí qué me importa la humanidad? ¿Le importo yo a la humanidad?

—Ya... pero tengo una idea para nuestro futuro.

—El futuro puede esperar.

—Quiero que le pidamos permiso a mamá para tener nuestro propio laboratorio.

Michael dejó el palito. Eso le interesaba, y mucho.

—¿Qué tipo de laboratorio?

—Me gustaría que jugáramos a inventar cosas útiles para la humanidad, como lo que dijimos el otro día.

—¿Y qué dijimos el otro día? Yo digo más de cien cosas todos los días y tú otras cien y no creas que escucho con demasiada atención todo lo que se te ocurre.

—Quiero inventar la inmortalidad.

—Eso es imposible.

—Ya, y también lo era lo de inventar el oro, pero mamá nos contó un día que, gracias a eso, los alquimistas no inventaron el oro pero sí que inventaron la química.

—¿Sabes que para ser un niño tan pequeño a veces tienes ideas bien grandes?

Me reí mucho y le contesté:

—Es que existe una cosa, solo una, que es más grande por dentro que por fuera.

—¿Cuál?

—El cerebro —le dije—. En el cerebro del niño más pequeño cabe una galaxia.

—Eso es verdad. Tienes mucha razón, pero hay dos cosas que son más grandes por dentro que por fuera. Dos. Dos cosas.

—¿Y cuál es la otra? ¿El corazón? —pregunté.

—No. La Tardis del Doctor Who.

Me eché a reír y, por supuesto, le di la razón. La *Tardis* es una sencilla cabina telefónica por fuera y, por dentro, una enorme nave espacial. Mi hermano tiró su palo al barro y se limpió el lodo en las perneras de los pantalones nuevos.

—¿Dónde se te ocurre que podemos instalar nuestro taller-laboratorio? —me preguntó.

—Dentro de casa es peligroso, por si le prendemos fuego y arde todo.

—Sí, no queremos descubrir la circulación de la sangre para arder al día siguiente como Miguel Servet... ¿Qué tal en la caseta de las bicicletas?

—Es un sitio perfecto... pero tiene un problema.

—¿Cuál?

—Está lleno de bicicletas.

—Ya... y de cachivaches inútiles. Los adultos nos echan mucho la bronca por tener demasiados juguetes, pero y ellos, con sus cachivaches inútiles, ¿qué?

—Seguro que el viejo Jim se lleva los cachivaches para venderlos o regalarlos o usarlos o, como mínimo, tirarlos a la basura. Si encontramos otro sitio donde aparcar las bicis...

—¿Pero mamá nos dejará? —pregunté sin gran seguridad.

—Cuando le digamos que queremos descubrir la inmortalidad será nuestra mecenas más entusiasta.

—¿Qué son las mecenas?

—No son, Richard. «Mecenas» es singular.

—¿Y qué es?

—Un señor o una señora que hace que las buenas ideas se conviertan en realidad.

Michael tuvo razón. Conocía bien a mamá. Mi madre apoyaba cualquier iniciativa de ciencias que quisiéramos tener. Mi hermano esperó a hablarlo en el coche, de vuelta de la compra. Le dijo que no podíamos vivir más sin un laboratorio propio porque queríamos estudiar nuestro entorno usando el método científico para poder hacer grandes cosas por el planeta, y, viéndola aún dubitativa, Michael le entró a matar usando nuestra arma secreta, la pérdida del padre:

—Mamá, es que cuando sea mayor quiero construir la máquina del tiempo para viajar al pasado y ver a papá.

Mamá le miró sonriente. Tierna hasta la médula, le dijo:

—Ay, sí, qué bien, cielo. Yo también quiero volver a ver a papá, ¿me llevarás contigo?

—No —respondió mi hermano.

Mamá le miró muy sorprendida y replicó:

—¿Ah, no? ¡Qué mala idea! ¿Y por qué no quieres llevarme al pasado?

—Mamá, ¿de verdad no lo entiendes? No es que no quiera llevarte, es que tú ya estás allí.

Hamble. Domingo, 10 de abril

—Mamá, ¿de verdad no lo entiendes? No es que no quiera llevarte. Es que tú ya estás allí.

Eso me dijo Michael. Me miró con total convicción, creyendo en lo imposible. Mi hijo tocaba el instante como si lo tuviera delante y, gracias a su mirada infantil, el pasado se materializó ante mis ojos. David y yo reaparecimos allí, en la orilla, abrazados bajo el roble. Sentí su piel. ¡Cómo echo de menos aquellos abrazos! El corazón me empezó a temblar. Era cierto. David y Ana siguen allí, riéndose de todo, disfrutando del amor, construyendo belleza. ¡Qué emoción fue comprender que siempre estaremos juntos! Que no fuimos. ¡Que somos! Somos en el pasado, porque el

pasado nunca es pasado. El pasado es presente inaccesible. Es un lugar físico al que no podemos viajar por la simple cuestión técnica de que nos falta la máquina del tiempo. Desde que Michael me dijo eso, me siento mucho mejor. Me consuela saber que estamos siempre ahí, bajo el roble, abrazados, tocándonos con un beso, y que nadie muere jamás.

Las bicicletas fueron llevadas al porchecillo lateral de la casa, los cachivaches donados al vagabundo Jim, que se los vendió por cuatro perras a unos chamarileros, y nuestro laboratorio de ingeniería-biológica y física-médica fue un pequeño paso para la humanidad y un gran paso para los niños de la casa.

La antigua nevera hacía honor a su nombre. Era un sitio helado por culpa del grosor de sus paredes y por la eterna sombra que recibía su tejado, pero, como no hay madre que se precie que sea capaz de soportar el frío que tienen sus hijos, mamá le encargó a Jim que nos consiguiera una estufita de carbón para que no nos quedásemos tiesos. Los mismos chamarileros se la vendieron por las mismas cuatro perras. Era una salamandra pequeña, de hierro y cristal templado, una cosa monísima y muy útil. Como era verano, muchos días no necesitábamos encenderla. Empezar directamente a descubrir la inmortalidad no era factible, así que, a sugerencia de mamá, comenzamos a estudiar lo que más nos gustaba del río y muy pronto llenamos las estanterías de frascos de mermelada con distintos tipos de lodo. El lodo de nuestra casa, el lodo de la casa de todos nuestros vecinos, el lodo del borde del camino, el lodo de Netley, el lodo de Warsash. Nuestras orillas y pueblos tenían más de cien tipos de lodos y todos estaban numerados y embotellados y a todos les habíamos puesto nombre según su consistencia. María se inventaba los nombres fenomenal, era la maga de las palabras inexistentes, y yo los escribía en etiquetas autoadhesivas con mi buena letra, porque Michael era aún bastante disléxico y odiaba todo lo que tuviera que ver con el lápiz y el papel. Así, teníamos barros ligeros y cremosos como el «lodo barbado», cienos negros y olorosos como el «pesto necrónico», arenas pringosas como la «peta-rilla» y barros con tropezones como el «mixto lento». Mamá nos proveyó de elementos químicos poco peligrosos y herramientas de laboratorio. Vinagre, sales de bicarbonato, vasos de Petri, vino, limones para

hacer tinta invisible, guantes de látex, alcachofas para más tinta invisible, huevos, sal, aceite, vaselina, celulosa, harina para hacer engrudo, tubos de ensayo, cola para madera, serrín, mecheros bunsen... también nos regaló un microscopio del que quise apropiarme enseguida, pero que no tuve más remedio que compartir cuando mi hermano empezó a retorcerme el brazo con el dolor de la persuasión. Michael le pidió a Jim que nos hiciera un cartel para el laboratorio en el que pusiera: «Si yo fuera tú, no pasaría de aquí». Creo que aún no he explicado quién era Jim.

En Joiners había una serie de personajes permanentes. Uno de los mejores era Jim, blues Jim. Nos encantaba. Era un viejo amigo de papá, músico callejero y vagabundo (o vaga-mundos) que se había hecho un hueco especial en nuestro paraíso junto al río. Tendría unos sesenta o setenta años, pero no nos parecía exactamente mayor porque iba siempre de un lado a otro en canoa o en bicicleta. Vestía pantalones cortos, en invierno y en verano, de color caqui, con pinzas, como los pantalones del uniforme de uno de esos oficiales británicos de *El hombre que pudo reinar* o *La carga de la brigada ligera*. Tenía las piernas jóvenes y tersas, los ojos muy azules, el poco pelo completamente blanco y la mirada socarrona. De su cuello colgaba una cámara de fotos réflex con la que retrataba cosas peculiares de cuando en cuando y que le daba un aire distraído, de turista americano.

Mientras Jim pintaba el letrero con el arte de los que se dedican a ello, nos contó que precisamente ese había sido uno de sus muchísimos trabajos a lo largo de su vagabunda vida: rotular los nombres de los barcos. Jim nos hablaba de su infancia:

—De niño me gustaba dibujar. Quería ser pintor, pero todo cambió cuando nos mandaron a la casa de trabajo.

—¿La casa de trabajo?

—En realidad era una casa de acogida. Las herederas de las *Work Houses* del siglo diecinueve, a las que iban los huérfanos y la gente sin hogar.

—¿Y por qué fuiste a una casa de acogida? ¿Eras huérfano?

—Sí. Mis padres murieron de tuberculosis. Yo también estuve a punto de palmarla.

Sentí algo extraño al darme cuenta de que no importa cuán tremendo sea tu drama, que siempre habrá un drama más dramático que el tuyo. También entendí, sorprendido, que no importa lo bien que sobrellevés ese drama, que el fulano con el drama más dramático que el tuyo sonreirá más que tú, se mostrará más dicharachero que tú, lo lucirá con más lustrosa indiferencia que tú. Una vez le pregunté a mi madre por este asunto de la indiferencia, o «la fortaleza», como lo llaman los espectadores de los dramas ajenos. Ella me explicó que no se trata de fortaleza o indiferencia, que es simplemente el resultado de mezclar el amor propio con el secreto deseo de horrorizar a los demás.

—¿Horrorizar? —le pregunté a mi madre. Ella me contestó que es una especie de venganza sobre el mundo, pero que como no podemos vengarnos del mundo por habernos robado al padre o al marido, nos vengamos levemente de la ignorancia de los demás. Nos irrita que la sociedad oculte la muerte y que la esconda con eufemismos. Castigamos, injustamente, claro, a todos los que aún se creen inmortales y no conocen emociones para las que no existen palabras.

—Entonces... ¿Mostrarse fuerte no es valentía?

—No, cielito. Un valiente no es más que una persona tan cobarde, tan cobarde, que tiene mucho miedo de salir corriendo.

Y así era mi madre, y así era Jim y así era su drama y su tuberculosis.

—Pasé meses con un pulmón colapsado en el hospital —nos decía el vagabundo—. Las monjas me dieron por muerto muchas veces, pero me curé. Debo de estar hecho de un material valioso para algún dios, porque tres veces he estado al borde de la muerte y, las tres veces, los hados han querido protegerme.

—¿Te han protegido los dados?

—Los hados. La providencia. La suerte. Aunque los dados tampoco se me dan mal.

—¿Y cómo era esa casa de acogida?

—Entré con siete años, yo era como tú, Michael, un poco más pequeño. Lo que más recuerdo era el olor del pan de centeno mezclado con el jabón de petróleo. Es un aroma que no olvidaré mientras viva y que parecía mantener las paredes de aquel edificio en pie. Había unas mujeres ahí tiradas, sobre la

tarima de madera, restregando arriba y abajo, arriba y abajo, con aquellos cepillos gruesos de cerdas. No hablaban nunca con nadie. Nadie hablaba nunca con ellas. Ris-ras, ris-ras, sonaban los cepillos, ris-ras. Los niños estábamos en un edificio y las niñas en otro, así que yo solo veía a mi hermana Sonia en el comedor, o en el jardín, cuando formábamos la fila para ir al colegio. Nos levantábamos con un toque de corneta y nos acostábamos igual y si te pescaban hablando después del toque de queda, que era a las nueve, te castigaban. No era un sitio horrible, en plan *Oliver Twist*. Era bastante agradable vivir allí y, si te portabas mal, el castigo era escoger entre unos azotes o estar cara a la pared en el rincón oscuro. Si la cosa era muy grave, había que zampar aceite de ricino. Eso era asqueroso. Pero lo normal eran cosillas sin importancia, como hablar con el chico de al lado. Todos escogíamos de castigo el rincón oscuro. En la pared de ese rincón había una reproducción de un cuadro en un marco dorado: dos señoras isabelinas muy pálidas, metidas en camas gemelas, cada una con un bebé idéntico en los brazos. Debajo decía: *Las damas de Cholmondeley*. Me sé ese cuadro de memoria. Las damas de la pared nos recordaban que no teníamos madre, pero la verdad es que a mí no me importaba nada vivir allí. La comida era decente y nos bañábamos una vez por semana en agua bien caliente y teníamos ropa y zapatos. Yo lo que odiaba era el colegio, pero me gustaba ir en la fila, caminando cerca de mi hermana porque vivíamos en pabellones separados.

—¿Y dónde está ahora tu hermana? —dijo la pequeña.

—Se murió. Se hizo una heridita con un clavo y le dio el tétanos.

Esa era la palabra más aterradora del mundo: «Tétanos». La gran amenaza de nuestra infancia. Si nos caíamos y nos cortábamos, tendrían que pincharnos contra el horripilante tétanos. Al oír semejante espanto de boca de Jim, «muerte por tétanos», los ojillos de María se hincharon de la misma forma en que a Michael se le hinchó de golpe la frente el día que iba corriendo por el pasillo, los calcetines le patinaron en la tarima y al dar la curva hacia el salón se chocó de cabeza contra la esquina de la pared y le salió de golpe en la frente un chichón de un centímetro que parecía que le iba a estallar. Pobre María. Dos lagos transparentes se formaron en sus ojos.

Fueron lágrimas valientes. No como las lágrimas que le salieron el día en que mamá le dijo que ya era hora de ducharse y de quitarse todas las células muertas de encima.

—¿Muertas?! ¿Mis células están muertas?! ¡Nooo! —gritó la pobre.

Costó bastante rato hacerle entender lo que era la apoptosis celular y que era normal que las células se anduvieran muriendo todo el rato, y que el polvo que flota en los rayos de sol está hecho en un noventa por ciento de piel humana.

En esta ocasión del tétanos, y de la hermana muerta de Jim, las lágrimas de María fueron valientes. Las lágrimas valientes saltan hacia las mejillas como torrenteras, sin alterar los músculos de la cara, sin gimoteos. Las lágrimas valientes son arrancadas del fondo del alma por la fuerza de la gravedad. Una vez, pensando en las lágrimas de mi hermana, le dije a mi madre:

—Mamá, el alma de María es un mar, un mar de lágrimas saladas con algo de tierra alrededor.

—¿Quieres decir que el alma de nuestra hermana es un atolón? —apostilló el apostillador.

Las historias que contaba Jim eran de verdad. Sentíamos que lo eran. Tenían la mezcla justa de emoción y terror. Sabíamos que nos iba a hacer llorar, pero, aun así, le pedíamos que nos las contara. Que nos hablara de la casa de acogida, de su vida de vagabundo en los caminos, de sus tardes de caridad tomando té y sándwiches de pepino con las señoras de la asociación contra la embolia, o las damas de la asociación contra el cáncer, o las damas contra el maltrato animal. Jim conocía todas las tardes de sándwich y té y sabía quiénes eran unas agarradas y quiénes ofrecían a los pobres ensalada de patata y no solo sonrisas ñoñas y parabienes. Una vez, Michael le preguntó muy serio:

—Jim... ¿Te consideras una persona con éxito?

—Sí —dijo el vagabundo—. Creo que he utilizado muy bien los dones que me han dado la genética y la desgracia.

—¿La desgracia nos da dones?

—Pero claro. La desgracia nos da muchos más dones que la felicidad. Nos hace entender que el éxito está aquí.

Jim le señaló el corazón a mi hermano. Otra vez el corazón. Los corazones son lo más importante.

Mi pasión por los corazones nos llevó de los lodos a las vivisecciones. Primero empezamos por diseccionar pescado muerto, barbos y cosas así. Luego tratamos de diseccionar cangrejos, pero la cáscara era un duro problema y se nos espachurraban todos. Las lombrices tenían poca chicha, se nos daban mal y teníamos más o menos prohibido atentar contra bichos más grandes. Un día, después de que *Evil*, el gato de los vecinos, nos trajera una paloma muerta que estudiamos convenientemente, Michael me dijo que no existe laboratorio médico que no tenga un esqueleto o, como mínimo, una auténtica calavera humana, y le pidió a mamá que nos comprase un esqueleto como el del osteópata. Mamá miró los precios por Internet y enseguida se horrorizó. Dijo que ni hablar, que era demasiado dinero y que teniendo en cuenta lo que había durado el brazo del esqueleto del osteópata en nuestras manos, no era una inversión que estuviera dispuesta a realizar. Eso nos sumió en una tremenda depresión y lloramos, al menos, durante cinco largos minutos, pero no conseguimos ablandar su corazón. De todas formas, la semilla de la calavera se plantó en el corazón de mi hermano en espera de encontrar su oportunidad para germinar en un plan que, como muchos de sus rebuscados planes, sería bastante arriesgado.

En Joiners House había herencias del pasado. Herencias que tenían mucho que ver con la música y la enseñanza, pero, sobre todo, con la carpintería, la ebanistería y los oficios de la madera. «Los oficios de la madera», suena bien solo decirlo, escribirlo, leerlo. No hay palabra más bella que «madera». Madera suena a madre. Las personas buenas están hechas de buena madera. La madera es el origen del fuego. La madera flota y te salva de morir ahogado. Una de esas herencias —además del taller, las herramientas del abuelo *luthier* y los bancos de trabajo— eran las librerías que cubrían las paredes de los salones de arriba abajo. Estaban construidas con madera

reciclada de los barcos. Desbastada, desgastada, *seasoned*, gris plata, como las canas de un anciano-árbol o de un árbol-anciano. Esas estanterías las había construido papá. El holandés, que había decidido honrarnos con su presencia silenciosa, estaba escogiendo un libro junto a las estanterías. Le miré las manos. Tengo esa manía desde pequeño: mirar las manos de los demás. Quizá por contradecir a mi hermano, que examina los pies de la gente y estudia su calzado. Lo hace desde que vio *Cadena perpetua*. Le enamora esa parte de la película en la que el protagonista se pone los zapatos del alcaide para escapar de la prisión y la voz en *off* de Morgan Freeman dice: «Porque, verdaderamente, ¿quién se fija en los zapatos de otro hombre?». Así que Michael miraba los zapatos de la gente. Le gustaba observar lo que a los demás nos pasa inadvertido.

Tom acariciaba la madera, sintiendo sus nudos, envolviéndose en las conversaciones de los demás, respirando nuestro aire. Cambiando su expresión con el contexto, como un ciego leyendo mensajes sorprendentes con las yemas de sus dedos. Recuerdo haber pensado que su pelo canoso sería con el tiempo del mismo color que la madera. Lo sería.

Ese día, que fue de los primeros, mamá estaba sentada cerca del fuego, charlando con «el príncipe del castillo». Ella no había visto llegar al holandés cuando le dijo a John:

—Todas las historias de amor acaban bien.

Recuerdo perfectamente a mamá diciéndole esta frase al príncipe de Netley. También recuerdo que John la miró, amable, pero completamente en desacuerdo, a pesar de que asintió con una sonrisa bastante correcta. Años después le pregunté a mamá por esa frase, si la recordaba, y le conté aquello que percibí en el príncipe. Me dijo que John había malinterpretado aquello, como siempre. Ella le daba un significado más profundo a la expresión «acabar bien». También le dije a mi madre que el holandés lo escuchó y para sí, por lo bajo, dijo: «Por supuesto. Otra cosa no es amor».

Cuando se lo dije, a mamá se le llenaron los ojos de lágrimas.

Pero ese día ella charlaba con el príncipe y solo yo escuché la frase del holandés porque el holandés no lo dijo para nadie y ya se sabe que un niño callado en una habitación es tan invisible como un perro dormido en una alfombra. Esto me recuerda una reflexión que hizo mi hermano sobre el

silencio. Defendía la teoría de que los niños no son ruidosos, pero ocurre que cuando están callados, nadie sabe que existen y, claro, no cuenta. Los únicos niños que sí existen son los que montan un pollo, que no son todos, ni mucho menos. Los demás éramos invisibles. Un día, en el supermercado, un niño pequeño estaba teniendo una rabieta espantosa, gritando, pataleando. Le dije a Michael:

—Mira, hermano, esos son los que nos dan mala fama a todos los demás.

Michael asintió con gravedad. Me dije: es duro entender el mundo y que el mundo se niegue a entenderte a ti.

Tom parecía darse cuenta de que no éramos como supone la sociedad que tenemos que ser los niños. Se mostraba más afectuoso, dentro de que no se mezclaba mucho con nosotros, pero ese día en que acariciaba la madera algo cambió en su actitud hosca y agresiva. O quizá fue mi mirada sobre él la que cambió. Me pareció menos intenso, menos fiero, menos irónico, menos independiente, menos enfadado con el mundo. Me pareció menos solo. Pronto, el holandés empezó a pasear de noche por nuestro embarcadero. Hablaba con nosotros de las constelaciones. A veces se acercaba en su fueraborda a buscar un libro a la biblioteca o nos traía ofrendas, bichos muertos, peces, calamares, guarrerías fabulosas para nuestro laboratorio. Cuando lo hacía, mamá siempre trataba de evitarle y para evitarle se arrojaba en los brazos de John. Mamá le temía, eso estaba claro, como si pensase que era un fantasma, un ser mitológico, un verdadero «holandés errante»... o el amor. Solo se tocaban sus ondas. Las ondas del chelo que alcanzaban el árbol por el que ella trepaba, sumida en mil dudas existenciales.

Michael no le evitaba, todo lo contrario. Michael y Tom —igual que les pasó a María y al muy ladrador *Sir Isaac Newton*— se enamoraron a primera vista.

Libertad

Hamble. Viernes, 20 de mayo

Anoche, como tantas noches, Michael no era capaz de dormir y decidió darme una lección de libertad:

—Mamá —me dijo el pequeño pensador—. ¿Sabes cuál sería la cárcel más, más, más, más, más segura del mundo? ¿Una cárcel de la que nadie podría escapar aunque quisiera?

—No.

—Una cárcel que solo existe en la mente. Sería una cárcel en la que los guardianes le dan al preso una medicina experimental, o le trepanan el cerebro y le meten unos cables, así bzzzzzz, y le hacen creerse que está en la cárcel. Como de tu cabeza no te puedes escapar y la cabeza te dice que estás prisionero, pues eso es lo mismo que estar en una celda. ¿A que sí?

—Completamente. Esa es la verdadera cárcel. La cárcel por antonomasia. Y con esto que dices se me ocurre una cosa estupenda.

—¿Qué?

—Que igual que el hombre libre puede imaginar una terrible cárcel y vivir siempre encerrado, el hombre encerrado puede construir con la mente su libertad.

—¡Sí, sí, puede volar! ¡El hombre, si quiere, puede volar! ¡Basta con cerrar los ojos y extender los brazos, como los protagonistas de *Titanic*!

Hamble. Domingo, 22 de mayo

Para no tropezar con escaleras o herramientas a tres metros de altura, hay que darse espacio. He descubierto que el espacio es la clave de todo. Espacio a los niños, a los huéspedes, a John, al holandés y a mis herramientas.

Tom se ha marchado en su *Pequeño Arethusa*. Quizá no vuelva en varios días. Sopla la brisa, está nublado, los pájaros cantan. Un jilguero entona estrofas en Mi bemol. Trato de cazarlo con el *zoom* de mi cámara de vídeo. Es un tímido valiente. Se esconde y grita desde su rama, con el timbre perfecto. Su llamada es tan expresiva que me siento impulsada a salir al jardín. Junto al árbol comprendo que un jilguero no solo llama a los demás jilgueros, sino a las personas, a los insectos, a los gatos, a los vientos primaverales. Me ha llamado y me ha sacado al jardín. Su canto es universal.

Como atraído por los trinos ancestrales, vuelve el *Pequeño Arethus*. Me emociona verlo aparecer. Se desliza hacia mi puerto. Es Tom. Sonríe. Saluda. El jilguero, las ramas, Tom, mi jardín. Cierro los ojos. El motor de un coche espanta a mis pajarillos temporalmente, como una piedra en el agua perfecta. Normalmente, es la Harley de John la que estropea el instante de esta manera ruidosa, tiene un don, pero hoy no es mi príncipe en traje azul de diario, es una pelirroja estupenda. Llega en un descapotable *vintage*, color *Royal Mail Red*. Los ingleses son maravillosamente optimistas y les encantan los descapotables, precisamente porque aquí siempre está diluviando y cuando no llueve necesitan convertirse en pajaritos primaverales sin capota. Tom agitó su mano hacia ella: «¡Sara!». Y Sara atraviesa mi jardín como si tal cosa, elegante y risueña, envuelta en collares de cuentas. Pensé en Bob Dylan. «Sara, oh-oh Sara...» del álbum *Desire*. Era una de las canciones favoritas de David. Sin querer, mi mente la empezó a tararear. ¿O fue el propio David? Los muertos cantan muchísimo. Sara y Tom salen a navegar dejando una estela de risas y pensamientos. Mientras ellos disfrutaban de su día soleado, yo levanto la casa. En realidad, la levanta el jilguero con su canto. El jilguero es literatura, emoción, una cuerda invisible. El imperativo ancestral.

El viento trajo una lluvia extraña. Parecía una polvareda. El sol teñía las gotas de amarillo convirtiéndolas en polvo de estrellas.

—La lluvia parece melaza —les dije a mis hermanos.

—No, parece como si el sol se hubiera licuado y cayera sobre nosotros —dijo Michael.

—No —dijo María—, es solo agua.

—¿Sabéis qué estaba pensando? Que el hombre puede volar.

—¿Sí? —dijo María.

—Sí. El hombre puede volar en el agua. Una vez se lo dije a mamá y estuvo de acuerdo.

—Oye, Michael —dijo mi hermana—, ¿los hombres fuimos pájaros alguna vez?

—No. Los dinosaurios. Los dinosaurios sí que fueron pájaros —dije.

—No fueron pájaros, Richard —explicó mi hermano—. Algunos dinosaurios evolucionaron hasta convertirse en las aves de hoy día.

—¿Pero no los mató el meteorito? —dijo la pequeña.

—A los que volaban no. No a todos, por lo menos.

Buscamos un arco iris, como hacíamos siempre que llovía con sol. Parecía estar justo sobre nuestras cabezas y nos tumbamos a mirarlo en la hierba. Mientras estábamos allí, llegó el barco del holandés. Una vez por semana recogía a Jim. El músico reía con los ojos como hacen los niños. Tenía tropecientos años y reía con los ojos, y junto a él entendí que la infancia de una persona está en la mirada, esa mirada entregada al río de la ficción, donde hablan los ojos y los corazones son los que ven por debajo del horizonte. Todos estos años he pensado en su mirada sardónica, sospechando que era sabia e inocente a un tiempo —igual que la de mi hermano—, porque su dueño poseía el secreto de la libertad.

Hace tiempo salieron los resultados de un peculiar estudio de la Universidad de Harvard. Durante setenta y cinco años han estado siguiendo a setecientos hombres para tratar de dilucidar el secreto de una buena vida. El estudio es un milagro universitario. Tres han sido sus directores a lo largo de tres cuartos de siglo de cuestionarios regulares sobre la vida matrimonial, el trabajo, la familia, la felicidad, la infelicidad, los problemas de salud, los económicos, las alegrías. Setenta y cinco años de preguntas a más de setecientos hombres. No me sorprendió saber que el secreto de una buena vida no está en lograr fama y fortuna. Lo que sí me sorprendió un poco es que nos mantenemos más saludables gracias a las buenas relaciones humanas y familiares, cuando yo siempre habría pensado que lo más importante para cualquier ser humano, para su salud mental, física y social, es la libertad. Quizá ese es el secreto del pájaro en la jaula. Quizá la libertad no importa más que el amor, y si hay amor, cariño, empatía, compañía... ¿qué importa la libertad? Pero importa. Es fundamental. Creo en la libertad como argamasa del amor. La libertad de poder tener relaciones de un tipo u otro, de poder escoger nuestro futuro, de poder hacer lo más apetecible en cada momento vital. Es posible que la libertad sea un concepto demasiado amplio para ser objeto de estudio. No conozco los detalles. Espero que sea así, porque mis relaciones humanas no son abundantes, tengo muy muy pocos amigos y, sin embargo, he luchado y lucharé siempre por conservar mi libertad y la libertad moral y emocional de quienes me rodean.

Hay hombres que nacen libres, como Michael, y que, los pongas donde los pongas, serán libres. Ya, ya sé que todos nacemos libres, pero quien no lo conozca no sabe lo que es realmente la libertad porque nadie nació tan libre como él. La de Michael es una libertad pura, básica y primigenia, como el agua que llegó al planeta en los albores de los tiempos en aquel cometa que se estrelló contra la tierra y creó la vida. Hay un tipo de libertad física, la hay. Sus propiedades son misteriosas, tiene una densidad diferente a la que empujan otros cuerpos. Michael ejercía la libertad como el agua, que en cuanto encuentra la grieta en la vasija escapa por ella sin preguntarse a dónde irá. Michael existía yendo y discurría filtrándose por lugares emocionales, siempre pensando, planteándose todo, dudando de la corrección del mundo de los adultos y de lo que otros niños dábamos por hecho. Era como un espía. Un agente de los dioses enviado a la tierra para vigilar el modo en que son tratados los niños. Un policía encubierto en favor de la infancia. Mi hermano, ya desde bebé, era un activista del derecho a decidir sobre nuestros propios cuerpos, negándose a la ducha semanal, negándose al corte de pelo trimestral, negándose a aprender a montar en bicicleta, negándose a leer el reloj o a escribir. María y yo le apoyábamos y nos mostrábamos igual de rebeldes, pero no por convicción personal. Éramos rebeldes porque él se salía con la suya y queríamos igualdad de trato. Sin un líder, sin un ejemplo a seguir, mi hermana y yo habríamos sacrificado nuestra melena, nuestras capas de suciedad, nuestra opinión personal, nuestra individualidad. Mamá respetaba esa libertad, a pesar de que iba en contra de sus fines, y la observaba como se observa el plumaje exótico de un animal extinto que ha aparecido por milagro en el jardín.

Por otra parte, Michael era libre, pero estaba dispuesto a someterse a ciertos liderazgos. Deseaba encontrar gente que supiera más que él y, cuando lo hacía, aplaudía sus conocimientos, el amor, las largas conversaciones junto al fuego, la tabla periódica de los elementos, el llanto de nuestra madre —que lloraba desolada de forma regular— y la música de una guitarra eléctrica en el salón. Michael era un libre natural. El himno de su lucha lo había compuesto un Bob Dylan, o un Walt Whitman, o el mismísimo Shakespeare por boca de Enrique V, y el niño ejercía su libertad de una forma que no se aprende porque no se forjan los rebeldes. Es mentira que se forjen. El mundo

no hace rebeldes. Los rebeldes nacen. Son unos tipos que nacen comprendiendo lo esencial: que el átomo del alma humana es la capacidad de decisión. Por eso Michael vivía dentro de películas como *Django desencadenado* que, en mi opinión, es la mejor película que jamás se ha hecho en contra de la esclavitud, o *Cadena perpetua*, de la que se sabía de memoria los largos monólogos de Morgan Freeman (Freeman, «hombre libre», ¿casualidad?, no creo). Michael amaba a Andy Dufrasne, el protagonista de esa injusta cadena perpetua que a su vez se inspira en el Conde de Montecristo, otro condenado inmortal. Le encantaba —cómo no— ese momento perfecto en el que Andy se encierra en la oficina de la cárcel, pone un disco de Mozart, enciende la megafonía del penal y los presidiarios sienten el eco de la libertad en la belleza de dos voces y una ópera. Viven el momento.

La libertad es la belleza del momento, el arte de vivir el presente, y tiene un reflejo dorado en los ojos de mi hermano, tiene aliento en su carcajada feliz y tiene el vigor de su desprecio hacia cualquier forma de sometimiento o castigo. Mi hermano es la representación física de la felicidad porque es libre. Los hombres renuncian constantemente a esta pureza, a ser agua, a ser luz, a tener el superpoder de colarse por las grietas de la vida. Nuestra casa estaba llena de gente supuestamente conforme, pero, en realidad, nadie se encontraba donde quería. A los jardineros no les gustaba la jardinería y preferían ser camareros, a las camareras no les gustaba servir cafés y deseaban ser cocineras, a la cocinera no le gustaba ser cocinera y prefería ser profesora de español, a mamá no le gustaba ser profesora de español de sus hijos rebeldes y prefería ser jardinera, cocinera o camarera. El único que parecía estar donde quería era el holandés que, sin embargo, siempre estaba en movimiento.

Los niños no entendíamos por qué los adultos no se ponían de acuerdo entre ellos e intercambiaban profesiones y mientras hacíamos deberes le preguntamos al oráculo con faldas.

—Mamá... ¿Por qué los adultos solo son una cosa? ¿Por qué no cambian de profesión?

—En realidad, la vida sería mucho más divertida si pudiéramos cambiar de profesión cuando ya estuviéramos aburridos —dijo mi madre—. Por eso es importante saber hacer más de una cosa. Hay que tener todas las habilidades posibles para poder escoger la actividad que más nos apetezca y no vernos abocados a ejercer la única que sepamos hacer.

—Como el señor Marsh vendiendo helados —dijo María.

—Sí, cielito —respondió mamá.

—Yo no tendré ese problema —exclamó mi hermano.

A Michael le costaba muchísimo trabajo escribir. Era un genio de la ciencia y la medicina, de la ingeniería y del arte abstracto y también era completamente analfabeto. La culpa la tenía su dislexia, que era lo suficientemente leve como para no ser considerada dislexia con clases de apoyo, y lo suficientemente grave como para que el pobre se quedase atrás en unos exámenes que era incapaz de leer, entender, digerir y responder por escrito en el tiempo marcado. Michael, sobre todo, sacaba ceros. Mi hermano se creía tonto para el colegio. Por eso dijo:

—Mamá, cuando sea mayor voy a ser vagabundo.

—Muy bien, cariño.

—Y como voy a ser vagabundo, no necesito ir más al colegio.

—¿Y qué quieres estudiar para ser un buen vagabundo?

—Los vagabundos no estudian. Jim se escapó de la casa de acogida y es muy feliz. Es un hombre de éxito.

—Ah, no, cielo. Estás confundido. Los vagabundos estudian. Jim fue al colegio y luego estudió para zapatero mientras estuvo en la casa de acogida y luego estudió guitarra y piano y aprendió a tocar el blues y ha recorrido todo el país estudiando los paisajes y a sus gentes y ha leído las obras completas de Shakespeare. ¿Tú quieres dejar de ver películas de Tarantino para recorrer el país y leer a Shakespeare?

—Vale, no seré vagabundo.

—¿Seguro, cielo? Serías un excelente vagabundo. Creo que se te daría fenomenal...

—¿Estás usando tu arma secreta?

—¿Yo tengo un arma secreta?

—Claro. La ironía.

Mamá rio y repuso:

—No, amor. Estoy usando el buen humor, que es un regalo. Es mi regalo para ti.

—El humor nos salvará de todo —dije yo.

—Bueno, de todo menos del apocalipsis zombi, porque los zombis no saben reír —dijo la rubita linda.

Soltamos una carcajada ante la salida de mi hermana, que añadió:

—Mami, ¿cómo se convierte uno en zombi?

—Pues imagino que te tiene que morder otro zombi.

—Ya, pero ¿y el primer zombi? ¿Quién muerde al primer zombi? —preguntó María. Ninguno supimos la respuesta. Aprovechando el desconcierto, Michael dio un golpe de timón:

—Mamá...

—Dime, vida.

—¿Por qué tuvo que morirse papá?

Cuando Michael se sentía acorralado y tocaba fondo siempre llegábamos al campamento base de su espíritu.

—No lo sé —replicó mamá—. Le tocó a él. El cáncer toca o no toca.

—¿Es porque fumaba?

—Eso no ayudó, desde luego. Fumar es malo. Muy malo.

—¿Y el colegio...? ¿Por qué dura tantas horas? ¿Por qué los niños pasamos más tiempo en el colegio que en nuestra casa?

—Me temo que eso tiene fácil explicación. Porque los adultos trabajan todo el día y no tienen donde dejar a sus hijos.

—No es justo.

—Es lo más injusto del mundo. La sociedad tiene la costumbre de tratar a los niños como ciudadanos de tercera porque no los considera ciudadanos, sino crías de ciudadanos.

—Cualquier día haré un túnel desde el jardín del colegio hasta la libertad y le llamaré Michael, como el túnel que hacen los presos de guerra en *La gran evasión*.

—Ese túnel se llamaba Harry —dije yo.

—Ya sabes lo que quiero decir —replicó el rebelde con causa.

—Vale, cielo. Me parece muy buena idea. Haz un túnel. Pero antes de ponerte a cavar es necesario acabar los deberes.

—No quiero.

—Si los haces, te regalaré una película que te encanta.

—¿Cómo se titula?

—*La princesa prometida*.

—Ya no me gusta.

—¿Cómo que no? «Hola, me llamo Íñigo Montoya, tú mataste a mi padre, ¡disparate a morir!»

—No me gusta porque tiene un título tontísimo.

—Pensaron llamarla *El pirata Roberts*. ¿Eso te suena mejor, cariñito? Venga, y os haré disfraces para que puedas jugar a ser el espadachín español.

A mi hermano Michael le debió apetecer lo del disfraz porque dijo:

—«Como deseas.»

Mamá sonrió, reconociendo el diálogo del pirata Roberts, le dio un beso y mi hermano hizo los deberes con la llamada ley del mínimo esfuerzo. Claro que igual los hizo porque mamá le aseguró que si se ponía muy burro, además de no recibir la película, el miércoles se quedaría sin poder ver a Jim y sin escuchar sus historias en el laboratorio.

Todos estábamos de acuerdo en que el vagabundo Jim era un hombre de éxito. Nunca había tenido que renunciar a nada ni fracasar en nada, porque nunca había aspirado a nada más que a ser feliz en el presente, sin perseguir una carrera, un ascenso vital, un ideal. Jim había sido adulto de joven y joven de adulto y tenía una semana apretada de actividades con todo tipo de seres que le resultaban interesantes por uno u otro motivo. Su agenda iba variando según gustos o aburrimientos. La suya era una semana exótica: los sábados tocaba el blues en Joiners. Casi todos los lunes se presentaba en el micrófono abierto del Jolly Sailor, donde tocaba un par de canciones. Algunos martes por la mañana asistía al desayuno de caridad de las damas en favor de los ancianos desfavorecidos, donde recibía chocolate caliente y cruasanes. Por la tarde, acompañaba al piano a los veteranos de la fábrica de *spitfires*. Los viernes tocaba donde podía o veía la tele en el *pub* y los miércoles están fijos

en mi memoria porque venía a contarnos historias después del colegio a nuestro propio laboratorio. Lo hacía tan bien, era tan ameno y terrorífico, que mamá permitió que los miércoles no hiciéramos deberes y empezó a traernos la cena y a incluir a Jim en el filete con patatas, o la tortilla o las croquetas, o lo que fuese que comiéramos en nuestra guarida de ciencias. Mamá sabía que necesitábamos relacionarnos con hombres, y, a ser posible, hombres libres e independientes, pues sufríamos de ese asunto de la falta del padre. Jim echaba de menos a papá, que había sido su amigo, y derramaba el cariño que se habían tenido sobre nosotros.

Hubo una tarde-noche de merienda-cena en el laboratorio de especial frío-miedo. Llovía muy fuerte, truenos, rayos, toda la parafernalia cósmica y nos refugiamos en círculo alrededor de la salamandra. Se fue la luz, María se asustó y Jim la atrajo cerca para calmarla. Solo el destello que atravesaba el cristal de la estufa iluminaba nuestro tétrico laboratorio frankensteiniano. En mitad del crepitar, los truenos y el golpear de la lluvia, Michael dijo:

—Yo sé lo que es la muerte porque yo vi morir a mi padre y eso nunca lo voy a olvidar.

Todos asentimos con gravedad, a pesar de que yo sí que lo había olvidado. Yo había visto morir a papá, igual que mi hermano, igual que mamá, igual que María... y no era capaz de recordar nada.

Jim asintió y tratándonos como si fuéramos personas y no niños pequeños, nos dijo:

—Una vez tuve que matar a un hombre. Eso sí que es comprender lo que es la muerte.

—No te creo —dijo Michael abriendo mucho los ojos.

Jim parecía traspuesto por los truenos, como si no nos estuviera contando la historia a nosotros. La escena empezó a desarrollarse de nuevo allí, ante sus ojos, bajo las sombras de los árboles, sobre los reflejos anaranjados del fuego en nuestros frascos de lodo, ranas, peces, cangrejos, caracoles disecados en alcohol. Hablaba como si aquel tremendo incidente fuera una representación fantasmal que nosotros no podíamos ver por culpa de la inocencia y él se sintiera llamado a explicárnosla de viva voz para que entendiéramos lo que es el hombre y su violencia. No era una confesión, era una posesión o un viaje en el tiempo. Porque los hombres viajamos en el

tiempo. Somos el único animal que ha inventado formas de permanecer en el futuro y artimañas para regresar al pasado mediante el arte, los libros, la memoria, la cultura... aunque el dios sereno del tiempo se ha vengado de nuestras habilidades humanas obligándonos a no aprender nada nuevo, borrando memorias del alma colectiva, suturando el dolor de mil batallas pasadas, condenándonos a morir mil veces en la misma guerra o en la misma hoguera, aplacando cualquier exceso de libertad con el indisoluble ácido social.

La oscuridad propiciaba el anonimato, la intimidad. El vagabundo nos llevó hasta la noche en la que mató a un hombre junto al río.

—¡Cuéntalo! —dije yo.

María se había quedado dormida en el suelo, con la cabeza apoyada en el regazo de Jim. Él acariciaba su pelo rubio y denso como si rascara distraídamente el lomo de un gato ronroneante. Comenzó a hablar:

—Era una noche como esta. Yo me había escapado de la casa de acogida, como tantas veces, y estaba escondido en el bosque, cerca del gran meandro del río.

—¿Un meandro del Hamble?

—Sí. A unas dos millas río arriba de aquí. Muy cerca del árbol danzante. El árbol danzante es una masa de ramas retorcidas, como los brazos de un pulpo que baila junto a la orilla. Aunque había robado una manta, no podía dormir de frío y, de pronto, oí el crepitar de una hoguera. El brillo de las llamas y el olor del humo llegaban hasta mi vivac, entre los arbustos. Eran tan tentadores... Yo no había logrado hacer fuego y los huesos me dolían de frío, así que me convencí a mí mismo de que sería buena idea acercarme y hacer amistad con quienquiera que fuese el otro acampado. La gente en el bosque suele ser simpática.

—¿Pero no te dio miedo? ¡Yo no me acercaría en mitad de la noche a un desconocido!

—No. Me daba más miedo el bosque, el aletear de búhos y murciélagos, la niebla y el frío. Ese fue mi error. Me acerqué. No debí, pero lo hice. Lo primero que vi fue el hacha, allí, tirada en el suelo, junto a una brazada de leña. Imaginé que el tipo la había cortado para calentarse. Él estaba de espaldas. Miraba al fuego. Pisé un palitroque que se partió con un ruido seco,

igual que en las películas, y el hombre saltó hacia mí como un jaguar. Me agarró y me aprisionó contra el suelo, rugiendo. Pensé: este me mata primero y pregunta después. ¡Qué animal! Tenía la camisa empapada de sangre, mucha sangre. La sangre de su última víctima. Estaba a punto de ahogarme y supe que ya había matado. El hacha estaba ahí mismo, a mi alcance. La agarré y ¡zas! Le abrí la cabeza. Murió en el acto, lo vi en su piel. En los pliegues de sorpresa que quedaron de repente flácidos, inertes. Sus ojos apagados me persiguieron durante años hasta que en alguna parte oí que había un asesino de niños cerca de Hamble Point y me convencí de que era él. Solo entonces dejó de perseguirme su mirada y el sonido de su cráneo reventado por el hacha y, un día, el aire dejó de teñirse del gris de la hoguera y yo volví a dormir por las noches. La vida, chicos, la vida de una persona está en los ojos.

Todos miramos a Jim envueltos en una mezcla de incredulidad, pavor y emoción. Recuerdo que mientras nos contaba la historia me sentía como cuando fui a aprender a montar en bici con mamá. Tenía terror a caerme y quería que la tortura parase y, al mismo tiempo, no quería dejar de disfrutar y sufrir y pedalear. Volví la vista hacia María, profundamente bella y dormida. Me alegré mucho de que no hubiera escuchado ni una palabra de todo aquello.

—¿Y qué pasó después? —pregunté.

—Pasó que el tipo tenía allí una pala. Cavé una fosa muy profunda y lo enterré. Os diré una cosa: es fácil matar a un hombre, lo difícil es deshacerse del cadáver.

—¿Y por qué no llamaste a la policía? ¡Eso es legítima defensa!

—Pues porque yo era un huérfano rebelde, un fugitivo escapado de una casa de acogida. ¿Quién se iba a creer que no lo maté a mala uva para robarle la cartera? Ni hablar. No, no, no. Hay que saber cuándo toca hacer un «yo me lo guiso y yo me lo como». Habría acabado mis días en la trena, condenado por asesinato.

—Como Andy Dufrasne en *Cadena perpetua* —dijo mi hermano.

—Exacto, Michael. Así que lo enterré y libré al mundo para siempre de una plaga asesina.

—¿Y cómo sabes seguro seguro que era un asesino? —le pregunté.

—La primera pista fue que trató de matarme sin mediar palabra — repuso Jim con sarcasmo—. Meses después oí que por esa época habían desaparecido dos niñas pequeñas en Netley. Encontraron uno de los cuerpos flotando en el río. Alguien las había visto con un tipejo parecido a ese, un tipejo de pelo blanco y desbaratado en el camino que lleva al parque Victoria. A esta niña la habían degollado y no le quedaba ni una gota de sangre en sus pequeñas y delicadas venas. Su rostro era más pálido que su alma.

Como en las películas

Hamble. Sábado, 17 de septiembre

Creo fervientemente en los tornillos. Uno puede pensar que basta con tener un montón de clavos y un martillo. Es muy tentadora la idea de que con clavos y machamartillo vamos a unir las cuatro tablas de cualquier naufragio a un buen árbol sin liarnos con taladros, cables alargadores, atornilladora eléctrica y toda la parafernalia que acompaña al más humilde de los tornillos, pero no. No es fácil. Nada de clavos. Hay que resistirse a la tentación de usar clavos. Sé por dura experiencia que los clavos, una vez clavados, no hay dios que los desclave y que se cometerán errores, muchos errores a lo largo del proyecto. Se aprende de los errores, pero con una construcción hay que volver atrás y corregirlos. Una también se dará más de un martillazo en los dedos. Así es que... fuera clavos. Fuera todo lo que hace sufrir. Merece la pena invertir el tiempo necesario en atornillar lentos y tediosos tornillos porque no hay elemento que haga mejor uso de la fricción. Son más fuertes y seguros. Además, un tornillo es una metáfora de la esperanza, porque un tornillo se puede desatornillar. Para construir una casa en el árbol, conviene usar lentos, fuertes y penetrantes tornillos.

A mi madre a veces le invadía la negrura. Lo sé porque nos lo decía y nos lo decía, porque compartíamos sentimientos de dolor como si los cuatro fuéramos un organismo. Mamá sentía que no estábamos bien, nosotros que ella empezaba a cambiar de humor y una noche estallábamos en llanto de angustia profunda. Los colores desaparecían. El verde dejaba de serlo, el amarillo se agrietaba, el azul se oscurecía con nubes de sentimientos. Un día Michael se dio cuenta de que estos cambios repentinos, que llegaban como el viento, coincidían con la falta del holandés. Era como si su presencia nos calmara, como si su mirada formase una barrera, no protectora, más bien de pudor. Ahora entiendo lo que nos ocurría. Y si no lo entiendo, le he adjudicado explicación. No queríamos llorar frente al holandés. Él era esa

mirada ante la que el cobarde se comporta como un valiente. Su presencia nos levantaba, queríamos impresionarle, era un embarcadero humano al que amarrarnos... pero, cuando salía de viaje, relajábamos la lucha por estar alegres. Nos caíamos, agotados. Echábamos de menos la voz de su chelo, su mirada curiosa. La tristeza se nos salía a borbotones por los ojos.

Por otra parte, la tristeza era cíclica como los virus. La tristeza se incubaba, igual que los resfriados, y ambos suelen coincidir. Uno nunca sabía si estaba mal del alma o mal del catarro. Se está menos alegre cuando se lucha contra los virus, o se está recién operado o con dolor. La inflamación afecta a la química del cerebro, interfiere con la producción de serotonina. Estar pachucho deprime. Además, el hombre enfermo tiene la excusa perfecta para dejarse vencer por las penas psicológicas, aunque solo sea temporalmente. La enfermedad es también una forma de descansar. Pero mamá no podía descansar. Estaba sola y las mujeres solas nunca enferman. No les está permitido deprimirse. Creo que por eso escribía en sus diarios. Sus pequeños melodramas duraban un día, una tarde, unas horas, y cursaban sin fiebre. Ella nos lo explicaba así:

—A veces echo tanto de menos un abrazo de papá que me siento como una niña perdida en un bosque.

—Tú nunca te perderías en un bosque porque conoces los puntos cardinales —le dijo mi hermano.

—¿Pero y si los árboles me tapan las estrellas?

—No, mamá —le dije yo—, porque entonces te subirías al árbol más alto para ver el cielo desde allí.

—¿Y qué puedo hacer si está nublado?

—Entonces buscarás un río, seguirás su curso.

—Buena idea, hermano —apoyó Michael—. Todos los ríos mueren en otro río que siempre nos llevará al mar.

—Y los ríos pasan por las ciudades. Llegarías a la civilización, mamá. Tú nunca necesitas mapa.

—¿Quién os ha enseñado a hablar así? ¿Cómo es posible que seáis tan pequeños y que conozcáis los códigos de los poetas?

—A lo mejor, los poetas hablan como los niños —dijo María.

—Tienes razón. Todos tenéis razón. Eso es lo que ocurre. Sois el símbolo. Sois el simbolismo. Quizá con los sentimientos se pueda hacer lo mismo. Es posible que por eso os esté construyendo una casa en un árbol, para que todos elevemos nuestra mirada interior.

—O para que nos volvamos pájaros —dije yo.

—¿Qué te pasa, mamá? ¿Por qué lloras? —preguntó la pequeñita.

—Porque tengo dentro todo el amor.

Y los niños la abrazábamos para robarle todo el amor, como si fuéramos vampiros constrictores, y ella lloraba, lloraba como una riada, y al cabo de una hora nos preguntaba si queríamos ver fotos de papá. Nosotros decíamos que sí, gritábamos que sí, y nos poníamos muy contentos porque de golpe volvían los recuerdos que nos transportaban a su lado. Nos daba la risa, paraba el llanto. Sé que eso a ella le costaba un dolor ácido que penetraba en su cuerpo y le quemaba, pero, aun así, se forzaba a hablarnos de papá. Regaba nuestro pasado con sus propias lágrimas para que no se nos secara y se cayera recuerdo a recuerdo, sobre el agua del río, como las hojas de algún roble muerto destinadas a hundirse en el limo.

Luego pasábamos la tarde juntos, viendo una película favorita en el sofá, acurrucados unos contra otros. *La princesa prometida* nos hacía reír y llorar a partes iguales. Era deliciosa. La escenificábamos con alegría en nuestros juegos, especialmente la parte en la que el espadachín español Íñigo Montoya, que lleva toda la vida buscando al hombre con seis dedos que asesinó a su padre cuando él era un niño, lo encuentra y se bate en duelo de espada con él diciendo esa famosa frase: «*Hello. Mi name is Iñigo Montoya. You killed my father. Prepare to die!*».

Hamble. Domingo, 10 de abril

Hoy tocaba hacer deberes. A Michael le habían puesto un ejercicio de escritura en el que tenía que hablar de su película favorita, de su canción favorita y de su libro favorito. Tuvimos esta conversación que me parece terrible y me devuelve al naufragio en el que hemos nacido.

—Lo voy a hacer, mamá, porque Pete es un profe genial y mañana viene Pete a sustituir a miss Shank por unos días.

—Qué bien, cariño. Es genial que quieras practicar tu escritura. Si no escribes, tus profes nunca sabrán cómo eres en realidad y no podrán entender todo lo que tienes en esa cabecita preocupada por las estrellas.

—Dime una película que sea para niños.

—Aquí dice que hables de tu peli favorita. *Django desencadenado* es tu peli favorita, ¿no?

—¡Sí, pero no puedo poner esa peli! Los profes siempre dicen que los niños no podemos ver películas violentas.

—Pero es que pasa una cosa, cielo, eso es un cliché. Los profes son majos, especialmente Pete, pero, a veces, como todos los adultos, caen en el cliché de que un niño no puede ver ciertas cosas. Tú las ves porque tienes la cabeza de una persona mayor, porque, además, estoy yo aquí para supervisar lo que ves y para explicarte lo que no entiendes y porque en casa no hacemos distinciones por edades de lo que debe ver un niño y un adulto. Entiendes que la violencia es algo malo y también sabes que es deshonesto decir que tu película favorita es otra, solo porque no crees que a tu profesor le vaya a sentar bien. Es tu oportunidad de decirles por qué te gusta tanto el cine. Tu ocasión de decirles que te enseña cómo es el mundo, la historia, el humor. Puedes escribir sobre lo que esta peli te ha enseñado de la esclavitud, de cómo se trataba a los negros antiguamente...

—No, mamá. Me da miedo que me miren raro. Prefiero mentir. Ya me regañaron por disparar con el dedo.

—¿Cómo?

—Hay una nota de la profesora en la mochila. Quiere hablar contigo.

El nuevo colegio estaba muy bien. Seguía lo que llaman método Montessori y trabajábamos por proyectos. Mi hermana y yo adorábamos a nuestras profesoras: Abby, Ruth, Rosie, Esther, Kerri, Caroline, Rosana, Karen, Matt, Ana María, Natalia y Belén (que eran españolas y nos trataban genial). Al contrario que en el colegio de España, aquí sí que nos enseñaban cosas sobre los volcanes, o las placas tectónicas, la época Tudor o el cuerpo humano. Hacíamos funciones teatrales estupendas que se llamaban *assembly*, y nos dejaban investigar para hacer los deberes o leer libros que nos gustaran y escribir redacciones sobre la lava y los ornitorrincos. También había cosas muy rollo, claro, como copiar frases idiotas, tipo «la vaca estaba en el prado», porque, desgraciadamente, no existe el colegio sin tonterías. Michael se sentía mejor, aunque sacaba muy malas notas. Venía completamente traumatizado del colegio español y le había caído la negra con miss Shank,

que era como sacada de los años cincuenta y no encajaba nada con el espíritu del lugar. Nos recordaba al mismísimo McCarthy. Para ella, mi hermano era un comunista. Un Dalton Trumbo silencioso. Tanto cine en una cabeza tan pequeña le daba muy mala espina. No había ni gota de química entre ellos y mi hermano seguía siendo incapaz de ponerse a trabajar. Entre otras cosas, porque era demasiado orgulloso para admitir sus problemas de lectura. Nadie sabía cómo motivarle, solo mamá. La solución a su inapetencia habría sido la de ponerle delante de un buen banquete de ciencia, pero nadie estaba dispuesto a hacer caso de lo obvio. Para salir del hoyo de la falta de confianza, mi hermano debía conquistar los ejercicios repetitivos y leer. Michael no quería leer. Mamá lo intentaba con historias divertidas, de misterio, de niños, de superdotados... nada servía y la pobre, agotada, perdía fe y seguridad en el sistema. Los razonamientos que mi hermano empleaba eran, como de costumbre, demolidores:

—Mamá, ¿puedo dejar de hacer deberes para ver el programa sobre los agujeros negros?

—No sé qué decir, cariño.

—¿Que sí? ¡Porfí!

—No sé qué decir. Es en serio, de verdad que no sé. Me agobia mucho que tengas que aprender a leer con un libro que no te interesa un pito, cuando podrías estar leyendo un libro sobre, pongamos, los agujeros negros o la fuerza de la gravedad o las catenarias. ¿De qué va el libro que estás leyendo?

—Es de un niño. Un niño ayudante de mago.

—No suena mal. La magia te gusta.

—No suena ni mal ni bien. Es un niño al que le pasan mil aventuras sin ningún interés. A mí me pasan mil aventuras en mi cabeza y yo no necesito leer libros para que me pasen cosas como la que me quiere contar el autor de este libro.

—Ya.

—En el colegio no hay libros con la letra gorda sobre agujeros negros, pero hay muchos libros de niños a los que les pasan mil aventuras, como si en vez de estar escritos por adultos, los libros los hubieran escrito otros niños.

¿Por qué los adultos nos cuentan en los libros lo que los niños nos podemos imaginar perfectamente jugando y no nos hablan de las cosas que no sabemos, como, por ejemplo, de los agujeros negros?

Mamá asentía. Callaba. Rabiaba. Se frustraba. Lloraba. Revivía su infancia.

Nada funcionaba con Michael. No era capaz de coger ritmo lector, no sabía explicar conceptos por escrito a pesar de que, en su mente, los conceptos de su curso estaban absolutamente plantados, crecidos y trillados. Aunque merecía que lo avanzaran un año o incluso dos, esto era imposible porque uno no avanza nunca en esta vida sin haber rellenado todos los «formularios». Como nada funcionaba, Michael se sentía rabioso, observado y amenazado y algunos profesores pensaban que su modo de mirar era demasiado intenso y agresivo. Por supuesto, tuvo que dar la casualidad de que la encargada de disciplina del colegio fuera miss Shank. O quizá no es casualidad que las personas sin sentido del humor se apunten a la disciplina en todos los ámbitos de la vida. De toda la gente maja y profesores chulos de nuestro nuevo cole, al pobre tuvo que tocarle de tutora y de carcelera una mujer que era todo lo contrario a nuestra forma de entender la vida. Estaban destinados a chocar. Un día nuestra madre fue llamada a una reunión por culpa de que a Michael le dio por escenificar sus pelis favoritas en el colegio.

—Michael dispara habitualmente a otros niños y he tenido que reprenderle. Me gustaría que hablase con él.

Mamá pensó que lo mejor era desarmarla con su dulzura habitual. Mamá podía ser encantadora y le dijo:

—Quizá, lo que habría que hacer es enseñar a los otros niños que lo divertido es morirse entre estertores, mano al pecho, ojos en blanco... ¡argggg!

Mamá lo escenificó de forma muy cómica, pero miss Shank no le vio la gracia.

—Su hijo dispara a otros niños y lo hace con cara muy seria. No es algo gracioso —dijo miss Shank.

—Sí, sí lo es. Es un juego. También dispara a los adultos, que se mueren que da gloria verlos. Y en cuanto a lo de que se ponga muy serio, yo lo veo bien. Los vaqueros del Oeste no suelen ser todo sonrisas cuando disparan.

—¿Usted ve bien que sea violento? ¿Realmente le parece bien que vea películas violentas y que las escenifique asustando a sus compañeros?

—Michael adora el cine. Se refugia en las películas porque el cine le da todo lo que le falta aquí, en el colegio. Insisto en que es un niño, es un dedo y es un juego.

—No debería ver películas violentas a su edad.

—¿Es usted experta en cine? ¿Guionista, directora, crítica de cine? ¿En qué experiencia basan estas frases de lo que deberían ver los niños o dejar de ver en su casa?

—Soy profesora, evidentemente...

—Ah, pues si no es experta en cine, mejor decido yo lo que debe ver mi hijo y usted dígame a cambio cómo vamos a hacer para que sea feliz en el colegio y no se sienta acosado por cada movimiento que hace. Porque aquí, además de mandarles leer libros sobre ayudantes de mago protagonizados por animales con forma humana, ¿sabe lo que deberían hacer? Deberían hablarle de los agujeros negros, que le apasionan, que le emocionan. O de Darwin, o de los planetas. ¿No es esto un centro de enseñanza? ¿Qué le enseñan? ¿Cómo le motivan? ¿Qué aprende cuando hace los ejercicios monótonos de ortografía? ¡Nada, porque ni siquiera aprende ortografía! El pobre niño no se ha topado con nadie que le hable de física, pero sí se ha topado, en cambio, con mucha gente que se erige en juez moral de lo que debe ver en su casa, lo que es bueno para él fuera de aquí o lo que no. Michael sabe discernir la fantasía de la realidad y tendrá todo el cine que quiera, porque el cine le enseña mucho más que los libros que tiene que leer por obligación y que solo están llenos de gatos que maúllan, ovejas que balan y burros que rebuznan.

—¡El cine que ven no les enseña nada! —dijo miss Shank. Mamá estuvo a punto de saltarle al cuello y partirle la cara, porque Michael era cinéfilo, pero mi madre lo era aún más. No he explicado que mi madre, en nuestra vida española, era guionista de cine.

—¿Que el cine no enseña? ¡El cine es cultura en inmersión! A mis hijos les gustan las buenas películas y aprenden de ellas constantemente.

—Ya, ya sabemos lo que aprenden. En fin, si lo vuelve a hacer, voy a tener que castigarle. No voy a discutir más este asunto de los disparos. Está prohibido disparar.

—¿Castigarle... cómo?

—Tendrá que ir al «cuarto de reflexión».

Mi madre se cargó de sarcasmo. También ella se ponía agresiva cuando se sentía acorralada.

—La señorita Shank... ¿Sabe lo que dijo Neil Armstrong justo antes de pisar la luna por primera vez?

La señorita Shank miró a mamá como si le hubiera disparado con el dedo. Al cabo de unos instantes logró balbucir:

—Eh... Sí, una frase famosa... Un gran paso... un paso para el hombre... no lo recuerdo bien...

—Dijo: «Un pequeño paso para el hombre, un gran salto para la humanidad». Yo sí lo recordaba ayer cuando Michael me hizo esta misma pregunta. Le miré asombrada y le dije: «Cariño, ¿cómo sabes tú lo que dijo Neil Armstrong al pisar la luna? ¿Es que lo habéis estudiado en el colegio?». Él me respondió: «No, mamá, yo sé que Neil Armstrong y Buzz Aldrin fueron los primeros hombres en pisar la luna, en el año 1969, en la misión del Apolo II, porque lo he visto en la película *Men in Black III* y es una de mis películas favoritas. Esa película mola un montón, ¿sabes, mami? Me la sé de memoria, porque el personaje de J, que interpreta Will Smith, no tiene padre. Es huérfano de padre, como yo, y luego, de mayor, viaja en el tiempo y conoce a su padre en el pasado y entiende cosas de su vida sorprendentes que tienen que ver con un reloj».

Miss Shank la miró muy seria. Fue un silencio centenario, como el muro irrefutable entre dos tiempos de la historia. Mamá entendió que daba igual lo que dijera, así que tomó de nuevo la palabra mientras recogía sus cosas y le dijo:

—Bien. Acabo de tener una revelación. Usted me ha explicado lo sucedido y yo le he explicado a usted cómo somos nosotros en casa. Pero dan igual mis argumentos, ¿verdad? Mis argumentos solo son largas parrafadas razonadas que me sirven a mí para agotarme y reflexionar sobre la educación y lo que los profesores llaman «socializarse». Un creacionista nunca creerá que Darwin fue genial y que la tierra tiene más de diez mil años de antigüedad porque no le da la gana creerlo, porque sale de su emoción más profunda no creer en la evolución. Usted cree que disparar con el dedo es

violento y una falta de educación. Yo, al darme cuenta de que estoy ante una persona sin cultura, podría haber dicho: «Oh, qué horror, disparar con el dedo... el cine violento es terrible, los padres somos unos chalados, cuánto lo siento, no volverá a suceder». Podría haber sido hipócrita y simpática y no sentirme tan agotada como me siento en este momento infernal. Pero ocurre una cosa. Si el creacionista no se baja del burro ante la evidencia del meteorito que mató a los dinosaurios, yo tampoco debo renunciar al amor por el cine, a la pasión familiar por el cine, en favor de terminar esta reunión de sordos mentales con una sonrisa hipócrita. Usted y yo no estamos de acuerdo y no vamos a ponernos de acuerdo y, casi, hasta le digo que me alegro de que no nos pongamos de acuerdo. Yo le doy permiso para que castigue a mi hijo cuando dispare imaginariamente, que ya le recompensaré yo por saber quién es Neil Armstrong y qué papel jugó en la historia de la humanidad.

Mamá volvía a casa de estas reuniones y lloraba. Lloraba aún más que nosotros en el colegio. La verdad es que hasta Michael acababa reconociendo que no todo era malo. Era cien mil veces mejor que el sistema español y nos estábamos adaptando. Dos días por semana teníamos *topic*, que era una asignatura de ciencias, historia o geografía y, por primera vez en la vida, mi hermano empezaba a estudiar cosas que le apasionaban, como los planetas del sistema solar, las fuerzas del universo, los dioses griegos, las montañas de Europa. Pete, el profesor que sustituía a la señorita Shank cuando se ponía enferma, era un tipo estupendo. El más estupendo de todos los profes del nuevo cole, y a Michael le ponía problemas de matemáticas basados en cosas del cosmos y la densidad de los planetas y eso a mi hermano le ilusionaba muchísimo. Se volvió más alegre. Se empezó a abrir. Claro que, cuando volvía la señorita Shank, todo se fastidiaba. Michael pasaba el día entero callado. Al salir del colegio empezaba a hablar y ya no había quien le cerrara la boca. Las conversaciones más interesantes las teníamos metidos en el coche —nuestra caja con ruedas de reflexión en el atasco—, pero a veces Michael no se podía dormir porque su cerebro no se apagaba ni a tiros y ya metidos en la cama, bien tarde, llamaba a mamá de vuelta a nuestro cuarto para tener conversaciones como esta:

—¡Mamá!

—Sí, cielo. ¿Qué pasa?

—¿Sabes cómo se llama el utensilio de Poseidón?

—¿No te puedes dormir?

—No se llama «notepuedesdormir» se llama tridente. Tri, de tres pinchos que tiene.

—Tri es una palabra en un idioma muy antiguo que ya no se usa —dije yo.

Mama soltó una carcajada.

—Sí, cielo, es un prefijo en griego. Ahora duérmete.

—Vale, mami —dije acostándome de nuevo.

—Michael, cielo, pon la cabeza en la almohada y no me vuelvas a llamar.

Cuando mamá estaba a punto de salir de nuestra habitación, dijo mi hermano:

—¿Y sabes que el perro de Hades tenía tres cabezas?

—¿El can Cerbero era tricéfalo? Supongo que lo supe hace años y lo había olvidado. A dormir.

—¿Tri-céfalo?

—Céfalo viene de... *Kephale*... cabeza en griego...

—Ah, ya, entiendo. Como cefalea. Mami, Poseidón clavaba el pincho, así... ¡zas! y mandaba un tsunami a donde le daba la gana.

—Qué tío. No hay como ser un dios para fastidiarle la vida a la gente. Ahora vete a la cama.

—Tenía las barbas y el pelo de color azul y viajaba en un carro de oro. Y patinaba sobre delfines, creo. ¿Crees que patinaba sobre delfines?

—Supongo que sí, claro.

—Yo creo que el perro estaría en la puerta trasera del inframundo y Hades en la entrada. ¿Qué opinas tú?

—Que convencerías a Hades de que te dejara salir del inframundo con tu cháchara. Tu cháchara te salvará la vida algún día. Serás como Sherezade.

—Vale. Oye, mamá. Un día quiero un tridente.

Mamá asentía, le decía que sí a todo y metía a Michael en la cama de nuevo, pero a los diez minutos el tío pesado volvía a la carga:

—Mamá, ¿sabías que Poseidón iba en un carro de oro por debajo de las aguas?

—Sí, algo había oído.

—Un carro tirado por unos bichos, unos animales, ¿cómo se llamaban?... ¿Caballitos de mar?

—Hipocampos, cielo.

—¿Estás segura?

—Sí. Mitad caballo, mitad monstruo marino.

—¿Y el dios del fuego? ¿Cuál era?

—Prometeo.

—Nada que ver con Ícaro.

—No, cariñito. Ícaro es el hijo de Dédalo.

—Ya. Se le derritieron las alas por culpa del sol. Esa parte de la historia es bastante buena.

—Me alegra que des tu aprobación.

—¿Estás siendo sarcástica?

—Sí. A dormir.

—Me gusta mucho que al volar demasiado alto se le deshicieran las alas a Ícaro, pero hacer alas con cera me parece supertorpe. Quizá podían haber pensado en algún tipo de aleación metálica que se deformase por el calor o algo así, porque, vamos, ¿es que a quién se le ocurre pensar que la cera es un buen material de construcción para una máquina voladora...!

—Cariño, las historias se hacen para el grueso de la gente, no para los cuatro científicos locos como tú.

—Los científicos también somos gente —dijo Michael con la ceja irónica alzada.

—Solo en contadas ocasiones.

—¿Y Dédalo era entonces su padre?

—El de Ícaro. *Yes*. A la cama.

—Y nada que ver con el fuego.

—No. Qué pesado eres, hijito. El del fuego fue Prometeo, que era un titán.

—¿Eso es lo mismo que un dios?

—Lo mismo, solo que... de escuderías distintas. Como Ferrari y McLaren.

—Eso no sé lo que es.

—Ya, por eso. Duérmete.

—Eres la mejor.

—*I know.*

Michael se volvía a la cama. Mamá nos echaba la charla, nos decía que no nos levantáramos más, que era tardísimo, que si alguno se levantaba y se acercaba a su cuarto a hacerle otra pregunta, se iba a poner furibunda. Al rato, Michael se presentó ante ella y se quedó mirándola muy serio.

—¿No he dicho que no te levantases más? ¡¿Me tomas el pelo?! ¡Hay que dormir!

—Lo siento, mami, no he podido evitarlo. Solo una preguntita más, solo una.

—Está bien, hijo. Dime. —Suspiró vencida.

—¿Podrías explicarme cómo funciona la técnica del croma que usan en el cine?

A Michael y a mí nos encantaba el colegio cuando nos llevaban de excursión a Londres, al British Museum o a la Tate Gallery. Allí, en la Tate, vi *Las damas de Cholmondeley*, el cuadro del que nos había hablado Jim. El mismo que colgaba en el rincón de castigo de la casa de acogida. A mi vuelta del museo, mamá me preguntó:

—Dime, cielo, ¿lo has pasado bien en la Tate? ¿Qué pintores has visto?

—Mamá —le respondí cargándome de razón—, en los museos no están los pintores. Están sus cuadros.

Eso le hizo muchísima gracia y, como la vi tan contenta, aproveché para pedirle que me comprase una reproducción de *Las damas de Cholmondeley*. Me habían resultado muy simpáticas esas señoras gemelas, en camas gemelas, con sus bebés casi gemelos en brazos, y quería colgarlas en el laboratorio. Mamá me prometió que lo haría.

Hamble. Sábado, 19 de marzo

El príncipe de Netley no es un príncipe. Es un alto ejecutivo de una multinacional. Vive mirando a la refinería de petróleo y tiene una doncella que va todos los días a limpiar el polvo a su casa. Se llama John. Todos sus trajes son azules. Todas sus camisas son azules. Todas sus corbatas son azules. Es un hombre atractivo e inteligente, pero es un hombre que juzga. Todo son elementos para sus pequeños juicios. Que no ponga manteles bien planchados en el salón principal, que no me indigne, que no critique, que critique, que me indigne, que no amplíe el negocio, que regale sangría, que no ponga folletos en una mesita del recibidor. No sé por qué la gente es tan aficionada a dar ideas a troche y moche cuando nadie soporta que se las den. A María le gusta para «novio de mamá». La escuché hablándolo con Richard. Yo no tengo intención de casarme de nuevo y menos con un hombre que me encuentra más inteligente que él y me lo dice como si eso fuera un obstáculo a nuestra amistad. No tengo intención de casarme de nuevo o de tener una relación de convivencia porque he descubierto la libertad. He descubierto que ser mi propio jefe y no tenerle que dar cuentas a nadie es tan cansado como maravilloso.

Excursiones

Hamble. Domingo, 20 de marzo

Ya tenía construidas las paredes de la casita. Las había montado en el taller. Después numeré las piezas y las desmonté de nuevo para subirlas al árbol. La idea me vino de mi infancia. Todo lo que importa se planta en la infancia. Cuando era pequeña, mi madre nos llevaba a visitar el Templo de Debod. Era genial. Nos explicó que el monumento estaba en una zona que iba a ser inundada por la presa de Asuán y que el gobierno egipcio se lo había regalado a España. Numeraron las piedras, las empaquetaron y lo volvieron a montar de nuevo en lo alto de la colina del Cuartel de la Montaña, como quien construye un puzzle de Lego de gran tonelaje. Es un templo pequeñito y se puede visitar. Por dentro tiene el tamaño de mi casa arborescente. Mientras yo montaba mi propio templo egipcio numerado sobre un roble, pensaba en Tom y en aquella chica, Sara, navegando en su *Pequeño Arethus*a. Me imaginaba sus risas y su libertad entre las velas. La canción se me había metido en la mente. «Sara, ooooh, Sara, dulce amor de mi vida». No podía dejar de tararearla en mi cabeza. «Sara, oh, Sara... cuando los niños eran pequeños, y jugaban en la arena... Sara, oh, Sara, no me arrepiento de haberte querido, dulce amor de mi vida». Trabajé más rápido y mejor que nunca, pensando en Bob Dylan y en cuántas mujeres habrán pasado por su vida sin dejar la marca de Sara, y en una maleta de madera del altillo, repleta de cartas, cartas que mi marido guardó de todas sus novias y admiradoras, antes de conocerme a mí, cientos de cartas. De pensar en David y en Dylan, pasé a Tom y a imaginarme la cara que pondría el holandés al ver el milagro de esta casa en el árbol surgida de las tinieblas, salida de los cantos de los jilgueros de Hamblele-Rice. Después, me hice una taza de té y me paré a existir, estar, descansar, mirar, vivir. Tom volvió al caer el sol, dejó a Sara en su descapotable, la bella muchacha se marchó con su canción a otra parte. «Ahora la playa está desierta, Sara, oh, Sara...» El holandés se acercó a mi árbol, exactamente de la forma en que yo lo había imaginado.

—¿Cómo demonios lo has hecho? Cuando me fui no había nada.

—Con paciencia y amor.

—Es enorme. ¿Puedo subir?

—Pero tienes que ser muy silencioso, estoy tratando de cazar con mi cámara a un jilguero muy tímido.

Tom entró en mi roble. Nos quedamos quietos, sentados en el suelo de la casa del árbol, apretándonos contra un rincón, mirando las ramas que atravesaban las paredes por los agujeros que yo había previsto para ellas.

—¿Cómo lo has hecho? ¿Cómo la has levantado en una tarde?

—Shhhh...

El jilguero se posó en la rama. Llevaba el tradicional antifaz rojo, su traje de plumas blancas y herrumbrosas y las mangas de las alas con puños amarillos.

—Es un pájaro pirata.

—Se ha comprado la casaca en la isla del tesoro.

Disparé mi cámara y atrapé al jilguero, que empezó a cantar.

—Para atrapar un pajarillo cantando solo hay que darle libertad.

Pensé: «Somos pájaros. Todos lo somos». Recordé una conversación con Michael volando hacia Inglaterra, en la que el niño me preguntó que por qué el hombre era capaz de ver con total nitidez los barcos, los árboles, los edificios cuando iba en avión. No se me olvidará la frase del niño: «Mamá, es que no comprendo por qué la evolución perfeccionó de esta forma la vista del hombre. Es como si el ojo supiera que un día iba a volar».

El holandés se quedó esa noche a cenar en Joiners House y hablamos de la libertad y de otras muchas cosas estupendas. Me contó que uno que es un loco de los pájaros es el heladero, el señor Marsh. Reímos. Tomamos una botella de Barolo con queso parmesano. Mi casa era un enorme árbol. Los niños jugaban en las ramas de la imaginación, tranquilos, sin ruido. Me dio miedo cuando se fue. La soledad fue total. No me gustó. Me niego a que mis grados de soledad dependan del holandés. Los restos de Barolo de las copas transparentes me miraron como dos pupilas líquidas y acusadoras.

Sacarnos de casa para ir de excursión se parecía bastante a despegar una lapa de su roca o a intentar echar a los piojos de una cabeza infantil. Nos encantaba nuestro hogar y no había quien nos desgajase de él. Los rincones de Joiners eran las páginas en blanco de nuestras ficciones y batallas, y mamá luchaba como una energúmena por conseguir que viéramos mundo y descubriéramos otros muchos rincones deliciosos. Una vez que nos poníamos en camino, disfrutábamos enormemente.

Antes de salir a nuestra nueva excursión, se nos acercó Jim a saludar. Iba en su bicicleta y, como siempre, vestía sus impecables pantalones cortos, camisa de algodón gris, cámara de fotos al cuello y gorra blanca de capitán de yate. Mamá y él se saludaron y, después, Jim le preguntó por la vecina.

—¿Sabes quién es la mujer que acaba de salir de esa casa?

—Ahí vive la señora Daniels, pero no he visto quién ha salido. Estaba liada con las bolsas.

—Era una mujer tetona y más bien baja. ¿Sabes si es amiga suya?

—¿Qué pasa, te ha gustado como posible conquista?

—¡Dios me libre! Además, yo ya tengo novia, ¿verdad que tú serás mi novia cuando seas mayor, María? —dijo Jim haciéndonos reír a todos.

—¡Más motivos para no crecer! —replicó la niña haciéndonos reír más fuerte.

—Esa señora por la que preguntas es miss Barlow —repuso Michael, que siempre estaba al quite.

—¿La *señorita* Barlow? No... entonces no sé... claro que... Barlow puede ser nombre de casada...

—Si se hubiera casado no sería señorita, sería señora —añadió Michael.

—Eso es verdad.

—Jim, ¿se puede saber qué rumias? Tenemos un poco de prisa —dijo mi madre.

—Que yo a esta mujer la conozco de alguna parte. He visto su cara en algún sitio y no me puedo acordar de dónde.

—Es normal que la hayas visto. Lleva ya dos o tres meses viviendo aquí. Cuida de Daniels.

—¿Daniels necesita que la cuiden? Si esa mujer estaba hecha un roble... —Jim pareció sentir su propia vejez acercarse y se negaba a admitir que otros ancianos, más o menos de su misma edad, necesitaran ayuda.

—Pues no debe de estar tan estupenda —añadió mamá—. Al parecer, esta Barlow es enfermera. También es su prima.

—Yo la conozco. La conozco seguro. En fin, ya me acordaré. ¿A dónde vais con nevera de pícnic?

—Vamos a hacer algo completamente inesperado cuando uno sale en coche con nevera de pícnic.

—¿El qué? —preguntó Jim.

—Un pícnic.

Mamá siempre nos hacía reír. No tanto por lo que decía, sino por cómo lo decía. Era la maestra de la pausa. Entre carcajadas, le aclaré las cosas al vagabundo.

—Vamos al New Forest. Según mamá va a ser una excursión inolvidable, pero no nos quiere decir por qué.

—¡Ah, claro! ¡Y por eso lleváis tantas manzanas! —dijo Jim. Mamá cogió una y poco menos que se la empotró en la boca para callarle. Él entendió que debía marcharse sin revelar los secretos del New Forest, le pegó un bocado a la manzana y se deslizó calle abajo, mascando y pedaleando.

New es «nuevo» y *forest* es «bosque». El New Forest, ni era nuevo, ni era bosque. Vale, sí, debió de ser un bosque nuevo en algún momento de su vida, pero de eso habrían pasado ya unos mil años. Iba siendo hora de que le cambiasen el nombre. Aquello era un páramo batido por el viento. Mientras atravesábamos la decepcionante llanura en coche, charlábamos con mamá.

—¿Por qué se llama «bosque nuevo» si aquí no hay un maldito árbol?

—Están por los lados. Aún no hemos llegado a la parte más densa.

—¿«Más densa»? ¡Esto es un erial!

—Es que Guillermo el Conquistador reorganizó los árboles para poder cazar a caballo y galopar a sus anchas.

—Pues en vez de «el conquistador», debieron llamarle Guillermo «el talador» —dijo Michael.

—Él no mandó cortar todos los árboles. Los robles que quedaron tras esa primera escabechina se los cargaron después para construir las distintas armadas del imperio. Por esta zona están también los antiguos astilleros reales. Cerca de Baulieu, creo. En realidad, lo que más abunda en el New Forest es monte bajo de erica y tomillo.

—Mamita... ¿Qué son la erica y el tomillo? —preguntó la pequeña.

—Yerbajos y matorral —contestó Michael con todo el sarcasmo del que fue capaz. Nos hizo reír porque compartíamos su decepción. Mamá insistía en que íbamos a quedar maravillados y que por eso (lo que quiera que fuera «eso») llevábamos varios kilos de misteriosas manzanas. Nos aferrábamos al

aroma de la fruta que invadía el coche. El perfume de manzana era una vaga esperanza y, por asociación con Newton, nos preguntábamos si, quizá, la sorpresa que nos esperaba tenía algo que ver con la ciencia.

Mamá no solía engañarnos con tanta parafernalia para sacarnos de casa, pero empezábamos a gruñir cada vez más fuerte mientras mirábamos la aburrida planicie verdigris a la espera de algo extraordinario. Por enésima vez, mamá nos pidió paciencia, y entonces... los vimos.

—*Wowwww!* —dijo Michael.

—*Woooowww!* —añadimos María y yo.

Una manada de unos cincuenta caballos galopaba hacia el horizonte. Grupos de potros rojizos y marrones pastaban tranquilamente junto a una alameda. Era como una película de comanches. El campo estaba lleno de caballos salvajes, cientos de ellos. Formaban grandes manchas irregulares aquí y allá sobre la planicie de matorral que tanto nos había deprimido.

—¡Son caballos! —dije yo, que soy el narrador de lo obvio.

—¡Caballitos, mami! —exclamó María, que siempre usa diminutivos.

—Es como en *Bailando con lobos* —dijo el cinéfilo.

—Y todos viven en libertad —añadió mamá.

Paramos en un lugar apropiado, nos acercamos a ellos. Vinieron a comer de nuestra mano todas aquellas manzanas.

A veces salíamos de casa vestidos de caballeros medievales. Las cajas de los cartones de leche eran nuestros yelmos. Tenían una ranura por la que se podía ver al contrincante y estaban hechas de un cartón muy duro, que aguantaba bien los golpes de mandoble, incluso los golpes directos de las espadas forjadas con el plástico más denso. Mamá nos había pintado los cascos con espray gris y les había grapado unos largos penachos sacados de una boa de plumas de color rojo que había comprado en una tienda de todo a cien y que, en Inglaterra, se llaman tiendas de cinco libras. Cuando peleábamos, María siempre era un caballero más. La dama del castillo a la que debíamos rescatar no era nunca una dama, sino el peluche de María, osito-polarito, que era secuestrado incesantemente por dragones, dinosaurios voladores, viajeros del tiempo y brujos de la época Tudor. Inglaterra está llena de escenarios

medievales. Un paraje favorito eran las ruinas de la abadía de Netley, de la que solo se mantienen en pie cuatro paredes que forman un *ring*. Es un perfecto escenario de césped mullido. Como mamá vio que el tema medieval nos encantaba, aprovechó para aficionarnos a Shakespeare. Lo consiguió con las películas de Kenneth Branagh. Nos encantaba Branagh porque le echaba tal pasión a los monólogos que nos hacía desear ser como él. Además, físicamente se parecía muchísimo a nuestro padre. Shakespeare nos gustaba tanto que nos sabíamos el discurso de san Crispín de memoria y solo tenían que decirnos *What's he that wishes so!* para que nos lanzáramos en una especie de max-mix medieval que incluía todo tipo de improvisaciones caseras sobre el texto original.

A la vuelta de ver los caballos, entramos como una horda en casa, cada uno con su caja de cartón en la cabeza y su espada en el cinto:

—¡Al mar, con buen ánimo! —dijo mamá.

Michael gritó:

—¡Avancen las enseñas de la guerra!

El holandés leía el periódico en cubierta y aunque fingimos no verle, queríamos lucirnos ante él. Yo me uní a la lucha gritando:

—¡No hay rey de Inglaterra, si no es también rey de Francia! ¡Pero somos cuatro gatos y ellos son cien mil millones de guerreros bien pertrechados, mi señor!

—¡Y huelen a ajo! —gritó María haciéndonos soltar una carcajada.

Entre risas logré gritar mi frase:

—¡Ojalá tuviéramos otros dos mil hombres de esos que están ahora en Inglaterra viendo la tele en el sofá, tan ricamente!

—¿Quién desea tal cosa? —dijo Michael—. ¡¿Acaso es mi primo Westmoorland?!

—Sí. Soy vuestro primo, ¡señor!

—Vuestro primo, señor, que es un cagueta del culo y del pis —dijo María.

Mamá y el holandés, cada uno en un extremo, se reían a carcajadas con nuestra representación. Nos crecimos.

—¡Claro que soy Westmoorland! ¿Quién si no, majestad? —gritaba yo enardecido—. ¡Viva la tierra de los moros del oeste! ¡Y no soy ningún cagueta, niña!

—No, qué va...

—Querido primo —decía mi hermano—, no te preocupes. Ya sé que somos pocos ingleses y que ellos son un montón de franchutes, pero si hemos de morir nos bastamos y nos sobramos para honrar a la bella Inglaterra con nuestra sangre desparramada...

—Querrás decir «derramada» —dije.

—Eso —dijo Michael.

—Jo, mi rey, es que morir, es la caca...

—Sí, es la caca, pero hay que mirarlo por el lado bueno. Piensa que, si vivimos, si conseguimos rebanarles los pescuezos a todos esos franchutes cacosos del pedo... ¡cuantos menos seamos, primo, mayor será la gesta!

—¿Qué es una gesta? —preguntó María.

—Una cosa valiente que se hace con gesto de fiera corrupta, así... grrrrr... y que no pasa todos los días, ni en todas las batallas.

—¿Y si ganamos la gesta seremos felices?

—¡Seremos megafelices! Y cada noche de san Crispín daremos un banquete y nos arremangaremos y les enseñaremos el brazo diciendo... Mirad, mirad estas heridas... ahora soy un ancianito con bastón, pero estas cicatrices me las gané yo solito, luchando junto al rey Enrique V en el día glorioso de la batalla de Azincourt, mientras todos veáis la tele tan panchos y echabais raíces por el culo sin despegaros del sofá.

—¡Seremos solo unos pocos, unos pocos felices, unos pocos valientes, pero aquel que luche a mi lado, aquel que derrame su sangre a mi lado, será mi hermano!

—O mi hermanita —dijo María.

—¡O mi hermanita preciosa! —dije yo, dándole un achuchón a María.

—¡Seguidme a la bataaalla!

—¿Y vale que ahora pasa la noche? ¿Y vale que ahora ya es la mañana de la batalla?

—Sí, vale —contestó la niña.

—Sí, sí —dijo mi hermano.

—¡Pues, adelante, valientes del Hamble!

—Ahhh...

Y todos echábamos a correr por el jardín, o por las ruinas de una abadía, o por el páramo del New Forest, entre la erica y el tomillo, envueltos en los aromas vivos del liquen y del viento invisible, segando matorrales con nuestros mandobles hasta acabar empapados del espíritu de Shakespeare, del rocío de todos los antepasados, del polen de todos los jugadores de la historia que un día murieron de literatura entre espadaos, aplausos y humor.

Cuando los dejamos solos, Tom se acercó a mamá y le dijo:

—Son maravillosos. Siempre había pensado que no me gustan los niños, pero estaba equivocado. No era que no me gustaran, es que no sabía cómo son.

—¿Por qué vuelves siempre a mi casa, misterioso holandés? ¿Qué buscas aquí?

—No busco, encuentro.

—Buena respuesta.

—O a lo mejor vengo por eso que dicen siempre tus hijos: «Porque no existen las desgracias en Joiners House».

—Eso lo decía David. Era una frase de mi marido que terminó siendo una de esas frases familiares que se dicen para todo. Pero esto, igual, tú ya lo sabes, ¿verdad, holandés?

—¿Cómo?

—Sé quién eres. Los pequeños espías han descubierto tu secreto.

Mamá sacó del bolsillo la fotografía que habíamos encontrado y se la mostró.

—Vaya...

—Ese niño de la foto es David con seis años. Imagino que el niño que está con él eres tú.

—Sí. ¿De dónde la has sacado?

—Lo siento, los niños abrieron la funda de tu violonchelo.

—Cuando era pequeño viví aquí, en Joiners, y aprendí a trabajar la madera con David y con su padre, el viejo y cascarrabias Samuel. David y yo fuimos amigos.

Al escuchar el nombre de papá de boca de Tom, mamá sintió un golpe en el corazón. Un golpe seco que lo hizo latir de nuevo. Mamá asintió, sin mostrar sorpresa, controlando nervios y lágrimas. Le dijo:

—David me habló de su amigo Tom hace años y resulta que tú eres aquel Tom y resulta que has venido por casualidad el año que él ya no está.

—El año pasado vine buscándole y nadie me contó que estaba enfermo, que se estaba muriendo en España. Habría ido a verle a Madrid.

—¿Qué os pasó? ¿Por qué dejasteis de veros?

La mirada intrigada de la dueña de Joiners House fue interrumpida por la llegada del príncipe de Netley, que se hacía llamar, con cautela, pero excesiva insistencia, «el novio de mamá» y que tenía, además, el don de la perfecta interrupción. Tom se retiró a sus aposentos náuticos. Mamá, en cambio, se marchó a pasar la noche al castillo dejándonos a cargo de la simpática Lulú.

Hamble. Sábado, 23 de febrero

Quiero ser grulla, benditas grullas maravillosas, que vuelan desde África entendiendo las reglas aerodinámicas y sociales de su formación en uve. O salmón. El salmón entra en la embocadura del río, apoyado por el grupo, sin dudas o inseguridades, sin rehusar o achantarse frente a los rápidos de piedra contra los que se dejará la vida o las escamas. Y eso es vivir. Vivir es morir y morir es vivir. Los adultos nos metemos en la vida despacio, como cobardes perezosos que entran con frío en la piscina, desconfiados, criticando la temperatura del agua. Los niños no hacen eso. Los niños se lanzan sin más porque ellos saben lo que hacen, como las grullas, como los salmones, como los pájaros carpinteros, como las gacelas. Nosotros lo hemos olvidado. Hemos olvidado que hay que saltar, tirarse, volar, picar en el árbol con convicción instintiva.

Siento que he llegado a la edad irracional. La edad de la fe en mí misma. Estoy en un lugar sin dudas ni miedo. Un río donde mandan la práctica y la poética. Calla el lenguaje, hablan los ritmos. Miro hacia arriba y veo dos enormes maderos cruzados sobre un roble centenario. Son el comienzo de una casa en un árbol. Me digo, «esto lo puso ahí el instinto, como el salto de la gacela, que no sabe por qué salta, como el canto de la tórtola, que no sabe por qué dice cucú, como el juego de un niño, que no sabe por qué juega, pero juega porque le hace feliz». Heredamos de nuestros padres todo, todo lo inmaterial. Todo. Incluso el futuro.

Mamá toleraba a Jim dentro de Joiners con bastante elegancia y a veces le dejaba tocar su música en la terraza. Solo se lo permitía un sábado al mes, a la hora del aperitivo. Jim podía ser imprevisible por las tardes, le gustaba beber con la comida y luego se echaba largas siestas en su canoa, que amarraba en este o en aquel pontón, en nuestro propio *boathouse* o donde quiera que le pillasen el sueño y la marea. Era el vagabundo más aseado que yo había visto y en aquella época no estaba seguro de que fuese un vagabundo, pero lo era. Se ponía su mejor ropa para los conciertos en Joiners y podría haber pasado por un excéntrico y un muy británico lord retirado. No era un lord, pero era lord Jim. Era Jim el magnífico, era el gran Jim. Un niño adulto que deseaba ser querido por ciertas personas para fabricarse una familia. Entre esas personas estaban mi madre y el holandés. A mamá le traía regalos que siempre tenían que ver con la música. Por aquella época, ella había decidido aprender a tocar la guitarra y todas las horas que no gastaba en la cocina o subida al árbol las empeñaba en darle a los acordes de las canciones de Bob Dylan. Jim le traía un afinador de guitarra; otro día, unas púas de dedo; al siguiente, un librito con todos los acordes, cosas así. Aunque parecían bagatelas, para Jim eran esfuerzos, porque su tacañería era famosa en toda la comarca y solo vivía de una pensión no contributiva de lo más miserable y de lo que sacaba tocando el blues.

Jim amaba a mi madre. Era amor de mascota, de perro fiel, de gato apaleado, de sumiso afecto. Al parecer, aún trataba de hacerse perdonar una antigua afrenta de hacía muchos muchos años, de cuando el viejo Jim la conoció. El vagabundo, como cualquier ser marginal y maltratado, podía ser muy sardónico y ácido con los amigos de papá porque estaba celoso de ellos. El día en que se conocieron, papá había llevado a mi madre a tomar algo al Jolly Sailor. Jim tocaba el *honky-tonk* blues a cambio de cena y cerveza. En el descanso, el viejo músico se acercó a ella, fueron presentados, él le dijo:

—Si te parece, solo te voy a llamar miss porque David tiene tantas amantes que no puedo aprenderme un nombre distinto cada verano. ¿Cómo lo ves, miss?

A mi madre, que por aquel entonces era una jovencita de veintidós años, aquello no le pareció chistoso. Le respondió:

—Si te parece, yo tampoco me aprenderé tu nombre, majadero. No tengo la menor intención de volver a dirigirte la palabra.

Y luego, mira. Mira a dónde te lleva el tiempo. Pasaron los siguientes veinte años viéndose cada verano. Murió papá y aquí seguía viniendo el viejo Jim, como un madero a la deriva, con sus regalitos, tratando de congraciarse con ella. Una vez hasta le regaló una armónica. La armónica con la que María aprendió a tocar.

El asunto es que ni Michael ni yo sabíamos qué negocios se traía Jim con el holandés y a qué se debían sus encuentros de los sábados, pero esa mañana lo íbamos a averiguar. Una hora después de que arribara el *Pequeño Arethusá*, Jim seguía sin aparecer con su canoa. Tom se acercó a preguntarnos si lo habíamos visto. Nos explicó que Jim y él jugaban todos los sábados una partida de ajedrez, pero que hoy le había dado plantón. Le dijimos que no lo habíamos visto desde hacía días, ni en su bicicleta ni en su canoa, y, cuando ya se marchaba decepcionado, Michael se levantó de pronto y exclamó:

—Yo sé jugar.

El holandés se volvió hacia nosotros con cierto aire de suficiencia. Antes de que pudiera decir lo que más temía mi hermano: que era un niño pequeño, que él jugaba con adultos, o algo semejante, Michael le dijo:

—Conozco todas las aperturas, las he estudiado. Soy tan bueno como Jim o más. Ya sé que no lo parece porque soy un niño, pero es que yo soy un niño solo de aspecto.

El holandés rio una carcajada sincera y ahí surgió el amor entre dos iguales. O como diría mi hermana María, «dos rend». El reconocimiento entre iguales es un tipo de flechazo. Es la conexión de los que sufren el peso de los pensamientos. Gente que no puede compartir ese peso con nadie. Poco a poco, la soledad profunda que sentía el holandés se fue calmando en su amistad con Michael. Igual que el calor se transmite entre los objetos, que intercambian temperaturas, el hielo espiritual de Tom se fue fundiendo al tiempo que el frío «holandés» entraba en la sangre de mi hermano, calmando su rebeldía. Compartieron cargas. Michael empezó a tener amigos. Yo empecé a tener amigos. Incluso María hizo amigos entre los hijos de los vecinos y, algunas tardes, el jardín de Joiners parecía un club shakespeariano-

infantil. Michael amaba *Hamlet*, *Otelo*, *Enrique V* y, sobre todo, las superproducciones de Hollywood. Tenía una memoria prodigiosa en cualquier idioma y con trozos y retales épicos, históricos o divertidos elaboraba diálogos que se prestaban a ser representados con pasión. A la banda de Joiners nos bautizaron como «The little players» y todos los 4 de julio, día del cumpleaños de Michael, hacíamos una multitudinaria fiesta con representación teatral y tómbola benéfica en favor de la lancha guardacostas del río Hamble. «The little players.» Aún la hacemos. Somos fieles a nuestras tradiciones. No en vano, en inglés, jugar es *to play*, igual que *to play an instrument* es tocar un instrumento o *to play a role* es interpretar un papel. Y así aprendimos que todo lo que requiere talento es un juego. Mi hermano «escribía» los guiones de sus grandes producciones al más puro estilo de Hollywood y, entre todos, montábamos representaciones solo aptas para niños o adultos simpáticos. Michael se reservaba siempre el papel del rey, o del general romano, o del Espartaco esclavo que inspira a la masa con un buen discurso motivador. Uno que le gustaba mucho era el del presidente de Estados Unidos en la película *Independence Day*. Otro favorito que solía incluir en sus representaciones era esta arenga antes de la batalla que soltaba Russell Crowe en la película *Gladiator*:

—¡Hermanos! De aquí a tres semanas estaré cosechando mis campos. Imaginad dónde estaréis y así se cumplirá. ¡Mantened la línea! ¡Quedaos a mi lado! Y si de pronto te ves solo, cabalgando por los campos verdes con el sol en el rostro, no te preocupes, eso es que ya te has muerto y has llegado al Elíseo.

Después, Michael sacaba su espada, y trotando en su imaginario caballo echaba a correr jardín arriba, segando malvaviscos y cabezas de amapolas, con siete niños felices, armados hasta los dientes, gritando la vida detrás.

Jim no faltaba nunca a su partida de ajedrez, así que mamá se preocupó muchísimo e hizo unas cuantas llamadas. Tuvo un mal presentimiento, porque el señor Marsh dijo que él le había visto remando y cantando un blues de Leadbelly y, al parecer, Jim solo cantaba y remaba al mismo tiempo

cuando estaba piripi y confundía el Hamble con el Misisipi. Tan mal presentimiento tuvo mi madre que, cayendo ya la tarde, le pidió a Tom que saliera a buscarle. Él quiso tranquilizarla:

—Seguramente se encontró con un amigo y está bebiendo en el Jolly. Jim no se resiste a una pinta de Guinness si es gratis —respondió el holandés.

—Jim no haría eso. Lo conozco desde hace veinte años y es un hombre de palabra. Ya sabes que cuando dice que viene nunca falla, aunque haya bebido.

—Sí, es cierto, pero a lo mejor trató de avisar. Quizá llamó y habló con alguna camarera en Joiners. ¿Con Lulú o con Tony?

—Le he preguntado a todo el mundo. No han sabido de Jim.

—Bien, pues entonces iré a buscarlo en el fueraborda. Tú llama al guardacostas.

Mamá estuvo de acuerdo. Llamó a emergencias del río y Tom salió en la motora.

La lancha guardacostas encontró la barca de Jim a la deriva, cerca del club de vela de Warsash. Él estaba dentro, inconsciente. La nieta del señor Marsh, que con los años llegaría a llamarse Patricia pero que en aquella época infantil aún se llamaba Trishy Smith, era de la pandilla de «The little players» y nuestra mejor Ofelia. Ella fue quien nos contó lo sucedido. Lo había visto todo en primera línea. Los guardacostas sacaron a Jim por la rampa que hay junto al aparcamiento para el ferri mientras Trishy merendaba en la terraza de la cafetería de su abuelo:

—Estaba más pálido que la cera. Quieto y frío y muerto y tenía la cabeza ensangrentada —dijo Trishy.

—¿Jim está muerto? —pregunté espantado.

—No, no está muerto. Lo estaba, pero lo revivieron electrocutándolo con un cacharro de esos que se ven en las películas.

—En las películas y en la realidad, porque un día vi cómo se lo daban a Van Garret el día que se *estampanó* con el coche en la carretera de Portsmouth —dijo María.

—Es verdad, se pegó tal galleta que casi se mata. Dio la voltereta con el coche.

—¿Pero cómo dio la voltereta, como haciendo el pino puente o como haciendo la croqueta?

—De campana, que es parecido a la croqueta, pero...

—¿Qué es una croqueta?

—¿Os importa que volvamos al tema de Jim?

—Sí, claro... —dijo Trishy.

—¿Dónde está? —preguntó Michael.

—Lo llevaron en ambulancia al hospital de Southampton.

—¿Pero es muy grave? —preguntó Michael.

—Eso, ni idea —contestó Trishy—. Mi abuelo se lo había dicho muchas veces. Le había dicho: «Jim, un día se te soltará el cabo, te irás río abajo y acabarás en Francia».

—Más bien, acabaría en la isla de Wight que está antes que Francia.

—Ya, es verdad —dijo Trishy—, pero todo el mundo sabe que a veces bebe demasiado y que se va durmiendo por ahí, amarrado a cualquier pontón, y mi abuelo decía que cualquier día iba a pasar lo que pasó y que cuando pasase, «adiós Jim para siempre».

—Tu abuelo ha sido un profeta bastante inexacto —dijo Michael.

—Mi abuelo tiene malas pulgas, pero sabe de lo que habla. Sobre todo, cuando habla de ornitología. Es un experto.

—¿Oye, y por qué tiene tan malas pulgas? —preguntó María.

Trishy se encogió de hombros y Michael iluminó nuestra ignorancia:

—Porque pasar todo el día poniendo un helado detrás de otro, cuando lo que uno quiere es estar mirando pajaritos, es aburrido. Es casi tan aburrido como estar en el colegio haciendo una suma detrás de otra cuando lo que uno quiere es entender la materia oscura del universo.

—Es mucho mejor poner helados que hacer sumas —dije yo—. Al menos, te pagan dinero.

—Pues sí... Es mil veces peor hacer sumas. ¡Y luego, encima, los profes se sorprenden de que nosotros tengamos malas pulgas en clase de matemáticas! —dijo Michael. Los demás estuvieron de acuerdo.

Al día siguiente recibimos más noticias del estado de salud de Jim a través de Alberto Randall, otro niño de la clase de Michael que venía mucho a jugar a Joiners y que es medio inglés y medio español, como nosotros. Su

madre trabajaba de enfermera en el hospital de Southampton y como mamá la conocía, le pidió que, por favor, averiguase qué había pasado. Se confirmaba la historia de Trishy. Jim había bebido más de la cuenta. Se fue a dormir la mona amarrado a uno de los embarcaderos del Hamble y se despertó en el hospital con hipotermia y un fuerte traumatismo. Fuimos a verle esa misma tarde y mamá tuvo que colarnos de extranjis en su habitación porque en Inglaterra los perros pueden entrar en los supermercados, cosa que me parece fenomenal, pero los niños no pueden entrar en los hospitales. En España tampoco dejan. Cuando mi padre fue ingresado con cáncer en un hospital madrileño, mamá tuvo que colarnos en su habitación a escondidas para que pudiéramos estar con él y darle muchos de aquellos últimos abrazos. Yo me sentaba en su tripa, él doblaba las piernas para ponerlas como respaldo, me cogía de las manos y jugábamos a que yo era el conductor de una excavadora y a que sus manos eran el volante o el cambio de marchas.

Jim yacía en una cama blanca de hospital. Estaba bien, con el orgullo más herido que su cuerpo. Le habían dado cuatro puntos en la cabeza y no recordaba nada. Nada de nada. Solo sabía que se echó la siesta y que despertó con la cabeza abierta en el hospital. Al verle, quise correr a abrazarle, pero no me atreví.

Junto a la cama, doblada en una silla, estaba casi toda su ropa. Los pantalones caqui y la camisa gris. Gruñía muy fastidiado, como un cachorro de *puddle*, porque había perdido su gorra de capitán. Michael se fijó en los zapatos de Jim. Sus botas Doc Martens estaban embarradas con un lodo de la orilla del río que a Michael le resultó muy familiar. Mi hermano se agachó, cogió un pellastrón de los zapatos del vagabundo y se lo guardó en el bolsillo. Al llegar a casa, Michael, María y yo fuimos directos al laboratorio. Michael comparó el lodo amarillo que había recogido con cada uno de los barrillos que guardábamos en nuestros frascos de mermelada. Era un sedimento limoso, muy claro y muy particular que solo se encontraba en la marea más baja de cierta zona del Hamble. Las tres casas más cercanas eran la nuestra, la casa del «enterrador», un vecino que siempre vestía de oscuro, y la casa de Daniels. Solo podía haber un motivo para que Jim tuviera barro de su embarcadero en las botas: que esa tarde hubiera ido a visitarla a ella o a su cuidadora, la mala señora Barlow.

Expiación

Hamble. Domingo, 27 de marzo

Tom me dijo:

—Cuando te veo ahí arriba, sobre el árbol, pienso que es una especie de expiación.

—Claro que lo es. Es mi expiación. La muerte busca culpables. Yo me siento culpable de que mis hijos no tengan padre y, consciente o inconscientemente, quiero compensarles por todo lo malo.

—Pues bendita expiación. David era el hombre más inteligente que he conocido jamás. Tus hijos son como él. Son increíbles.

—Lo son, sí. Apasionados y despiertos. Mi trabajo me cuesta que la sociedad no los estropee. Me paso el día inventando disfraces y chaladuras.

—David hizo lo correcto. Me gustaría poder decirle que tenía razón.

—¿En qué?

—En que lo habría entendido todo al conocerte.

—¿El qué habrías comprendido? ¿Y por qué nunca te conocí, Tom Dutchman? ¿Qué pasó hace años entre David y tú? Eráis los amigos del alma.

—Nos distanciamos. Por mis viajes, supongo...

—No. Algo pasó.

Tom asintió con resignación y se decidió a contarme lo sucedido:

—Nuestro plan era dar la vuelta al mundo en el *Pequeño Arethusa*. Íbamos a disfrutar del día todos los días, pero ese verano hubo cambio de planes. David me dijo que no contase con él, que iba a quedarse en España. Había conocido a una chica estupenda y quería casarse con ella. Me contó que se había enamorado y que estaba dispuesto a sacrificar su libertad. Yo me enfadé, claro. No lo entendí. Le avisé de que sería su muerte en vida. El matrimonio, la familia, los hijos. Si para ti la jaula es el colegio, para mí, la jaula era la familia. Nos peleamos. Me dijo que ese verano vendría con su chica a Joiners y que al conocerla lo entendería todo. No quise saber nada, por supuesto. Estaba furioso. Celoso. Fue el verano en que me marché a Nueva Zelanda.

—Y la chica española era yo.

—Y ahora David está muerto.

—Y ahora estamos aquí.

—Sí. Estamos aquí.

—Y has venido porque supiste que había muerto y volver a Joiners, como él quería, es tu expiación.

Tom sonrió una de esas sonrisas tristes que son asentimientos.

En el tiempo que llevábamos en Inglaterra habíamos hecho muchos y buenos amigos, pero la tristeza era enorme a pesar de los encuentros con el holandés, de los regalos del príncipe de Netley y de las risas con mamá. Cuando flotábamos en esos lagos dolorosos, saboreábamos los detalles. Mamá ponía un disco de vinilo. Abría las ventanas para que la música nos alcanzara en la copa del roble. Subíamos con ella a la casita del árbol y hablábamos de cosas como la belleza.

—Mamá... ¿Por qué son tan bonitas las flores? ¿Es que las mariposas saben distinguir lo bonito de lo feo? —preguntó María.

—Somos los hombres los que hemos decidido qué es bonito y qué es feo. Hemos decidido que lo que no abunda sea bonito, que lo delicado sea bonito —nos dijo.

—¿Seguro? —pregunté—. Porque yo creo que un paisaje es bonito porque lo es, no porque nadie lo haya dicho.

—Richard tiene razón, mami. Un paisaje impresionante impresiona a cualquiera, incluso a un niño. Lo sé porque soy un niño y mirar hacia las montañas me llena de algo muy fuerte que no sé describir —dijo mi hermano.

—Ah, pues sí, es verdad. Un paisaje es bello porque nos llena de recuerdos sin forma definida. Recuerdos que ya solo son emociones instintivas. Un gran paisaje abre todos nuestros mundos en la mente. La naturaleza es la infancia ancestral del hombre. Es infinita. Resulta muy difícil conseguir que una habitación de tres metros cuadrados en una ciudad sea bella, que nos inunde de emoción.

—No es muy difícil, es imposible.

—Sí, cierto. ¿Por qué? Porque en una habitación pequeña no hay mil posibilidades, no imaginamos vidas pasadas e historias futuras sobre sus paredes... Ahora, si a esa minúscula habitación le ponemos una ventana al mar, al río o a las montañas...

—La naturaleza es libertad. ¿Todo se reduce a la libertad?

—Creo que sí. Sí, creo que sí.

—Pues yo creo que es admiración, porque el hombre puede construir muchas cosas, pero no tiene poder para construir «naturaleza».

Mamá asintió. Lo sopesó y dijo:

—Tienes toda la razón. Es admiración. Sentimos amor, amor profundo, por todo lo que admiramos.

—¿Tú admirabas a papá?

—Mucho. Y él a mí. Me lo dijo muchas veces. Papi también os admiraba a vosotros.

—¿Y tú, mami? ¿Tú nos admiras? —dijo la coneja rubia.

—Sí, cielo. Nunca he sentido tanta admiración por nada ni por nadie.

Llovía. Bob Dylan salía por las ventanas de Joiners. Pensé que la música en forma de ondas se fundía con las gotas, caía al suelo y sembraba estribillos en la hierba. Quise salir descalzo. Mojarme con la música.

—Mamá —dijo de pronto Michael—. ¿Quién inventó el cigarrillo?

—¿Hemos cambiado de tema?

—¿Lo sabes o no?

—No sé, no creo que se conozca el nombre del que lo inventó. El tabaco se ha usado desde hace miles de años. Tribus remotas usaban pipas, liaban hojas, mascaban tabaco... Los indios americanos, por ejemplo, tenían sus famosas pipas de la paz. Fumar es algo que hace la tribu para compartir una actividad. Es también una adicción porque el tabaco tiene nicotina, que es un excitante, que te hace sentir mejor, y el cerebro crea una necesidad hacia las drogas y engaña a la razón. Creemos que somos libres para decidir, pero eso no es más que una ilusión creada por el cerebro. La realidad es que las drogas nos esclavizan. En fin, que fumar es una tradición ancestral. ¿Por qué quieres saberlo?

—Porque un día me gustaría ponerme delante del hombre que inventó el cigarrillo, sacar mi espada y decirle: «Hola. Me llamo Michael Martin; tú mataste a mi padre, disponte a morir».

El amor

Hamble. Jueves, 12 de mayo

Hoy los niños han estado muy ocurrentes. Íbamos los cuatro en el coche, hablando de mil cosas, como siempre. Veníamos de hacer una excursión al New Forest. Es maravilloso ver caballos en libertad. Caballos libres, pastando, trotando, viviendo en manadas, paseando por campo abierto. Como siempre, a la vuelta, nos ha tocado el atasco monumental de Lymington. Inglaterra es el país de los atascos, pero no me importa. La charla siempre es muy amena y hay cosas peores que estar parado en la campiña inglesa.

—Mamá, los pájaros a veces tienen plumaje de vivos colores —dijo Michael.

—Sí, cielo.

—¿Por qué?

—Para atraer a la hembra. Suelen ser los machos los que desarrollan colas exuberantes, como los pavos reales.

—Los hombres son un poco como los pájaros.

—¿En serio?

—Sí, con su ropa.

—Ah, sí, es verdad. Tienes toda la razón.

—La ropa de las personas es como la cola de los pavos reales. ¿El que tiene mejor ropa se lleva a la mejor hembra?

—Suele ser un poco así, sí. La ropa es nuestro plumaje de coqueteo, aunque la ropa es artificial.

—Mamá, no hay nada, nada artificial.

—¿No?

—Es una distinción extraña. Natural y artificial son lo mismo.

—¿Y eso?

—Todo, todo es natural. Las carreteras son naturales, las fábricas, los coches, la ropa de las personas, los zapatos, un neumático. Todo es natural.

—Estás hablando de cosas fabricadas por el hombre, cielo.

—Pero el hombre fue fabricado por la naturaleza. ¿O es que el dique de un castor no es natural, o el nido de una golondrina no es natural?

Estuve de acuerdo con Michael. Al cabo de un rato, intervino María:

—Mamá, ¿y por qué los adultos no llevan todos la misma ropa?

—¿Como el uniforme del cole, cielito?

—Sí.

Antes de que yo pudiera responder, lo hizo Richard por mí.

—Porque los adultos se juzgan unos a otros por lo que llevan puesto.

Aunque viajaba mucho, John trataba bien a mamá. A pesar de eso, ella no parecía feliz a su lado. A pesar de no ser feliz con John, cuando mamá salía con él, siempre se iba contenta y volvía muy tarde. Nosotros le preguntábamos en el desayuno, esperanzados. En nuestra inocencia ansiábamos un nuevo padre. Creíamos que una familia sin padre no estaba completa. Qué gran error.

—¿Pero de verdad no te gusta, mamá? ¡El príncipe tiene mucho dinero y es guapo! —dije yo.

—Que viva en un castillo no lo convierte en un príncipe —añadió Michael.

—Bien dicho, cariño.

—Yo creo que sí que te gusta, pero que no nos lo quieres decir —dije yo.

—Sí, es verdad que me gusta. Me gusta bastante. John es un encanto.

—Además, nos trae unas rocas fabulosas para nuestra colección. La bola de malaquita me encanta —añadí en un vano intento por contagiar a los demás mi entusiasmo.

María entró en la conversación:

—Mami, ¿no te vas a casar con él?

Michael, que habría asesinado a cualquier pretendiente de mamá solo por estar vivo y no estar muerto como nuestro padre, saltó como un resorte:

—¡Y dale! No seas tonta. Mamá no se va a casar con nadie. Le gusta demasiado la libertad, de la que, por otra parte, nunca hay suficiente en el mundo.

—Pero yo quiero tener una hermanita —dijo María—. Vosotros siempre estáis jugando a juegos de chicos que no me gustan y yo quiero una hermanita para jugar con ella a los faraones y a Cleopatra. ¡Porfi, mami, cástate!

—Lo primero, vidita mía, es que para tener hijos no hace falta casarse. Lo segundo: yo ya no voy a tener más hijos. Además, el príncipe de Netley no me termina de encantar. Es amable, me cae bien, pero el amor es otra cosa. Yo me enamoro del hombre, no de su ropa y sus posesiones.

—Pero si fueras rica podrías contratar a alguien para que te hiciera la casa del árbol.

—¿Y perderme la diversión de hacerlo con mis propias y mañosas manos?

—A mamá le gusta el holandés, que es otro vagamundos —dije yo.

—¡Pero Tom tiene novia! —exclamó la pequeña. Abrazaba con fuerza su osito-polarito.

—Novias, María —puntualizó mi hermano—. El holandés tiene muchas *novias* y ninguna es mamá.

—Es verdad.

—Porque... tú no estás enamorada, ¿verdad, mamá? —dijo Michael, dudando de pronto—. ¿Te gusta Tom?

—Cuando hablas de amor das mucho repelús, Michael, que lo sepas —dije yo.

—Tienes razón, hermano. Es de un repelús horroroso. El amor no es una comedia, mamá, el amor no es nada divertido —dijo Michael.

—No, no lo es. El amor es una droga que distorsiona la realidad.

—Como el tabaco.

Mamá asintió, divertida, y yo aproveché para decir:

—No te cases, mami.

—Ay, niños, mira que sois pesados. A todos nos gusta el holandés pero yo no me casaría con él ni por todo el oro del mundo —dijo ella cerrando la cuestión.

El holandés nos gustaba, sí. Nos encantaba y mientras estaba cerca, tocando su música, tocándonos a todos con su mirada callada, nos sentíamos como una familia completa. Él se sentaba en el salón, ayudaba en el hotel, nos echaba un ojo si mamá tenía que salir a algún asunto. De cuando en cuando se marchaba de excursión con alguna de sus novias durante varios días, pero

siempre volvía. Siempre terminaba volviendo a Joiners. Cuando lo hacía, nos llevaba a pescar cangrejos hasta el pontón que hay cerca del puente de Burlesdon. Era un lugar tranquilo, oculto entre la vegetación del parque de Manor Farm. A ese remanso había que ir entre semana. Los sábados se llenaba de chavales y de lanchas y de canoas y odiábamos compartir nuestros rincones secretos con la multitud.

Mientras pescábamos con beicon, anzuelo y plomada, teníamos con Tom conversaciones parecidas a las que surgían en el coche con mamá. Al principio, Michael las forzaba un poco, como si le estuviera haciendo un examen. Después ya fueron saliendo de forma natural porque Tom había conectado con todos nosotros como si fuera uno más de la familia. Un día hablamos de Hitler:

—Tom, ¿tú sabes dónde está la Antártida? —dijo Michael.

—Sí, en el polo sur.

—Correcto. ¿Y sabes que Canadá está encima de Estados Unidos?

—Lo sé, sí. Tengo una cierta idea de geografía.

—¿Y sabes que en Estados Unidos está la casa del presidente americano? Bueno, en realidad se llama la Casa Blanca, pero a mí me gusta llamarla «La casa del presidente». Tengo la manía de no llamar a las cosas por el nombre que usa todo el mundo.

—Es una manía que apruebo —dijo el holandés, muy sonriente, mientras ayudaba a María con la red para pescar un cangrejo. El bicho abría y cerraba las pinzas como una gitana con castañuelas.

—¿Y es verdad que en la Casa Blanca hay un búnker?

—¿Qué es un bu... bu... búnker? —preguntó la musical María. Tom se disponía a hablar pero Michael se lo impidió:

—¡Yo, yo se lo explico, Tom! —gritó Michael—. Un búnker, pequeña cosita rubia, es una construcción bajo tierra hecha con hierros y cemento y ladrillos. Un refugio muy fuerte, para evitar que te maten los ataques de las bombas y la artillería.

—Muy bien, Michael. Eso es —dijo Tom—, qué bien lo explicas. Supongo que muchas residencias presidenciales tienen búnker. Pero el búnker más famoso era el de Hitler. ¿Sabéis quién fue Hitler?

—El malo Hitler, ¡claaaaaro! —dijo María.

Tom no pudo evitar una carcajada.

—Bien, pues el malo Hitler pasó los últimos años de la guerra metido en su búnker en Berlín. Desde allí dirigía las operaciones y allí, bajo tierra, perdió la guerra. Por algo el búnker se llama búnker, que es una palabra alemana. Cuando los rusos tomaron Berlín, Hitler se suicidó junto con Eva Braun, su mujer, allí mismo, dentro del búnker.

—¿Y por qué se suicidó? —preguntó Michael—. Perder la guerra tuvo que sentarle fatal, pero morirse es aún peor.

—Imagino que no quería que lo cogieran vivo. Sabía que iban a hacer con él carne de hamburguesa... qué sé yo. Para tener control sobre su propia muerte.

—Hitler fue un poco pardillo. Debió de haber diseñado el búnker con un túnel secreto. Podían haber puesto la entrada de ese túnel dentro del frigorífico. Abres la puerta, te metes en la nevera y, detrás del mecanismo, hay una pared falsa y una entrada a un túnel que te lleva lejos, muy lejos de Berlín. No fueron muy listos.

—Como el armario de Narnia, que tiene una puerta que te lleva a otro país y a otro tiempo —dijo María.

—Exacto, hermanita, aunque yo estaba pensando en algo más del tipo *La gran evasión*, que tiene el túnel escondido debajo de una estufa de carbón.

—Ah, es que no habían visto esa película doscientas veces, como tú —añadió el holandés.

—¡Vamos, Tom! Eso sería imposible porque esa película está rodada después de la segunda guerra mundial.

—Ya, y por eso Hitler no la había visto, pero... los hechos en los que se basa la película eran bien conocidos por el alto mando alemán. La gran evasión de ese campo de presos de guerra sucedió de verdad y pasó antes de todo esto que os estoy contando del búnker.

Hubo un silencio. Seguimos pescando. Tras pensarlo un rato, la pequeña María preguntó con naturalidad:

—Tom... ¿Y tú, que sabes taaaantas tantas cosas, sabes también cuándo va a ser la tercera guerra mundial?

Hamble. Sábado, 27 de febrero

Desde el roble pude ver a los pintores en el Boatyard, el pequeño astillero vecino, entre los que a veces estaba Jim, el músico callejero, rotulando los barcos. Los miraba largamente, a Jim y su pincel, en su movimiento lento y preciso. Las letras surgían perfectas como milagros y volví a sentir el cosquilleo placentero en la coronilla que me dejaba completamente anestesiada cuando mi profesor de matemáticas escribía largas ecuaciones con tiza en la pizarra. Ahora los profesores ya no escriben con tiza en los colegios y me pregunto si los cerebros de mis hijos se relajarán con el mismo placer sin esos golpes de morse, tic-tac-trac... trac-tactoc, que hacía la tiza sobre el encerado. Al principio pensaba que era un regreso a la infancia, pero no lo es.

Esos movimientos seguros son hipnóticos porque sentimos total seguridad en el lenguaje corporal de quien los realiza. Es música. Sabemos que no fallarán el compás. Lo entendemos con la piel. Los cerebros se sintonizan en la misma onda invisible. Estamos ante el río. El río no falla. Es el relato perfecto. El camino perfecto. Solo debe fluir. Su destino es cierto. Tiene un principio, y su final es un ciclo eterno. Fluir, fluir, fluir sin pensar, ni tomar decisiones, ni luchar contra nada. La fuerza de la gravedad conduce la sangre, que es el agua de un río, a su destino marino, y para hacerlo no requiere corazones. El agua discurre sin pensar, cae. Los hombres pensamos demasiado y no discurrimos. El río es siempre. Sabio e infinito. La sensación placentera de la tiza de un buen profesor, la misma que me produce ver a Jim con el pincel del que milagrosamente emergen palabras, es la confianza en la mano experta que no se equivoca. Creo en la mano que sostiene la tiza que se deshace en una ecuación matemática escrita mil veces: seguridad. Supe que me faltaba seguridad, no demasiada, para convertir mi vida y la de mis hijos en una buena vida. Supe que la poca que me faltaba estaba en lo alto de un roble.

Desde el roble podía ver también la piscina del enterrador. Le llamábamos así porque era un vecino con hijos adolescentes que tenía cara de enterrador y no sabíamos a qué se dedicaba. Por su ropa y su rutina, supongo que era un bróker de la City. Nunca usaban la lujosa piscina. Sus hijos solo se gritaban unos a otros y, de todas formas, nunca estaban. No la usaban ni para enfriar las botellas de vino, pues jamás invitaban a nadie a comer o a cenar. Supongo que eso les daba cierta satisfacción, lo de tener piscina. En mi árbol reflexionaba sobre esta y otras cosas. Se reflexiona más en lo alto porque nunca llega la hora de bajar de nuevo. Hay dificultad en subir, dificultad en bajar, así que te quedas arriba, te acomodas y piensas. En lo alto, cambia el punto de vista. La sabiduría recorre tu cuerpo. La sabiduría se expande, se estira y te inunda.

Los sentidos que creía tener cobraron una nueva vida sobre el árbol. Mi vista, el equilibrio —un sentido que jamás se menciona—, el tacto. La mirada física cambia, la mirada interior se despierta. En ese momento de intensa satisfacción, ahí arriba, supe que nada podría detenerme, que debía hacerlo y que todo padre o madre debería construirles a sus hijos una casa en un árbol.

Por la noche, los niños me hicieron mil preguntas antes de dormir. Empezó Richard:

—Mamá, ¿por qué las puertas son tan altas?
—Pues para que la gente no se dé con la cabeza en el dintel al pasar.
—Ya, pero son mucho más altas que tú. ¿Por qué la puerta no es de tu altura?
—Porque, aunque sea mi casa, los vanos y las puertas son de tamaño estándar. Esto significa que son iguales para todas las casas. Además, aquí podrían venir personas más altas que yo.
—¿Papá era más alto que tú?
—Bastante más alto. Él medía 1,80 y yo mido 1,60.
—Pero ahora él no está vivo y ya no está en ninguna parte y no mide nada.
—No, ahora él es una idea. O muchas ideas.
Michael se quedó pensativo y al cabo de un rato dijo:
—La gran pregunta, mamá, es si, verdaderamente, los muertos solo son ideas.
Mamá sonrió admirada. Siempre conseguíamos admirarla, y contestó:
—Sí. Pero vayamos más allá. La verdadera pregunta, niños, es si las ideas, verdaderamente, solo son ideas o dejan su marca en el cuerpo, como los anillos del árbol.

Fue por aquel entonces cuando mamá decidió con la piel que estaba loca por Tom. Tom decidió con la cabeza que no tenía la menor intención de enamorarse de ella, John decidió sobre el papel que le convenía mamá y Michael decidió con el estómago que tendría que repetir curso porque era incapaz de encontrar la más mínima motivación para escribir o rellenar aquellos ejercicios de ortografía que parecían formularios. Nada de esto se cumpliría.

Los ingleses se presentan a tomar el té cuando menos te lo esperas. Vienen a beber tazas de té, aunque no tengan sed, porque el té es una moneda de cambio, la excusa para hablar, ese afecto cálido y húmedo que no se atreven a dar con besos y abrazos. La taza de té, abrevadero común entre clases sociales, ritual de bienvenida, agua bendita, tradición, claro en el bosque, es suave droga feliz. Los ingleses no están hechos de agua en un noventa por ciento, como los demás mortales. Están hechos de té. Cuando viene a tu casa un operario, un electricista, un fontanero, un carpintero, ¡ay de ti como no le ofrezcas una taza de té! Serás puesto en la lista negra de los rácanos de la tetera y nunca más volverán a atenderte con la simpatía que mereces. En

Inglaterra no hay propinas, hay *cuppas* y el príncipe de Netley había cogido la costumbre de presentarse en Joiners a por la suya. Venía los jueves por la tarde a calmar su sed. El holandés también andaba por allí. Ya éramos muy amigos y nos estaba enseñando a jugar al críquet en el jardín.

Mamá hablaba con John de los problemas que tenía Michael en el colegio. Lo duro que resultaba saber que ardía en deseos de aprender física cuántica o ingeniería, pero que el sistema lo descartaba como vago o lento, porque se aburría leyendo cuentos y era incapaz de hacer tareas repetitivas. John no estaba de acuerdo en que las tareas repetitivas fueran algo malo.

—Al colegio no se va a ser feliz. Se va a aprender —sentenció el príncipe de Netley. Y digo sentenció, porque mientras pronunciaba semejante frase dejó su tazón de té sobre la mesa de la cocina como un juez dictando sentencia con su martillo.

El holandés andaba por allí, enjuagando su taza. Él nunca se metía en las conversaciones ajenas. Un inglés se puede colar en tu cocina para hacerse un té, se puede colar en el corazón de una madre y destruirlo, pero no se colará en tu conversación sin ser invitado. Al oír las palabras del príncipe, Tom debió de sentir curiosidad, pues en lugar de volver fuera a enseñarnos a manejar el bate de críquet, o a explicarme cómo ligar con Trishy, o a hablar sobre la guerra mundial, se quedó apoyado en un rincón, observando, con ese gesto tan suyo de ironía constante. El holandés no le tenía simpatía al príncipe, aunque yo no diría que estaba celoso de su relación con mamá porque el holandés tenía sus ligues y su diversión y sus viajes por mar y su vida privada y aquellas aventuras tapaban todos sus vacíos. Era otra cosa. Era irritación.

Mamá se sirvió más té y dijo, también irritada:

—Evidentemente, los niños no van al colegio a ser felices, sino desgraciados. También ocurre que la educación es obligatoria. La ley nos obliga a las madres a llevar a nuestros hijos al colegio a pesar de que sabemos que el colegio, tal y como está organizado, va contra la imaginación y la libertad.

—Si no te gustan sus profesores, pueden aprender en casa —dijo el príncipe de Netley.

—Ya, pero si no están en el sistema serán forasteros al sistema. La educación en casa solo es una solución temporal. Uno no puede aprender a ser ingeniero aeronáutico en el saloncito de diario. Además, tienen muy buenos profesores, solo es miss Shank la que nos está amargando la vida a la menor ocasión.

—Pues entonces no queda más remedio que hacer lo que yo digo. Los niños deben aprender que en esta vida es obligatorio hacer muchísimas cosas que no nos gustan y apechugar.

—¿Crees que eso es un buen aprendizaje? ¿Una buena filosofía? ¿De verdad crees que debo enseñarles que hay cosas horribles que nos debemos tragar en silencio, porque sí, y que hay que hacerlas aunque las odiamos a muerte?

—Sí. Lo que pasa es que tú retuerces la vida de forma filosófica para excusar que los malcrías.

—¿Eso piensas? ¿Que he buscado subterfugios morales para no tener que imponer disciplina?

—En parte, sí. Les dejas hacer lo que les da la gana y se van a llevar un chasco enorme cuando salgan a la vida.

—¿Cuando salgan a la vida? ¿Es que ahora no están vivos? ¿Y si el mundo acabase mañana? ¿Y si hubiera una guerra? ¿Cuál habría sido su vida? ¿Sufrir leyendo cuentos que no les interesaban durante meses y años? ¿Escribir poemas obligatorios sobre un elefante rosa? ¿Tragar ñoñerías y frases banales como «no te preocupes, bonito, tu papá está sentado en una nube y te mira desde el cielo»? ¿Colorear osos panda? Los niños pasan ocho horas en el colegio. El colegio es el noventa por ciento de su tiempo. El colegio es su vida. ¡Su vida no puede ser infeliz!

—El colegio es una burocracia que hay que pasar. En eso estamos de acuerdo.

—¿Y no hay atajos? Yo trato de buscar vías alternativas, quiero recortar sufrimiento. La sociedad nos dice, a través de gente perfectamente socializada como tú, que los niños deben aprender a hacer cosas que no les gustan para llegar a lo más alto. Ese determinismo infernal solo crea hombres y mujeres infelices que, de todas maneras, nunca llegarán a lo más alto, no por falta de talento sino por puro aburrimiento. Uno debe hacer y aspirar a

hacer solo lo que le gusta porque cuando uno hace solo lo que le gusta es feliz y, cuando es feliz, está en lo más alto, aunque viva en una cabaña en medio del bosque, como el bueno de Jim.

—Jim no vive en una cabaña en medio del bosque. Vive en un apartamento pagado por el estado del bienestar.

—Era una metáfora.

—Pues no me sirve tu metáfora. Jim vive de una subvención del gobierno. Este país mantiene a los vagos pagándoles un sueldo para que tengan un techo y comida. El sistema que tanto detestas mantiene viva a esta gente que no ha trabajado en toda su vida.

—Vaya, hombre. Lo que me faltaba. ¡Para una cosa que hace bien el estado!

—No, no. No te enfades. Es cierto. Tu libertad y la de tus hijos me parece genial, mientras no nos toque pagarla a los que sí que nos hemos socializado correctamente. A los que pagamos nuestros impuestos y trabajamos de sol a sol como hormiguitas. Lo que pretendes con tus hijos suena muy bonito, pero hacer solo lo que nos gusta es imposible y, además, es egoísta.

El holandés y yo nos divertíamos. Empecé a entender qué es lo que había visto mamá en John. Aunque fueran muy diferentes, el príncipe no era ningún idiota y se notaba que disfrutaban discutiendo ideas encontradas.

—Egoísmo, no, no, John. Tomas la parte por el todo. No digo que mis hijos no se socialicen. Yo no quiero que sean hombres solitarios, apartados del mundo. Lo que digo es que muchas cosas que no nos gustan nos gustarían si supiéramos mirarlas mejor, si encontrásemos el atajo. A la vida hay que darle la vuelta. Hay que aprender a usar la inteligencia para ser feliz en lugar de ir todos por el mismo carril, formando un atasco, como borregos.

—Pero eso es agotador. Es ir a contracorriente.

—No. Es ir a favor de la corriente interior. ¡Es aspirar a ser ríos! De verdad, John, no veo por qué no podemos educar a los hijos en el derecho de escoger lo que más les gusta. No veo por qué deben ser obligados a escribir a tempranísima edad cuando todos sus instintos les hacen rechazar el lápiz. No veo por qué hay que empeñarse en manipularlos, en arrebatarles su libertad porque sí, porque toca, porque nosotros mandamos y ellos no y porque a

nosotros nos hicieron lo mismo cuando éramos pequeños. ¿Qué somos? ¿Maltratadores que fueron, por supuesto, maltratados? No veo por qué un niño no puede mandar en su propia vida con la guía y el cariño de sus padres. Jamás les diré a mis hijos que deben aprender a hacer lo que no les gusta. Les diré que aprendan a escoger y a eliminar de su vida todo lo que reste felicidad.

Cuando mi madre se calló, miré a Tom. Él la miraba como yo lo miraba a él. Con esperanza. Me sentí feliz, presentí cosas. Lo imaginé todo tal y como iba a ser. O casi. Pocos días después, Tom se acercó a mamá y le dijo que quería invitarla a cenar en su *Pequeño Arethus*.

—¿Yo, a solas con el pirata que asalta los corazones femeninos del Hamble? Ni hablar.

—Mi fama es innmerecida.

—Tu fama, quizá, pero tu realidad, no. He visto más de una y más de dos mujeres llorar junto al Hamble. Hay quien dice que sin ti bajaría el caudal del río.

Tom sonrió con esa mirada de madera noble y colocó bien alta la ceja.

—No me hagas sentir mal. Venga, Ana. Quiero agradecer tu hospitalidad. Mañana me marcho por mucho tiempo y quiero despedirme invitándote a cenar.

—¿A dónde vas? No, no me lo digas. No es asunto mío.

—No sé estar en un solo lugar. Soy una especie de espíritu errabundo. En serio, quiero despedirme. Me encantaría estar contigo en mi terreno, para variar.

—No es buena idea. Me bastará con un apretón de manos.

—Eres una mujer libre. Soy un hombre libre.

Él se acercó y le cogió la mano. No sé de dónde sacó mamá la fuerza para resistirse a sus encantos y decir:

—Y porque soy libre, no quiero poner en riesgo mi libertad o que cambie nuestra amistad.

—¿Y John? ¡¿Por qué con él sí y conmigo no?!

—¿Pero de verdad no has comprendido por qué lo hago? ¡Salgo con John, precisamente, porque no corro el peligro de enamorarme de él!

Tom la miró sorprendido, halagado, celoso, desconcertado, intrigado y divertido. Supo que no tenía nada que hacer con mamá y, al mismo tiempo, supo que no sería capaz de desatar su voluntad de la costa. Se marchó al día siguiente.

Sobre el holandés hacíamos todo tipo de elucubraciones porque durante mucho tiempo no supimos a qué se dedicaba y, cuando se marchó, nos lo preguntamos muchas veces. Los niños no son como los adultos, que enseguida dicen ¿a qué te dedicas?, para saber si tienen algo en común con la otra persona. Los niños no necesitan preguntarle eso a otros niños porque todos se dedican a lo mismo: jugar. A nosotros no nos interesaba el lugar que cada uno ocupaba en la pirámide social, nos interesaba el mundo. Solo hacíamos preguntas relevantes, del tipo: ¿Cómo se forma un bebé en la barriga de una señora? ¿Si le cortas un brazo a un ocelote le vuelve a crecer? ¿Qué es un ocelote? ¿Por qué a todos los superhéroes siempre les aprieta el traje? ¿Por qué decidió la evolución de las especies colocarnos el ombligo en la barriga y no en la espalda o en la frente? ¿Por qué el botón de autodestrucción siempre es rojo? ¿Por qué todos los chinos llevan coleta?, o... mamá, si vemos a un malo que está a punto de matar a otra persona, ¿es bueno o es malo que nosotros matemos al malo de un hachazo? Los niños preguntan estas cosas y casi nunca, por no decir jamás, dicen: disculpa, holandés... ¿Tú a qué narices te dedicas? Los niños viven en el presente, vivíamos en el presente, y el holandés solo existía ahí delante, fondeado en su barco, igual que el personaje de una novela existe solo en su novela, o las grullas de la marisma existen solo en esa única marisma veraniega. ¿Quién piensa en las grullas durante su invierno en África y en cómo será su hogar allí? El holandés, como un ave migratoria del río, era para nosotros solo un hombre intenso e inteligente que nos enseñaba a pescar los mejores cangrejos, a jugar al ajedrez, a batear o lanzar la bola de críquet, y que solo existía en el embarcadero de Joiners.

Tom tenía muchísimas novias. Le visitaban en Hamble, se veían algunos días, incluso se quedaban en Joiners. Eran chicas inteligentes, guapas, divertidas. No le duraban, como si él mismo quisiera que nada durase o como

si supiera que era incapaz de amar a largo plazo. ¿Pero por qué Tom no se quedaba más tiempo con nosotros? ¿Por qué no dejaba de viajar? ¿Qué buscaba que no tuviéramos aquí? Era feliz en Joiners, eso cualquiera podía verlo. Un día se lo pregunté a mamá a la manera en la que lo hacen los niños.

—Odio que Tom se marche durante meses. ¿Por qué no le pides que se quede?

—Porque cambiaría todo —me dijo mamá—. Las cosas han de suceder por su peso.

—No entiendo.

—La tierra no le pidió a la luna que se quedase a su lado, sin embargo, aquí está.

—La tierra y la luna no son personas.

—Pero las personas sufren la fuerza de la gravedad.

—Mamá... ¿Qué hace Tom en la vida real?

—No lo sé. No hablamos de lo prosaico, de lo corriente. Hablamos solo de pensamientos, de anhelos. De lo que importa.

—¿Qué son los anhelos?

—Las personas somos ríos. Ríos como el Hamble. Somos ríos con afluentes, que son las otras personas. Ellos nos alimentan de agua y nos dan profundidad. La mayoría de las veces nos quedamos en la superficie. Pasamos por las personas, las rozamos. A veces ocurre lo que nos pasa a mí y al holandés. Nos paramos en el remanso del otro y nos ponemos allí a pescar.

—Yo hago eso con Michael, no lo de ir a pescar de verdad, sino lo que dices de los pensamientos. María lo hace con la música y con *Sir Isaac Newton*, el perrito de la vecina.

—Sí. Exacto.

—Pues si os gusta pescar pensamientos, ¿por qué no se queda Tom a vivir aquí? Aquí tenemos pensamientos de sobra. Puede estar pescando un año entero sin aburrirse.

Mamá río.

—Porque hay muchas más personas, hay otros ríos. El holandés es una persona errante, nómada. Por eso le apodan el holandés, porque siempre está navegando. Nosotros somos una de tantas tierras que pisa.

—No es por eso. Se apellida Dutchman, que es «holandés» en inglés.

—Las dos cosas, cielo.

—Podríamos ir con él. Que nos lleve en su barco.

—Es demasiado pequeño.

—Pues que compre otro más grande.

—Me gusta aquí. Me gustáis vosotros y el río que pasa por delante de mi jardín. Cuando un río es tan bueno como el Hamble, no hace falta ir a otro lugar. A veces algo es perfecto en un sitio y no funciona en otra parte.

—Las wisterias son perfectas. Son perfectas en cualquier parte.

—Sí, eso es verdad —dijo mamá con una carcajada amable—. Pronto estarán en flor.

Hamble. Lunes, 28 de marzo

¿Cómo explicarles a mis hijos lo mucho que Tom me recuerda a su padre? ¿Cómo decirles que no podría vivir de nuevo el sufrimiento de aquellos primeros años? La incertidumbre de estar esperando, como esperaba Penélope. Esperando a que decidiera dejarme por otra más joven, más delgada, más divertida, más alta, más deportista, más leída, más talentosa. Ya, ya, no lo hizo porque él me quiso desde la primera carcajada, pero no fue un hombre fácil y yo tenía otra inocencia. ¿Cómo explicarles a los niños que Tom me levanta el espíritu y que quiero conservarlo y que para conservarlo debo evitar el amor? ¿Cómo decirles que, sin haber cruzado una palabra con él, ya conozco su isla interior y que quiero cosechar palabras a la luz de la lumbre sin posibilidad de reproche? ¿Cómo decirles que, tal vez, este dolor que siento distorsiona mi realidad y me hace creer que él me mira de la misma manera? No, no hay quizá. La viuda reciente distorsiona la realidad. O la ve diferente. Tom se ha enamorado de mis hijos, no de mí. Se ha enamorado del río y del jardín, y de la casa en el árbol, porque todos los niños desean una casa en un árbol... y todos los adultos también.

Así que ahí estoy, saliendo y entrando con John, un hombre inteligente y atractivo, rico y bien vestido. Mi trinchera. Un hombre aseado y lustroso, que me acompaña en las horas negras. Unos brazos sólidos en los que amarrar mi barca sin remos. Estoy con John porque, precisamente, él no se enamorará de mí.

El otro día, el príncipe de Netley (me encanta este apodo que le puso María) hablaba del amor, del amor verdadero. Me dijo que su exmujer lo dejó todo por atender a su hijo, la casa. Quiso ser absolutamente maravillosa e imprescindible o no vio otra alternativa. Me parece bien que una mujer deje todo —lo que quiera que sea ese todo— si lo desea, mientras no deje lo que le gusta, pero me temo que tantas se engañan porque el amor o, mejor dicho, el miedo al desamor, nos hace complacer

ciegamente, inopinadamente, ignorando lo que hay más allá del corazón. Las mujeres a veces somos el peor enemigo de nuestra propia libertad. No culpemos de ello a los hombres. Simplemente, entendámonos mejor.

Hablaba con John en la biblioteca. Volvió a salir el tema de hacer solo lo que nos gusta. Jim y el holandés estaban allí, jugando al ajedrez. Cuando terminaron, Jim se marchó. John también lo hizo. El holandés se sirvió un whisky, con mi permiso. Me dijo:

—¿Crees que es posible?

Adiviné inmediatamente que se refería a una de mis discusiones con John.

—¿Aspirar a hacer solo lo que nos gusta? Creo que sí. También pienso que se puede cambiar la mirada sobre algunas cosas que no nos queda más remedio que hacer y aprender a amarlas.

—¿Se puede disfrutar de la tristeza?

—Se puede.

—Me gustaría saber cómo.

—Abrazándola. Razonándola desde otro ángulo. ¿Por qué nos gusta un gin-tonic?

—Porque está rico.

—No. No lo está. Es tremendamente amargo. Pero nos hemos acostumbrado. Hemos decidido que nos guste. Le aplicamos un aura de glamur. Nos sentimos divinos y excelentes con una copa complicada en la mano. Cuando lo piensas es absurdo, ¿no?

—¿Así que, según tú... el truco de la vida está en disfrutar de los tragos amargos pensando que todo es un gin-tonic?

—Yo creo que sí.

—¿Y eso no es como hacer trampas? ¿No es como engañar a la mente?

—¡Ah, por supuesto! Es trampa, es juego y es ficción. Pero, para mí, no hay nada más real.

—Me gustaría aprender a ver las cosas como tú.

—Pues no te separes de mis hijos. Fueron ellos los que me enseñaron todo esto.

—No lo haré. Disfruto como un niño cuando me los llevo a pescar.

—Ahora dime... ¿Qué es lo que te entristece a ti?

Tom elevó una ceja como Indiana Jones y me respondió:

—No poderte besar.

Mamá tardaba muchísimo en construir la casa en el árbol. Era algo que no se podía hacer de prisa, sobre todo porque lo hacía sola, rechazando cualquier ayuda que los vecinos quisieran darle. Sus principales problemas de construcción eran el espacio y la altura. Para atornillar la casa por fuera y unir los tablones a la estructura debía subirse a una escalera larguísima y tenía que

moverla constantemente según iba cambiando de zona de trabajo. Por eso, después de atornillar la base —un entarimado cuadrado, de cuatro por cuatro metros— volvió a pararse a pensar. No sabía cómo iba a plantar la casita encima. La escalera no era lo suficientemente larga y la tarima no le dejaba sitio para caminar alrededor de la futura construcción. Tras pensarlo mucho, decidió construir la casa en el suelo, numeró los tablones y luego la fue subiendo por secciones usando cuerdas y poleas. Como nadie sujetaba por el otro lado, usaba gatos metálicos y tornillos provisionales. Nunca estaba más de dos horas en lo más alto y se acostumbró a tener una paciencia infinita, pues poner un solo tornillo era toda una operación de ingenio.

—¿Por qué tardas tanto? Llevas meses con esto —le dijo Michael.

—Porque soy una sola persona. Mira, te lo voy a explicar. Primero hay que presentar el tablón sobre el esqueleto, la estructura de la casa. Luego, lo inmovilizo en el sitio en el que lo quiero atornillar usando un gato. Después tengo que bajar por la escalera hasta el suelo, correrla a la derecha metro y medio, asegurarme de que está bien firme en el suelo, porque si me caigo de la escalera me mato. Luego, debo volver a subir y colocar el otro gato para inmovilizar el otro extremo del tablón y presentarlo sobre la estructura. Después, tengo que taladrar los agujeros para los dos tornillos de ese lado, cambiar el taladro por el atornillador eléctrico, poner los tornillos, bajar de la escalera, mover de nuevo la escalera a la posición original, subir a lo más alto y hacer la misma operación en el otro extremo del tablón. Como ves, solo he puesto cuatro tornillos, pero ya llevo más de media hora en las alturas.

—Cuatro tornillos cada media hora no es una gran velocidad de crucero. Inauguraremos la casa dentro de diez años.

—Cuando esté, estará. Es lo único que puedo decir. Soy como la tortuga, solo necesito tiempo para construir algo espléndido. Tiempo y paciencia.

—Perdona, pero no eres una tortuga, mamá, eres más bien como una estalactita.

—Ah, sí, muy bueno. Aunque es al revés. Vosotros sois las estalactitas y las madres somos el agua que os construye gota a gota.

Eso me encantó. A María también, porque canturreó aprobadoramente. Como en el colegio nos habían hablado de Penélope y de la Grecia clásica y de la *Odissea*, Michael le dijo:

—No sé, no sé... Yo más bien sospecho que todo lo que trabajas en la casa del árbol lo deshaces por las noches, como Penélope.

—Usas la casita para espantar pretendientes —dije—. Ayer te oí decirle a John que no podías verle porque tenías que subirte al árbol.

—Jajajá, sí, cariño, algo así. Estoy esperando a Ulises y todos estos pretendientes que se me plantan a comer el asado de los domingos o a tomar el té los jueves no me convencen. La casa del árbol es mi tapiz.

—¿No te va bien con el príncipe de Netley? Ese es un buen pretendiente.

—Estoy de acuerdo —dijo mi hermano—. Es un hombre que parece sólido y bastante sano.

—Ni que fuera un caballo, Michael —repuse—. ¿También le has mirado los dientes?

—Claro que se los he mirado, y los tiene fenomenal. ¿Tú dejarías que mamá se casara con un señor sin dientes? No. Pues entonces.

—¿Quién no tiene dientes? —preguntó la pequeña, que estaba un poco perdida con tanta mitología.

—Nadie, cielo.

—¿Cómo que nadie? Alguien habrá... —bromeé yo.

—Jarvis, el patrón del ferri. Él no tiene dientes —remató mi hermano.

Hamble. Martes, 3 de mayo

Dejé a los niños en el colegio, volví a casa, me hice un café, se me cayó la taza y me escaldé la mano. Dolió muchísimo, solté la taza de golpe, una mancha roja creció en mi piel y, mientras la miraba, entendí, asombrada, que no había gritado. La verdad me golpeó en el pecho. Estoy sola en esta casa. David no existe. Mis gritos ya no serán atendidos con un «¡cariño, ¿estás bien?!», que llega desde el dormitorio. Me abrasé la mano y dolió en silencio. En ese momento entendí que había superado su muerte. Que salir del duelo es el dolor de quemarse por fuera y gritar por dentro.

Cuando ya habíamos olvidado a Tom y mamá estaba a punto de recuperar su libertad de sentimientos, avistamos el *Pequeño Arethusa*. Tom regresó, aunque mamá y él habían dejado de hablarse con la confianza de sus últimos días. Él casi no bajaba a tierra, ni tocaba el violonchelo. Tampoco salía con el barco, ni quedaba con otras mujeres. Estaba raro. Jim nos contó que era de río arriba, del lugar donde emerge el Hamble, el pueblo de Bishop's Waltham. Digo que ahí emerge y no que nace, aunque nace, porque el río se forma en un laberinto de arroyos y marismas, manantiales y lagunas de agua cristalina y alcalina. En su nacimiento es la cabellera de una mujer, las serpientes de Medusa, la irrigación de un riñón, las raíces de nuestro roble que se abren como una boca desdentada, agua, venas que recorren el dorso de mi mano. El humedal cercano a Bishop's Waltham se llama The Moor. La palabra *moor* es polisémica. *Moor* significa «páramo» y «pantano», también «moro». Moro de la morería. Como Otelo, que es *The moor of Venice*. Por eso, *moor* me hace pensar en los moros españoles, esos habitantes musulmanes de Al-Andalus que el caballo blanco de Santiago pisoteaba con tanto entusiasmo. Al volver los ojos de la mente hacia este extraño y acuático paisaje, lo imagino como un desierto plagado de tribus nómadas en vaporosos ropajes. *Moor*. Pienso en el primer árabe junto al mar de arena lanzando su mano hacia el horizonte: mooooooor. Al primer hombre junto al mar de tierra, diciendo mooooooor, que es como decir maaaaaar. Las palabras son onomatopéyicas, todas, aunque en inglés aún más. Este idioma me une al paisaje, a la tierra y al instinto. *Moor*. Tierra muerta, baldía, mar de tierra baldía como la más literaria tierra baldía donde asoman tentáculos de mar. Tierra infértil, tierra inútil, de nadie, el desierto de mis moros bereberes. Pienso en *moor*, los veo cabalgando inexistentes sobre mi espejismo metafórico, bajo la música de un chelo, suspendidos en nubes de arena. El chelo de nuestro holandés. Pienso en él, y está allí quieto, mirando a mamá. Suspendido, también. Esperando una palabra suya. *Moored*, que significa, también, varado en el puerto, amarrado a la orilla, y que a mí me suena parecido a enamorado. Al fin, la tuvo. Tuvo esa palabra:

—¿Por qué has vuelto?

—Esos hijos tuyos han saqueado mi corazón de soledad y lo han llenado de tesoros. El mundo sin ellos era muy aburrido —contestó el holandés.

—¿El mundo entero o solo el hemisferio norte?

—El resto del mundo, el resto del mundo que está lejos de aquí.

Yo hubiera preferido que el holandés dijera algo más romántico, más shakespeariano, algo como: «He vuelto porque el cielo está aquí, donde vive Julieta». Lo que dijo estuvo bastante bien, pero le quedó escaso. Me impresionó ver cómo él entendía eso que no comprendíamos ninguno: que mamá había desarrollado vértigo al amor. Un vértigo de la peor especie.

Hamble. Miércoles, 9 de marzo

Desde mi casa en construcción veo a los pájaros en la copa del roble. Paso todo el día con ellos. Me siento como Sigourney Weaver en *Gorilas en la niebla* pero con pájaros en vez de gorilas. A Tom le hizo reír. Mis amigos los pájaros hablan unos con otros. Hablan muchísimo. Leo ahora un artículo en el que unos científicos han descubierto que los titos del Japón usan la sintaxis. Yo ya he visto a los pájaros usar la sintaxis sin necesidad de un doctorado en ornitología. Los pájaros hablan con frases y localismos. A ver cuando descubren al fin todo lo que se cuentan los delfines y cómo se lo dicen, y lo que se cuentan los pulpos, que tienen ocho cerebros. Un cerebro en cada pata, los tíos. Con esto de los pulpos también hice reír al holandés y volvió a invitarme a cenar en su barco. Yo volví a decirle que no.

El desangrador del Hamble

Y ahí estábamos ese día, adultos. Yo con mi parche en el ojo y mis hermanos buscándome motes. Lord Nelson también era tuerto, y un tal Nicolas-Jacques Conté, un entusiasta de la ciencia, como mi hermano, que fue un famoso físico, químico, ingeniero, militar y pintor francés, vamos, otro genio, y que perdió el ojo en una explosión de hidrógeno. Por suerte, yo no estaba tuerto. Tenía el ojo tapado, pero tan intacto como la infancia.

Ese tiempo en el que nos encontrábamos con Jim, Brian o el holandés ahora me parece imaginado. Es como si ninguno de ellos hubiera existido en nuestros primeros años de fascinación. Tanto es así que, mientras leíamos fragmentos de mis cuadernos, le pregunté a mi hermano si nuestros vecinos, los que ya habían muerto, existieron realmente, y Michael, con su ironía habitual, me dijo que no estaba seguro de que nosotros mismos hubiéramos existido jamás. Detuve la lectura unos instantes. María preguntó:

—¿Llegasteis a resolver alguna vez el misterio del desangrador?

—No —respondió mi hermano.

—Me pregunto si Jim mató de verdad a un asesino.

—Y yo me pregunto si hay un esqueleto enterrado en el bosque —dijo Michael.

—Sería genial encontrarlo —suspiró mi hermana.

—Hace un momento te horrorizabas porque hablásemos de qué hacer con las cenizas de nuestro querido vagabundo y ahora te apetece buscar un cadáver en medio del bosque. Eres contradictora, querida ratoncilla.

—Una cosa es una despedida y otra muy distinta la arqueología. Deformación profesional.

—Oye, María —le dije—, siempre he querido hacerte una pregunta. ¿Qué te animó a ser arqueóloga?

—Hombre, pues Indiana Jones.

Reímos. En casa, de pequeños, veíamos aquellas películas una y otra y otra vez, con la excepción de la de *El templo maldito*, que nos daba mucho miedo y a María le parecía «la caca».

—¿En serio? ¿La culpa de tu arqueología la tiene el arca perdida?

—Claro. Pero también la historia de «los tres hermanos». ¿Os acordáis?

—Ah, sí. Eso fue algo que nos contó Tom. Los tres hijos de un conde, el conde... el conde...

—Henri.

—Eran aficionados a la arqueología y a la vida en el paleolítico, descubrieron los bisontes de arcilla en una cueva francesa. ¿Cómo se llamaban?

—Max, Louis y Jacques —dijo María—. Podría decirse que crecieron entre puntas de flecha y pinturas rupestres. En serio, ¿no sería fabuloso encontrar la calavera?

—Eso quiso hacer Michael cuando éramos niños, pero la cosa acabó fatal.

—¿Sí? No me acuerdo de nada.

—¿Pero cómo no te vas a acordar? —añadió mi hermano—. ¡Fue el día en que mamá le prometió el beso al holandés!

—Sigue leyendo, Michael —dije yo—. Ya verás, Mary.

—¡Y después nos iremos río arriba! ¡Organizaremos una excursión en el bote *ran-dan*! ¡Saldremos los tres hermanos de expedición, como los tres hijos del conde Henri, en busca de hallazgos gloriosos y siniestras calaveras!

Reímos y Michael siguió con la lectura de las desordenadas notas que semanas después me servirían para comenzar este libro. María se lo tomó en serio, se lo tomó tan en serio que, mientras volvíamos al país del pasado, se puso a preparar bocadillos para la expedición de la calavera.

Brian, el marido de Marion, la dueña de las figuritas de porcelana, era policía retirado. Nada menos que superintendente. Durante años y años, su trabajo había consistido en detener y mandar entre rejas a los criminales más peligrosos. Asesinos, ladrones a mano armada, esas cosas. Ahora, cuando pienso en él, me digo que Brian era el protagonista de una novela policiaca. Un personaje de ficción que había liderado pesquisas literarias y que acabada su novela negra, se había retirado a vivir en las blancas páginas de un relato familiar. Un libro lleno de niños, casas en los árboles, vagabundos musicales, madres divertidas y carpinteras, anécdotas escritas con tinta fresca de calamar, canoas de madera y perros ladrones muy voraces comedores de salchichas. En mis disquisiciones, me doy cuenta ahora de que todos somos personajes protagonistas o personajes secundarios según el lugar donde nos pongan. Jim era protagonista alrededor del fuego o detrás de su guitarra. Michael es protagonista en nuestra infancia y en casi cualquier lugar. María es protagonista en un desierto turco o abrazada a su violonchelo, mamá es protagonista subida en el árbol o al volante de su coche, en un país en el que es exótica, extranjera. Yo también puedo ser un protagonista más que decente en un quirófano, con el paciente a corazón abierto. Ninguno lo somos a la cola de los helados del señor Marsh, que es «el igualador universal».

Brian también nos contaba historias. Él y su mujer, Marion, eran muy amables con nosotros. A veces nos llevaban en su yate cuando hacían trayectos cortos. Una vez fui con ellos por mar a Southampton. Michael y yo estábamos junto al embarcadero cuando se asomó Brian por la valla. Era un anciano de cara roja, ojos pálidos, poco pelo, brazos como arbotantes, manos llenas de manchas.

—Tenemos que comprar una pieza para la autocaravana, ¿queréis venir con nosotros en el barco hasta la ciudad?

—Michael no puede. Está castigado porque tiene que practicar la escritura. Su profesora dice que, si no escribe no sé cuántas páginas, tendrá que repetir curso.

Mi hermano, serio e intenso, sacaba tierra de entre las piedras del muro del jardín que nos separaba de Brian con el lápiz que debería estar usando para hacer los deberes. Ni siquiera nos miraba. Brian y yo hablábamos de él como si no estuviera delante.

—¿En serio? ¿Y en qué consiste el castigo? —preguntó el expolicía.

—En pensar.

—Como castigo, no lo veo muy grave.

—Es parecido al castigo que le ponían a Jim de pequeño en la casa de acogida, solo que «el rincón de pensar» de Jim era una pared oscura con el cuadro de *Las damas de Cholmondeley* y el rincón de pensar de mi hermano Michael es la propia pared de hueso duro de su dura cabecita.

Brian soltó una carcajada.

—Pobre Michael. Pues nada, dejémosle pensando y ven tú, será divertido.

Me daba pena abandonar a mi hermano ahí, solo, desarmando la pared del jardín con sus pensamientos de castigo, pero la idea de arribar a la ciudad por Southampton Waters era irresistible. Me animé a marchar a la pequeña excursión con los vecinos y me alegré de haberlo hecho. El viaje en el *Marion* mereció la pena. Mientras el motor batía las aguas, dejando cuatro líneas blancas como vainicas en un dobladillo, mientras la bandera británica —la Union Jack— se agitaba temblona cortando el aire invisible, mientras dejábamos a ambas orillas cientos de veleros fondeados, y árboles frondosos y docenas de ojos detrás de las ventanas de Netley, y hombres y mujeres tristes tras las ventanas del castillo y obreros melancólicos en la refinería, mientras seguíamos la estela del enorme trasatlántico *Britannia*, lleno de ancianos cautivos, mundos solos, con más ojos, más ventanas, mundos pensantes ya pasados, supe que el presente era eso: movimiento. El presente se mueve a gran velocidad y es la vida. El hombre tiene la habilidad de desdoblarse. Podemos mirar el presente desde la distancia, como un tren que discurre en la noche, y alargarlo, cambiar su tempo. Sin embargo, desde el tren, desde el punto de vista del pasajero, un cercano poste no es más que una mancha borrosa que pasa como un meteoro. Para disfrutar el presente hay que salir de uno mismo y verse discurrir desde la orilla.

Durante la travesía, Brian me contó algunas de sus batallitas. Nunca era aburrido porque hablaba de asesinatos, ahorcamientos, armas blancas, número de puñaladas, litros de sangre perdida y cosas perfectamente inapropiadas para unos niños tan imaginativos como nosotros. A veces Brian se olvidaba de que ya no vivía en una novela policiaca y empezaba a explicar los detalles de un caso. Otras veces, se ponía a discutir algún asesinato horripilante con su mujer, sin importarle lo más mínimo que hubiera niños delante. Aquel fue uno de esos días. Brian hablaba de un asesino en serie, una mala bestia que había pasado años matando y violando mujeres. Yo fingía que no les escuchaba, por si decidían callarse de golpe como hacían otros adultos al darse cuenta de que estábamos escuchando. Estas conversaciones tan terribles me atraían como el abismo atrae a las personas con vértigo. Me encantaban y me daban pesadillas. Eran pura glotonería intelectual y por eso no me perdí una sola de sus palabras. Según decía Brian, el asesino escogía a sus víctimas de forma aleatoria, mientras recorría Londres en su coche y ellas caminaban, ajenas a sus terribles intenciones, por la calle:

—Era un tipo que se cree un regalo, un puto regalo para la gente. Va en el coche, el *hijoputa*, va de aquí para allá, en su coche... y de pronto se siente un poco «así» y ve a una chica rubia. Él le habla y la rubia le dice: «Vete a la mierda», y él piensa: «¿Cómo te atreves, zorra? ¿Cómo te atreves a despreciar a un “regalo” como yo? ¡Tú eres la mierda!». Y ¡zas! La golpea hasta matarla. A una de las chicas la atropelló con su coche y la dejó por muerta... pero sobrevivió. La chica volvió del coma y tuvo el coraje de identificarlo. Así se pudra para siempre. Así se pudra su alma en la cárcel.

Aprovechando el tema de las mujeres muertas, le dije a Brian:

—Jim dice que hace muchos años mataron a unas niñas en Netley. También dice que una de ellas apareció degollada en el río. ¿Eso es verdad?

Brian me miró como si no estuviera seguro de si debía hablar conmigo del asunto e insistí:

—Vamos, Brian, ya le has machacado la cabeza a siete chicas y has metido en la cárcel a dos psicópatas y a un ladrón de gasolineras. Las pesadillas están en el bote. Dos niñas degolladas no me van a dar más miedo.

Marion rio y sacó el termo para servirse un té. A mí me dio una piruleta. Me fijé en sus enormes pechos y me pregunté, ¿qué son en realidad? ¿Qué lleva esta amante de la porcelana debajo de su camiseta? Porque tetas de verdad no eran. Ella misma nos había contado que había tenido cáncer y que le habían cortado los dos pechos y a mí me intrigaba muchísimo saber qué era lo que llevaba ahí para formar esos descomunales bultos de mujer si no había nada bajo la piel. Mientras yo me preguntaba por «la lava que yace», como siempre, Brian decidió que, efectivamente, «de perdidos, al río».

—Sí, es verdad, el asesino se llamaba Dan McShane. Era un vagabundo, pero no está claro que matase a las dos niñas. Uno de los cuerpos jamás se pudo encontrar. Verás, lo que pasó fue que...

Mientras yo chupaba la piruleta, el expolicía pasó a explicarme los detalles macabros del caso.

Cuando volví a Joiners me encontré un dramón. Michael, muy enfadado, había roto una puerta de cristales de un portazo y mamá estaba llorando en su cuarto. Mamá solía llorar después de ser firme e implacable. Como era madre viuda, debía hacer los dos papeles «poli bueno y poli malo» y cuando era el malo, era el más malo. Más malo de lo que debió serlo Brian en los interrogatorios policiales cuando estaba en activo. La pobre sufría como una especie de posesión infernal y, aunque era de naturaleza buena, liberaba ira explosiva como los volcanes. Michael también había llorado. Él no había roto la puerta adrede, la había roto de frustración, sin querer. Cuando la gente está frustrada, cansada, se desborda. Mamá, hoy, aún se desborda y no hay que tomárselo en cuenta. Le pasa como a los ríos. Es una cuestión física. Cuando llueve y llueve y llueve, el río crece. Las personas también se llenan y por eso lloran. Llorar es la forma de evitar desastrosos desbordamientos.

Estas cosas pasaban a veces y eran culpa de una mezcla de dislexia, inteligencia, duelo y espíritu libre. Michael se había encerrado en el laboratorio. Estaba serio, callado. Alimentaba con leña la salamandra.

—¿Estás castigado? —le dije.

—No. Ya no. Al final, hice los deberes y le pedí perdón a mamá.

—¿Vas a tener que repetir curso?

—Es lo más probable. Soy muy malo escribiendo. No sé hacerlo.

—Sí que sabes, pero no quieres.

—No puedo, hermano. ¡No puedo! Los libros que hay que leer no me interesan. Y resumirlos en el cuaderno, ya ni te cuento... ¡Si me pidieran picar piedra a cambio, lo haría feliz!

—No te preocupes. Como dice mamá: «Esto se va a arreglar».

—Gracias, Richard. Ahora me siento mejor.

—¿Y María?

—Se quedó dormida en el sofá y ya está en la cama.

—¿Quieres saber una historia?

—No.

—Vale, pues entonces no te cuento lo que sé sobre el caso de la niña degollada. Se lo he sonsacado a Brian, que en aquella época era un jovenzuelo, pero se acordaba de un montón de cosas...

—¡Ostras, cuenta!

Es así como le expliqué a mi hermano que hace muchos años, allá por 1970, desaparecieron dos niñas, como nos había dicho Jim. Lo único es que no desaparecieron a la vez. Una se perdió en Netley, aunque era de Bishop's Waltham y la otra era del pueblo que está a continuación de Hamble-le-Rice, Burlesdon, que es donde está el famoso *pub* que da al río y que se llama The Jolly Sailor. La niña de Burlesdon fue la que apareció en el río, degollada. De la otra, que se llamaba Gloria Duncan, jamás se supo aunque sí que se encontraron sus ropas ensangrentadas.

—Brian dice que hubo algo muy raro en esa desaparición porque Gloria Duncan era una huérfana de una casa de acogida, una niña muy rebelde y muy mala, y al principio sospecharon que se había escapado.

—¿Y quién las mató? ¿Fue el hombre del bosque? ¿El del hacha? —me preguntó Michael.

—Pues no, porque encerraron en un psiquiátrico a otro señor.

—Si era un asesino, no era un señor.

—No, Michael, se puede ser un señor y ser un asesino.

—No. Se puede ser un hombre y un asesino, pero no «un señor» y un asesino. Haz el favor de hablar con propiedad.

—Me pregunto de dónde vendrá la palabra asesino.

—Tú y tus etimologías.

—Es una manía. Todos tenemos manías. Oye... ¿Y por qué le encerrarían en un psiquiátrico?

—Pues porque estaría mal de la chaveta.

—¿Y no están locos todos los asesinos?

—Tú sí que tienes la cabecita bien loca. Los asesinos son como las personas. Los hay locos y los hay cuerdos. Los cuerdos van a la cárcel y los locos al psiquiátrico.

—Supongo que eso lo habrás aprendido en una película.

—Supones bien. *Alguien voló sobre el nido del cuco*. A Jack Nicholson lo encierran en un psiquiátrico y, además de quitarle la libertad, le quitan todo lo demás, pero él se niega a conformarse.

—¿Y por qué se niega? ¿No es mejor pasar por el aro?

—No lo sé. Él tampoco lo sabe. Porque no sabe ser normal, supongo. Porque toda la vida le han dicho que tenía que ser de otra manera y cuanto más se lo dicen, peor le va en la vida. Está encerrado con un montón de gente muy graciosa. Mi favorito es el «jefe» indio. Al final, el jefe indio se escapa de una manera genial porque es superfuerte y lanza un lavabo de mármol contra la ventana, así... ¡Catacrossss!

—Y si es tan fuerte, ¿por qué se escapa al final y no se escapa al principio?

—Qué buena pregunta, hermano. Pues, mira, creo que porque al principio tiene miedo de ser libre.

—¿Cómo se puede tener miedo de ser libre?

—Si eres libre tienes que saber vivir solito, y también tienes que tomar muchas decisiones y hacerte la cena y la compra y decidir dónde vas a vivir y ponerte en contra a la sociedad y exponerte a las críticas de la gente y eso imagino que puede dar mucho miedo. El jefe indio...

—Vale, Michael, ya me has contestado a eso, ahora no me cuentes la película. Estábamos hablando de los locos y ya nos hemos ido del asunto, como siempre.

—¿Y cuál era el asunto?

—Que cómo se sabe si un tipo horrible, que mata a un niño pequeño, está cuerdo o está chalado.

—A ver, cómo te lo cuento... Es una cosa que la dice el psiquiatra. ¿Sabes lo que es un psiquiatra?

—Un médico del cerebro.

—Un médico de las emociones del cerebro, sí. Cuando el acusado ha matado a otra persona a mala idea, sin más, es que está cuerdo, y cuando, por ejemplo, entra en la habitación de un niño así, como tú, que está dormidito y le corta la cabeza y la esconde en el armario y se parte de risa pensando que va a ser para troncharse ver cómo el niño busca su cabeza cortada cuando se despierte, es que está muy, pero que muy majareta.

—¡Ay, Michael! ¡Ahora voy a tener pesadillas!

—¡Si las pesadillas son muy buenas!

—Lo serán para ti.

—Sí que son buenas, porque las pesadillas son como los videojuegos de la mente. En las pesadillas practicamos cómo defendernos de los malos mientras estamos durmiendo.

—¿Como los videojuegos de *Matrix* con los que Neo aprende a luchar?

—¡Claro!

Los dos nos quedamos callados. Volvimos con los pensamientos al supuesto crimen de Jim.

—Estoy pensando una cosa... si el hombre del bosque al que mató Jim no era «el desangrador del Hamble» porque el desangrador verdadero era ese vagabundo al que pillaron... ¿A quién narices le dio Jim con un hacha en la cabeza? —le pregunté a mi hermano.

—Pues no sé. Supongo que ya nunca lo sabremos. Oye, qué buen nombre le has puesto: «El desangrador del Hamble». Mola muchísimo.

—Sí que mola, ¿verdad?

—Seguro que Jim se lo ha inventado todo.

—Pues yo me lo creo. ¿Tú no te crees que mató a un hombre?

—No sé. A veces sí y a veces me parece imposible. Pudo haberlo soñado todo. Pero si no lo soñó... estoy pensando... Uf, lo que se me está ocurriendo podría ser una idea genial, genial.

—¿Qué idea?

—Ya sé dónde podemos conseguir la calavera para nuestro laboratorio.

—¡Michael! *That's gross!* —dije espantado, sabiendo que mi hermano hablaba muy en serio.

María y la envenenadora

La memoria no es lineal cuando se relatan veinte años en pocas páginas. La memoria es una red por la que se escapan muchas cosas pequeñas. Quedan otras, las grandes, las importantes, a veces maltrechas y desordenadas. La memoria es una red con forma de mapa. Un plano mental. El paisaje interior. Una mezcla de aromas, colores y música. La memoria es el jardín de las delicias. La memoria es la ciudad del pasado en la que aún vivimos, y describir una ciudad y sus calles y casas, sus parques y plazas, empezando por la izquierda y acabando por la derecha, es completamente majadero. Esta es mi poética manera de decir que a lo largo de esta historia voy y vengo, dando saltos en el tiempo para elaborar mi cartografía, que va desde el pozo del ojo hasta el centro del corazón.

El primer gran susto de nuestra nueva vida inglesa nos lo dio mi hermana. Debió de ser durante el tiempo en el que mi madre empezó a construir la base de la casa en el árbol. Había ido a un aserradero donde compró seis vigas de madera tratada contra los xilófagos. Aquí no se llaman aserraderos, se llaman molinos, *woodmills*, porque antiguamente movían sus cuchillas gracias al río y la noria, igual que los molinos de harina o que las fraguas de herrero. Mamá había discutido con María, no sé por qué. Porque nunca quería comer nada de nada, imagino. Mamá hacía cosas ricas, arroces, asados, y la niña miraba su plato y decía: «Qué asco». A mi madre se la llevaban los demonios. Ese era el constante caballo de batalla. La cosa es que se pelearon y María, que era todo lo contrario que Michael y con cinco años ya escribía genial, dejó una nota en la cocina que decía «*nome beréis* nunca más» y desapareció. Dios mío, aquello fue terrible. La buscamos por toda la casa, gritamos su nombre por el jardín, la imaginamos ahogada en el río. Los vecinos, Brian y Marion, organizaron una batida por el pueblo. Andrew fue a buscarla a las vías del tren. Lulú, la camarera española que nos cuidaba, salió

a dar la alarma a casa de los vecinos. Tony, el barman, avisó al holandés, que recorrió el Hamble en su barco. Jim se lanzó en bicicleta por los caminos inexpugnables que llevaban de Hamble-le-Rice a Netley, atravesando el parque Victoria. Nada da más miedo que ver pavor en el rostro de los adultos. Pero mamá, a pesar de que tuvo miedo, nos miró y nos dijo su frase favorita: «Esto se va a arreglar». Una vez más, nos fiamos de ella. Mi hermano y yo suplicamos que nos dejasen colaborar en la búsqueda de nuestra hermanita, pero no nos hacían caso. Por supuesto, eso no iba a detenernos. Michael escuchó ladrar a *Sir Isaac* —pues la malísima señora Barlow acababa de sacarlo al jardín como cada tarde— y tuvo una idea. Recordó la escena de la película *Cadena perpetua* (*Shawshank Redemption*, en inglés) en la que los guardas de la prisión salen con perros en busca del escapado Andy Dufresne. Michael fue a por unos pantalones de María. A pesar de su pavor a los perros, el pequeño gran cinéfilo abrió la valla y le dio a oler a *Sir Isaac* la ropa de nuestra hermanita. *Sir Isaac* salió disparado hacia el salón y se puso a ladrar. Para cuando llegó la policía con sus propios perros, ya la habíamos encontrado. Resulta que solamente había querido darnos un susto. La niña se había subido a la cómoda y de ahí al techo de un armario con copete, con la mala suerte de que una hora después, aburrída porque nadie la echara de menos, María se había quedado dormida en su escondite. A mamá casi le da un ataque y luego no podía parar de reír mientras la estrujaba bien fuerte. Nosotros ya la imaginábamos degollada por «el desangrador del Hamble». Nunca he sentido un alivio y una alegría tan inmensa como cuando *Sir Isaac* se paró junto al armario y empezó a ladrar y a dar saltos hacia el techo, despertando a la niña que hasta ese momento se encontraba ajena a tanta conmoción. Para celebrarlo, mamá invitó a cenar a los vecinos, que no aceptaron, y al holandés, que sí lo hizo. Esa noche me desperté con pesadillas, busqué a mamá. La encontré charlando con Tom en el sofá.

Él le dijo:

- Te lo pediré una vez y otra vez, hasta que me contestes que sí.
- No cambiaré de opinión.
- Nadie es feliz sin amor.
- Yo sí. Tengo el amor de David.
- Que no es real.

—Ah, pero el amor de los muertos es más real que el de los vivos. Los muertos nunca nos dejan. Están en las decisiones, los gestos, los objetos.

—Eso es una idea. El amor no es verdadero sin contacto, sin piel, sin realidad.

—¿Alguna vez has querido a una mujer?

El holandés la miró como si no supiera la respuesta

—¿Como te quiso David a ti? No. He sentido cosas fuertes por algunas mujeres, pero amor, amor adulto, me parece que no. ¿Cómo es el amor?

—Cómo es... Vaya pregunta. Es el placer intelectual y el placer físico unidos en una misma cápsula de felicidad. Es... es como bañarse en el río a la temperatura perfecta, salir a dar un paseo hablando de lo que importa y ponerse a jugar con todo lo que te falta. Es eso, sí, creo que es un juego, un partido de tenis. Es jugar a cualquier juego y perder. Es perder o dejarse perder y, aun así, sentirse feliz por perder. El amor es como volver a la infancia con noticias del futuro. Es la llave que encuentra una cerradura que no existe y abre una puerta tan grande que la casa es todo puerta y todo mar, y ya no hay puerta y ese mar es un no pensar en nada y solo querer ser sin estar, flotar, y que todo suceda en la música. El amor es el movimiento perpetuo flotando en el vacío, y, por supuesto, es mirarte al espejo y decir: ¿pero cómo es posible que yo, aquí, en este universo extraño, pueda respirar? No sé cómo es el amor. El amor son demasiadas palabras y es la esencia de cuatro letras. El amor sabe a lo que suena. El amor es Roma.

El holandés la miró como si quisiera besarla. Mi madre se levantó despacio, moviéndose como me movía yo cuando no quería espantar a los pájaros que picoteaban en el jardín, alejándose de esa mirada llena de intenciones. Para enfriar el momento, echó un tronco al fuego de la chimenea.

—No, pues no lo he probado —dijo él—. Si yo hubiera probado eso, me acordaría.

—Hay hombres que no saben, no pueden o no quieren querer como me quiso David, como le quise a él. Mujeres también, por supuesto. Esos hombres tienen su utilidad, te lo aseguro, así que, si eres uno de ellos, no desesperes —dijo ella con cierta sorna.

—Pero David era como yo. Era igual de escéptico. Quería a las mujeres muy mal.

—A mí me quiso bien. No lo he idealizado. Pero el amor es caer al vacío sideral y abandonarse. Es caer hasta que te recoge un planeta.

—Y entonces sigue siendo caer, pero caer en compañía.

—Algo así, sí —rio mamá.

—Pues, entonces, la calidad de su amor era un reflejo de la calidad de tu amor. Un dúo. Dos planetas unidos por la fuerza de la gravedad. Querida Ana, quizá tú seas como aquel joven rey Arturo que saca la espada de la piedra, la elegida. Tuviste confianza y estuviste a su altura y David no quiso seguir buscando nada más. Le diste libertad.

—No. Nadie quiere a nadie sin quitar libertad. Nadie se enamora sin perderla.

—Pues por lo que cuentas, parece que el amor, el amor verdadero, no consiste ni en dar ni en quitar. Consiste en querer sin pedir.

Señor Zombi

Hamble. Jueves, 25 de febrero

Sobre la casa del árbol se vive el momento. ¿Pero qué es esto de «vivir el momento»? ¿Cómo se hace? Mis hijos se ríen de mí porque a menudo les pongo el ejemplo de cruzar una puerta. Una puerta es el símbolo perfecto. Es una frontera física entre el pasado y el futuro. La puerta es el momento. Una puerta es un instante de madera. Podemos pasar por ella mirando solo hacia delante. Así es como tantos cruzan la vida. Atraviesan umbrales invisibles que los llevan hacia el futuro. Lo hacen sin mirar atrás y sin detenerse en el propio umbral. Eso no es posible a tres metros de altura. Sobre el roble, me muevo en una base de madera de cuatro metros de largo. Cualquier movimiento sin reflexión podría tener graves consecuencias, como, por ejemplo, que me caiga y me mate. Una de las grandes ramas del roble cruza la base de lado a lado. Si me distraigo y me incorporo de golpe, doy con la cabeza en la rama. El hombre es el único animal que tropieza dos veces en la misma piedra o se da dos veces con la misma rama —bueno, no creo que sea el único, igual que tampoco es el único que le hace daño a su pareja, como dijo Maquiavelo—. El duelo, viudez, los cambios de estado requieren adaptación a todas esas ramas nuevas a las que no estoy acostumbrada. Igual que uno aprende a moverse en las alturas, se aprende a vivir en soledad. Y luego, se ama la soledad. El movimiento lento se convierte en herramienta. En un baile. Miro el río. Su fluir es un lenguaje. En lo más alto del roble aprendo a fluir.

Esa mañana, en el desayuno, Tom le dijo a mamá:

—Si el mundo entero ha logrado ponerse de acuerdo para que hoy sea sábado, el mundo no puede ser tan malo.

Ella sonrió y recibió de manos del holandés dos lubinas recién pescadas.

—¿Para mí?

—Para nosotros —dijo él.

—¿No te ibas a Bristol por unos días?

—Esta mañana se levantó el viento y ahora se ha levantado el padre del viento. No tengo ganas de luchar. Si me lo permites, me gustaría acomodarme en tus salones a leer.

—¿En fin de semana? ¿Estás enfermo? ¿Seguro que no tienes que rescatar a alguna damisela de algún maléfico traficante de esclavos?

—Me gusta aquí. Que les den por saco a las damiselas.

—¡Que les den! —gritó la pequeña María acurrucándose a jugar junto a sus pies.

Según los miré, me parecieron una familia como las de los cuentos, pero las ondas sonoras de un recién llegado rompieron la estampa. Era la Harley de John.

—Ah, tú te quedas —dijo mamá—, pero un príncipe viene a rescatarme a mí para llevarme a su castillo.

El holandés trató de esconder la decepción, sonrió simpático, pero cualquiera podía leer sus pensamientos: «Te quiero cerca». Tras una pausa para coger aliento, dijo:

—¿Queréis venir mañana a un partido de críquet muy peculiar? Se juega en el banco de arena de Bramble, en el Solent.

Mamá aceptó y nos pusimos muy contentos porque era un partido al que había que asistir en fueraborda y que se jugaba en medio del mar.

Hamble. Lunes, 20 de junio

Los domingos, críquet. Los jugadores de blanco florecen en los parques, en los *common*, que es como llaman los ingleses a las grandes extensiones de terreno llano, verde, sin árboles, prados de hierba de libre acceso, cerca del centro de los pueblos, muy apropiados para pasear a los animales, jugar al críquet, al fútbol o hacer un picnic y estar fuera, en comunidad. Pero este domingo, el críquet no se jugaba en el *common*, se jugaba en el mar. Lo que normalmente es un banco de arena con forma triangular en mitad de las aguas del Solent se convierte, una vez al año, en un *wicket* de críquet. En el *wicket* más húmedo y absurdo de las islas británicas. El Southern Royal Sailing Club juega su partido anual de marea baja contra el Island Sailing Club. Es un enfrentamiento pintoresco, en este trozo del Solent llamado Bramble Bank, el banco de arena donde encalló el segundo *Queen Mary* o, más recientemente, un enorme carguero lleno de coches. Una isla invisible en el mar. Si hay algo más inglés que esto, críquet en medio del agua, con cerveza, vino blanco y sándwiches de pepino, que venga la diosa Britania y lo vea.

—Es el partido de críquet más idiota del mundo, pero pensé que a los niños les puede hacer gracia verme jugar —me dijo el holandés—. ¿Vendréis?

—Claro que les puede hacer gracia, iremos encantados, Tom Dutchman, aunque no eres el primero que nos invita al partido.

—¿Ah, no? ¿Y quién es el guapo que se me ha adelantado?

—John, mi príncipe azul, abre con bate valeroso semejante disparate.

—¿John? ¿Tu príncipe de Netley juega al críquet con el Southern Royal?

—Sí. Es un marino de estos de fin de semana, de los de club y corbata, a los que los verdaderos marinos de barba y arpón ballenero despreciáis con todas vuestras drizas.

Tom soltó una alegre carcajada. Me encanta hacerle reír.

—Se irá con un pato a casa. No me conoces lanzando la bola.

—Llamadme Ismael —dije aludiendo al inicio de *Moby-Dick*.

—Mami, ¿qué es «irse a casa con un pato»? —dijo Richard, que hasta ese momento había sido invisible, jugando en un rincón de la alfombra.

—Cuando un bateador no se apunta ninguna carrera y lo eliminan del juego, se dice que se va a casa con un pato. «He goes home with a duck».

—Ana, esto no me lo creo. ¿También sabes de críquet? —me preguntó el holandés.

—Sé de todo y no practico nada —le respondí. Sonrió. Me gusta Tom, claro que me gusta, pero jamás caeré en sus brazos para acabar llorando junto a la orilla del río, como la pobre pelirroja Sara, con la que acababa de romper dolorosamente.

—Eres de las mías. Entonces ¿queréis venir conmigo? Os puedo llevar a todos en el fueraborda.

—De acuerdo —le dije.

Por supuesto, el partido no es más que una excusa para hacer el tonto un día al año, beber cerveza, mantener una simpática tradición y echar unas risas con la gente del lugar. Habría unas doce o quince lanchas fueraborda de goma, un total de cuarenta espectadores, que sumados a los jugadores y los dos *umpires*, los árbitros, darían un total de sesenta y pocos. Fue bastante cómico, o tragicómico. Efectivamente, Tom logró eliminar a John con su primer lanzamiento, pero inmediatamente pagó cara su heroicidad. En el *followthrough*, el holandés tropezó con una irregularidad del terreno y se torció el tobillo. Se lo torció de mala manera. Los tobillos son tremendamente frágiles por esta zona, porque tropezar es lo típico que uno hace cuando corre en poca agua o trata de caminar por las márgenes del río, llenas de hoyos invisibles. A pesar de que, efectivamente, John se marchaba a casa «con un pato», mi príncipe de traje azul sintió una gran victoria emocional al ver que a Tom se lo llevaban al hospital con los ojos arrugados de dolor. Los médicos le recomendaron reposo, le vendaron y le encasquetaron una muleta. Tuvo que ser John quien nos llevase a todos de vuelta a casa en el fueraborda del humillado holandés. El príncipe de Netley creyó que me tendría para siempre entre sus brazos, pero dos días después ocurrió algo trascendental. Algo que me decidiría a dejarle para no volver con él.

María se perdió. Fue una falsa alarma, pero una falsa alarma es real y terrible mientras es alarma. La niña no estaba por ninguna parte. En cuanto se enteró de que la pequeñita había desaparecido, Tom tiró la muleta y se lanzó a buscarla como si fuera su propia hija, cojo y dolorido. Por la noche, el pobre apenas podía mover el pie y tuve que insistir para que se quedase a dormir en Joiners. A la mañana siguiente, John, que rezumaba rivalidad, vino a desayunar. Tomábamos zumo de naranja y el sol en el jardín, los niños reían, corriendo como gazapos a nuestro alrededor. María quería que la levantase poniendo mis piernas en su tripa, cogiéndola de las manos. Reíamos y yo le gritaba «a volar» y ella volaba entre carcajadas. Cuando me agoté, María se acercó al príncipe de Netley y le dijo:

—John, ahora tú. ¡Hazme «a volar»!

—Oh, lo siento. No puedo, cariño. Tengo mal las rodillas y podría hacerme daño.

La niña le miró con una decepción que habría cortado corazones de diamante. John no lo notó y siguió charlando conmigo, como si nada. Entendí entonces que el príncipe no tenía corazón o que, si lo tenía, lo llevaba en las rodillas. En ese instante, Tom Dutchman salió al jardín, apoyándose en su muleta, dolorido y hambriento. María corrió hasta él.

—¡Tom, Tom! ¿Quieres venir conmigo a pescar cangrejos, o estás muy malito de tu pobre pata chula?

—Por ti, yo voy al fin del mundo y sin muleta.

—No seas tonto —dijo la pequeñita—. No hay que ir al fin del mundo, solo hace falta ir al fin de nuestro embarcadero.

El gigante cojo y la pulga pizpireta se sentaron juntos con los cubos y el sedal, las piernas colgando de las tablas de madera del Jetty. Me pregunté en ese momento si sería verdad. Si el amor estaba ahí mismo, al final de mi propio embarcadero.

En Joiners, como ya he explicado, hay grandes salones. El más bonito es el de atrás, da al jardín y al río y tiene enormes ventanales del suelo al techo. Es mi lugar favorito en invierno porque está orientado al sur y el sol entra a raudales, decorando la alfombra con grandes recuadros dorados. Las cristaleras tienen una desventaja: reflejan el verde de los árboles y los pájaros se chocan contra ellas. Mientras jugábamos en el salón, los pajaritos se daban golpes bien fuertes que los hacían caer a tierra. Muchos perdían el conocimiento aunque de nuevo se recuperaban y echaban a volar. En otras ocasiones, la cosa era grave. Un día estábamos María y yo allí, jugando con

los muñequitos de Lego a que éramos arqueólogos y cartógrafos. Michael creo que estaba en el laboratorio, fabricando petardos caseros. Un cacharrazo tremendo contra el cristal nos hizo dar un respingo.

—¡Qué susto! —gritó María.

—¡Ha sido un pajarito!

Nos levantamos corriendo a mirar. Ahí mismo, tras el cristal, lo vimos temblar con un breve calambre. Enseguida se quedó muy quieto. Lo miramos durante dos o tres minutos, detenidos, sin hablar. La vida se había escapado del cuerpo. El sol bañaba sus plumas perfectas. Solo quedaban muerte y belleza. Pensé en mi primer día de entrenamiento de fútbol, cuando aún vivíamos en España. Me sentía feliz, ilusionado, lleno de adrenalina, corriendo tras la pelota y de pronto me choqué de boca con un compañero, su cabeza me partió el labio por tres sitios y pasé de la más intensa felicidad al más terrible dolor y al llanto desgraciado de tener que retirarme a casa de la mano de mi madre. Esa noche, antes de dormir, le dije:

—Mami, hay veces en la vida en que todo va fenomenal, en que las cosas no pueden ir mejor y en el mismo instante todo va fatal, nada puede ir peor.

—Así es, cariño. A veces, al pasar por el umbral del pasado al futuro, nos chocamos contra las puertas —repuso acariciándome el labio. Yo me sentía monstruoso, humillado y desdichado, pero con eso de las puertas, mamá me hizo reír. Efectivamente, el humor nos salva de todo. De todo, con la posible excepción del apocalipsis zombi.

Después de mis pensamientos sobre el fútbol, los umbrales y la muerte, María y yo vimos llegar a *Evil*, el gato naranja de Marion y Brian. Cogió entre las fauces al gorrión y se lo llevó. Qué extraño me pareció todo. Como si no hubiera ocurrido. No quedaba nada que dejase evidencia del paso de ese pobre pajarillo por el mundo. No quedaba ni una pluma que pudiera llevarse el viento. Mi hermana y yo nos miramos.

Le dije:

—Lo he recordado. Yo también vi morir a papá. Se quedó muy quieto, con los ojos abiertos.

María se agarró a su osito-polarito y asintió. Volví a notar la gravedad de los planetas del día que no volveré a olvidar. Los ojos azules de mi padre eran dos mundos parados. Hay algo muy distinto en unos ojos que ya no miran. Pensé pensamientos que se piensan sin palabras. Hay más emociones y más pensamientos que palabras. No hay palabras para describir eso que sentíamos entonces: ¿cómo se llama la emoción de saber que los ojos del padre jamás volverán a mirarte? La vida está en los ojos, dijo Jim una vez.

Mi hermana y yo nos quedamos sentados en el suelo, bajo un rayo de sol que atravesaba el salón en diagonal. Mirábamos las motas de polvo flotar. Cientos de miles de partículas ingravidas en el calor invernal del marzo inglés. María dijo:

—Mira, Richard...

Mi hermana las agitó con la mano y las motas de polvo giraron unas alrededor de otras, brillando como estrellas y constelaciones. Luego añadió:

—... El universo.

Minutos más tarde entró Tom a devolver un libro. Quise abrazarle, que me abrazara, pero no le dije nada. Nos saludó y se sentó a leer. No hablamos de lo ocurrido con el pajarito. Nos sentíamos un poco como si no hubiese pasado de verdad. No había cadáver que poder mostrar, solo una historia a la que le faltaban palabras que no están inventadas. Media hora más tarde, un nuevo estruendo nos sobresaltó. Otro pájaro se había estrellado. El sol de la tarde convertía las cristaleras en espejos. Salimos al jardín. Corrí a su lado. Estaba inmóvil.

—¡Sálvalo! —me dijo mi hermana.

Con tantas disecciones en el laboratorio, yo ya tenía conocimientos de sobra como para encontrar un corazón. Le hice el masaje cardiaco con el pulgar y, al cabo de un minuto, el gorrión reaccionó. Noté su pecho latir de nuevo, empezó a moverse y pio. María me abrazó dando saltos de alegría.

—¡Lo has resucitado, lo has resucitado!

Tomó el pajarito en la mano y lo acarició. Enseguida llegó Tom con una caja de cartón.

—Bravo, Richard. Bien hecho. Le has salvado la vida —me dijo el holandés con total admiración. De nuevo quise que me abrazara y Tom me abrazó. Nunca me había sentido tan bien.

Michael también apareció entre tanto alboroto.

—¿Qué ha pasado?

—¡Mira! ¡Estaba muerto y Richard lo ha resucitado!

—¡Bravo, hermano! ¡Eres mejor que el doctor Frankenstein!

Michael me abrazó también. Fui un superhéroe.

—Mételo aquí —dijo el holandés.

Pusimos al pajarito en la caja y nos separamos para que no se asustara y le diera otro infarto. María quiso que le pusiéramos nombre.

—¿Qué te parece, Tom? ¿Podremos quedárnoslo?

—Podréis si es él quien quiere quedarse.

—¿Y por qué no va a querer?

—Los pájaros prefieren vivir en libertad.

—¿Y por qué lo prefieren? —dijo María—. Yo no preferiría estar por ahí solita si puedo quedarme en una casa preciosa como esta, donde me den de comer cosas muy *yummy*. ¿A que te vas a quedar, pajarito?

—Prefieren la libertad porque es lo único que conocen. Si hubieran vivido en una casa desde pequeños, preferirían una casa —respondió Michael.

—Es justo así, Michael —dijo Tom—. No se quedan por eso... y porque no saben querer a las personas.

María parecía a punto de echarse a llorar. Michael la consoló y echando su brazo sobre los hombros de la hermanita, le dijo:

—*Don't cry, little bunny sister*. De momento, el pajarito se va a quedar a recuperarse.

Como María aún estaba a punto de derramar sus lágrimas redondas, yo le dije:

—Le enseñaremos nuestro mundo y nunca se querrá marchar.

Michael miró a Tom, como si pensara que también hablábamos de él.

—Le haremos sitio en el laboratorio, ¿vale, María? Además, tenemos que buscarle un nombre. ¿Cómo lo podemos llamar? —dije.

—Se ha ganado a pulso el nombre de Lázaro —respondió Tom sonriendo.

—¿Y ese quién es?

—¿No sabéis quién fue Jesucristo?

—Me suena —dije yo.

—Pufff... Y cómo os cuento yo dos mil años de religión en medio minuto...

—*Matrix* es una metáfora de Jesús —dijo Michael. Tom le miró alucinado y nosotros no entendimos a qué se refería.

—Yo creo que sé quién es —dije—. En el centro cívico había una exposición de historia mundial hecha en plastilina. ¿No te acuerdas, María?

—Sí. Había un caballito con unos señores dentro. Y un te... te... templo griego —dijo María.

—¿Y no te acuerdas de un señor que estaba atado a un palo, con los brazos estirados y la cabeza así, para abajo?

—¿Uno que estaba muerto?

—Ese, sí.

—¡Sí, me acuerdo!

—¡Pues ese era Jesucristo!

El holandés se rio bastante y como buen hombre sabio decidió no meterse en más jardines religiosos y solo añadió que era el protagonista de un milagro en el que un personaje famoso de la historia salva a un tipo que ya estaba muerto diciendo «levántate y anda».

—Fue uno de los milagros de Jesús o, al menos, eso nos cuenta el Nuevo Testamento.

—Que igual que el New Forest —dijo el sabelotodo de mi hermano— ni es nuevo ni es el testamento de nadie.

—¡Ah, vaaale! ¡Pues está muy clarito quién era ese Lázaro del milagro! —dijo la niña—. Es un señor zombi.

Nos hizo mucha gracia y el pajarito se quedó con el nombre de *Señor Zombi*.

—Por cierto, Tom, una cosita.

—Dime, María, querida.

—¿Los milagros solo existen en Navidad?

—Los milagros no existen, María —le dije yo.

La niña, lejos de mostrar su decepción, respondió:

—¡Ah, ya entiendo! ¡Los milagros son una cosa americana!

Todos nos reímos, sabiendo que ella se refería a la película americana y navideña, *Milagro en la calle 42*. Era su favorita. Esa noche María se acercó a Tom, que pescaba cangrejos con Michael en el embarcadero.

—Tom... ¿Por eso nunca te quedas a vivir en Joiners?

Él se volvió y la sentó en sus piernas.

—¿Cómo?

—¿Es porque te pasa como a los pájaros y no sabes querer a las personas? ¡Pero sí sabes! ¡Sabes querer! A nosotros nos quieres. ¿A que sí?

—Sí, cariño. Claro que sé querer, pero no creo en la familia. Creo en la libertad.

—Entonces... ¿volverás a marcharte?

—Sí. Soy un ave migratoria. No sé estar en un solo lugar.

María le miró con penetrante inocencia y añadió:

—Pues mamá siempre dice que todo lo que no se sabe se puede aprender.

Pasamos por esos días radiantes en los que Monet había salido a pintar los campos en barbecho con miles de jaramagos, flores amarillas, crucíferas altas y cimbreantes que dan brochazos de luz al mundo más gris. Era un tiempo de abril en el que las abejas libaban, *Señor Zombi* cantaba, las grullas grullaban, los árboles navegaban, quietos, entre los campos de trigo verde, como trasatlánticos verticales en mares de espigas. Pronto vendría el azul de las glicinas anunciando otro azul más frecuente, el del cielo, pero estábamos en amarillo, entre cultivos, «escobas españolas» y forsythias.

Tom y mamá cenaban juntos a veces y hablaban de todo, filosofía, arte, inspiración. La cocina era el corazón del hogar. Encimeras de mármol blanco, muebles de madera gris, suelo de pizarra negra y una gran mesa redonda de madera reciclada, suave como la piel de una nutria. La que había construido papá. En ella hacíamos los deberes, mezclábamos la masa para el pan y los pasteles, mamá tomaba sus tés con el príncipe de Netley y recibíamos las

lecciones de Tom, que nos explicaba los vientos con las cartas de navegación desplegadas sobre aquel lomo de roble. Era como estar un poco con papá. Como estar sobre las anchas espaldas de madera de un padre que tomaba cuerpo en los objetos. Tengo que hacer un pequeño inciso.

Me viene ahora un pensamiento importante sobre mi padre. Para mí, él es también el aire entre sus cosas. Está por todas partes. Es el lugar entre la chaqueta que cuelga en el perchero de la entrada y unos pasos del pasado. Mamá nunca quitó de allí su chaqueta, de la entrada, y a mi padre lo adivinamos como adivina la arqueología, por los vestigios que nos rodean. Joiners House tiene dos entradas. Una principal, que usamos todos, incluidos los huéspedes, y la otra que nos lleva directamente a la residencia privada. Es una zona que ha cambiado con los años, pero que siempre perteneció a mi familia. Allí veraneaban mis padres desde que se conocieron. Allí vivieron mientras reparaban cada rincón de Joiners, dándole nuevos usos a las herramientas heredadas del abuelo Samuel. Cuando acababa el verano y volvían a España, papá cerraba con llave esta parte de la casa y ahí quedaban las chaquetas de invierno colgadas y las botas de agua en el suelo hasta el año siguiente. Y ahí siguen hoy, como si mi padre hubiera vuelto a casa un día y ya no hubiera salido jamás. Recuerdo cuando se lo pregunté a mi madre: ¿de quién es esa chaqueta?, «de papá», me dijo. No lo tuvo que repetir. Lo imaginé entrando, colgando su abrigo como hacíamos los demás, quitándose las botas, sentándose a la mesa, tomando un té. Está vivo aunque es invisible.

Un día se lo dije a mamá:

—Mami, nuestro papá es un fantasma.

Michael protestó:

—Vamos, Richard, los fantasmas no existen.

—No, los fantasmas en plan uuuuuhhhh no existen, pero los fantasmas reales sí que existen porque papá está muerto, pero es de aire porque vive en mi cabeza y hace cosas como entrar y salir, y quitarse las botas, y me habla en la imaginación y opina de lo que hacemos.

—Richard, cielo, tienes toda la razón. Los muertos opinan muchísimo —dijo mi madre con media sonrisa. Supe que no lo decía por callarme. Supe que ella vivía también con papá en estos paisajes británicos de los objetos.

Y la mesa redonda era parte de él y cada vez que nos sentábamos a su alrededor, con el holandés o con quien fuera, mi padre opinaba de aquello o como poco decía sin hablar: «Esta mesa la hice yo, ¿me ves lijando la madera? Sigo aquí. El lenguaje no termina cuando callan las palabras». Todas las reparaciones y los objetos de madera labrada y las estanterías y las contraventanas de Joiners que hizo en su taller tenían comentarios parecidos y dejaban narraciones a nuestro lado. En fin, el tema me apasiona, pero vuelvo al holandés. También nos enseñaba Tom a hablar francés y alemán, porque a veces charlaba con mamá en estos idiomas, para practicar, y nosotros no estábamos dispuestos a no enterarnos de lo que se decían. Jugaba al ajedrez con todos los niños —incluido el vagabundo Jim, que era como otro niño más— y un día Tom también nos demostró aquello que Brian no nos había sabido (o querido) explicar. Por qué demonios hay cuatro mareas al día en el estuario de Southampton y no dos, como en el resto de Inglaterra. Fue precioso. Los siete niños habituales de Joiners, entre los que estaban Trishy y Alberto Randall, participaron también, y alternábamos nuestro proyecto con la nueva representación teatral que haríamos para estrenar la casi lista pero nunca acabada casa del árbol.

El holandés nos dijo que iba a ayudarnos a hacer una maqueta de Gran Bretaña y que nos explicaría el asunto de las mareas con un modelo a escala de la costa. Le pidió permiso a mamá para entrar en su taller con tanto niño. Mamá estuvo, por supuesto, de acuerdo. Así es como los chavales del Hamble descubrimos que Tom sabía utilizar las herramientas de una forma que nos atontaba completamente. Tom era carpintero, carpintero como Harrison Ford. Tom le dijo a Michael:

—¿Recuerdas esa escena de *Único testigo* cuando el protagonista está herido y se empotra con el coche contra ese buzón de los amish que es como una casita para pájaros de madera, chulísima?

—Sí, sí que me acuerdo —dijo Michael, emocionado porque Tom le hablase de una de sus pelis favoritas.

—¿Y te has fijado en que, luego, Harrison lo está arreglando? ¿Has visto cómo corta la madera y usa el cepillo? Los actores, esas cosas suelen hacerlas más bien mal, pero él no, él lo hace genial porque en la vida real era carpintero.

Creo que ese fue el momento en el que Michael decidió que cuando fuera adulto sería una mezcla de papá, Harrison, Tom, Newton y algún ingeniero.

Ver en su mano el formón, que los ingleses llaman *chistle*, o el cepillo, *the plane*, con el que sacaba virutas como rosquillas, nos acariciaba las emociones. Sacó de su maletín un organizador de paño. El holandés guardaba ahí cepillos para trabajar la madera de los que usan los artesanos *luthiers*. Buriles, cucharillas, formones de precisión. Con delicadeza, madera de balsa, gatos, cola y sierra de calar, nos fabricó una gran bandeja de laterales elevados. La impermeabilizamos con una capa de zinc. En ella, los niños pegamos un relieve a escala de la costa sur de Inglaterra que hicimos con la feliz paciencia del placer táctil, muchos intentos torpes y fallidos y arcilla en las uñas del lecho del río. Era una imagen muy tosca de Britania, pero estábamos orgullosos del trabajo.

—¿Este es vuestro mapa en relieve? —dijo Tom con su rostro impenetrable.

—¿No te gusta? —dije yo.

—La hemos hecho siguiendo tu dibujo.

—Planos, Richard, se dice «planos», no dibujo.

Tom respondió con buen humor:

—Más que Britania, parece *Brutania*.

Los cuatro estallamos en un ataque de risa. Con el holandés reíamos la vida y, además, tenía toda la razón, era una Britania realmente basta y bruta, pero seguía el modelo. Valía para nuestro experimento de las mareas.

Cuando estuvo terminada la maqueta, llegó el momento de ponerle mar a nuestra Gran Bretaña. Tom la llenó de agua con una jarra e inclinando la maqueta hacia un lado o el otro, este u oeste, como un balancín, movió el agua y nos hizo entender las mareas.

—La luna ejerce su fuerza de la gravedad sobre la masa de agua del mar. Cuando la luna está al este de la bandeja, el agua va hacia ella. Michael, por favor, inclina tú la bandeja hacia el este.

El holandés lo pedía todo «por favor». Eso me encantaba. Michael hizo lo que le dijo e inclinó la bandeja de *Brutania*.

—Ahora, la luna se va moviendo hacia el otro lado y el agua con ella. María, tú vas a ser la luna. Ponte aquí y vete moviendo así, para este lado... ¿Veis? Mientras la luna se mueve, va cambiando de dirección la marea.

Michael inclinó la bandeja hacia el oeste siguiendo las evoluciones de María y, lentamente, toda el agua bajó a la izquierda de la maqueta.

—Pero fijaos en lo que ocurre en la zona de Southampton. Toda el agua que había entrado en el estuario sigue aquí. Al pasar el agua desde la derecha hacia la izquierda, la ría de Southampton se vacía muy lentamente, porque es un cuello de botella. La masa de agua debe pasar por la boca estrecha entre la isla de Wight y el Solent. ¿Y qué le pasa? Que se ralentiza. ¿Veis que simple? Así ocurre que la orografía del terreno causa un efecto especial sobre el agua. Por culpa de la latitud y la forma de embudo del Solent con la isla de Wight (que hace de tapón de la botella) las mareas altas son dobles. ¿Veis? Por fin, Southampton se vuelve a vaciar, llenándose de nuevo muy rápidamente porque la marea ya está de vuelta.

María y Trishy aplaudieron felices. Les encantaba la maqueta. Alberto Randall le dijo a Tom que ojalá en el colegio tuviéramos profesores como él. Todos los niños estuvimos de acuerdo. Yo pensé que no entendía por qué nadie nos hacía nunca una encuesta para mejorar lo que no soportábamos del colegio. Habríamos votado por hacer maquetas.

Hamble. Domingo, 3 de abril

Los niños aprenden geografía hablando de literatura, economía hablando de religión, física hablando de la evolución de los dinosaurios o historia viendo películas en la televisión. Hoy, como tantas noches, Michael no se podía dormir y me dijo:

—Mamá, dado que para medir la elevación de un cohete se utilizan los metros sobre el nivel del mar, explícame cómo se considera en esta medición la diferencia en el nivel del mar del océano Pacífico y del océano Atlántico.

—¿Cómo has dicho?

El niño me lo repitió todo, varias veces. Yo le dije:

—Me dejas flipada. ¿El océano Atlántico y el Pacífico no están al mismo nivel?

—No.

—¿Y eso cómo puede ser si están conectados? ¿No están conectados todos los mares? ¿Dónde demonios se nos queda la teoría de los vasos comunicantes?

—Ni idea. Imagino que tendrá que ver con la estrechez estrecha del estrecho de Bering y con que un mar se vacía en otro constantemente y con la densidad de las aguas, que no serán igual de saladas y con el frío del cabo de Hornos y con la Luna y la gravedad... Pero es un suponer, nada más. Tú eres la adulta, yo solo soy el niño.

Tras comprobar en Internet que, efectivamente, tenía razón y explicarle que todas las causas que él apuntaba hacían que ambos océanos estuvieran a distinta altura, le dije:

—Cielo, ahora repíteme la pregunta original, ¿qué demonios era eso que dijiste del nivel del mar y un cohete?

—Que cuando decimos «el cohete voló a tanta altura sobre el nivel del mar», ¿desde la altura de qué mar estamos hablando?

Segunda parte

Una base sólida

Helados y pistolas

Todos nos independizamos —con alguna inyección económica de mamá— a los dieciocho años, aunque siempre volvemos a Hamble-le-Rice por vacaciones. Al menos un día al año, subimos a la casa del árbol a hacer las reparaciones de rigor, darle una buena mano de pintura y asegurarnos de que la estructura es sólida y segura. Luego pasamos allí la noche, con gin-tonics y sacos de dormir. Michael lo llama «la fiesta del granero», en honor a una de esas películas que vio de niño y que ya he mencionado. Esta peli le impactó tanto que fue la causa de un conflicto escolar con la misma profesora americana que le acusaba de ser violento por disparar con el dedo: su tutora, miss Shank. La profesora llamó a mamá y le dijo que Michael había aterrorizado a los otros niños —de nuevo— y que debían reunirse urgentemente.

—¿Qué ha pasado? —dijo mamá verdaderamente preocupada.

—Ayer Michael les contó a sus amigos que un día vio un asesinato.

—¿Cómo?

—Les dijo a unos compañeros que un día estaba con su madre en una estación de tren y que fue solito al baño y allí, escondido dentro del cubículo, vio cómo dos hombres discutían junto a los lavabos, hasta que uno sacó un cuchillo y asesinó al otro.

Mamá la miró muy tranquila y le dijo:

—*Único testigo*.

—¿Cómo?

—Al niño le gusta *Único testigo*. Es fan de Harrison Ford. ¿No conoces esa película?

—Entonces... ¿Era todo mentira?

—No, no era mentira. Era una ficción.

—Si no ha visto un asesinato de verdad, le ha mentado a sus compañeros.

—No exactamente. La culpa es mía. Yo le animo a que haga esas cosas, lo siento. Ya hemos discutido de estos temas. Espero que recuerdes que hablamos de un cinéfilo empedernido. Ha contado la historia así para dar miedo, causar emoción, para convertirse en narrador y te puedo asegurar que sus compañeros entendieron que era una ficción. Los niños distinguen perfectamente la realidad de la ficción o, si no, se pasarían el día tratando de ser picados por arañas para convertirse en Spiderman.

—Pero no dijo: «Os voy a contar una peli». Dijo que vio un asesinato.

—Contar la escena de una película diciendo «os voy a contar una cosa que vi en la tele», no tiene ninguna emoción. ¿A ti no te gusta emocionar a tus alumnos?

—Yo más bien pienso que quería ser el centro de atención.

—Sí, por supuesto. Quería ser el centro de atención, impresionar a sus amigos, dejarlos impactados y hacer que se emocionasen y lo ha conseguido.

—Pues eso no puede ser. Hay que hacer algo para que no pretenda ser el centro de atención.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué?

—¿En qué es malo que quiera ser el centro de atención de vez en cuando?

—Es una forma de egoísmo.

—¿En serio? A mí me parece una forma de talento. Los adultos le pagamos a los actores, escritores, comediantes, verdaderos dinerales porque nos entretengan. ¿Un héroe busca ser el centro de atención?

—No me refiero a eso, evidentemente.

—Además, todos los niños desean ser el centro de atención de vez en cuando. Hay que dejarles ser el centro de atención. Que lo sean por turnos, pero que lo sean. Es una forma de probarse a sí mismos.

—Supongo que es una postura pedagógica, pero me parece una postura pedagógica un tanto peculiar. Si les dejáramos, siempre querrían ser el centro de atención.

—No estoy de acuerdo. La mayoría de los niños son tímidos. Michael es tímido para casi todo, excepto para hablar de cine o narrar historias. Trishy, la nieta del señor Marsh, es como un ratoncillo de campo, nunca dice nada, excepto cuando hace de Ofelia en el jardín de mi casa.

—Pero nosotros estamos para dirigirles en lo que es correcto y lo que no. Mentir no es correcto.

—Mentira, ficción y engaño no son sinónimos. Me cansan mucho estos clichés, de verdad. No los aguanto. ¿Por qué tenemos que ir contra su naturaleza constantemente? Es un esfuerzo titánico para ellos y para nosotros. Educarlos no pasa por convertirlos de la noche a la mañana en pequeños funcionarios públicos con corbata. ¿Acaso el niño interrumpió la clase?

—No, no interrumpió la clase. No es eso lo que me preocupa.

—Pues entonces sigo sin ver el problema.

—Michael necesita límites y disciplina. Evidentemente, desde los premios y sin castigos físicos y con la cooperación de los padres...

—Ya, pues siento no ser más colaboradora, pero es que yo lo que quiero es animar su imaginación, no coartarla. Necesito que entiendas que Michael es un narrador nato. Un amante del teatro, del conocimiento y del lenguaje. Vive dentro de las películas, las reproduce, las reorganiza en su cabeza, aprende de ellas. Es su manera de practicar la escritura y la imaginación.

—Pues en cuanto a lo de escribir, no creo que el cine vaya a ayudarle mucho. Aún no sabe apenas poner una palabra detrás de otra...

—Sabe perfectamente, pero no quiere.

—Pues debería querer.

—La escritura es como el amor.

—¿Cómo?

—Que la escritura es como el amor. No se le puede decir a alguien: «Enamórate». Hay que enamorarse.

—Pero se le puede enseñar a escribir.

—Sabe escribir, pero tiene que sentir un impulso de emoción que aún no ha sentido. Llegará.

—Debería verlo un psicólogo.

—¿Un psicólogo? Qué absurdo. Mi hijo no tiene la necesidad de escribir porque no siente reverencia por sus profesores o por la autoridad, porque es un hombre libre. Además, cuando tenga la necesidad de poner sus propias experiencias por escrito, lo hará. Lo hará y sacará notas brillantes.

—Lo siento, pero no puedo estar de acuerdo. Esa confianza que tienes en él es una forma de no afrontar el problema. Michael va muy retrasado en todas las asignaturas y siempre está distraído. Entiendo que eres una madre «atípica» y que el niño lo está pasando mal por lo de su padre... pero necesita ayuda y tiene que hacer más deberes.

—¿Más?

—Sí, más, o repetirá curso.

—Si le haces repetir curso, lo hundirás. Él necesitaría avanzar de curso. Avanzar hasta encontrar temas de ciencia que le animen a aprender.

—No estoy de acuerdo. Además, *Único testigo* es una película violenta y no debería ver esas películas.

—¡Dios mío! ¡Qué manía con las películas violentas! A Michael no le gustan las películas violentas, le gustan las buenas películas. Ocurre, simplemente, que muchas de las mejores películas de la historia del cine están llenas de tiros y de sangre y de muertos.

Y era verdad. A Michael no le interesaba ni un poco una película llena de tiros y explosiones a no ser que tuviera historia, personajes, tensión, un mecanismo de relojería detrás. En casa éramos amantes de las buenas historias. ¿Que muchas de esas buenas historias vienen con disparos y pistolas? Sí, ¿y qué? ¡Que toda la violencia nos la den ahí! Ojalá ahí nos la dieran toda. Que toda la violencia viva encerrada por siempre en una pantalla de plasma o en la imaginación de un niño. Que toda la violencia esté cautiva a perpetuidad, encerrada en un cristal negro, como símbolo del bien y del mal, desahogo de instintos cazadores o suma advertencia moral. Mi hermano no era un niño violento y algunas de las preguntas que le hacía a mamá lo prueban. Recuerdo una vez en que nos pusimos a reflexionar sobre los nazis:

—Mamá, ¿por qué los nazis tuvieron que ser tan, tan, tan, tan malos? —preguntó él.

Mamá nos dio una larga explicación sobre la deshumanización que produce el odio. Nos explicó cómo hay épocas de la historia en las que los problemas se personalizan en un sector social, una raza, como, por ejemplo, los inmigrantes o los judíos, y se les persigue hasta la saña más inhumana. Mamá nos habló de los neonazis y de los partidos de extrema derecha. María se sorprendió muchísimo y exclamó:

—¿Cómooooo? ¡¿Que aún existen los nazis?!

—Les llamamos neonazis, pero sí. Les gusta desfilar, hacer el saludo nazi, usar la esvástica, son racistas, son violentos. Siguen la ideología de Hitler.

—Pero vamos a ver... —decía Michael con su demoledora lógica—. ¿Estos neonazis no vieron *La gran evasión*, *La batalla de Inglaterra*? ¿Es que no entendieron *Capitán América*?

—Supongo que sí las habrán visto y las habrán entendido —replicó mamá con una sonrisa.

—¡Imposible! ¡Imposible! ¡Nadie que haya visto todas las salvajadas que hizo Hitler y cómo invadió Polonia y cómo bombardeó Londres y cómo mató a los judíos y a la pobrecita Anna Frank, se pide ser «el nazi» de la película! ¡Esos neonazis no han ido al cine en su puñetera vida!

Mamá estuvo de acuerdo y María, que se había quedado pensando, preguntó:

—Mamita, ¿neonazi es una palabrota en griego?

Pienso en Hamlet, por supuesto, en el pobre Yorick, naturalmente. Es la obra de Shakespeare que tanto gastamos, y usamos y reutilizamos, en aquella época actoral. Michael cavó una fosa en mitad del jardín para la que mamá nos había dado permiso. Solo una madre como la nuestra daría permiso para que le destrozáramos temporalmente el césped. ¡Mira que le gustaba cavar a Michael! Trishy hacía de Ofelia diminuta y se metía, valiente, dentro del hoyo. Yo, enamorado de ella, gritaba:

—¡Y de sus hermosos e intactos miembros nacerán violetas!

¡Cómo quería a Trishy! Una vez, hasta me peleé por ella y esa pelea trajo benéficas consecuencias. Sorprendentes consecuencias. Lo que ocurrió es que unos matones del cole empezaron a acosarla y a decirle que su abuelo era un borde y que, si quería que dejaran de atosigarla, tendría que conseguirles helados gratis. La pobre Trishy estaba llorando detrás del puesto de helados del señor Marsh. Los matones, Adam Jones y Sheila Baker, se zampaban el producto de su odioso chantaje, sin importarles el sufrimiento que le habían causado.

—¿Qué ha pasado, Trishy? —le dije.

Ella me los señaló. Estaban sentados en el *jetty* del barquito que hacía el crucero turístico por el río.

—Le he dicho a mi abuelo que son mis mejores amigos y que les invitara a un helado, pero no es verdad, no lo son, tú eres mi mejor amigo, Richard. El mejor del mundo.

—¿Y por qué has hecho eso?

—Porque me han pegado.

Me poseyó una especie de dolor de estómago seguido de un temblor furioso —luego he entendido que esto es la ira— y con gran frialdad me acerqué por detrás y les hundí las cabezas en sus helados. Los niños que había por allí empezaron a reírse. Trishy dejó de llorar y soltó la carcajada más dulce y gloriosa. Adam y Sheila parecían dos payasos con las narices pringadas de fresa. Por supuesto, el señor Marsh no les había dado servilleta y no tenían con qué limpiarse.

—Si volvéis a molestar a Trishy, llamaré a la policía. ¡Tengo amigos en las altas esferas! —les grité.

Luego se lio parda. Los dos se tiraron a por mí, me soltaron un puñetazo, empecé a sangrar y vino el señor Marsh a separarnos. El abuelo de Trishy me metió en el cuarto de baño del café y me ayudó a parar la hemorragia. Por primera vez, me di cuenta de que era un borde con los clientes, pero no era mala persona con sus amigos. Cuando dejé de llorar y de echar sangre a borbotones, el señor Marsh me dijo:

—A partir de ahora, Richard Martin, tienes helados gratis de por vida.

—No me importa pagarle los helados, señor Marsh, pero, por favor, por favor, no le diga a Trishy que he llorado.

El señor Marsh soltó una carcajada y me abrazó cariñoso. No sé qué demonios tengo que siempre hago reír a los demás en mis peores y más humillantes momentos.

Una vez, con la casa del árbol a medio construir, mamá nos sacó de noche a mirar las estrellas. Encendió los faroles de parafina, porque mamá para todo hacía una puesta en escena peculiar, y nos hizo subir uno a uno a la plataforma de madera del roble con nuestro farolillo. La casa ya tenía paredes, pero seguía sin techo y sobre nosotros brillaba la Vía Láctea como si en vez de un cielo inglés nos cubriera el cielo de España. Mamá nos dijo que algunas culturas chinas creían que cuando alguien moría había que romper el techo. Quitarle unas tejas para dejar que su alma subiera a los cielos.

—Mamá, veo que estás buscando excusas poéticas para no acabar el tejado —dijo mi hermano con su cara de cuarto menguante. Mamá se echó a reír.

—Me tienes calada.

—Debería cambiarte el nombre, Penélope «la destejedora».

—En este caso, «la des-teja-dora» —dije yo. Todos rieron y me sentí genial.

Mamá nos señaló tres brillantes estrellas:

—Es Orión. ¿Lo veis? Hay una teoría muy controvertida que dice que las tres pirámides de Giza son el reflejo en la tierra de las tres estrellas del cinturón de Orión.

—¿Cómo que son... reflejo?

—Es una elaborada teoría que rechazan algunos astrónomos.

—Una teoría es algo que no es seguro, *requeteseguro*, Michael —le dije a mi hermano.

—Ya, listo, ya sé lo que es una teoría.

—El asunto es que, según esta teoría —interrumpió mamá—, las tres pirámides de Giza fueron construidas junto al Nilo guardando la misma posición geométrica que tienen las estrellas centrales de Orión en el cielo. Al parecer, la constelación de Orión tiene algo que ver con Osiris, el dios de los

faraones. Me lo sé fatal, como casi todo, pero se supone que el Nilo representaría la Vía Láctea y las estrellas de Orión, las pirámides. La verdad es que, si se superponen las dos imágenes, coinciden.

—¿Y por qué hay astrónomos que dicen que no puede ser? —preguntó María.

—Porque los señores que se inventaron esta teoría, al parecer, hicieron un *poquitirrinín* de trampa e invirtieron el mapa de las estrellas para hacerlas coincidir a la perfección.

—Eso es un *muchín* de trampa —dijo Michael.

—Sí. Hay que decir que la teoría es de un astrónomo aficionado.

—De todas maneras, los aficionados aciertan muchísimo —dije yo—. Acuérdate de la señora aquella que encontró el esqueleto de Ricardo III excavando en un parking público.

Mamá soltó una sonora carcajada. Me encantaba hacerla reír, aunque no supiera muy bien de qué se reía, porque lo del parking era rigurosamente cierto.

—Tienes toda la razón, Richard. Los aficionados aciertan muchísimo. Las estrellas del cinturón de Orión se llaman las Tres Marías y la Gran Pirámide de Giza era una de las siete maravillas del mundo.

—¿Y cuáles eran las otras seis maravillas? —dijo María, que estaba verdaderamente maravillada.

—Uf... a ver si me acuerdo. Ya han desaparecido casi todas... Estaban los jardines colgantes de Babilonia, otra era la estatua de Zeus en Olimpia...

—Que era de oro y marfil y era gigante —puntualizó mi hermano.

—Sí, cariño. Enorme. ¿Y sabes quién la esculpió?

—Se me ha olvidado un poquito, pero... ¿puede ser que tenga algo que ver con la sopa de fideos...?

—Fidias, bravo.

—¿Y qué más maravillas había, mamita? —dijo María, encantada con la conversación.

—El Coloso de Rodas, que era una megaescultura en el puerto de Rodas. Los barcos pasaban por debajo de sus piernas, creo.

—Suen a un poco horterera. Como el Cristo de Río de Janeiro —dijo Michael con media sonrisa.

—Sí, la verdad. También estaba el Faro de Alejandría. Ese sí que debía de ser estupendo, y el Mausoleo de Halicarnaso, que nunca me pareció para tanto. ¿Cuántas llevo?

—Seis. Te falta una —dijo Michael.

—Gracias, cielo. Pues la última es mi favorita: el templo de Artemisa en Éfeso.

—¿Y por qué te gusta tanto?

—Porque tiene una historia trágica. Un tipejo le prendió fuego y lo destruyó.

—¿Qué?! ¿Por qué?! —gritó María hasta desgañitarse.

—Porque quería que su nombre fuera conocido en el mundo entero.

—¿Y eso en qué año fue?

—Uf... no lo tengo muy claro... creo que en el trescientos y pico antes de Cristo.

—¡Pero bueno! ¿Y en aquella época la gente ya quería ser famosa?!

—Pues ya ves que sí.

—Qué cabrito, el tipejo ese.

—El incendiario se llamaba...

—¡No! ¡No lo digas, mami! —gritó María.

—¿Por qué? —dijo mamá sorprendida.

—¡Pues para que no se salga con la suya! ¡Si no decimos nunca su nombre, ya no será famoso!

Todos reímos y luego nos quedamos callados, mirando las Tres Marías, las brillantes estrellas de Orión: Alnitak, Alnilam y Mintaka. Mi hermanita abrazó fuerte su osito-polarito y dijo:

—Un día le dije a mi profesora que quería tocar las estrellas y me dijo que nadie puede porque están muy calientes.

Michael se indignó muchísimo y corrigió a la maestra de mi hermana diciendo algo que no olvidaré mientras viva:

—¡Dios! ¡Qué chorrada! Eso del calor es absolutamente obvio y literal, pero tu profe se equivoca, María. Como todos los adultos, ella solo piensa que las cosas se pueden tocar con las manos y no sabe que todos, absolutamente todos, podemos tocar las estrellas. Los fotones viajan por el espacio y llegan a la tierra y se mueren en los ojos donde, gracias al retinol,

producen una reacción química que alimenta todo, absolutamente todo lo que podemos ver. Hermanita, tú piensa una cosa: cuando alguien te diga que no hay manera de hacer algo, lo más normal es que no tenga ni idea, ni idea, de lo que está diciendo. Tú piensa que todo se puede hacer.

Soy un privilegiado. El amor que siento por mis hermanos no se puede describir. Es como si no fueran solo mis hermanos. Los quiero como si los tres hubiéramos nacido a la vez, y a veces nos llaman los trillizos, un malentendido que no nos molestamos en desmentir. Quizá ese trauma, la emigración familiar, nos hizo nacer a todos el mismo día en que murió papá.

Vuelvo a mi travesía terapéutica, al día en que nos hicimos a la mar de camino a un entierro fallido. Me habían extirpado aquel bicho del ojo, que silenciosamente me había crecido de tapadillo con forma de cangrejo del Hamble. Mientras algún patólogo con exceso de trabajo lo examinaba bajo su microscopio, yo surcaba el mar, que es lo que hay que hacer cuando uno parece un pirata. Por supuesto, a mis hermanos solo les había contado que lo del ojo era una cosa sin importancia, porque, en principio, lo era, y los muy gamberros se pasaron toda la travesía de camino al Hamble buscando la broma más sagaz, la frase más ingeniosa para tomarme el pelo, llenando la noche de «ojos avizores» o «ten ojo con eso, hermano» o llamándome por el nombre de un nuevo personaje de la vida o la ficción con parche de tuerto. La lista es larga, quién lo habría imaginado. La encabeza el gremio de los directores de cine como John Ford, Raoul Walsh, Fritz Lang o Alexander Korda. Tenemos después los personajes de dibujos tipo Capitán Garrapata, Goliath, el compañero del Capitán Trueno, o Cuthroat Jake, cruel y barbudo enemigo del capitán Pugwash. Hay grandes escritores: James Joyce, nada menos, y nobles o políticos dispares como la princesa de Éboli, Millán-Astray, Moshé Dayán, el mismísimo lord Nelson. Debo decir que fueron ingeniosos. En el barco se olvida el miedo porque navegar es acción. Cabos, pensamientos enormes, cielos catedralicios. En la risa, se olvida el mal. La risa es el brillo de las estrellas y somos una constelación cegadora. Alnilam, Alnitak y Mintaka. Las Tres Marías del cinturón de Orión. En el mar, Michael vuelve a ser el hermano mayor, el patrón-protagonista, nuestro

padre-sustituto y olvidamos del trabajo, los problemas del día a día, para convertirnos en su pequeño y decidido ejército de oficiales. El velero se llama *Memento*. En inglés se utiliza bastante la palabra latina *memento* —nada que ver con *momentum*—. *Memento* deriva etimológicamente de pensamiento, objeto de la mente. Es el «recuerdo físico de un momento», «las notas para recordar». Un *post-it* es un memento. Estos diarios en los que escribía mi madre están llenos de mementos. Un memento es un objeto, también. Es el plato estampado, ese lapicero de plata que compramos en Comillas, el reloj de mesa, chollo de un mercadillo de Brighton, la manita de tinta que hicimos en primero de infantil y que nuestra madre guardó como oro en paño. Un memento es un objeto que nos hace recordar un lugar visitado, un viaje, un amor, el tacto de una piel. Mi madre guarda los tesoros de nuestra infancia, de esos primeros años en Inglaterra, de los años posteriores, de las visitas del holandés, sus diarios, las grabaciones, pero el mejor memento, momento físico, está hecho de madera, tiene tejas de cedro rojo y pervive contra los elementos gracias a la fuerza de un corazón al que volvemos cada año. El mejor memento es una casa en el árbol que le demostró a mamá lo fuerte que podía ser y que estuvimos a punto, a puntito de perder. ¿Por qué los humanos deseamos atrapar los momentos con estos objetos que en inglés llamamos mementos? Porque sin los momentos vividos y los objetos que nos recuerdan cada lugar del camino no podríamos volver a casa.

Navegamos toda la noche, evitando las líneas de los ferris y de los cargueros. En la oscuridad del estrecho, un petrolero puede aplastar un velero de ocho metros sin enterarse, pero Michael y María son patrones expertos. Supongo que yo también lo soy, aunque no tengo su confianza en alta mar. Queríamos llegar de día a las aguas cercanas al Solent porque el puerto de Southampton, gracias a sus dobles mareas, es uno de los más concurridos de Inglaterra y de noche la ruta es peligrosa. Todavía creíamos que podíamos llegar a tiempo a la cremación de Jim. Nos dolía no estar con mamá para convertirlo en recuerdo. Cuando éramos pequeños, Michael hablaba de cremaciones y entierros.

—Mamá, ¿por qué cuando murió papá no lo enterramos?

—Porque no quería ser enterrado. Deseaba fundirse con este paisaje. Por eso fuimos a esparcir sus cenizas en el cementerio de la abadía.

—Me gustaría poder visitar a papá.

—Lo esparcimos bajo un enorme roble, ¿no te acuerdas? Por eso papá está en el roble y en el aire que respiramos.

—Sí, es verdad. Puedo ir cuando quiera y sentir la sombra del árbol en la piel, que es como la caricia del más allá.

En mi soledad marinera, mientras Michael y María dormían, me entretuve en repasar los cuadernos. Momentos olvidados brotaban como las olas. Era una resaca de infancia. Abro este documento por cualquier parte. Aquí está la voz de mi madre:

Hamble. Sábado, 30 de abril

Ya está hecha la plataforma. Me asomo hacia el jardín, sentada en lo más alto, orgullosa de mí misma. La base es lo más difícil. Los niños juegan junto al río. Este momento es perfecto. Miro la valla. Lo primero que mi marido y yo hicimos al llegar a Joiners el año en que nació Michael fue poner esa valla junto al río para proteger a los niños. Recuerdo la ilusión con la que cavamos cada hoyo para cada poste. Yo ya estaba embarazada de Richard y aún vendría María. Da vértigo mirar atrás. Ahí sigue la valla. Mi marido era buen carpintero y yo era buena ayudante. Me enseñó todo lo que sé y me dejó buenas herramientas. Eso es la inmortalidad. Reflexiono mucho mirando esa valla y viendo a los niños jugar en el jardín. A veces pienso en lo poco saludables que son estas protecciones. Evitan accidentes, claro, pero también evitan que los niños se entrenen contra el peligro. En fin, da igual. Todo tiene su vuelta de hoja, su inconveniente. Las cosas pueden mirarse de mil maneras. Por ejemplo, este asunto de la paternidad y la maternidad. Cuando aún no tenía hijos y no pensaba tenerlos, algunas amigas, ya madres, me decían: «Es maravilloso, Ana, es maravilloso. No sabes lo que se aprende de los hijos». Yo menospreciaba estos comentarios. ¿Qué puede aprender un adulto de un niño pequeño? Los consideraba, como tanta gente, cachorros de humanos. Es terrible decirlo, pero los menospreciaba. ¡Cómo les reprocho ahora a todos esos adultos con niños que no supiesen explicar mejor lo que significa! No es ni mucho menos lo que parece. Es algo sorprendente. Los hijos no nos enseñan a ser padres, nos enseñan a ser hombres. Hombres en el sentido humanístico de la palabra. Ellos no han dejado desde el primer día de darme ejemplos de grandeza de miras, de reflexión sin prejuicios, del concepto humano de libertad y dignidad que

de forma innata persigue todo individuo. Los niños son Benjamin Franklin y Abraham Lincoln. Son la declaración americana de la independencia. Son la bandera tricolor. Son Robespierre. Son hombres antes de ser corrompidos. Los niños tienen mirada maestra. Sus preguntas certeras me ponen en un aprieto constante, y elegirán mi discurso. Me hacen sabia. Me obligan a profundizar. «Mamá, ¿para qué sirve el viento?» «Mamá, si el fuego necesita oxígeno para vivir y en el espacio no hay oxígeno, ¿por qué arde el sol eternamente?» «Mamá, si un hombre está a punto de matar a otro hombre, ¿seríamos malos si le diéramos un golpe en la cabeza o lo matáramos o algo?»

La posibilidad de que Tom y mamá se terminasen besando nos interesaba infinitamente menos que los últimos incidentes sucedidos en Hamble: el asunto del sospechoso limo amarillento en las botas del vagabundo Jim, su cabeza abierta de forma inexplicable y el hecho de que la sonriente y siniestra señora Barlow se escapara por las tardes hasta bien entrada la noche dejando sola a su prima Daniels. Los hermanos decidimos tomar cartas en el asunto. Hasta Michael se había hecho incondicional del perro y sospechábamos que la supuesta enfermera no era trigo limpio. Como cualquier investigador que se precie, empezamos a hacer turnos para vigilarla. Utilizábamos el telescopio de María. Desde la ventana de su cuarto se veía la parte de atrás de la casa y, en especial, las puertas correderas de la cocina. Un día pudimos observar claramente cómo la enfermera machacaba algo en un mortero. Nos parecieron pastillas. La mala señora Barlow mezcló el polvo del mortero con el cacao caliente que le llevó a la anciana. No sabíamos qué hacer. Entendíamos lo que habíamos visto pero nos parecía imposible. Michael decía que era como en un capítulo de Hércules Poirot en el que una señora mata a otra con veneno. Yo no podía creer que fuera veneno porque había sacado las pastillas de un bote de los que te dan en la farmacia con la receta del médico. María estuvo de acuerdo en que sería una medicina, pero solo porque le daba miedo la palabra veneno. Debíamos actuar y no se nos ocurría la solución. Si se lo decíamos a mamá, nos prohibiría espiar a la vecina, aunque fuese por una buena causa, pero como aún no teníamos ni siquiera la causa —pues esta solo llegaría con la hipotética muerte agónica entre estertores de la Daniels— ni tampoco teníamos pruebas de la maldad de la enfermera, dudábamos. Michael tuvo la idea de que, aprovechando que todas

las tardes noche se iba a algún lugar misterioso, entráramos por el agujero de la valla y nos coláramos en la casa a ver qué sucedía. Nos pareció bien. Ese fue otro de nuestros sustos.

Entre los tres, con el único voto en contra de la pequeña, acordamos que lo mejor era enviar a María en misión secreta. La niña debía infiltrarse en casa de Daniels y Barlow. Le adjudicamos la tarea, primero, porque era la mejor amiga del perro y, segundo, porque era la más pequeña y la única capaz de colarse por la ventana corredera del cuarto de baño. Un ventanuco que Michael había forzado con maestría, empleando los conocimientos de escapismo de su época de presidiario infantil en un colegio español. María, la valiente y musical María, la dulce y rubia María, solo lloró un poquito. Enseguida la vestimos de negro, le pusimos los auriculares de espía que nos había regalado Papá Noel por Navidad y la convertimos en Ethan, el personaje de Tom Cruise en *Misión imposible*. Nuestros nombres en clave eran Alnilam, Alnitam y Mintaka. La operación se denominaría Orión. Cuando la ficción con la que maquillamos todo aquello superó al miedo, la metimos por la ventana.

No habían pasado ni dos minutos cuando, contra todo pronóstico, volvió la mala señora Barlow acompañada de un hombretón pelirrojo. Creí que era el fin. Pensé —de verdad que lo pensé— que no volvería a ver a mi pequeña y hermosa hermanita con vida.

María llevaba puestos los cascos walkie-talkie de espía que Michael le había pedido a Papá Noel y enseguida la avisamos del peligro.

—María, no hables, pero miss Barlow y un señor acaban de entrar en la casa. Escóndete.

María se escondió dentro del cuarto de baño. Estaba muerta de miedo. Cerró la puerta y habló bajito.

—Estoy en el baño de arriba. ¿Qué hago, Michael? ¡¿Qué hago?!

—Chsss... Tú no hables, que te pillan.

—Me muero de miedo.

—Lo primero, no te pongas a llorar. Yo te salvaré, ¿OK? Mantén la calma.

Michael midió mentalmente la distancia entre la ventana del baño y el jardín. Gracias a la pendiente, la ventana quedaba cerca de un alto y denso macizo de hortensias floridas.

—¿Puedes abrir la ventana? —le dijo Michael.

—Sí —dijo la pequeña con un hilo de voz.

María abrió tímidamente la ventana. Mientras *Sir Isaac* ladraba en nuestra dirección, podíamos ver a la Barlow y al señor pelirrojo sentados de espaldas a nosotros, en el salón trasero. Creí que nos pillaban. María se asomó a la ventana. El pelirrojo se levantó y desapareció hacia el pasillo.

—¡Dios! ¡Seguro que va al baño!

—Cállate, Richard. María... ahora saca el cuerpo y tumbate en el repecho de la ventana igual que hiciste encima del armario del salón el día que no te podíamos encontrar. Quédate ahí tumbada hasta que se vayan.

—Por favor, por favor. Que no se le gasten las pilas a este cacharro.

—¡Chsss!

—Es que los juguetes siempre se quedan sin pilas en el peor momento.

—¡Richard, o te callas o te doy un puñetazo!

María sacó su cuerpecito por la ventana y se tumbó sobre el alféizar.

—Me voy a caer, me voy a caer...

—Muy bien, María. No, no te vas a caer —le aseguró mi hermano.

—¿Y si no se van? ¿Qué hago si vienen a hacer pis? —gimió ella.

—Van a tener que hacer pis. Todo el mundo hace pis tarde o temprano...

—dije yo muerto de horror.

—Si vemos que vienen, te tiras sobre las hortensias —le contestó mi hermano.

—¿Qué son las hortensias?

—Esas flores azules que tienes debajo.

—¡No, Michael, porfa, no me hagas que me tire por la ventana!

Yo me mordía el puño para no hablar. En ese momento, la Barlow se levantó y subió hacia arriba al tiempo que la puerta del baño comenzaba a abrirse.

—No te pasará nada —dijo mi hermano, el chalado—. Confía en mí.

—Ya viene... ¡Mierda! ¡Va a entrar en el baño! Tírate, María, ¡tírate! —grité.

Vimos los visillos del baño moverse y justo antes de que el pelirrojo asomara su gesto hosco y rubicundo, María hizo rodar su cuerpo hacia el vacío. Cayó un metro y medio hasta darse de lleno con el macizo de flores, que la engulló por completo. *Sir Isaac Newton*, muy muy preocupado, se lanzó al galope hasta ella. Estaba enredada en las hortensias, con una cara de susto importante. No tenía ni un rasguño. El perro comenzó a mover el rabo.

—¿Quién anda ahí? —rugió una voz de hombre.

Nos echamos cuerpo a tierra, ocultos tras un macizo de rododendros, como habíamos visto hacer a Michael Caine y a Anthony Hopkins en la película *Un puente lejano*. El perro ladraba y daba saltos. Era listísimo y sabía que debía parecer el sumo culpable de nuestro alboroto para darnos opción a escapar. La señora Barlow salió por la puerta de atrás.

—¡Cállate, *Newton*!

El perro no dejó de ladrarle para cubrirnos con su escandalera y vimos con horror cómo la muy asquerosa le pegaba un puntapié. *Sir Isaac* gimió, salió corriendo y vino a refugiarse a nuestro lado.

—Oh, no... —susurré—, ahora nos descubrirán...

—No, calla... se vuelven a meter dentro. Ahora o nunca. Venga, chicos, seguidme. Vamos a atravesar la valla.

Los tres avanzamos encogidos, a cubierto de los nidos de ametralladoras, hasta llegar a la apertura entre los dos jardines. El perro vino con nosotros, huyendo de su malvada cuidadora, y todos pasamos las alambradas en retirada. Una vez a salvo, tumbamos a María en el suelo y buscamos huesos rotos en su cuerpo.

—¿Estás bien, María?

La niña se encogió, frunciendo el ceño. Se agitaba en algo parecido al llanto.

—¿Ríes o lloras?

Le tocábamos los brazos y las piernas y ahora, ya sí, empezó a reír a carcajada limpia y a lágrima pura, con esa risa suya que hace reventar la glándula del amor.

—¡Parad! ¡Parad! ¡Que me hacéis cosquillas!

Los tres nos abrazamos y el perro empezó a lamerle la cara y ella se reía aún más.

—¡*Sir Isaac*, no!

Cuando logramos contener la efusividad amorosa del can, María nos contó lo que había ocurrido en el interior de la casa.

—El pelirrojo es médico. Los oí hablar y él le decía a ella que tenía que seguirle dando a Daniels las pastillas.

—No suena a crimen tremendo. Si es médico... es normal que le recete pastillas —dije yo.

—¿Olvidas la historia que nos contó Brian?

—¿Qué historia?

—La de ese médico que asesinaba a sus pacientes y se quedaba con su dinero... Es el peor asesino en serie de la historia de Gran Bretaña.

—Tú siempre dando ánimos...

—Dios, Dios, Dios... no quiero que maten a la señora Daniels. Es una viejecita buena.

—¿Os dais cuenta? Es como la historia de *Alarma en el expreso* —dijo Michael.

—Sí, pequeño Hitchcock, pero nosotros no vamos en tren, esta película es real y Daniels no ha desaparecido.

—Aún. No ha desaparecido aún. Tú dales tiempo...

—¿Qué más escuchaste, María? —pregunté yo para callarle la boca a mi hermano.

—El pelirrojo decía que en una semana la llevase a consulta para programar la fecha de la operación y darle a firmar los papeles.

—¿Qué papeles?

—¿Yo qué sé? ¡Unos papeles!

—¿Por cierto, a Daniels... la viste?

—Sí. Estaba viva, pero dormía como una muerta.

—¿Y cómo sabes que estaba viva?

—Porque los muertos no roncan.

Los tres nos reímos y, tras pensar en nuestro próximo movimiento, dije:

—Esa señora Barlow está conchabada con el médico para algo malo, seguro. Tenemos que decírselo a mamá.

—Sí, tenemos que decírselo. Pero ¿cómo se lo contamos sin que nos eche la bronca?

—¿Y esta vez por qué os voy a echar una bronca? —dijo mamá apareciendo como hacen las madres, de improviso, en plan ama de llaves de *Rebeca*.

A mamá le gustaba un buen misterio, aunque tenía que hacer un poco el paripé de madre, así que primero nos echó la bronca por colarnos en casa de la vecina y luego nos dijo que nos impondría un buen castigo. Después, cuando le explicamos el drama, fue de la opinión de que estábamos enredados en una trama estupenda, como la de *Misterioso asesinato en Manhattan* o *La ventana indiscreta*.

—Una ventana no puede ser indiscreta. Las indiscretas son las personas —dije yo.

—Es una figura literaria. Se llama personalización. Es cuando le damos características humanas a un objeto o a un animal. Además, solo es el título en español. En inglés se titula *Ventana trasera*. Es una adaptación de un cuento que se titula *It had to be murder*, de Cornell Woolrich. Mi escritor favorito de novela negra. En el cuento que digo, hay un hombre en una silla de ruedas...

—¿El protagonista del cuento es un parálítico?

—Está en una silla de ruedas porque se ha roto una pierna.

—Mamá, ¿los parálíticos son personas?

—Son personas, cielo. Claro que lo son. Personas como cualquier persona.

—¿Y conoces una película que esté protagonizada por un parálítico?

—Hay una de un hombre que ha nacido el 4 de julio, como tú.

—¿El día de la independencia americana?

—Sí, cielo. Es un hombre que va a la guerra de Vietnam y allí se queda parálítico. Si ya eres fan de Tarantino, quizá va siendo hora de que empieces con Oliver Stone.

—La quiero —dijo Michael—. ¡La quiero cuanto antes! ¿Cómo se titula?

—*Nacido el 4 de julio*. El protagonista es Tom Cruise.

—¿El mismo Tom Cruise de *Misión imposible*?

—El mismo. Compraré también *Platoon* y una serie maravillosa, la mejor que se ha hecho sobre la guerra, en mi opinión. Está basada en un libro de memorias, un libro real sobre la Compañía E.

—¿Cómo se titula esa serie?

—*Band of brothers*.

Michael abrió mucho los ojos, emocionado y dijo:

—¡Como en «*We few, we happy few, we band of brothers*»!

—Sí. Está sacado del discurso de san Crispín, de Shakespeare.

—¡Las quiero! ¡Las quiero todas! ¿Me lo prometes?

—Claro, cielo. Pero con una condición. Tienes que leer todas las tardes durante quince minutos.

—¡Te lo prometo!

—Mami —dijo María.

—¿Qué pasa, cielo?

—Que os habéis puesto a hablar de cine y de películas de guerra y se te ha olvidado una cosa.

—¿Qué cosa, vidita?

—Castigarnos por habernos me... me... metido en casa de la vecina.

Mamá se echó a reír y después nos castigó duramente a ordenar la habitación.

A mamá tampoco le gustaba, no le gustaba nada miss Barlow. Daniels le parecía una viejecita amable e inteligente y se preocupaba por su bienestar, así que fue a hablar con ella para asegurarse de que todo estaba bien y de que no se había muerto envenenada. Se llevó a la pequeña María, como escudo de dulzura, porque no ha nacido la anciana que no se derrita como un helado inglés de vainilla ante mi linda hermanita.

Daniels resultó ser, efectivamente, de vainilla. La habíamos visto muy pocas veces, vivía recluida, pero nos había caído simpática. Era una viejecita arrugada y renqueante y, como hacía muy bueno, vestía ropas vaporosas, sacadas de una de esas estampas bucólicas de las cajas de galletas. Tenía muchos problemas de visión, por lo que andaba despacio para no tropezar, pero era bastante fuerte. Daniels las invitó a un té, lamentándose de que su

querida prima de Leeds no hubiera vuelto aún de la compra. No fue difícil para mamá sonsacarle toda la información. Al parecer, Daniels había heredado esa maravillosa casa junto al río de un tío suyo al que había cuidado hasta su muerte. Llevaba tres años en la zona. A la muerte de su tío, se planteó vender la casa y marcharse a un sitio más modesto, pero no pudo. Estaba enamorada del río.

—¿Qué puede hacer una anciana como yo sin una ventana con vistas?

—Por supuesto. Todos necesitamos una ventana indiscreta, pero los ancianos, más —dijo mamá a modo de broma privada.

—Aunque tengo los ojos tan mal, que pronto ni esa, ni ninguna ventana, me servirá de gran cosa. ¡Qué haría sin mi prima! Ha sido una bendición.

—¿La señorita Barlow la cuida bien? —preguntó mamá.

—Oh, sí. Me cuida fenomenal. Le estoy tan agradecida... Se vino a vivir conmigo coincidiendo con mi pérdida de visión y ha sido como un ángel caído del cielo.

María se mordió la lengua para no decir que los ángeles no les dan patadas a los perros y se puso a acariciar a *Sir Isaac Newton*. Mamá se calló su opinión sobre esas personas que parecen «ángeles que vienen a hacernos el bien» y que, básicamente, consistía en no fiarse ni un pelo de cualquiera que nos trate con más cariño y abnegación de lo normal.

—Mi prima es enfermera, ¿sabes? Me la encontré aquí mismo, en la calle, por pura casualidad. Acababa de llegar a la zona, a trabajar en la clínica del doctor Vaughn y estaba viviendo en un hostel, así que le ofrecí enseguida que viniese conmigo a mi casa.

—¿Y quién es el doctor Vaughn? ¿Un médico?

—Es un oculista buenísimo. Él me está tratando de mis problemas de visión. Dice que tengo que operarme de cataratas.

—Ay, sí —mintió mamá con maestría—. Creo que sé quién es. ¿Vaughn es un médico que es pelirrojo?

—¡Ese, sí! Tengo la vista fatal. Por eso digo que mi prima fue como caída del cielo, porque mis problemas con los ojos empezaron poco después de que ella se mudase a mi casa. Supongo que tengo que mentalizarme. Voy a perder la vista.

—Las cataratas no son graves. Se operan y ya está —dijo mamá.

—Parece que lo que yo tengo es peor, pero no lo sé explicar. Es una palabra muy complicada —añadió Daniels con gesto resignado.

La anciana estaba encantada de tener con quién charlar y, como resultó ser una señora amena, mamá acabó por contarle nuestra vida. Esto es muy típico de las mujeres cuando se juntan. Se lo cuentan todo, en total confianza, nada más conocerse. Yo hago lo mismo. En ese aspecto soy como una mujer, porque me educó una mujer, y hasta a veces hablo como una madre porque jamás tuve padre al que imitar. Por eso sé que las mujeres no son como mujeres por haber nacido mujeres, sino porque imitan a sus madres y estas a las suyas, mientras que los chicos cogen de modelo a sus padres, que imitaron a los suyos. Los hombres deberíamos imitar más a las mujeres y las mujeres más a los hombres y el mundo iría genial. Yo soy la prueba. Soy como mi madre porque ella fue mi mapa para todo. Soy igual de abierto que ella con las ancianas y digo dulzuras como hacía ella, y Michael y yo siempre hemos llevado el pelo largo, como lo llevaba ella, y cuando tenga hijos seré igual de pesado que una madre y les diré esas cosas típicas de madre, como: «no cojas cochinas del suelo», «eres mi tormento», «es feo señalar a la gente» o «¡cariño, por Dios! ¡Tómate el zumo de una vez, que se le va la vitamina!».

Un piano de media cola presidía el salón de la anciana Daniels. María sintió su habitual magnetismo por los instrumentos musicales, no pudo evitarlo y lo tocó. Mamá la regañó, pero el piano había dicho sí (si bemol) y Daniels dijo que no importaba. Con suma dulzura, la anciana se acercó y tocó un arpeggio, una sucesión de tres notas. María las reprodujo con su pequeña garganta, para sorpresa y regocijo de las dos mujeres. Daniels tocó un nuevo arpeggio, algo más alto en la escala. María reprodujo de nuevo las notas con su garganta, alcanzando lugares solo visitados por el oído de un perro. Mamá ya sospechaba que María tenía muy buena voz, porque siempre estaba canturreando, pero nosotros lo sabíamos seguro porque la habíamos escuchado imitar el canto de los pájaros con su pequeña garganta prodigiosa.

Daniels le dijo:

—Esta niña tiene un talento extraordinario. Yo fui profesora. Me encantaría darle algunas clases de canto para ver si tiene afición.

María se puso tan contenta que dijo:

—¡Sí, sí! ¡Quiero cantar!

—Qué dulzura de niña —replicó Daniels.

—Tú sí que eres una ancianita buena. Me da mucha pena que tengas los ojos malitos.

—Gracias, monada.

A lo que la pequeñita de la casa añadió:

—Si vengo mucho por aquí, seguro que te contagio mi buena salud. Mamá siempre dice que los niños se lo pegamos todo.

Comenzando los tejados

Hamble. Miércoles, 27 de abril

Puedo reconocer todos los sonidos que produce el viento. Esto son hojas, aquello, las lonas de los barcos, ese denso concierto en la lejanía, los árboles de Warsash, que le dan fondo a las olas que rompen en ambas orillas. Un paraguas se da la vuelta, ¡blam! Es el vecino, al que apodamos el enterrador. Entra en su casa. El viento se lleva la puerta y la golpea, encerrándolo en una burbuja. Este sonido de la derecha son los silbidos de las contraventanas, a la izquierda, no muy lejos, el ulular de los aleros, el jaleo de los juncos, el crepitar de las ramas. El viento es un dios. El mundo es su instrumento. Nada es estático frente al río gracias al agua, la gravedad y el viento. Viajo todo el día, aquí parada, subida, mirando desde mi roble vigía, en una rara estación sin trenes, vacía. Desde el salón de atrás de Joiners House, las ventanas son cuadros en movimiento. Canaletos de verdor y barcos elegantes que habían perdido su belleza. Todo había perdido su belleza. Poco a poco, vuelvo a apreciarla, como si mis ojos hubieran sufrido un tipo de daltonismo transitorio. Me ha costado una muerte, una desesperación, una ira, un llanto continuo y una casa en un árbol. Hoy toca empezar el tejado.

—¡Hola, mami!

Miro hacia la trampilla. Uno de mis pequeños clientes, el más exigente, ha subido a saludarme y a pasarme el martillo que le pedí. Siempre me olvido de alguna herramienta o si no me olvido se me cae al suelo y no siempre tengo a los hijos a mano para que me las suban. Hoy he tenido suerte.

Michael me dio el martillo. Trepó a mi lado. Estamos sobre el tejado, una estructura muy fuerte de machihembrado de pino, tela impermeabilizante y rastreles de madera. Sobre estos rastreles clavaré las tejas. Son de un color pelirrojo precioso, intenso y aceitado.

—Mira, Michael, a estas tejas les pasará como a las personas. La lluvia y el sol, sobre todo el sol, se comerán su color y se volverán canosas, de un gris plata elegante. Aún huelen a bosque.

—¿Cómo se ponen, mami?

—Se clavan en estos rastreles de pino, pero para poner las tejas de madera hay que taladrar primero un agujerito para cada clavo.

—Creí que no ibas a usar clavos.

—En la estructura, no, pero el tejado es diferente. Son clavos galvanizados de cabeza plana, especiales para las tejas de madera, ¿ves?

—¿Y por qué taladras primero un agujerito? ¿Por qué no clavas el clavo directamente? Te ahorrarías un paso.

—Porque la madera se rajaría de arriba abajo y la teja se echaría a perder. Todo lo que se hace rápido es mala cosa. Mira, te lo voy a demostrar con un trozo que ya no me sirve.

Clavé un clavo y la teja se partió como una tableta de chocolate golpeada por un martillo.

—¿Ves? El efecto de cuña abre las vetas de la madera y las raja en dos.

—No queremos que se rompa la teja, comprendido. Primero taladramos y, luego, clavamos.

—Bien. Después, para colocar las tejas, vamos a ir haciendo hileras perfectas, siempre de abajo arriba. Ponemos una primera hilera y clavamos. Por encima, la siguiente hilera de tejas cubrirá los clavos y también las juntas de la fila anterior. Hay que solaparlas para evitar que el agua se filtre por las juntas. En cada nueva hilera, los clavos van atravesando más de una teja cada vez, dándole integridad a la estructura.

—Y así hasta la última fila, ¿y qué se pone en lo más alto del vértice del tejado?

—Tejas en forma de uve.

—Qué bien.

—Es fácil, sobre todo si se hace poco a poco.

—O en tu caso, gota a gota, madre-estalactita.

El niño cogió una de las tejas y la miró pensativo.

—¿Y dices que estas tejas tan rojas se vuelven grises?

—Sí.

—Estoy pensando, mamá... que todo lo que dejamos al sol pierde el color.

—Así es.

—Pero también estoy pensando que los animales no se destiñen, ni las personas tampoco.

—No.

—Pues entonces se me ocurre que quizá... la evolución de las especies es también la lucha por no perder el color.

Y así, mientras yo daba golpes con mi martillo, Michael me explicó que él era un evolucionista y me habló de Darwin.

Mamá no trabajaba duro, pero trabajaba sólido y lo mejor de todo es que escribía en sus diarios del árbol todo lo que decíamos, nuestros diálogos con ella, y la edad a la que los decíamos. Al parecer, mamá también había dicho muchas cosas geniales cuando era pequeña, pero la abuela no las había

escrito y se habían perdido para siempre... o quizá éramos nosotros quienes las repetíamos ahora, recuperándolas, como una cinta de moebius magnetofónica. Quizá la vida no es más que una eterna repetición. Quizá, generación tras generación sea igual a regeneración.

Ahora tengo que sacar al pajarito a relucir, porque su sorprendente papel en nuestro drama familiar no terminó ni mucho menos el día en que le hice aquel masaje cardíaco. El *Señor Zombi* se había recuperado por completo y se estaba convirtiendo en un pequeño barítono. Al principio pensamos que era un gorrión, pero tenía un color más cremoso, como de arcilla verdosa y a veces cantaba. Aún era bastante pequeño y parecía encantado de quedarse. Nos interesaba poco la ornitología, nos iban más los experimentos de física, la geología, el cine americano, la minería y los fósiles, y, desde que mamá nos había hablado de las maravillas de la antigüedad, también nos fascinaba la arqueología. Vamos, que aunque todo inglés es ornitólogo hasta que se demuestre lo contrario, nosotros preferíamos cualquier cosa antes que la ornitología. Eso sí, al *Señor Zombi* le teníamos mucho cariño, sobre todo porque él nos lo tenía a nosotros, y lo habíamos instalado a media pensión en nuestro laboratorio. Yo me empeñaba en llamarlo «mi primer éxito médico» y mi hermano se empeñaba en corregirme, mientras María parecía ignorarnos, leyendo sobre el templo de Artemisa en Éfeso.

—*Señor Zombi* no es tu primer éxito médico, Richard, es tu primer éxito veterinario.

—Todos los corazones funcionan igual. Si hubiera sido una persona, también lo habría salvado. Dio la casualidad de que fue un pájaro.

—Anda, que estás bueno. Pues que sepas que nunca serás capaz de salvar a una persona porque mamá no nos compra el esqueleto y no sabes nada de anatomía humana.

—Yo quiero un esqueleto, pero también quiero que mamá me compre juguetes de Lego y no me gusta más el esqueleto que los Legos.

María tarareó algo a modo de asentimiento mientras contaba columnas dóricas, sin levantar la mirada de su libro. Ella no era amiga de los esqueletos, o eso creíamos, hasta que la dulce e inocente niñita nos

sorprendió a los fuertes y valentones muchachitos diciendo:

—Podemos pedirle a Jim que nos deje su cuerpo en herencia cuando se muera. Como es pobre, no tendrá dónde caerse muerto...

—María, eso que acabas de decir es genial, pero es también muy asqueroso.

—Me recuerda a Hamlet —dijo Michael—. Cuando el enterrador coge la calavera en su mano y dice: «Esta calavera es la de Yorick, el bufón del Rey» y luego se la pasa a Hamlet, que dice cómo le hacía reír de pequeño y lo llevaba a hombros. Pobre Hamlet. Todos pensaban que estaba chalado.

—¿Y no lo estaba? —pregunté yo.

—No, qué va. Era diferente. Era un poco como nosotros.

—¿En qué era como nosotros?

—Pues en que era huérfano y vivía en una casa muy grande, por ejemplo. Cuando has visto la muerte de cerca, te preguntas todo el rato por la vida. «Ser o no ser, he ahí la cuestión.»

—¿Quién es Hamlet? —preguntó la pequeña.

—Es el príncipe de Dinamarca, que es un país donde siempre, siempre hay algo que huele a podrido —le contesté—. Luego te pongo la peli de Kenneth Branagh.

—¿Y por qué huele a podrido? —preguntó la musical hermana.

—Porque todo el mundo oculta cosas terribles. No es un olor de verdad, es una metáfora —contestó Michael.

—Y porque en el palacio de Hamlet tienen muertos en los armarios —añadí—. Les pasa un poco como a nosotros cuando le hicimos la autopsia al calamar y luego se nos olvidó enterrarlo. Eso estaba más podrido que Dinamarca y que todos los países nórdicos.

María y yo nos reímos. Michael no. Él estaba muy pensativo. Siempre se quedaba así, como ido, igual que *Vicky el vikingo*, cuando le va a venir una de sus ideas geniales. Llevaba ya tiempo dándole vueltas a ese asunto de ir en busca de la calavera, y las palabras de María avivaron el fuego de la ilusión. Conozco bien cómo funciona su cerebro. Sé que todo lo que pensaba e iba madurando tenía que ver con su objetivo, la calavera del bosque, pero Michael tenía varios problemas con eso. El primero es que estaba convencido de que en el momento en que volviese a mencionárselo a Jim, él lo negaría.

Diría que se lo había inventado todo para asustarnos y ahí acabarían nuestras divertidas elucubraciones. Funcionábamos por instintos y preferíamos no salir de la duda y de la ficción de una historia tan emocionante. El dramático relato del asesino muerto de hachazo en la cabeza nos gustaba tanto que no queríamos chafarlo. Por otro lado, nos lo creíamos. El modo en que Jim había revivido su crimen, como volviendo al trance en que escapó de la casa de acogida, nos hizo sentir en la piel que quizá fuese cierto. No era tan descabellado pensar que Jim se había encontrado con un chalado en el bosque, que lo había golpeado en defensa propia, que lo había enterrado. Michael aprovechó para sacar el tema discretamente en la siguiente visita del vagabundo.

—Jim... ¿Qué pasó con el hacha?

—¿Qué hacha?

—El hacha... ya sabes... «el hacha que... abrió el... melón» —dijo Michael pronunciando esta última frase con un movimiento de cejas y ojos significativo y voz cómplice.

—Ah... te refieres a la noche en el bosque en que...

—Esa noche y esa hacha, sí.

—La enterré también. No quería quedarme con nada que pudiera incriminarme.

—Eso me imaginaba yo, pero no estaba seguro.

—No podéis hablar de esto con nadie porque me llevarán a la cárcel.

—¿A ti?

—Claro. ¿Qué crees que pasaría si alguien se entera ahora de que hay un cuerpo en el bosque y de que yo os lo he contado? Me meterán en chirona y nunca más os volveré a ver.

—Jim...

—Dime, Michael.

—¿Tienes testamento?

—No tengo nada que dejarle a nadie. Mira, aquí llevo mi libreta del banco. ¿Ves? Tengo exactamente ciento veintidós libras.

—Tienes otra cosa más y quiero ser tu heredero.

—Puedes ser mi heredero, no me importa, pero te juro que no tengo donde caerme muerto. No es que me preocupe mucho, pero me preocupa. No querría que mi cuerpo acabara siendo carne de prácticas en una facultad de medicina.

—Cuando te mueras, yo me encargaré de que tengas un buen funeral, pero necesito algo a cambio.

—¿Qué?

—Quiero que me hagas un mapa de dónde enterraste al desangrador del Hamble. Es el nombre que le hemos puesto a tu asesino-cadáver, ¿te gusta?

—Me parece magnífico. Cuenta con ello —dijo nuestro viejo amigo Jim.

Pero esa misma noche, mientras cenábamos, Michael le dijo a mamá que quería un detector de metales para hacer arqueología. María apoyó la moción con entusiasmo, porque quería encontrar anillos de la edad del bronce. Yo supe que mi hermano, en cambio, andaba tras la calavera del desangrador. No estaba dispuesto a esperar los veinte o treinta años que faltaban para que el bueno de Jim le dejara un cadáver en herencia.

Yo cumplía años el 20 de abril y mi madre aún seguía tejiendo su tapiz de la casa en el árbol. Aunque la construcción estaba ya lo bastante avanzada como para que la usáramos en nuestros juegos, nuestra capataza no cumplía con los plazos previstos. La casa tenía paredes y un tejado a dos aguas, terraza con barandilla y la trampilla con cerrojo que había pedido Michael. Mamá retiraba las herramientas para que, como en cada cumpleaños de un niño de la casa, nos subiéramos al árbol en nuestra loquísima representación de Joiners. Además de Trishy, que me sacaba dos cabezas, y de Alberto, que era ahora bastante gordo y casi no cabía por la trampilla, se habían sumado a nuestro grupo teatral una amiguita de María llamada Melinda López (una españolita morena y pizpireta que era un amor) y John Junior, el hijo del príncipe de Netley. En la fiesta de mi cumpleaños, «The little players» representaron (representamos) una especie de Hamlet recauchutado con la película *Dioses y generales*, cinta grandilocuente ambientada en la guerra de secesión americana, en la que Jeff Daniels suelta un monólogo espléndido sobre César

y el paso del Rubicón. Michael, por supuesto, era César; María era Roma; Trishy, algún romano enemigo de Pompeyo, y el Hamble, el Rubicón. La obra finalizaba con César a punto de cruzar el río:

—¡Oh, atronadora, que inspeccionas los grandes muros de Roma desde la roca Tarpeya!

La pequeña María salió de detrás de un árbol y dijo:

—Soy Roma. ¡¿Quién me llama?!

—¡Oh, casa de los dioses frigios y del clan de Eolo y de Kirinos que fue transportado al cielo, soy César! —dijo Michael.

—Quédate a ese lado del río, no tienes la suerte. Date la vuelta —dijo María en su papel de capital de la República.

—Oh, Júpiter del Lacio, sentada en la noble Alba y en los hogares de Vesta. Oh, Roma, igual a la mayor de las deidades, favorece mis planes.

—¿Y qué planes son esos tan importantes para que me despiertes a estas horas?

Trishy, disfrazada de romano, se acercó a Michael, que vestía coraza, faldas y laureles en la cabeza.

—Dile que no la perseguimos con almas impías.

—No te perseguimos con almas impías. Soy César, conquistador por tierra y mar, soldado tuyo en todas partes y también aquí, si me lo permites.

—¡¿Pretendes destruirme?! ¿Entrar con un ejército en mis calles?

—Solo quiero recuperar lo que me ha quitado Pompeyo.

—Lo pretende, Roma —dijimos los del coro—, pero te respetará.

—La guerra nunca respeta nada —dijo María.

—¡El hombre que me convierte en tu enemigo será el único culpable! —gritó Michael.

—La ley de la República no permite que un general cruce el río. Quédate en la Galia, no sigas, César. La misma ley que mantiene la paz nos trae con tus tropas la guerra fatri... frotri... fratro...

—¡¿Quieres decir fraticida, oh, Roma?!

—¡Eso, jolín! —dijo la pequeña Roma.

Los adultos rieron.

—Lo sé, hermosa entre los inmortales, pero no me queda otro remedio. Debo cruzar el Rubicón.

Entonces, los niños se subieron a la barca, y con Michael y John Junior a los remos, cruzaron el Hamble. Yo me quedé en tierra porque, como casi siempre, me tocó hacer de narrador y dije:

—Y este era el fin. El fin de los tratados. El fin de las conversaciones. Cuando César cruzó el río y llegó a la orilla opuesta, se puso en pie y dijo...

Michael, en su papel de César, se puso en pie en la barca y con gran emoción gritó:

—¡Aquí abandono la paz y la ley profanada! ¡Fortuna, es a ti a quien persigo! Adiós a los tratados. Desde ahora, la guerra será nuestro juez.

El príncipe de Netley, mamá, la anciana Daniels, Tony y su mujer, Lulú y el mismísimo señor Marsh —que había venido a ver a su nieta Trishy disfrazada de romano y a traernos unos helados buenísimos— aplaudieron a rabiar.

Los asuntos amorosos se complicaron precisamente ese mes en que el autor cinemático-teatral, Michael, recibió varias películas nuevas: *Nacido el 4 de julio* y *Platoon* y la serie *Hermanos de sangre*. También consiguió, a base de ponerse muy plasta, y con la ayuda de María, que mamá nos comprara el detector de metales. Era el hombre pequeño más feliz del Hamble. A la tarde siguiente, mi hermano quiso que todos fuéramos de excursión a determinada parte del río, cerca del árbol danzante. Se puso muy muy pesado. Todos los adultos, hasta Jim, estaban ocupados. Como teníamos prohibido ir con la barca más allá del puente de Burlesdon, mi hermano estaba que echaba humo.

—¡Al fin tengo la herramienta necesaria para localizar nuestra calavera y no me dejan moverme de aquí!

—No te dejan moverte porque aún eres pequeño y río arriba es peligroso.

—No es peligroso. Es perfectamente seguro. Lo que es peligroso es navegar hacia el mar, pero en cuanto llegas a la bifurcación de Botley este río es un pobre hombre escuchimizado.

—¿Y por qué nunca hemos ido solitos hacia Botley? ¡Yo te diré por qué! ¡Porque nos tienen dicho que es peligroso ir solitos! —le dije.

De lejos nos llegaba la vocecita de María haciendo escalas.

—A ver, hermano, se me está ocurriendo...

—No, Michael. Déjate de ocurrencias. No podemos ir en la barca más allá del puente de la autopista y yo no pienso ayudarte.

—Calla y escucha. Mamá nos ha prohibido remar río arriba, pero no nos han prohibido caminar río arriba.

—No se puede llegar caminando, y menos si vamos cargando con un detector de metales. Es una marisma impenetrable. Es como la película esa que te da tanto miedo, *Southern Comfort*.

—Ostras, sí... en la que los soldados que se han perdido en un manglar van muriendo uno a uno... En eso tienes razón. ¿Pues qué hacemos?

—El holandés dijo que volvía esta noche de la isla de Wight. Mañana por la mañana le decimos que nos acompañe en la canoa —dije con tono de hombre razonable.

—Está bien. Se lo diremos a Tom.

Pero Michael era Michael y, cuando se enganchaba a un hueso, era un chihuahua tenaz. No soltaría de sus imaginarias fauces esta calavera ni por todos los por favores del mundo, ni por todo el oro del mundo. Pasó el resto de la tarde poniéndose pesado y pesado y pesado. Al día siguiente, bien temprano, le dijo a mamá:

—He leído el parte meteorológico. No va a haber huracanes, ni tormentas, ni tsunamis.

—Cariño, no. Me da miedo que vayas solo. No es una excursión para un niño pequeño.

—Los indios marraquis tienen su iniciación a los siete años. Los dejan solos en el monte y están obligados a cazar una gacela. Yo ya casi tengo ocho, tengo una barca, un detector de metales, sé remar de maravilla y nadie me manda cazar gacelas. ¿Qué puede salir mal?

—Justo lo que no nos podemos imaginar. Que te quedes atrapado en algún sitio y no puedas pedir ayuda. Que te caigas y te rompas una pierna. Que te metas en una ciénaga. ¿Por qué no se lo quieres decir a Jim o esperas a que vuelva el holandés?

—¡No! Quiero ser un indio iniciado y adulto por mí mismo. Si no me das permiso, me escaparé y tendré que hacer mi viaje en condiciones mucho más peligrosas, con nocturnidad y sin preparación.

Al fin, para incredulidad de mayores y adultos, mamá claudicó. Le preparó una mochila con viandas. Le dio el teléfono móvil de repuesto. Le programó la alarma del móvil para que sonase a los cuarenta y cinco minutos. A ese toque, debería dar la vuelta y volver, estuviera donde estuviera.

—Cuando suene la alarma, te vienes para casa, ¿está claro?

—Vale.

—Dime una cosa, Michael... esos indios...

—¿Los marraquis?

—Te los acabas de inventar, ¿verdad?

—Sí.

—OK, cariño. Vamos a preparar tu excursión.

Michael era el niño valiente más cobarde que yo he conocido y después de convencer a mamá, trató de liarme a mí para que fuese con él. No me dejé. Yo era muy responsable y muy serio y un niño serio no iba a marcharse a buscar tumbas siniestras, navegando en aguas tenebrosas con un capitán de siete años y diez meses, por muchas ganas que tuviera de hacerme con la calavera del desangrador del Hamble.

Mamá, que fingía no estar nerviosa, se instaló en el salón, cruzó los dedos y le vio marchar después de hacerle jurar otras mil doscientas veces que se daría media vuelta en cuanto sonara la alarma del teléfono. Habíamos calculado que el viaje hasta el árbol danzante duraría unos veinte minutos. Era un día brillante, de remo fácil, agua resbaladiza y tranquila pero, aun teniéndolo todo a favor, Michael solo tendría media hora de búsqueda con el detector de metales para encontrar el enterramiento. La excursión estaba destinada al fracaso, era una tentativa de muchas otras, un bautismo de fuego. Todos lo sabíamos. Le ayudamos a ponerse el chaleco salvavidas naranja, le ayudamos a cargar su detector y lo despedimos con vítores como si se fuera a la batalla de Trafalgar. También lo seguimos con la mirada hasta que se

perdió en el largo meandro del Jolly Sailor. Al cabo de cuarenta y cinco minutos, mamá volvió a instalarse en el salón, mirando hacia el río con sus prismáticos.

La excursión de Michael tendría consecuencias en varios corazones. El príncipe de Netley no quería a mi madre y mi madre no lo quería a él, pero John se había negado a buscar mujer en otra parte y diversión en otra parte y venía por Joiners House, como más tarde definiría el holandés, en plan perro del hortelano. Nos visitaba igual que Brian iba al salón de *snooker* para descansar de su mujer o igual que Jim iba a las meriendas de caridad de las damas del Hamble. Lo sorprendente era que mamá le hacía caso y aceptaba salir con John, como si ella también disfrutase de esas rutinas que, por rutinarias, son insufribles. Tom no lo soportaba bien, no por celos, sino porque, como nosotros, no entendía la actitud conformista de mamá.

—No soporto a este tipo —dijo Tom en un momento de debilidad.

—No te preocupes. A mamá no le gustan los aprovechados. Si John sigue viniendo y viniendo y viniendo para aprovecharse, no va a enamorarla —dijo mi hermano.

—John no quiere enamorarla. Han encontrado un equilibrio. Son como la Comunidad Europea, con sus normas y reglas y horarios y delegaciones.

—¿Y tú, a qué vienes aquí cada poco?

—Me gusta fondear en Joiners. Sois todos muy divertidos.

—¡Y una porra, Tom! —dijo mi hermano—. Mira, Richard, Tom está aquí cada dos por tres porque está haciendo igual que el chico de *Cinema Paradiso*, que se puso debajo de la ventana de la chica que le gustaba hasta que ella, emocionada por el gesto, le hizo caso.

Tom soltó una carcajada.

—O como el poeta Hafez —dijo la pequeñita, levantando la cabeza de uno de sus libros de historia.

—¿Hafez? —dijimos todos mirando a la pequeña María como si nos la hubieran cambiado por una catedrática.

—Mamá me estuvo leyendo un libro muy bonito que se llama *La reina del desierto* o algo así. Es de una niña listísima que se llamaba Gertrude Bell y que escribía unas cartas muy bonitas llenas de faltas de ortografía y que hablaba de su gato y que también viajó por Persia y era arqueóloga y alpinista. Esa señora cuenta que el poeta Hafez quiso enamorar a la chica que le gustaba y cogió y se fue a una ciudad muy antigua, no sé cuál, a estar sin dormir durante cuarenta noches para que le dieran el don de la poesía. Lo que pasó fue que a la noche treinta y nueve, la chica le dijo «vale, venga, me has convencido, te daré un besito», pero él dijo que no, que, ahora, se esperase un poquito, que el don de la poesía bien valía quedarse despierto una noche más.

Todos la miramos bastante admirados. No estábamos acostumbrados a que María explicase cosas tan estupendas, con frases tan largas, pero desde hacía unas semanas no dejaba de leer y de hablar y de preguntar y se encontraba tesoros como estos en los libros. La música había pasado a un segundo plano.

—María, lo que acabas de decir es genial y, además, lo has hecho sin tartamudear.

María sonrió feliz. Michael volvió al tema del amor y añadió:

—Pues que sepas, Tom, que te está fallando el argumento. Para impresionar a mamá no tendrás que hacer un gran gesto por ella. Tendrás que convencerla de que no la vas a dejar tirada con el corazón abierto, porque ¿sabes una cosa?, los corazones son como las puertas. Hay que cerrarlos al salir y al entrar y tú te has metido en su corazón, pero aún no has cerrado la puerta.

Tom soltó una carcajada, después miró a Michael con mucha ironía y le contestó:

—Los dioses de la reencarnación nos borran la memoria antes de nacer de nuevo. Contigo, Michael, hicieron una excepción.

—Y tanto. ¡Cuando era bebé, mamá le llamaba «mi pequeño lama»! —añadí riendo.

—No me extraña. Michael, a veces me pregunto si tienes siete años o tienes diecisiete. ¿Qué puedes saber tú de amor?

—Mucho. He visto películas. Sé lo que es el amor, al menos en teoría. En la práctica no pienso saberlo jamás, pero en las películas lo explican muy bien.

—¿Y qué películas son esas?

—*El final del romance*, con Julianne Moore y otro actor muy paliducho que ahora no sé cómo se llama.

—¡Pero esa película tiene muchas escenas de sexo!

—Ya, y son un rollo. Cuando llegan las escenas de besos miro para otro lado porque me dan mucho repelús. En esa película ella rompe con él y tienen unos cuantos malentendidos y, luego, la señora esta se muere tosiendo igual que murió papá. En realidad, toda la película es un rollo. Un rollo muy bien hecho.

—Sí, esa es. Desde luego, conoces tu cine, Michael.

—Tom... —dijo la pequeñita—. ¿Tú eras amigo del papá de Michael?

—Sí. El papá de Michael y de Richard también era tu papá, cariño.

—No, yo no tengo papá. Yo solo tengo mamá.

—¿Y erais amigos de pequeños? —dijo yo.

—Sí. Muy amigos, yo viví aquí durante un año y vuestro abuelo nos enseñó a construir violonchelos. Hablando de violonchelos... María, vamos a dar nuestra clase antes de que me hagáis confesar lo inconfesable, o me convenzáis de algo tremebundo sobre el amor, que veo que me tenéis calado.

—Tom... solo una cosita más —dijo Michael.

—¿Sí?

—¿Por qué sales con tantas chicas y nunca sales con mamá?

—Porque ella no quiere ser la princesa de ningún cuento.

—Pues entonces eres perfecto —dijo María.

—¿En serio?

—Claro, porque tú eres como el pirata Roberts y mamá es Buttercup.

Y así estaban las cosas el día en que Michael salió en busca de la calavera. Tom era el pirata y John de Netley, el aburrido príncipe. John era como un funcionariado del amor, seguro, boyante, con liquidez y honestidad, y Tom era el peligro, la oscuridad, la incertidumbre marinera. John era una compañía

imperfecta. Tom, un perfecto desconocido. Durante muchísimo tiempo estuvimos dudando sobre cuál era mejor, hasta que un día se nos cayó por la escalera la bola de malaquita que nos había regalado el príncipe. Se le hizo un desconchón y vimos que, en realidad, de malaquita no tenía nada. Cuando descubrimos que era una imitación china de resina supimos que mamá salía con John para evitar a Tom.

John fastidiaba mucho porque se la llevaba a cenar a algún *pub* campestre todas las semanas, porque mamá se quedaba a dormir en su casa un sábado de cada dos y porque su hijo, John Junior, que tenía un año más que yo y era bastante lento para memorizar diálogos de películas, se había unido a nuestra banda durante los quince días que duraba el verano con su padre. Mientras tanto, nosotros nos habíamos enterado por Jim de todo lo que pasaba en el mundo de los adultos, porque Jim, además de vagabundo y músico, era también una especie de anfibio que sabía respirar en el mundo de los niños y en el de las personas. Recuerdo que fue el día en que descubrimos *Pequeño gran hombre*. Después de verla entre carcajadas en el laboratorio, Jim nos contó que el holandés estaba absoluta, profunda y completamente enamorado, desquiciado y deseoso de besar a nuestra madre.

—Jim, eso es absurdo. Tom es un hombre inteligentísimo, ¿por qué querría un hombre inteligentísimo besar a nuestra madre?

—Porque la quiere.

—Ya, pero se puede querer y ser querido sin besos de por medio, ¿o no?

—A lo mejor es porque quiere tener bebés con ella —dijo María—. Los mayores se besan para tener bebés.

—La gente se besa para casarse y compartir casa, no solo para tener bebés y, además, los humanos cada día tienen menos bebés. Lo escuché el otro día en las noticias.

—Pues yo creo que se casan para que no se les termine el amor —dije yo.

—Eso. Para jurarse amor eterno. Como Buttercup y Westley en *La princesa prometida* —añadió María.

—Jurarse amor eterno —dijo Michael—. ¡Qué tontería! Eso es como cuando me enfado con Richard y le digo que no volveré a hablarle jamás de los jamases, para toda la eternidad y, luego, a los cinco minutos, se me olvida y le hablo. Nada es eterno.

—Hay gente que lo que promete lo cumple —nos dijo Jim—. Igual que vuestra madre con la casa del árbol, y por cierto... espero que logre conservarla. Qué mala suerte. Ya me he enterado de que os la quieren derribar.

—¿Cómo?!

—¿Qué?!

—¿No lo sabéis?

—¡Noooo! ¿Quién nos la quiere derribar?

—El ayuntamiento. Un vecino se ha quejado de que es una construcción ilegal. Al parecer, le quita intimidad.

—¿Quién ha sido el gilipollas?

—Creo que ya he metido bastante la pata —dijo Jim apesadumbrado—. De todas formas, no sé quién ha sido.

—Oh, no, no, no... —dijo María entonando cada «no» en una nota distinta de la clave de sol.

—No te preocupes, hermanita. El que quiera derribarla no sabe quiénes somos los Martin.

—Dime que esto se va a arreglar.

—Esto se va a arreglar.

—Volviendo al holandés y ese beso... —dijo Jim—. ¿Vosotros no podéis convencerla?

—Nosotros no la convencemos nunca de nada. Además, ella no quiere al holandés. Ella no necesita un hombre.

—Claro que no necesita un hombre y por eso le quiere, porque él tampoco necesita una mujer. Le quiere muchísimo y, si él la besa, acabarán juntos para siempre.

—¿Un solo beso? ¿De verdad tiene tanta importancia un beso?

—Así es como la conquistó vuestro padre. Con un solo beso.

—Igual es porque un solo beso es como cruzar el Rubicón —dije yo.

—¡Sí, es por eso! —gritó María.

—¿En serio? —dije incrédulo por tanto entusiasmo.

—¡Claro! ¡El beso es como cruzar el Rubicón porque Roma es amor al revés!

Los veinte minutos que debía haber tardado Michael en volver a remo de donde se suponía que estaba el árbol danzante se convirtieron en veintidós y aunque el príncipe de Netley estaba enloqueciendo a mamá con una conversación muy amena sobre el mercado de valores, ella no estaba dispuesta a esperar un doloroso segundo más.

—Discúlpame, John. Estoy preocupada por el niño.

Mamá se disponía a salir en busca del pequeño navegante cuando arribó Tom y amarró su barco en la boya de Joiners. Mamá le hizo gestos con la mano:

—¿Estás ocupado?

—No.

—¿Y te importaría estarlo?

—Por ti lo dejo todo. ¿Quieres fugarte conmigo?

—Sí, algo parecido.

—Tengo dos pelirrojas en el yate, pero no pasa nada, las enamoraré más tarde.

—Quiero ir a buscar al niño. Se fue río arriba hace más de una hora y estoy preocupada.

—Pues sube a la lancha, te llevo con una condición.

—¿Cuál?

—Que esta noche le des puerta al príncipe de Netley y vengas a cenar al *Pequeño Arethus*.

—¿Y las pelirrojas?

—Son dos langostas recién cocidas.

—No, gracias, soy vegetariana. ¿Y ahora, me llevas río arriba o me busco una canoa?

—Al menos un beso. Un beso de la mujer más original del Hamble.

Mamá no estaba para mucha guasa, pero sonrió. Él no insistió más y los extraños camaradas subieron río arriba en el fueraborda. María y yo nos quedamos a cargo de Lulú.

Creo que no he contado quien es Lulú. En el hostel había tres doncellas. Se turnaban para limpiar, hacer las habitaciones, echarnos un ojo cuando mamá tenía que salir a alguna parte y servir los desayunos. Lulú, que en realidad se llamaba Laura, era española y, además de hacer el beicon más crujiente de este lado del Hamble, nos infligía de cuando en cuando aburridísimas clases de escritura en lengua española porque Lulú, supuestamente, era filóloga. Ya sé que ser filóloga suena a algo importante, pero Lulú ya tenía casi cuarenta años y que nadie supiera, jamás había ejercido de filóloga o había preparado oposiciones a nada o daba clases de español en una academia o daba clases de nada o escribía cuentos en secreto o era de conversación amena. Todo el mérito de Lulú para dar clases de español era el de haber nacido en un pueblo de Murcia, que nada tenía que ver con nuestra forma de interpretar el mundo, así que en lugar de murciana, bien podía haber sido marciana. María y yo estábamos jugando en el salón de atrás, mirando de cuando en cuando hacia el embarcadero, ansiosos por ver regresar al hermano aventurero, cuando entró Lulú.

—Chicos, olvidé decirle a vuestra madre que tengo cita en el dentista. Se queda Tony con vosotros. Está en el bar, ¿vale?

—Ah, vale.

—Portaos bien, ¿eh? Que si hacéis algún estropicio vuestra mamá me despide.

—Vamos a jugar a los museos —dijo la pequeña.

—O al incendio del templo de Artemisa.

—Mejor jugad a los museos, lo segundo suena peligroso.

—OK —respondí.

—Genial. Lo dicho. Tony se queda y, si le buscáis, está en la barra.

—Lulú —dije yo—. ¿Tú sabes por qué cuando comemos algo muy frío sentimos por los dientes como un calambre eléctrico?

—No, cielo.

—¿Y ya que vas, te importa preguntárselo al dentista?

—Lo haré y mañana te lo cuento.

—Oye, y pregúntale otra cosa más.

—Dime.

—Yo sé que en los huesos se fabrica la sangre, pero pregúntale, por favor, que si en los dientes también. Es importante.

—Vale, Richard. Yo se lo preguntaré todo.

Lulú se marchó antes de que siguiéramos interrogándola y María me dijo:

—La dentera no es como un calambre, Richard. Estás muy equivocado. Es como si un montón de fantasmitas te atravesaran los dientes.

Estuve de acuerdo. El tiempo pasaba, nos aburríamos de estar en el salón, así que nos marchamos al laboratorio a darle de comer al *Señor Zombi* sin imaginar que en ese momento se desalineaban los planetas humanos de Joiners. No vimos que Michael acababa de entrar en casa por la puerta principal y que se había cruzado con Tony en el bar.

—Hola, Tony. Ya estoy de vuelta. ¿Y mi madre?

—¿De vuelta de dónde?

—De una excursión fallida. Iba a ir hasta el árbol danzante, pero me encontré a un excursionista patoso que se había roto un tobillo y tuve que llevarlo en mi barca hasta el Jolly Sailor.

—¿Y qué ha pasado con la barca?

—La dejé amarrada en el Jolly Sailor. Se me hacía tarde y no quería preocupar a mamá, pero veo que no está preocupada.

—No, no debe de estarlo si ha salido y os ha dejado a mi cargo. Por cierto. ¿En qué has venido?

—La policía me ha acercado hasta aquí. Querían ponerme una medalla por salvar a un excursionista, pero no les he dejado. Les he dicho que yo las heroicidades las hago siempre por amor al arte.

—¿En serio?

—No, Tony. Me encontré con Brian y me ha traído en su coche. ¿Oye, seguro que no sabes a dónde ha ido mi madre?

—Ha salido con el holandés, creo. ¿Con quién si no? A ver si le pide que se case con ella.

—Mi madre no se casará con nadie. ¿Para qué iba a casarse? ¡Qué manía tenéis los adultos con las bodas!

—Lulú y yo estamos casados y somos muy felices.

—¿Tengo cara de que me importen las bodas de los demás?

—No, Michael.

—OK. Si ves a mi madre antes que yo dile que obedecí sus instrucciones y que me subo a mi cuarto a ver una peli.

Para cuando llamamos a mamá para contarle que Michael había vuelto a casa dos minutos después de salir ella, la marea ya se había retirado, mamá y el holandés ya se habían quedado atrapados en el barrizal y eran ellos los que necesitaban ser rescatados. El río no tenía calado para meter el motor del fueraborda en el agua y decidieron llamar a Jim para que fuese a buscarlos con la canoa. Solo quedaba esperar. Esperar juntos, embarrados, helados, con el atardecer encima.

—Estás tiritando.

—Estoy empapada.

—Toma mi chaqueta.

Tom se quitó su chaqueta, se la puso a mamá sobre los hombros, ella sintió un escalofrío, se miraron a los ojos, que es como se mira la gente cuando se quiere besar. Se miraron con la seguridad de saber que se morían por besarse, porque no se besan las personas, se besan los corazones y eso no hay cerebro que lo remedie. Pero Tom no la besó. Se dijo: «No, hasta aquí he llegado. Roma es Roma y esta pobre Roca Tarpeya no se merece que le caigan encima mis ejércitos». No lo hizo. No la besó. Tom sabía que ella quería ser besada, pero también que, como siempre, mi madre tenía razón. Un dulce momento presente podía cambiar toda la complicidad que sentía a su lado y acabar con los días felices. Todo, todo, todo cambiaría si la enamoraba y la dejaba, que era lo que siempre sucedía. «Las enamoro y las dejo. Las enamoro y las dejo. Es una maldición.» Él, al principio de conocerla, se había sentido confuso porque no había mujer que se le hubiera resistido jamás. No entendía si esta madre nuestra era extraña, era demasiado libre o, si acaso, tenía cerrado el corazón. Pero no lo tenía cerrado. Lo tenía lleno. Lleno de su amor por los hijos y el río y las flores del jardín inglés y las dosis de coqueteo y compañerismo. No quería cambiar ese mundo por un beso. Mamá, por su

parte, temió ser besada y no fue besada y, lejos de sentir alivio, sufrió desolación. Roma necesitaba a César, pero pasó el instante, como un tren que se pierde en la niebla. A cambio, Tom se sentó en la orilla.

—Ven, siéntate entre mis piernas. Te daré un poco de calor con mi cuerpo.

—No tengo frío.

—¿Me tienes miedo?

—No seas pesado.

—Mañana me marcho.

—¿A la isla de Wight?

—No, más lejos. No creo que vuelva en mucho tiempo.

—Te echaremos de menos. Los niños te han cogido muchísimo cariño.

—¿Y tú no me has cogido cariño?

—He procurado no hacerlo. No lo he conseguido.

—Si me das un beso, me quedo.

—Muy gracioso.

—Sabes que acabarás cayendo en mis redes. Soy irresistible.

—De acuerdo. Te besaré el día en que termine la casa en el árbol.

El holandés rio.

—Ya me sé el viejo truco del tapiz de Penélope. Con tal de no cumplir la promesa, jamás la terminarás.

—Es verdad. No soy buena terminando proyectos.

Tom le dijo:

—Un día le dijiste a John... ¿Cómo lo llaman los niños? El príncipe de Netley.

—Son muy ocurrentes.

—Sí, son estupendos, pero no me cambies de tema. Un día le dijiste al príncipe de Netley que todas las historias de amor acaban bien.

—Sí. Lo recuerdo. Él no me entendió. Creyó que me refería a que la gente que se quiere de verdad acaba junta, casada y feliz, como dicen los cuentos. Yo quiero salirme del cuento.

—Lo he notado. ¿De verdad crees que cuando hay amor, amor verdadero, las cosas no terminan en sufrimiento aunque terminen, aunque haya un final?

—Yo sufro. Sufro mucho con este dichoso duelo, pero no siento que mi historia de amor haya acabado mal. David sigue estando conmigo. Su amor por mí y mi amor por él son una ficción poderosa.

—Una ficción... real.

—Sí. Una fantasmagoría. No te vayas. ¿Por qué quieres irte? ¿No somos todos felices así? Contigo entrando y saliendo, enamorando mujeres, entreteniendo a mis hijos, con Jim entrando y saliendo, contando historias de orfanatos, tocando el blues, con las clases de violonchelo y las representaciones teatrales y las charlas junto al fuego. ¿No somos mucho mejor que una familia tradicional? ¿No somos como el río, lleno de barcos y de acción?

—Claro. Es un buen puerto, pero los barcos no están hechos para vivir amarrados. Se les llena el casco de percebes.

—Pues nos comemos los percebes.

—Eres graciosa.

—En fin, no me importa. Me dejas sola, pero estoy acostumbrada.

—Sola no. Tienes a tu príncipe de traje azul.

—Ya no volverá por aquí... hemos roto. Tiene el corazón en las rodillas.

—¿Cómo?

—Es una larga historia. La cosa es que los príncipes solo saben ser perfectos y para ser feliz hay que adorar la imperfección.

—¿Y crees que yo soy feliz?

—Sí. Eres del todo imperfecto.

El holandés sonrió. Tras una pausa, mamá le dijo:

—Dime una cosa, tengo curiosidad. ¿Qué os pasó a David y a ti de pequeños?

—Nada.

—Os pasó algo. A veces tenía pesadillas con algo que os pasó junto a una valla y decía tu nombre.

—¿En serio?

—Sí. Nunca me lo contó.

—No sé.

—Vale, no me lo cuentes.

—Si me dejas que te bese, te lo digo.

Mi madre soltó una carcajada.

—No hay trato.

—¿Por qué?

—Porque si me besas, seré tuya para siempre. El beso es rendición.

Tom se acercó a ella, ella se dejó *cercar*, pero un carraspear y un tronchar de ramas les avisó de la llegada de Jim. Su salvador.

Tom se despidió de todos. Se marchó al día siguiente. Por primera vez desde que estábamos en Hamble, mamá se puso enferma. Tan enferma que tuvo que meterse en la cama.

Somos personas

Cuando un velero corta las aguas de Southampton hacia la desembocadura de nuestro río, el patrón se encuentra con este cartel:

BIENVENIDO AL RÍO HAMBLE
VELOCIDAD MÁXIMA SEIS NUDOS
SINTONICE FRECUENCIA DE RADIO HAMBLE VHF, CANAL 68
CÁMARAS DE VIGILANCIA EN ACCIÓN

—Un río ancho, lleno de tráfico, motoras, veleros lentos y rápidos, niños en pequeños botes, piragüistas y remeros, puede dar cierto miedo, pero no hay de qué preocuparse. No es complicado navegar por el Hamble —le dijo Michael a su protegido. El muchacho se llamaba Louis y lo habíamos recogido en la isla de Wight para llevarlo con su padre, que vendría a buscarlo a Hamblele-Rice para las vacaciones de verano. Louis era un caso difícil, un chaval con mucha imaginación para la ciencia, que ya había pasado por dos colegios y mucho sufrimiento antes de que Michael empezase a trabajar con él. No he dicho a qué se dedica mi hermano. Es profesor de física, matemáticas y carpintería. Un profesor muy peculiar. Se dedica a dar clases de enriquecimiento a niños superdotados, o de altas capacidades, como se les llama en España. También tiene algún disléxico y alguno de estos que ahora llaman hiperactivos y que, en muchos casos, solo son niños hartos y muy aburridos, con ganas de aprender en movimiento. Es así de simple. Los niños geniales quieren aprender cosas geniales. Los niños geniales no quieren integrarse porque, para ellos, integrarse es desintegrarse. Son chavales que no logran destacar en el colegio y a los que mi hermano comprende como nadie le comprendió a él. Y qué cosas tiene la vida, Michael ahora construye con ellos en verano... casas en los árboles.

Aquel día de la cremación en el que volvimos a Joiners, pasamos primero a ver al señor Marsh. He hablado poco de él y su papel es crucial en esta historia. Todos tenemos un papel que, no por diminuto, deja de ser fundamental, como el del boticario de Romeo y Julieta. Amarramos en el malecón del ferri durante unos minutos para dejar a Louis, que se abrazó a su padre con la felicidad del que ha sido encontrado y se ha encontrado a sí mismo. La felicidad del que se ha encontrado y se ha gustado. La felicidad de existir. Michael, María y yo nos acercamos al puesto de los helados del señor Marsh. Atendía una rubia teñida encantadora, a la que conozco desde los seis años.

—¿Trishy?

—¡Chicos! ¡Abuelo, han venido los Martin! ¡Empieza el veraneo, al fin! ¿Richard, qué te ha pasado en el ojo?

Mi parche pirata era llamativo y como todo el mundo me preguntaba, tenía lista la respuesta como una letanía.

—Una operación sin importancia. Todo bien.

—¿Os apetece un helado?

—No podemos —le dije—, pero queremos invitaros al cumpleaños de Michael, que es pasado mañana. Como cada 4 de julio, habrá fuegos artificiales caseros y mamá celebrará su famosa tómbola en beneficio de la lancha guardacostas.

—Nos lo ha dicho Ana. Pasó por aquí antes de ir a Eastleigh y dejó recado para vosotros. Que no os preocupéis, que no lo entierran hoy.

—¿No? —dijo Michael sorprendido.

—¿No lo sabes?

—¿El qué? —contestó mi hermano.

—Jim te ha dejado sus cenizas en herencia con una carta bien gorda. Te toca decidir lo que haremos con él.

Nos miramos desconcertados.

—Algo sabíamos, pero pensábamos que era una broma de mi madre.

—Ella os lo explicará, aunque después de la cremación pensaba ir a comprar cosas para la tómbola. Dijo que la esperéis en Joiners, pero que tardará. ¿No sería útil que se comprara un teléfono móvil y os llamara para deciros estas cosillas?

—Como diría mi madre, sería útil, pero le quitaría todo el suspense a la vida.

Reímos.

—Oye, pues danos un litro de helado de vainilla y así la esperaremos mucho mejor —le dije yo.

El señor Marsh me sirvió. Como siempre, fui a pagarle con un billete de diez libras. Como siempre, me dijo:

—Tu dinero no sirve en esta casa, Richard Martin.

—No es para pagar los helados, es para pagar los *flakes*.

Los *flakes* son esos palos hechos de hojuelas de chocolate que los ingleses clavan en los helados de cucurucho y que me chiflan. El heladero rio y cogió el billete. Caminamos de nuevo hacia el *Memento*. La tradición nos hizo darnos la vuelta. Por nuestra culpa, al señor Marsh se le había formado una buena cola. Los excursionistas esperaban impacientes para comprar su helado. Les ofrecía su rostro más cascarrabias. No había perdido la fiereza de su juventud.

En la distancia, el ferri rosa hacía pop-pop-pop, cruzando las anchas y suaves olas del río, formando con su estela un ave de espuma de alas abiertas. Algunos niños les arrojaban pan a los cisnes en la orilla, decenas de chavales rubios, pelirrojos, morados de frío, vestidos con calzoncillos y camisetas viejas, se tiraban desde el muelle al agua, para subir de nuevo por la rampa de los *dinghies* y volver a tirarse. Íbamos pertrechados con nuestros chalecos salvavidas, las gorras marineras, como actores que interpretan un papel principal entre la fauna del río. Los chavales nos miraron con reverencia. Nos miraron como nosotros mirábamos de niños a los hombres. Pensé que al fin éramos personas. Soltamos amarras. Estábamos a cinco minutos de Joiners House.

Tercera parte

Las cartas

de Michael

Orfandad

Michael Martin
Joiners House B & B
7 Old boatyard Lane
Hamble-le-Rice
SO3 5HJ

Tom Dutchman
PO BOX 173734
Southampton
Hampshire

Querido Tom:

Te habría encantado la tormenta. Estuve observando los barcos y me resultó muy interesante ver lo bien diseñados que están para el viento. Creemos que están diseñados para el agua, porque flotan, pero la flotabilidad es fácil, lo difícil es el equilibrio. Era bonito verlos anclados en el río, resistiendo al huracán. La gravedad los clavaba en su sitio, la escasa fricción del agua bajo sus quillas los mantuvo estables a pesar de las olas. Solo uno se escoraba peligrosamente porque el foque se había soltado un poquito y la vela ofrecía resistencia. El truco para mantenerse en equilibrio es no ofrecer resistencia. Para que no te lleve el viento, solo hay que encarar el viento. Eso me lo enseñaste tú cuando me explicaste lo que es aproar el barco. Se aprende mucho mirando cómo afecta el viento a las cosas, los barcos, los árboles y las personas.

Yo debería aprender la lección y no ofrecer resistencia, pero no lo consigo. La señorita Shank me tiene muchísima manía. Yo no le tengo manía a ella, pero no me gusta un pelo su cara. Me odia. Cree que no sé escribir y le ha dicho a mamá que, para demostrárselo, tengo que hacer una redacción de diez páginas para fin de curso o me obligará a repetir año 3. No me importaría repetir, si no fuera porque hacer otra vez todas las tareas aburridas me va a matar. Esto me recuerda algo que dijo ayer Richard. Dijo:

—Mami, ¿sabes qué es lo contrario de la felicidad?

Mami respondió:

—¿La infelicidad?

—No —contestó Richard—. Lo contrario de la felicidad son los deberes.

¿A que es genial? Mis hermanos son muy divertidos. Al menos, hay una buena noticia en todo este rollo del colegio. La señorita Shank se ha pedido la baja y Pete se queda de tutor hasta el fin del trimestre. ¡Bieeeeeen! Eso no me salva de escribir la redacción, pero es mi gran esperanza para algo, no sé qué. Mamá está un poco alterada con eso porque no me da la gana escribir y tuvimos esta conversación:

—Mamá... —le dije—. ¿Tú crees que se puede inventar una máquina para leer el pensamiento? ¿Y un teletransportador?

—Pues... Es posible. No lo sé. ¿Yo te he hablado de Julio Verne? —me dijo ella.

—Ah, sí. El del viaje al centro de la tierra y a la luna y todo eso. Sí. Pero ya te veo venir. No, yo no quiero escribir historias con mis inventos.

—Te quedarían genial. En serio, deberías escribir todas esas ideas que tienes. Tendrías muchísimo éxito.

—¿Éxito? ¿Con una historia que se vende por veinte libras? Escribiendo no me haré millonario. Me haré millonario siendo ingeniero e inventando cosas que se vendan por miles de euros... pero el mundo no me deja ser ingeniero porque soy un niño pequeño. Los niños no tenemos libertad. Mamá, ¿por qué los adultos no creen en la libertad de los niños?

No supo responderme. ¿Sabes, Tom?, te echo de menos. No encuentro compañero de ajedrez. Richard te echa de menos y María no ha tocado el violonchelo desde que te fuiste. No quiero darte pena, pero... bueno, sí quiero darte pena. Espero que entiendas mi letra. Espero que vuelvas. Mamá ya ha terminado la casa en el árbol. Yo creo que la ha terminado por ti y ayer le recordamos su promesa. Todos queremos que vuelvas.

Con cariño,

Michael

Cuando todo parece que va genial, que no puede ir mejor, todo se tuerce y no puede ir peor. Esa frase que le dije a mi madre con cinco años, se hizo realidad de nuevo en el mes de mayo. Efectivamente, como ya nos había anticipado Jim, el ayuntamiento había decidido atender las quejas de uno de nuestros vecinos, y un experto municipal vendría a inspeccionar la casa del árbol y a decidir si se trataba de una construcción temporal —como las casetas en kit que cualquiera instala en su jardín sin necesidad de un permiso oficial— o si, por el contrario, la casa del árbol era una construcción permanente, que requería licencia municipal y permisos de varios departamentos, con sus timbres y sus sellos de colores y, por tanto, ilegal y digna de ser demolida. A este potencial desastre, se sumó que mamá

rompiera para siempre con el príncipe de Netley. Ya no le interesaba salir con él al cine, ni a remar, ni ir con él a mirar los petroleros desde su terraza de lujo entre las almenas del castillo. Tom se había marchado y nos sentíamos, de nuevo, huérfanos.

Ser huérfano es una cosa curiosa. Es como una profesión que se aprende. Ahora pienso en Jim. Él nos daba grandes lecciones de orfandad. Jim era un huérfano mítico. El dios de los huérfanos. El huérfano padre. Era la madre de todos los huérfanos. En las veladas del laboratorio, nos hablaba de su infancia al son de la lumbre. Su pasado era un ser vivo, independiente, que se reproducía a voluntad, como una canción dentro de un magnetófono o una película de emociones en sus ojos transparentes. Michael, Trishy, Alberto, María, John Jr, Melinda López y yo le mirábamos embobados, viajando en el tiempo, subidos a la melodía de orfandad. Las llamas de la lumbre se reflejaban en los ojos infantiles del viejo Jim. Llenaban un rostro anciano de colores, sombras y fogonazos. Hablaba despacio, con frases cortas, como quien se dirige a un extranjero que no domina el idioma. Usaba una voz de terciopelo, como si tuviera delante a los personajes de sus relatos y no quisiera ofenderlos con inexactitudes.

—Éramos niños y no éramos niños —nos dijo el vagabundo—. Dejas de ser niño el día en que se mueren tus padres y da igual lo pequeño que seas, que ya no eres un niño. Beryll cuidaba de nosotros en la casa de acogida. Ella estaba en el edificio de los chicos. Allí todos los adultos eran mujeres y ella era la jefa. Beryll llevaba puesto un delantal floreado de enormes bolsillos. En los bolsillos tenía miles de cosas que iba recogiendo aquí o allá. Juguetes, trozos de alambre, cordones de zapatos, chicles, pastillas de jabón, tornillos de alguna silla rota, el babero de alguno. Beryll fue lo más parecido a una madre que yo he tenido, aunque me acuerdo de mi madre. Claro que me acuerdo. Una madre no se olvida, porque, aunque se olvide con la memoria, una madre se te queda dentro. Siempre tenemos más cosas dentro de las que recordamos. En verano sacábamos grandes tinas de zinc a la calle y llenábamos las regaderas. Nos poníamos en bañador o en calzoncillos y nos íbamos regando unos a otros por turnos, a carcajadas, metidos en las tinas.

»Recuerdo una mujer que vino a ayudar un tiempo. Era muy guapa y era rica. Tenía un niño de unos cinco años. Sonreían todo el rato. Aquel pequeño nos parecía un milagro porque había nacido en un campo de concentración. La mujer se llamaba Moira, era judía holandesa. Después de la guerra se había casado con un médico de Londres. Los veranos venían a Hamble a disfrutar del paisaje y a hacer campañas de vacunación. Era doctora. Se hizo doctora después de salir del campo. Era inteligente y glamurosa, como vuestra madre, con unas cejas muy gruesas y muy negras y el pelo negro también y los ojos azules más bonitos. Los más bonitos del mundo, porque esos ojos habían visto cosas terribles y miraban desde un lugar diferente. Parecía una estrella de cine. Era Ava Gardner. Había estado en Auschwitz. De allí, la enviaron a una fábrica. Le ponía remaches a los V1, los misiles que mandaban los nazis a Londres durante la guerra y que tanto daño nos hicieron. Moira nos decía: “Siempre pensé que acabaría la guerra con vida. Nunca lo dudé. Tenéis que creerlo, creer lo que sea, saber que será, que será así, tal cual lo pensáis... y será. Es como la magia. Es como la magia”. Eso nos decía. Yo creo que los judíos que sobrevivieron tuvieron suerte, claro, pero también tuvieron esa especie de narración interior, de seguridad. El instinto de supervivencia no es solo desear vivir, es saberlo. No dudar de que uno va a vivir. Me acuerdo de que una vez se puso muy nerviosa y llamó a Beryll a gritos para decirle que en nuestro dormitorio había chinches. “¡Ese olor, ese olor! —decía Moira—. ¡Son chinches, es el olor de las chinches!” Beryll no podía creerlo porque tenía mucho cuidado con la higiene y las sábanas se lavaban y los suelos se restregaban con aquel jabón de petróleo, ris-ras, ris-ras, pero esta mujer, Moira, ¿os he dicho que se llamaba Moira?, le dijo a Beryll que reconocería el olor de las chinches en cualquier parte. Que en la fábrica alemana había chinches porque allí hacía calor. A los insectos les gusta el calor. A Moira no le hacía falta ver estos malditos escarabajos que se te meten en la cama y te pican. Ella los conocía por su olor dulzón. Un olor que jamás podría olvidar. Los aromas nos llevan a los sitios. Cuando algo me gusta mucho, algo que estoy viviendo, intento buscar un olor. Si es primavera, glicinas. Si es verano, lavanda.

Jim se quedó callado y terminó de comer su bocadillo. Abrazábamos nuestras rodillas, en silencio, pensando en chinches y aromas. Olía a fuego y a marea baja, que es una forma cálida, incluso agradable, de podredumbre. Era difícil imaginar el horror, la atrocidad, el exterminio. Lo de los judíos y la guerra y los campos de concentración. Mamá decía que fuera del tiempo, del contexto, nada es fácil de imaginar. Que cuando toda una sociedad, una sociedad entera, es manipulada o se deja manipular para que ponga sus frustraciones sobre una raza o una clase social, pasan estas cosas espantosas.

Jim se acarició el golpe de la frente. Si mamá no hubiera dado la alarma el día en que se fue a la deriva en su canoa, probablemente estaría muerto. Aún no le habían quitado los puntos, le dolía, y nos dijo que ya era hora de ir a descansar. Los niños nos dispersamos, pero Michael se acercó a él. Se miraron fijamente, como si hablaran con los pensamientos. Desde su vuelta del hospital, Jim no era el de siempre. Tenía una rara tristeza en la mirada, además de la nueva cicatriz.

—He hecho lo que me pediste, Michael.

—¿Y qué te pedí? —dijo mi hermano, sorprendido.

—Te he nombrado mi albacea testamentario.

—¿Y eso qué es?

—Es un tipo que se encarga de que se cumplan las últimas voluntades de alguien.

—Ah, genial... ¿Y el mapa? ¿Me has dibujado el mapa?

—Claro. Te lo he prometido, y a los niños, lo que se les promete, siempre hay que cumplirlo.

—A los niños y a los adultos. Jim, oye... dime una cosa... prometo que no se lo contaré a nadie si no quieres, pero... ¿qué pasó cuando se te soltó la canoa? ¿Cómo te diste el golpe en la cabeza?

—Fue culpa mía. Estuve bebiendo whisky. Debí de caerme y golpearme con el borde de la canoa en la frente. No me acuerdo.

—¿Y quién te dio el whisky?

—¿Por qué piensas que alguien me lo dio?

—Porque sospecho que fuiste a casa de la señora Daniels. ¿Fuiste?

—¿Cómo lo sabes?

—Reconocí el barro de tus botas. ¿Fue allí donde te tomaste ese whisky?

—No, ya había bebido antes. En casa de Daniels solo me tomé un té.

—¿Y para qué fuiste?

—Miss Barlow estaba en el embarcadero y al verme pasar en la canoa me llamó. Me pidió que la ayudase a mover una escalera porque quería limpiar los cristales de atrás. No me gusta nada ese embarcadero, es demasiado corto y cuando la marea está muy baja te llenas los zapatos de barro, pero me intriga esa mujer, así que paré, desembarqué y le coloqué la escalera donde me pidió. Luego me invitó a una taza de té y acepté porque pensé que por fin recordaría de qué la conozco... pero no. No lo recordé y después de tomar el té, me marché.

—¿Se lo preguntaste?

—¿El qué?

—Que si ella se acordaba de ti, que si te conoce de algo.

—Sí, claro. Le dije «nos hemos visto antes, pero no lo recuerdo». Ella insistió en que no. Insistió mucho.

—¿Y luego? ¿Por qué no viniste directamente a Joiners, que está al lado?

—Me entró el sueño y no recuerdo más. Debió de ser cuando me caí.

—Esa mujer te hizo algo.

—¿Tú crees?

—Jim... nosotros estamos seguros de que la señora Barlow es mala y de que quiere hacerle algo a la ancianita Daniels. ¿Y si te puso algo en el té?

—Pues no me extrañaría. Desde luego, cuando le miro a la cara no tengo buenos presentimientos. Es demasiado amable conmigo y me irrita no saber de qué la conozco. Soy viejo, Michael.

—¿Y no tienes ni una pista? ¿Ni una pista pequeñita?

—No me acuerdo. No me puedo acordar.

—Pues mamá dice que para encontrar algo hay que dejar de buscarlo. Igual eso también funciona con los recuerdos.

—Dejaré de pensar en ello, a ver si viene —dijo nuestro vagabundo con cierta resignación.

Y quién nos iba a decir que Jim se acordaría de dónde había visto antes a la señora Barlow gracias a mí y al famoso cuadro del rincón de castigo de su casa de acogida y, sobre todo, gracias a todo este asunto de la orfandad.

Mamá también estaba huérfana. Empezaba muchas cosas y las dejaba sin terminar, igual que la casa del árbol, a la que le faltaban algunas tejas y una ventana. Aunque no estaba completa, era perfecta. Mamá había tejido un precioso tapiz de Penélope, la viuda de un recuerdo vivo, la que espera al navegante, o la que navega inmóvil, pendiente de ver pasar su Ítaca sobre el agua del río. Una mujer-Odisea que pone excusas, tratando de asirse a la realidad de unos tablones en mitad de un naufragio, en las alturas, viva en su actividad.

La casa del árbol tenía un metro ochenta de altura y tres metros de largo por dos de ancho. El tejado era muy sencillo, a dos aguas, con interior de machihembrado de pino islandés, una capa de aislante, membrana, rastreles y cubierta de *shingle* o teja de cedro rojo del Canadá. Por fuera estaba pintada de un gris muy pálido y tenía contraventanas mallorquinas de intenso gris azulado. Del alféizar de la ventana principal colgaba una jardinera de madera plantada con campánulas y narcisos. Como las cejas de una cara simpática, la casita del árbol tenía dos *dormer windows*, esas ventanas picudas de ático tan inglesas y típicas de las casas de Hamble. Por dentro era muy espaciosa, tan grande como la habitación de una casa normal. Mamá construyó un altillo con una litera en la que un adulto podía echarse la siesta. Las paredes interiores estaban encaladas. Sobre el blanco imperfecto, apetecible lienzo, mamá y Michael, María y yo, habíamos escrito con tinta negra algunas citas literarias, versos y aforismos, frases de lo que habíamos aprendido construyendo en las alturas. «Las estrellas mueren en los ojos.» «La determinación no es lucha, es rutina.» «¿Qué nos enseña la gravedad? Que, a mayor distancia del suelo, mayor paciencia hay que aplicar.» «Dame una palanca y un punto de apoyo y te sacaré un clavo mal puesto. Te daré una palanca y un punto de apoyo, y con mi tornillo, no podrás.» «Si no puede la palanca, tampoco puede la vida.» «¡Cuántas buenas personas son instrumentos del mal!» «Si quieres construir algo muy grande, empieza desde la infancia.» «Nunca te interpongas entre un niño y su carácter.» «El alma de una persona es como la levadura del pan» o «El conocimiento es una forma de amistad». Éramos ingeniosos diciendo frases porque los adultos nos motivaban. Queríamos lucirnos. Conquistarlos. A Jim, por ejemplo, le gustaba anotar nuestras sentencias. El vagabundo recolectaba pensamientos

con su pluma y cazaba gestos con la cámara. Siempre llevaba un cuaderno, o dos, en su pequeña mochila de color caqui. La cámara réflex colgaba del cuello. Hacía listas de las canciones de blues que tocaba en los *pubs* y anotaba emociones.

En la casa del árbol teníamos conversaciones parecidas a las del coche. Era un lugar de meditación, que nos aislaba de otras distracciones. A la casa del árbol subíamos a pensar y a amar el universo. Teníamos charlas como esta:

—Mamá: ¿hay alguien que sepa con cuántos años va a morir?

—No es lo más habitual, pero sí. A veces alguien sabe cuándo va a morir.

—¿Por ejemplo?

—Pues mira, hubo hace no muchos años un caso de un exespía ruso al que envenenaron con polonio, que es un material radiactivo. Los médicos le dijeron que no había cura y que en pocos días moriría.

—Y se murió, claro.

—Sí. En casos así, de envenenamiento, por ejemplo, se saben las horas que vivirá una persona casi con exactitud. Los médicos conocen los síntomas y el proceso, porque hay experiencia científica. Cuando los médicos estudian, aprenden la evolución de una enfermedad y saben, más o menos, lo que tarda en desarrollarse esa enfermedad, el tiempo que vivirá un paciente. Esto es así, siempre y cuando se trate de algo concreto, algo sobre lo que haya bastante literatura médica.

—¿Sabes lo que estaría bien? —dijo mi hermano—. Que en el colegio nos hablasen de lo que no se sabe.

—¿De lo que no se sabe?

—De todo lo que no sabe el hombre.

—No te entiendo, cariño.

—Siempre nos hablan de los inventos, de lo que está en los libros, pero yo quiero inventar cosas nuevas. Para inventar cosas nuevas hay que saber lo que se sabe, genial, ya, pero a mí me interesa mucho que alguien me haga una lista de todo lo que nos falta, para que pueda empezar cuanto antes a construirlo.

Mamá se quedó saboreando esa idea, complacida, pensando en lo fácil que sería motivar a los niños si en el colegio les abrieran las puertas hacia los misterios, si sus profesores les entregaran mapas metafóricos de tesoros enterrados y les dijeran: hay que buscar, esta ecuación aún no se ha solucionado, este misterio del universo aún no se ha descubierto, esta terrible enfermedad aún no se ha curado. ¿Por dónde deberíamos empezar? Enseñar hablando, qué maravilla. Sería algo así como la asignatura socrática de «abrir niños a la acción». María aprovechó nuestra pausa pensativa para intervenir en la charla familiar:

—Mamá, ¿las estrellitas de mar comen pescado?

—No sé lo que comen las estrellas de mar, vidita. Imagino que comen camarones, moluscos, ese tipo de cosas. Pescado también.

La pequeñita acariciaba a su osito-polarito cuando dijo:

—Mamá... A una rana, ¿le puede dar miedo otra rana?

—Supongo que sí.

—Porque si a una persona le da miedo otra persona, una rana puede tener miedo de otra rana.

—¿Las ranas pueden ser asesinas de ranas? —pregunté yo.

—No tengo ni idea. Desde luego, otros animales lo son, como los leones, que matan a las crías de otros machos.

—¡Hala, qué malos!

—Cuando hablamos de animales, no solemos aplicarles un código moral.

—¿Y lo tienen?, ¿tienen código moral?

—No lo sé. Imagino que sí. Un perro que es leal a su amo tiene un código moral.

—¿Pero un perro que es bueno con su amo es bueno porque le interesa o es bueno por agradecimiento o es bueno porque la lealtad es un instinto irracional? —dijo Michael.

María y yo nos dejamos hundir en los cojines de colores de la casita del árbol. Escucharlos era tocar el cielo.

—Imagino que según en qué situación y según cómo sea su amo. Quizá, ahí esté la diferencia. En que la moral sea racional o irracional. Nosotros, los humanos, podemos analizarla, escribir sobre ella, estudiar la moral, y un

perro... no.

—No deberíamos ser «dueños» de los animales, deberíamos ser sus amigos y sus protectores. No me gusta que nadie tenga dueño.

—Mamá... ¿Por qué los animales no son personas? —dijo María.

—Uf... porque somos nosotros los que decimos quién es quién y qué es qué. Desde su punto de vista, a lo mejor lo son.

—A lo mejor un perro se cree igual que una persona, solo que no puede hacer las cosas que hace una persona, aunque lo intente.

—Oye, mamita, el osito-polarito quiere saber si a una persona le puede dar alergia otra persona.

—Dile que sí —dijo Michael.

Todos nos quedamos callados, mirando al *Señor Zombi*, que canturreaba en el alféizar de la ventana de la casa del árbol, dando saltitos entre las zinnias de un macetero. Michael inició el ataque filosófico de nuevo:

—Mamá, los hombres deberíamos construirles casa a todos los animales porque ellos no pueden y es muy injusto. Bueno... con la excepción del pájaro carpintero, claro.

—¿Crees que es injusto? ¿No te parece que cada animal es capaz de construirse la guarida que verdaderamente necesita? —dijo mamá.

—¿Insinúas que la evolución de las especies es algo justo? —dijo Michael—. ¿Eso dices? ¿Que la evolución ha sido justa con lo que le ha dado a cada uno? Yo creo que no. Que el hombre tiene una responsabilidad. ¿Tú qué crees?

—Estoy contigo en eso, cielito, pero voy a devolverte tu propio argumento. Una vez me dijiste que nada es artificial porque el hombre fue «fabricado» por la naturaleza. Si la naturaleza, y cuando hablo de naturaleza hablo de evolución, nos ha dado la capacidad de responsabilizarnos y de intervenir y de tener conciencia moral... es que la conciencia es parte de la evolución y, porque es parte de la evolución, debemos usarla. La evolución es sabia y por eso hay que actuar.

—Muy bueno, mami, pero hasta el osito-polarito se ha perdido.

—No importa —dijo María, pizpireta—. Yo me estoy enterando de todo y luego se lo explico.

Mamá siguió hablando con pasión:

—¿Sabéis cuál era el porcentaje de seres humanos y animales domesticados por el hombre en todo el planeta hace diez mil años? (Excluyendo a los insectos y las aves, claro.) El uno por ciento. ¿Sabes cuál es el porcentaje de hombres y animales domésticos diez mil años después?

—Diez mil años no es nada —dije yo, que estaba deseando intervenir.

—Así es, cariño. Diez mil años son un instante en el terreno evolutivo. Dime el porcentaje tú, Richard... ¿Qué crees?

—No sé, ¿el noventa y nueve por ciento?

Mis hermanos se rieron de mí, pero mamá les hizo un gesto con el dedo para que callaran.

—No, no os riais, que Richard casi acierta. Es el noventa y ocho. El noventa y ocho por ciento de los animales terrestres, solo terrestres, exceptuando aves e insectos, son hombres o seres domesticados por el hombre. Sobre todo, ganado. Vacas, ovejas y eso. ¿A que es una pasada?

—Sí. Es la leche. Oye, ¿y el hombre le da buenas casas a su ganado?

—A veces —dijo mamá. Michael estaba pensativo. Como siempre, se disponía a clavar su broche de oro cuando dijo:

—Mamita, volviendo al tema de antes... Lo de los animales y su conciencia...

—Dime, cielo.

—¿Un niño tiene conciencia moral?

—Sí.

—Y si los niños tenemos conciencia moral, ¿por qué la mayoría de los adultos nos tratan como si aún no fuéramos personas?

Michael Martin
Joiners House B & B
7 Old boatyard Lane
Hamble-le-Rice
SO3 5HJ

Tom Dutchman
PO BOX 173734
Southampton
Hampshire

Querido Tom:

No sé si te llegan mis cartas. Espero que sí. No para de llover y como no para de llover, todavía no nos han echado abajo la casita del árbol. Estás a tiempo de volver y de verla en todo su esplendor. Ayer le pregunté a mamá si quería verte otra vez y me dijo que ella te echaba tanto de menos como nosotros. Yo creo que te quiere dar el beso que te prometió, pero no te escribo por eso.

Ahora tengo que contarte algo increíble. Lo que está pasando con Jim es una pasada. ¿Te acuerdas del desangrador del Hamble? En los años setenta un tipo mató a dos niñas de la zona. Una apareció desangrada, en el río, y la otra se esfumó a la salida del colegio. Pues bien, esta niña, a la que todos daban por muerta, Gloria Duncan, tachán... no está muerta. Simplemente, se escapó y, para que no la buscaran, hizo como Hukelverryfin (espero que se escriba así porque no tengo a mano el libro para comprobarlo) y, aprovechando que un asesino había matado a otra niña, dejó unas ropas ensangrentadas en el Victoria Park para que se creyeran que a ella también se la habían cargado. ¡Qué lista! ¡Por eso nunca encontraron su cuerpo! ¿Y sabes cómo se ha descubierto todo? ¡Gracias a Richard! Bueno, en realidad, gracias a Jim. Si vuelves, te lo contaremos todo en persona. ¡Vas a flipar! La gente de Hamble está muy alterada. Todos dicen que estas cosas nunca pasan en los pueblitos pequeños, pero yo pienso que están equivocados. Yo creo, precisamente, que estas cosas tan criminales siempre pasan en pueblitos pequeños como Hamble y, cuando pasa algo así, toda Inglaterra se estremece y luego siempre hay un montón de gente diciendo que esto nunca pasa en su pueblito porque en su pueblito nunca pasa nada. Mentira. Pasa. Lo que ocurre es que no todo pasa en el mismo pueblito, pasa en distintos pueblitos pequeños y hoy le ha tocado al nuestro, donde, hasta ayer, nunca pasaba nada de nada.

En unos días es mi cumpleaños y estamos preparando una representación. Ven a Joiners, Tom, porfa. A lo mejor a ti se te ocurre la manera de impedir que nos echen abajo la casa del árbol.

Con cariño,

Michael

Una galerna emocional

El inspector municipal se llamaba Mr. Thatcher. En inglés, además del apellido de aquella famosa dama de hierro de nombre Margaret, un *thatcher* es un constructor de tejados de paja. Los *thatched roofs* son los tejados más típicos de la bucólica campiña inglesa, y nuestro amigo Alberto Randall vive en un *cottage* con un tejado de esos que una vez estuvo a punto de arder por los cuatro costados porque le cayó un rayo.

Este señor Thatcher nos pareció aterrador. Seco, serio, solemne. Había venido desde Eastleigh, donde está el ayuntamiento, y pasó unos veinte minutos haciendo preguntas, sacándole fotografías a la casita desde todos los ángulos. Incluso trepó por la escalera y se metió dentro y leyó nuestras frases de filosofía infantil.

—¿Podría mostrarme los planos? —le dijo a mamá con aire pomposo y municipal.

—No tengo planos, la diseñé con unos bocetos.

—¿La construyó sin planos?

—Tenía un plan, una idea, pero no se puede hacer un plano rígido y milimetrado de algo que hay que construir en el aire, alrededor de las ramas retorcidas de un roble centenario. Ya le digo que hice unos dibujos. Si los quiere ver...

—Sí, sí, por favor —dijo el hombre de las comisuras hacia abajo.

El señor Thatcher miró los dibujos hechos con bolígrafo bic con la misma seriedad con la que un estudiante de arquitectura estudiaría los planos de la cúpula del Vaticano. Les sacó una foto. Los volvió a estudiar. Comparó los bocetos con la casa. Acarició la corteza del roble.

—¿El árbol ha sido herido con clavos?

—¿Clavos en mi roble? ¡No! ¡Por supuesto que no! La he construido usando la fricción y la fuerza de la gravedad.

—¿En serio?

—Por supuesto. Usando los principios físicos de los acueductos romanos, entre otros principios, claro.

—¿No me diga?

—Todo se mantiene por su propio peso, con apoyos ocultos, compresión de las piezas, sin tornillos en el tronco del árbol. ¿Ve?

El señor Thatcher inspeccionó la base del árbol, comprobando columnas, cuñas y zapatas. Luego miró a mamá de arriba abajo:

—¿Se la ha construido un ingeniero?

—¿Un ingeniero? No, no. Yo.

—Sí, pero... qué empresa de carpintería.

—La he hecho yo sola, sin ayuda de nadie.

Como la vela del barco cuando se tensa con una racha de viento, el municipal señor Thatcher cambió de expresión y se arqueó hacia atrás. Miró a mamá con las cejas muy levantadas y un toque de admiración.

—¿Y su marido?

—Soy viuda.

—Oh... lo siento.

—No se preocupe.

—Pues esto es un problema. Un terrible problema.

—¿Ser viuda?

—No. Que tuviera usted que derribar algo tan maravilloso. Es verdaderamente... Es muy... Es...

Al señor Thatcher se le llenaron los ojos de lágrimas. Mamá hizo lo mismo, inundarse. Nosotros no íbamos a ser menos acuáticos que los adultos.

—Haré lo que pueda, pero va a estar muy difícil, porque desde la casita puede verse el jardín de su vecino. Ese es el verdadero problema, que su casa del árbol le quita privacidad y ha protestado.

Michael no se pudo aguantar y dijo:

—¡Pero si los vecinos nunca salen al jardín! ¡Ni siquiera se bañan en su piscina! ¡Nunca salen!

El señor Thatcher, que había pasado de serio a dulce en medio segundo, le miró con pena y tomó nota de todos los detalles en su burocrático portafolios.

La señora Daniels ya estaba casi ciega del todo y se había ido poniendo más y más pachucha. Como la Barlow no quería nada a *Sir Isaac* y seguía dejándolo solo muchas noches, María le pidió a la dulce ancianita de vainilla que nos dejase tener en casa al perro. Mamá, que se sentía agobiada, abandonada y desarmada, dio permiso y medió con Daniels, que estaba a punto de irse a una residencia de ancianos. Cuando la viejecita se marchó, adoptamos al animal. *Sir Isaac Newton* fue la única alegría a nuestras desventuras, porque lejos de su ama se sentía tan huérfano como nosotros. Huérfano, pero feliz de hallarse entre amigos que hablaban su idioma: el idioma del hambre, de la libertad y del amor.

Quedaban pocos días para que una empresa de carpintería viniese a demoler la casa del árbol. El señor Thatcher no había podido vencer su propia maquinaria municipal. La llegada de los «desmanteladores» a Joiners se había ido retrasando porque llovía y llovía y llovía y el río crecía y crecía y crecía, comiéndose un poco más de jardín cada día. Todos andábamos como almas en pena, y, para animarnos, mamá nos había involucrado en la tómbola de la que sería la última representación con casita en el árbol en el jardín de nuestro hogar. Los «Little players» de Hamble nos habíamos reunido en el laboratorio a ensayar nuestra nueva función. Por supuesto, habíamos acabado repasando mil y un planes para impedir que nos quitaran nuestro refugio en las alturas. La primera idea la dio María:

—Podíamos atarle miles de globos. Mamá no la ha atornillado al árbol, así que saldría volando sin problemas.

—¡Eso sería genial! —dijo Alberto Randall.

—O la desmontamos nosotros y la escondemos, como hacen los personajes de *La estrategia del caracol* —añadí, impresionando a mi hermano con mis conocimientos cinéfilos.

—Mmmm... Esto debe de pasar mucho más a menudo de lo que pensamos, porque me vienen a la cabeza mil películas en las que las autoridades quieren derribar un edificio que es bueno para la gente —dijo Michael.

—¿Como cuáles? A mí solo me viene *Nuestros maravillosos aliados*.

—*Canción de cuna para un cadáver, Herbie, Los apuros del pequeño tren, The Blues Brothers, Un lugar llamado Milagro, Campo de sueños y Ni un pelo de tonto.*

—Jo, Michael, ¿cuántas películas te sabes?

—Todas. Me sé todas las que he visto y pienso aprenderme todas las que me quedan.

—Oye, la de *Canción de cuna para un cadáver* ¿cuál es? Suena de lo mas terrorífica —preguntó Alberto Randall.

—En inglés se titula *Hush, Hush... Sweet Charlotte* y va de que Bette Davis es una solterona vieja. Todo el mundo piensa que mató a su novio hace cuarenta años y hay un fantasma que se aparece, pero lo que ocurre es que a la solterona le quieren quitar la casa de la plantación en la que vive. Es una de esas pelis llenas de sustos y de gritos y supuestos aparecidos. Da mucho miedo.

Michael se quedó callado de golpe, pensando en la señora Daniels, formando una idea en la cabeza, pero no nos dimos cuenta y seguimos con la conversación cinéfila.

—¿Y lo mató? —dijo Alberto.

—¿Eh?... Ah... pues si te lo digo, ya no tiene gracia que veas la película —respondió mi hermano.

—No sé si la quiero ver. ¿Es muy antigua?

—Bastante. Es en blanco y negro.

—Pues yo no veo pelis en blanco y negro. El blanco y negro me hace daño a los ojos porque los ojos están hechos para ver en color.

Trishy, María y yo nos echamos a reír. Michael le miró con condescendencia.

—Menos si eres daltónico —dijo Michael.

Tras elaborar un poco la idea que había calado en su mente, Michael nos dijo:

—¿Y si se quiere quedar con la casa?

—¿Quién? —pregunté.

—¿La del árbol? —dijo Alberto.

—No, no, no hablo de la casita del árbol. Hablo de la casa de Daniels. ¿Y si la mala señora Barlow solo quiere quedarse con la casa de su prima?

—¡Ah, sí, qué mala! Seguro que la ha metido en la residencia para heredar...

—Tenemos que decírselo a Brian, él fue policía. Sabrá qué hacer.

—Nos dirá que Daniels está tan contenta en una residencia de ancianos, que la están cuidando fenomenal y que su prima tiene todo el derecho del mundo a quedarse a vivir en su casa.

—Ya, sí, supongo. ¿Pero no es mucha casualidad que Daniels se pusiera malita de la vista justo cuando va y aparece una prima que siempre ha vivido en la otra punta de Inglaterra, una prima siniestra, a la que no había visto en cuarenta años?

—¿Y a la que casi no ve porque no ve un pimiento?

—Igual sí que es mucha potra. Vale, se lo diremos a Brian.

—Pero se lo diremos luego —dijo Trishy—. Primero tenemos que buscar la forma de que los carpinteros no nos destruyan la casita del árbol.

—Tienes razón. Esos horribles carpinteros vienen mañana —dije yo.

—Les podemos tirar huevos podridos —añadió María con cara de asesina pequeña.

—María, te estás volviendo muy bestia. Los carpinteros no son los malos, los malos son los vecinos que nos han denunciado porque la casita les molesta —le dijo Michael.

—Vale, pues a ellos también les tiramos los huevos podridos —espetó María, que en las últimas semanas se nos había convertido en una pequeña Demóstenes cabreada.

—Seguro que ha sido la mala señora Barlow —añadió Alberto.

—No, no ha sido ella —dijo Trishy—. Mi abuelo es amigo del señor Thatcher porque van juntos a hacer *birdwatching* y dice que ha sido el vecino del otro lado.

Hago un breve inciso para aclarar lo que es el *birdwatching*. A los ingleses, ir a ver pajaritos al monte les vuelve locos. Creo que ya dije que un inglés siempre es ornitólogo hasta que se demuestre lo contrario. En realidad, es un tipo más de coleccionismo. Hace poco leí en alguna parte que hay un fulano, uno de estos «mirapájaros» que ha logrado fotografiar seis mil especies distintas en un solo año. Los *birdwatchers* se intercambian fotos, conversan en foros sobre huevos moteados y tórtolas raras, viajan a los

confines de la tierra para ver al flautista de la rúcula o al picoteador pintado, o como demonios se llamen esos tímidos pajarillos, y convierten la observación de los pequeños saltimbanquis alados en una sanísima obsesión.

—¿Tu abuelo es compañero de correrías avícolas del inspector municipal?

—Sí, y hasta ha hablado con él, a ver si podía convencerle, pero el pobre señor Thatcher tiene las manos atadas. Esa fue la frase del abuelo: «Las manos atadas».

—Es una metáfora —dijo Michael.

Todos asentimos y nos quedamos callados. De nuevo, habló Alberto:

—¿Y quién habrá sido, eh? ¿Quién se ha quejado? ¡Si lo supiéramos, igual le podríamos convencer!

—O tirarle huevos...

—Ha sido el enterrador —dijo Jim, que entró en ese momento en el laboratorio. El vagabundo venía empapado. Llovía sin tregua.

—¿El enterrador? —dijo Alberto Randall.

—Es nuestro vecino del otro lado. Le llamamos así, pero no es enterrador de verdad —aclaró María.

—Siempre viste de oscuro y trabaja en la City de Londres, comprando y vendiendo dinero que nadie tiene y oro invisible que nadie ha tocado jamás.

—Ah, es un tiburón de la bolsa de valores —dije yo.

—Ese. ¿Cómo sabes que ha sido él, Jim? —le preguntó la conejita sin orejas largas.

—Porque no ha sido nadie más. Solo puede ser él.

Jim se quedó estupefacto, mirando *Las damas de Cholmondeley*.

—Es el cuadro de la casa de acogida...

—¿Te gusta? —le dije orgulloso—. Mami me compró una copia. Llegó ayer.

—¡Pero claro! ¡Ya sé de qué la conozco! —gritó espeluznado nuestro vagabundo.

—¿A quién?

—A la Barlow. ¡La Barlow no es ninguna Barlow!

—¿Cómo que no es la Barlow?

—¡Que no! ¡No es la prima de la señora Daniels! ¡No puede serlo y, si no es su prima, es una delincuente!

—Es justo lo que hablábamos hace un segundo —dijo Alberto.

—¿Y tú sí sabes quién es? ¿Te has acordado? —preguntó Michael, emocionado.

—¡Claro! Es la niña más odiosa de la casa de acogida, una mala pécora, una ladrona. ¡Es Gloria Duncan! ¡La niña a la que dieron por muerta!

—¿Pero esa no era una de las víctimas del desangrador?

Jim se tocó la cicatriz de la cabeza. Como buen marinero que era, ató cabos y se marchó a toda prisa.

—Voy a hablar con Teo Jenkins.

—¿Y ese quién es?

—Teo se encarga de las cámaras de vigilancia del río. ¡Creo que tenías toda la razón, Michael! ¡Creo que Gloria Duncan, alias miss Barlow, intentó matarme!

Fuimos corriendo a decirle a mamá lo que había pasado, pero ella estaba preocupada mirando el parte meteorológico. Venía un huracán. En Gran Bretaña tenemos huracanes. Suelen ser pequeñitos, pero eso no quita que se lleven por delante algún que otro tejado y unos cuantos árboles. En las zonas marítimas, como la nuestra, forman mareas agresivas, pequeños tsunamis. Si hay mala suerte, nos destrozan los barcos.

Las canoas fueron puestas a buen recaudo en el altillo del *boathouse*, lejos del agua. Mamá hizo una mezcla de dos partes de arena y una de cemento, y con la ayuda de Michael construyó unos rebordes de ladrillo en las entradas a la casa para formar barreras contra el agua por si había crecida. A las seis de la mañana empezó a llover. Los árboles se movían como colosos atrapados en arenas movedizas. Cientos de barcos anclados en el río se agitaban al son, con una danza magnética y ondulante. Parecía imposible que la violencia del río no los arrancara de sus boyas clavadas en el lecho y se los llevara hacia el mar. El agua discurría turbia, marrón, como el cola-cao del desayuno. Cuatro horas después, todo se detuvo.

—Estamos en el ojo del huracán —anunció mamá.

—¿El huracán nos está mirando? —dijo la pequeña.

—No nos mira. No ve nada. El huracán solo sabe girar. El centro del huracán se llama así, el ojo, porque las tormentas son como grandes círculos de viento y agua con un agujero en el centro.

—¿Como un donut de lluvia? —preguntó María.

—Sí, cariño —dijo mamá.

—A lo mejor, los agujeros negros no son más que desagües. Si el tejido del espacio-tiempo es plano y los planetas deforman ese plano con su peso, como naranjas sobre una sábana, sería lógico pensar que el espacio es el fondo de algo y que los agujeros negros son los desagües hacia otra dimensión.

—Madre mía, hijo. ¿Seguro que quieres ser ingeniero? ¿No prefieres ser astrofísico?

—Quiero ser *astroingeniero*.

Todos reímos y mamá nos siguió explicando lo de los huracanes:

—Primero pasan los bordes del huracán, lo baten todo en dirección contraria a las agujas del reloj, los barcos se agitan y los árboles se doblan. Luego pasa el centro en el que está la calma, con su extraño silencio. No llega a tregua. La paz es falsa. El viento se para unos minutos, quizá unas horas. Después, la tormenta sigue pasando sobre nuestras cabezas. El azote de los elementos vuelve a empezar.

—Mira, mamá, la casa del árbol está perfecta —dije yo señalándola por la ventana.

—Ayer le puse las tejas que le faltaban y también la ventana.

—¡Pero, mamita, eso es genial! ¡La has terminado! —gritó la pequeña.

—¿Y por qué la terminaste? ¡Si nos la van a mandar tirar! —dije yo.

—Porque quiero que nos obliguen a desmontarla, no que se la lleve el viento.

—Ahora ya puedes besar a Tom.

—¿Perdón?

—Ahora tendrá que volver el holandés. Una vez le prometiste que le besarías cuando acabaras la casa en el árbol.

—¿De dónde os habéis sacado eso?

—Nos lo dijo Jim.

—Pues Jim se equivoca.
—Se lo prometiste, aunque fuera de broma. Jim os escuchó en el río.
—No pienso besar a Tom
—Lo que se promete se cumple, mami.
—Sí, eso es cierto... Aunque no creo que Tom regrese antes de que nos echen abajo la casa del árbol.

Pero Michael tenía otros planes. Esa noche, se puso a escribir. Se aplicó al lápiz y al papel como nunca lo había hecho. No se lo dijo a nadie. Ni siquiera me lo contó a mí. Mi hermano se puso a escribir porque iba en ello su felicidad y, para un Martin, la felicidad es la única supervivencia posible. Mi hermano le pidió una dirección postal al *harbour master* y un nombre: Tom Dutchman.

Michael Martin
Joiners House B & B
7 Old boatyard Lane
Hamble-le-Rice
SO3 5HJ

Tom Dutchman
PO BOX 173734
Southampton
Hampshire

Querido Tom:

En el colegio, de pronto, me va mejor. Miss Shank está embarazada y dicen que a lo mejor tiene que pedirse la baja. A veces no viene y el profesor suplente es muy divertido. Cuando decimos alguna memez —que es casi siempre—, apoya la frente en la mesa con cara de haberse muerto y un gesto muy gracioso y nos morimos de risa. Se llama Pete, sabe lo que es la ironía y me ha dicho que vendrá a nuestra tómbola-cumpleaños junto al Hamble. Le quiero impresionar con una representación que haga historia. Es el primer profesor que me ha entendido y nos gusta mucho a todos los niños, pero la pena es que no lo tenemos todos los días. Aunque me va un poco mejor, porque es un tipo genial, todavía no he escrito la redacción que me mandó la señorita Shank —yo la llamo señorita Shawshank, por la cárcel de la peli *The Shawshank Redemption*—. Esto de la redacción me preocupa y me cuesta muchísimo dormirme

por las noches. Richard y María son los campeones del sueño, pero yo no puedo, ¡no puedo parar el cerebro!, porque mi cabeza es como una ciudad llena de puertas abiertas y me molesta mucho el corazón. Ayer se lo dije a mamá, le dije:

—Mamá, no me puedo dormir porque cuando pongo la oreja en la almohada, escucho el latido del corazón, bumbum-bum-bum, y me vuelve loco.

Richard estaba despierto y dijo desde el dormitorio:

—¡No digas tonterías, eso no es el corazón! ¡Es la vena del tiempo!

Mamá se echó a reír y dijo:

—Sí, cielo, tu hermano tiene mucha razón. El latido que escuchas no es el del corazón, es el pulso de la arteria temporal, que pasa junto al oído. Si nos paramos a escuchar los pulsos del cuerpo, nos daremos cuenta de que las arterias son pequeños corazones y de que tenemos latidos por todas partes. En las muñecas, en el cuello, en las ingles o en el cráneo sobre el hueso temporal.

Por supuesto, no ayudó nada saber eso. Ahora escucho todos los bum-bums y los tictacs, y por la noche me agobian los latidos del universo como si fueran los relojes de mis antepasados.

Vuelve, Tom. Por favor. Te queremos.

Michael

Los árboles son ríos verticales

Somos adultos. Somos hermanos. Somos Orión. ¿Qué le sucedería al cinturón de Orión si una de sus estrellas se extinguiera? Yo estaba nervioso por todo, por los resultados de ciertas excavaciones médicas en un ojo, por este asunto de que mis hermanos anduvieran leyendo mis escritos, por las miradas cariñosas de María. Quería borrar de mi mente la dichosa espada y la dichosa pared. Binomios insufribles me asaltaban. Benigno, maligno. ¿Puede la mente hacer que una palabra aterradora se convierta en su contrario? ¿Son los niños hombres al revés? ¿Viajamos parados junto al río? ¿Literal es el opuesto de literario? ¿Puede alguien embarcarse en un cáncer como si fuera una aventura emocionante, como si fuera el *Viaje al centro de la tierra*, las veinte mil leguas, *La vida es bella* de Roberto Benigni? Esto es lo que nos enseñaba mamá, que lo malo debe ser abrazado como una película de superhéroes, que solo podemos tomarlo como exploración, enseñanza o montaña, que el ácido de un volcán se neutraliza con sales de frutas: la risa. Mientras María y Michael se turnaban leyendo recuerdos en mis cuadernos, yo paseaba. Me había refugiado en el seto. Recogía las moras silvestres que crecían en el *hedgerow*. Dejé las moras sobre la hierba al tiempo que María terminaba de leer la macabra historia del hacha. Levantó la vista hacia mí. Estaba preocupada, pero habíamos decidido no contarle nada a nadie más. No queríamos meter a Michael en el asunto y que un hipotético cáncer se convirtiera en dolor real. Comí una mora. Me acerqué a ellos. Mis manos estaban manchadas de sangre de baya silvestre, esa sangre del verano que tantas veces habíamos usado en nuestros juegos de guerra. María dejó de leer, levantó la vista del cuaderno, me miró impactada. Pensé que iba a criticar mi prosa o, peor, que iba a censurar mi indiscreción. Sentía que había escrito sobre algo que no me pertenecía, porque mi infancia era de todos o de ninguno. En cambio, dijo:

—Buenísimo, Richard. Buenísimo. Tienes una visión de la naturaleza y del río y del pasado que me da escalofríos, me revuelve por dentro, me transporta a un lugar real. El pasado es tan sólido como esta taza.

—Claro, porque lo llevamos dentro, como los anillos del árbol.

Me acerqué, dejé las moras sobre el césped. Me senté a su lado. María continuó hablando:

—Y ya, este relato fantasmagórico de Jim matando a un hombre en el bosque me ha parecido genial. Me han dado hasta escalofríos. ¿Cómo es posible que yo no lo conociera?

—¿Nunca te hablamos del desangrador? —dije limpiándome la sangre de mora, sin mucho éxito, con el borde de mi camiseta.

—No sabía nada de esto. No me puedo creer que nunca me la hubierais contado. Michael, ¿es verdad que Jim mató a un hombre?

—Sí —respondió mi hermano.

—No —dije yo a un tiempo.

Reímos.

—La verdad es que no lo sabemos seguro seguro —añadió Michael—. Fue tema de mucho debate aquel primer verano. Yo creo que es verdad y Richard está seguro de que es mentira.

María hizo una interesante reflexión:

—Supongo que eso convierte el cuento de miedo de Jim en ficción, aunque originalmente fuese verdad. La ficción no es más que una realidad convertida en relato.

—Suenas a que tienes razón —le dije a mi hermana.

—Pero aunque sea un relato de ficción, yo sí que creo a Jim muy capaz de haber matado a un hombre —añadió mi hermana—. Tenía una furia reprimida, un enfado ardiente con la sociedad.

Michael no estaba seguro de eso:

—¿Tú crees? A mí siempre me pareció un hombre muy feliz. Cuando yo era pequeño quería ser vagabundo, como él.

—No digo que no fuera feliz cuando nosotros le conocimos, pero tuvo que ser un joven muy rebelde. Si no, no se habría escapado de la casa de acogida. ¿Alguien quiere más té?

—Yo.

—Y yo.

Mi hermana recogió las tazas, se puso en pie. Daba gusto mirarla. Estaba muy morena. Tenía el pelo rubio casi blanco, por culpa de sus excavaciones en Turquía. Los ojos azules surgían de su tez oscura. Eran dos enormes lagos de montaña.

—Siéntate, María, ya hago yo el té —dijo Michael. María volvió a mi lado.

Nos quedamos callados, absorbiendo por la piel un rayo de sol. Mi hermana me cogió la mano. Imaginé a Michael en la cocina y recordé una conversación que tuve con mamá sobre la imaginación y la ficción.

Hamble. Lunes, 2 de mayo

Richard estaba haciendo los deberes en la mesa de papá cuando Michael vino a la cocina a por un vaso de agua y se marchó. Al cabo de unos instantes volvió muy compungido.

—Mamá, ha ocurrido un pequeño desastre —dijo—. Se me ha caído el vaso de agua en el pasillo.

Me fui a recoger el desaguisado. Cuando volví, Richard me dijo:

—Mamá... ¿La fantasía y la imaginación siempre son ficción?

Le miré muy sorprendida y respondí:

—No, no siempre. ¿Por qué me lo preguntas?

—Bueno, porque, aunque yo no estaba delante, acabo de ver cómo se le caía el vaso a mi hermano y también he visto cómo se esparcía el agua por el suelo, pero no lo he visto con los ojos, lo he visto con mi cerebro y aunque lo he visto con la imaginación, el vaso se ha caído de verdad y el agua se ha esparcido por el suelo. Es imaginación y no es ficción.

—Qué reflexión tan buena, cariño. Has imaginado un evento que ha sucedido de verdad y esto los humanos lo hacemos todo el tiempo. De hecho, el noventa por ciento del tiempo, nuestra realidad es solo imaginación. ¿Y sabes por qué lo has podido «ver» con el cerebro? Porque tienes todos los elementos y las experiencias para poder imaginarlo. Un vaso es un objeto familiar para ti. Tan familiar que tu cerebro le ha hecho fotos desde todos los ángulos. Alguna vez, incluso, se te ha caído el vaso o has visto cómo se le cae un vaso lleno de agua a otra persona y, ahora, gracias a todos esos elementos, has recreado una serie de recuerdos reales y los has unido con tu imaginación y has sido capaz de crear una escena en la mente de algo que no has visto con los ojos. Los humanos usamos la imaginación la mayor parte del tiempo.

Recreamos con el cerebro lo que otros nos cuentan, lo que leemos, lo que sienten los demás. Las palabras son imágenes y, si sabemos millones de palabras, conocemos millones de imágenes. Cuantas más palabras conocemos, más imaginación tenemos.

—Ah, ya entiendo. Las palabras son botones que los pulsas y te dan un trocito de imaginación.

—Sí. Exacto. Si Michael, en vez de decir: «Se me ha caído el vaso y hay agua por todas partes», hubiera dicho, «se me ha rebado el decaterio y hay beletina en el perisandro», no habrías podido fabricar tu imagen, tu escena mental, porque esas palabras no tienen imagen en tu mente.

Richard se echó a reír a carcajadas. La frase inventada le parecía tronchante. Los dos empezamos a reír y reír y me pidió que la repitiera. Cuantas más veces decía yo: «Se me ha rebado el decaterio y hay beletina en el perisandro», alzando la ceja cómica, más llorábamos los dos en un ataque de histeria feliz. La risa es una explosión. La risa es dios.

—Normalmente distinguimos entre fantasía e imaginación —le dije cuando nos calmamos—. Fantasía es cuando imaginamos las cosas directamente. Cuando inventamos algo. Imaginación es cuando le ponemos imágenes a las palabras, se refieran o no a algo real. Cuantas más imágenes tengamos dentro, más poderoso será nuestro cerebro.

—Y por eso hay que saber de dónde vienen las palabras.

—Sí. De dónde vienen y a dónde van —dije sin ser literal.

El viento empezaba a soplar desde el mar. Las gaviotas se gritaban unas a otras, como niños jugando al fútbol que se piden la pelota y pensé que justo era eso lo que hacían, jugar. Se deslizaban por turnos sobre el viento, usándolo como un tobogán. Los animales se divierten mucho más que las personas. Un día vimos a los cisnes hacer *surf* en la playa. Cogían las olas y patinaban sobre las crestas de agua. Al llegar a la orilla volvían a meterse al mar, como niños excitados, a por otra ola, y otra y otra. Los animales se divierten igual que nos divertimos los hombres navegando, charlando, compartiendo sangre de mora y jugando a la guerra.

—No me lo había pasado tan bien con vosotros en años. Estos cuadernos son geniales, hermano, geniales. En serio. Pero todo esto que cuentas es imposible —me dijo la arqueóloga.

—¿Imposible? Es nuestra infancia. ¿Es que la has olvidado?

—No, no, no me refiero a eso. Lo que creo que es imposible es que te acuerdes de tantos detalles. Lo has adornado, seguro.

Michael volvió con las tazas de té en la mano, las dejó sobre la mesa y dijo:

—Richard tiene una memoria increíble. Mejor memoria que la tuya y la mía juntas, *my dear Mary*.

—No solo tengo buena memoria, es que además he investigado. Le pedí a mamá sus diarios, pero ya la conocéis. No contenta con dármelos, también me envió los vídeos de las representaciones familiares y... otra cosa fabulosa... —Le di un sorbo a mi té mientras ellos me miraban intrigados.

—Qué misterioso te pones, dilo ya.

—¿Sabíais que mamá a veces nos grababa cuando íbamos al colegio en el coche?

—¡¿En serio?!

—Nuestras mejores charlas las teníamos en el coche.

—Y en el barco.

—Y en la casa del árbol.

—Exacto. Pues mamá me contó que en los primeros años de colegio los profesores pensaban que éramos medio lerdos.

—¡Exagerado!

—Que sí, que sí. Éramos tímidos, callados, invisibles. En clase nunca participábamos, no hacíamos el trabajo, estábamos en la luna. Los exámenes los dejábamos en blanco, las sumas nos parecían majaderías y no las acabábamos. Vamos, que no lucíamos nada todo lo que sabíamos... y entonces, mamá se puso a escribirlo todo, a tomar notas de nuestras conversaciones, para demostrarle al mundo o a sí misma que decíamos las cosas que decíamos.

—Sí, es verdad. Yo sí que lo sabía —dijo Michael.

María no daba crédito:

—Creí que ella solo escribía un diario.

—Todavía tengo el colegio clavado en el alma. Recuerdo que con seis años o así (esto fue en España), le dije: mamá, mis hermanos y yo somos como Superman y Clark Kent. Tenemos superpoderes pero, no te preocupes, en el colegio nos quedamos muy calladitos para que todos se crean que somos como los demás. ¿Y sabes qué, mami? Que les hemos engañado.

—Es terrible si lo piensas.

—Yo lo pienso —dijo mi hermano—. Lo pienso todo el tiempo. Recuerdo aquel sufrimiento de horas y horas de deberes con mamá, en las que ella se ocupaba de que no me descarriara porque yo no quería ni ver el lápiz. Lo probó todo, los gritos, los castigos, el rincón de pensar y, al fin, descubrió el humor, la complicidad y los regalos. Me puso un sueldo en juguetes de Lego por trabajar en el colegio. Ella me hacía divertidas las tareas, la escritura repetitiva, el estudio. Me obligó a entender que la estructura, la preparación, la búsqueda de información son importantes.

—Se le ocurrían cosas divertidas —dije yo—. Recuerdo una vez que hice deberes con una lámpara de espeleólogo en la cabeza y la cocina totalmente a oscuras. Jugábamos a que yo estaba encerrado en una gruta inexpugnable y que tenía que escribir un mensaje para la posteridad en las paredes de la cueva, o algo así.

—A ver por qué te crees que la casa del árbol tiene las paredes llenas de frases estupendas. Era su forma de obligarnos a escribir.

—Tú tuviste suerte, hermanita —añadí—. Ya estudiaste primaria en Inglaterra y, además, mamá le tenía bien cogido el punto a nuestra forma de ser.

—Suenan a infancia escolar bien desgraciada —dijo María.

—Ah, pero recuerda que no existen...

Los tres completamos la frase riendo:

—¡... las desgracias en Joiners House!

—Todos somos más capaces, más interesantes, más creativos de lo que aparentamos, pero el principal problema en el colegio es la comparación. La comparación es terrible.

—¿Te acuerdas de cuando le preguntamos a mamá que quién era más inteligente, si los hombres o los animales? —le dije.

—Me acuerdo. Nos respondió que cada animal tiene la inteligencia que necesita para ser feliz en su entorno. Yo creo que con los hombres, entre los hombres, ocurre lo mismo, que no podemos comparar a unas personas con otras. No soporto los test de inteligencia y las comparaciones. Para mí, tener que señalar quién es más o menos inteligente con un test es un absurdo.

—Ya, hombre, pero el cociente intelectual es un número. Sí es algo cuantificable.

—Ya, sí, se supone, pero no vale de nada. Dos niños nunca son comparables. Nosotros tres no somos comparables. Somos un solo organismo compuesto de tres cerebros muy divertidos y, al mismo tiempo, comparar cerebros divertidos es como comparar perros de razas diferentes. ¿Quién es más válido, el perro pastor o el galgo? Pon al pastor a correr y verás lo lento que es comparado con el galgo, pero luego pon al galgo a pastorear, a ver qué hace. ¿Quién es más inteligente, un niño que saca ceros en lengua y dieces en física o una niña que saca dieces en lengua y ceros en física? Quizá la niña es Virginia Woolf y el niño es Isaac Newton. Esa es la comparación que me interesa dejar clara, porque revela el problema. Los niños son seres espectaculares, a los que unas veces les interesa muchísimo la física y nada la lengua y al contrario. El interés lo es todo, es la raíz del árbol, y ahí está la fortaleza de la especie, en la variedad de intereses que nos llevan a la especialización, porque la raza humana es un solo organismo, uno solo, con miles de millones de cerebros especializados.

Michael quedó muy satisfecho tras su pequeña lección y tomó un sorbo de té. María y yo estábamos encantados. Este filosofar al sol, entre cantos de gorriones y tórtolas, viéndole gesticular apasionadamente, es nuestra felicidad. Nuestro ajedrez mental. Aproveché para buscar cierta anotación en los diarios y les leí esto:

Hamble. Jueves, 31 de marzo

Los niños han cogido un virus de estómago y cuando están así tienen muy mal humor y todo se hace cuesta arriba. Hoy Michael vino muy enfadado del colegio y me dijo:

—Mamá, mi profesora dice que el hombre inventó el submarino y el sonar, pero no es verdad. No tiene razón. El hombre no inventó el sonar. El sonar lo inventaron las ballenas y los murciélagos. Y encima, las ballenas usan el sonar desde bebés porque sus madres no les dicen nada más nacer que son demasiado pequeñas para usar el sonar y que ya lo aprenderán a usar cuando sean mayores y vayan a la universidad.

Todos reímos. Michael se lanzó de nuevo a su pasión:

—¡Pero claro! ¿Lo veis? ¡Nacemos completos! Si nos enseñasen a pensar, como nos enseñaron a nosotros, todo sería bien fácil desde niños. Nacemos completos, completos, perfectos... ¿No lo dice Thoreau en *Walden*? ¿No dice algo así? ¿Cómo es la cita, hermano?

—«Ojalá fuera tan sabio como el día en que nací» —dije yo, que soy el experto en la cosa literaria.

—Eso, somos como los bebés de ballena. Tenemos memoria instintiva del pasado. ¿Cómo no vamos a saber manejar «el sonar» con el que vinimos al mundo? El hombre es inmensamente capaz, pero se va atrofiando, desconfía de sí mismo, va siendo obligado por los mediocres y miedosos, los que se acomodaron en lo fácil, en lo anecdótico, a memorizar clasificaciones del mundo que son mentiras, que obligan a pensar dentro de cuadros sinópticos y compartimentos estancos, cuando la realidad y la vida son como un árbol de agua, un río, con ramas y mangas y venas y capilares. Un árbol es un río vertical.

»Los estudios escolares nos inculcan grandes mentiras que arrastramos para siempre, como los antónimos o los sinónimos. No existen los sinónimos. Tampoco existen los antónimos de una manera estricta, a no ser que hablemos de partículas, de la simetría del universo. Ninguna emoción tiene el perfecto contrario. Odio que a los niños se les enseñe a etiquetar, porque se les obliga a ponerle al mundo los nombres que no son. ¿Y a qué vino el hombre al mundo? A recordar con palabras, no una sola, muchas palabras, las maravillas del universo para poderlas guardar en la cabeza de un alfiler. A eso vino el hombre a la tierra. A coleccionar momentos pasados para depositarlos sobre la siguiente estación, como abono para raíces, mantillo intelectual, cuadernos de fe en las estrellas, anillos del árbol mental. Gracias a la palabra, el hombre conserva el muy remoto, el tan destruido, el maravilloso templo de Artemisa en Éfeso y lo reconstruye en nuestra memoria. El hombre vino a guardar lo inexistente. Porque todo lo que ya no está, existe. Existe, igual que existe el sonar de la ballena no nacida.

—Eres maravilloso, Michael. Tú sí que eres un templo —dijo María feliz, tirándose sobre él y dándole un enorme y sonoro beso. Le faltaba aplaudir.

—Tomemos las palabras felicidad y desgracia, por ejemplo. La sociedad, el colegio, la educación cartesiana nos dicen que son opuestas. Que si uno vive una desgracia, no puede ser feliz. Que desgracia es igual a tristeza. Feliz y triste son, supuestamente, antónimos. Nosotros sabemos que eso no es así. La realidad no está reflejada en las palabras. Faltan palabras. Sabemos que no existen las desgracias en Joiners House. Esto no es una frase graciosa, es un modo de vida, una forma de apreciar los sentimientos. Nuestra educación vital rechazó desde los primeros años de formación que la desgracia fuera un peso que había que sufrir, que el aburrimiento existe y debe sobrellevarse, que hay que soportar lo insoportable. No. Nada de esto existe si uno se planta. Aquí no existen las desgracias porque en esta casa nos enseñaron que la felicidad puede englobar un terrible drama personal, pero que el llanto de la vida real puede ser igual de placentero que las lágrimas emocionadas que lloramos al ver como la pobre Meryl Streep se arrodilla frente al gobernador en *Memorias de África*.

—Ay, sí. ¡Qué momento! Cuando se arrodilla y le suplica que le den unas tierras a sus kikuyu —interrumpió María.

—Yo, con esa peli, lloro a rabiar en cuanto empieza la música —dije.

—Uno puede ser muy muy feliz y estar viviendo algo terrible. ¡Se puede!

—Por supuesto que se puede —dije yo, pensando en mi limbo del terror, que rima con tumor, en mi futuro truncado, en mi propia muerte, suerte o temblor interior. María me apretó la mano con fuerza.

—¿Hablas de estas cosas con tus chavales cuando os subís a los árboles?
—preguntó mi hermana para cambiar de tema.

—Claro, los chicos a los que les doy los talleres de carpintería necesitan saber que son especiales. Como todo el mundo, por otra parte. Cada niño es especial, es único, ni siquiera tenemos las mismas huellas dactilares. ¡No las tienen iguales ni los gemelos idénticos!

—¿En serio?

—Sí. Las huellas dactilares no vienen determinadas completamente por la información genética. Las presiones sanguíneas en el útero, los movimientos del líquido amniótico, la concentración de hormonas cambian

las huellas y las van modificando, como las ondas de un estanque... no, mejor dicho, como las vetas de la madera, que son los anillos del árbol. El ambiente marca la carne. Por eso son únicas. Por eso todos somos especiales.

Michael se echó a reír, recordando algo.

—¿Qué pasa?

—Ha enloquecido...

—Una vez mamá me dijo que yo era especial y le dije: «Vale, mami, genial, pero yo no quiero ser especial, yo lo que quiero es ser espacial».

Nos estuvimos riendo un buen rato. María dijo:

—Sí. Tienes razón, hermanito. Nacemos perfectos. Nacemos únicos.

—Es demencial que durante toda nuestra infancia traten de meternos a todos en la misma talla de camisa —añadí.

—Eso es porque las camisas de fuerza son de talla única —apostilló el apostillador. Después, me miró intensamente a los ojos y dijo:

—Y ahora vais a contarme qué es lo que me estáis ocultando. Si os creéis que no me he dado cuenta de vuestras miraditas y de vuestros apretones de manos tristes y cariñosos, y de tu llanto de un solo ojo, vais listos.

Tradiciones

Cuando terminamos de contarle a Michael lo que estaba pasando, lo de mi pequeño tumor en el párpado, el miedo y la espera de un resultado que podía cambiarme la vida, primero fue cariñoso, como siempre, y después, divertido:

—Como dijo Woody Allen en *Desmontando a Harry*, lo mejor que te pueden decir en la vida no es «te quiero», sino «es benigno».

Nos hizo reír, el condenado. Nos reímos a carcajadas un buen rato, relajando la tensión. Si algo han conseguido la orfandad y la confianza que tenemos con la muerte, es a enseñarnos que bromear con lo más tremebundo es la única forma de asimilarlo. El humor negro es la escalera hacia el sol.

—Esperar el resultado de una biopsia es justo eso —le dije—. Es el limbo anterior a la construcción de la tierra, el mundo de las palabras mudas.

—Y como son mudas y estúpidas, vamos a ir por partes y hoy lloraremos a Jim, que es el muerto que toca. Tú estás perfectamente hasta que se demuestre lo contrario, ¿entiendes? Hoy nos preocuparemos de inventarnos un buen funeral para él y seguiremos leyendo estos cuadernos tuyos tan apasionantes y te daremos amor, risa y tranquilidad. ¿Cómo era eso que decía mamá cuando éramos pequeños? «Lo que imaginamos siempre es peor que lo que está por venir.»

—Sí, eso decía —le dije.

—No será nada —añadió María, que tenía más miedo que yo.

—O lo será todo —repuse.

—Tienes razón, perdona. Igual te mueres. No sé por qué he dicho esa bobada.

—O igual es cáncer, pero pequeñito y cobarde. Sois únicos tranquilizando.

—Los médicos sois los peores pacientes. ¿Cuándo sabrás el resultado? —preguntó Michael.

—Me llamarán del hospital en estos días. Tengo a un compañero pendiente de mandarme un mensaje al móvil en cuanto se haga con el informe del patólogo. A mamá, cuando llegue, ni una palabra de esto.

—¿Qué se siente? —me dijo Michael. La pregunta la hizo el científico, no el hermano.

—Es más que miedo. Es algo que se mueve por dentro como una invasión, una hecatombe. El terror tiene su propio cuerpo y su propio corazón y late dentro de mí con su propia densidad.

—O sea —dijo Michael— que el terror es *Alien, el octavo pasajero*.

De nuevo nos echamos a reír, ahogando el miedo en humor. Mi hermano me abrazó con tanta fuerza que parecía querer exprimir el terror de su propio cuerpo y me besó en el parche del ojo, como habría hecho mi madre. Michael me devolvió a ese lugar infantil, en el patio del colegio, cuando me protegía de los niños más brutos con todo su amor o me defendía de las broncas de mamá. Michael, mi padre-hermano.

Hamble. Sábado, 18 de junio

No estoy bien. ¿Cómo voy a estarlo? He perdido a Tom, se ha marchado, y eso me molesta, me entristece y me da miedo. Creo que no volverá. Los niños también le echan de menos. Le echan muchísimo de menos.

Michael y yo tuvimos una bronca tremenda. A veces pasa. A veces, incluso hay portazos y, a veces, se rompen cosas por dentro. Volvió a decirme que no quería ir al colegio ni hacer la dichosa redacción. Discutimos y le dije:

—Estoy harta de tu lucha. Vas al colegio. Irás al colegio. Terminarás el colegio y no quiero volver a oír una palabra más. Ni filosófica, ni ingeniosa, ni triste, ni quejica, ni una palabra sobre algo que no tiene alternativa. Ya he buscado la alternativa. Ibas a un mal colegio y ahora vas al mejor colegio al que puedes ir.

Después, le hice un listado de todas las cosas que me pide y recibe con alegría: ordenadores, Legos, robótica, vídeos sobre las galaxias, charlas de física y química, historia, egiptología. Le dije:

—Vamos, que no es una cuestión de discutir quién manda aquí, ni de teorizar sobre cómo son las cosas. Es una cuestión física, real. Yo soy el sol y tú eres un planeta y es una cuestión de facto. Órbitas inamovibles. ¿O acaso los planetas protestan por tener que orbitar alrededor del sol?

Michael se quedó muy callado. Parecía entender, al fin, que no hay negociación posible. Yo tomaré las decisiones importantes de su vida infantil.

—Está bien, de acuerdo —me dijo integrándose en el símil—. Tú eres el sol y yo soy Júpiter.

Pero yo estaba tan tan cabreada que, en lugar de tomar mi victoria y ser generosa,forcé la mano.

—Yo más bien diría que eres Mercurio.

Michael se puso a llorar desconsoladamente. Lágrimas, agitar de hombros, hipo, desolación.

—¡Me has llamado Mercurio y Mercurio es el planeta más pequeño! ¡Buaaaaa!

Enseguida vi mi error. No había necesidad de hacer sangre.

—Oh, vamos, perdona, cielo. Venga, sí, cariño, eres Júpiter.

—¿Seguro? —dijo sorbiendo los mocos—. ¿No lo dices para que deje de llorar?

—No, cielo. Si fueras un planeta, serías, sin duda, uno de los más grandes.

En Joiners hay tradiciones. Creo que esto ya lo he dicho alguna vez. Tradiciones que tienen que ver con la madera, con los barcos, con el helado del señor Marsh, con la casita en el árbol y con nuestra llegada a la casa familiar todos los veranos. Una de esas tradiciones pasa por tocar la campana del *Memento*. Una campana de bronce que mamá nos compró cuando éramos pequeños en el *carboot sale* o mercadillo de los maleteros. Cuando les menciono los mercadillos británicos a mis amigos españoles ellos siempre se imaginan algo parecido a los coloristas puestos callejeros de Camden, en Londres, o de Notting Hill. Ni parecido. Un *carboot sale* es un batiburrillo al aire libre donde las familias van a deshacerse de su quincalla el domingo por la mañana. Llenan los maleteros de los coches con todo lo que no les sirve, aparcan en un prado, en el patio de un colegio, en una estación de tren, y lo exponen a los paseantes. En un *carboot sale* se compran y venden juguetes descuajaringados por una libra, grifos que fueron gangas en algún saldo y que nadie tuvo tiempo de instalar, zapatillas viejas, vestidos usados, ropa de bebé, videojuegos pasados de moda, collares y pulseras de plástico, pastilleros, zapatos desportillados, cacharros descoloridos. Algo que se aprende de un *carboot* es que lo que ya es inútil para alguien puede ser el tesoro inesperado de otra persona, como la campana del barco o el detector de metales.

María tenía un don para saber dónde estaba cada cosa. Cuando mi hermano y yo no encontrábamos un DVD, un libro, un juguete, le preguntábamos a María. Ahora lo seguimos haciendo y ella sigue

encontrándolo todo.

—Aquí está.

—No creo que funcione —dijo Michael.

—¡Qué dices!, ¿y por qué no? Si nadie lo ha usado en diez o quince años. Funcionará igual que funcionaba perfectamente cuando éramos chavales. ¡Anda que no hemos encontrado puntas de flecha con él!

—Suenas divertido, Michael —dije yo—. Podemos ir por fin a buscar la calavera del desangrador.

Michael lo pensó unos instantes y me dijo:

—Richard, esto que tienes aquí, lo que has escrito... es oro puro. Tienes que publicar un libro con estos recuerdos.

—Yo no soy escritor. Solo son anécdotas sueltas.

—¿Cómo que no es un libro? —dijo María—. Esto es un librazo sobre la infancia, la educación, sobre la libertad. Esto no puede quedarse en un altillo cogiendo polvo. Tienes que publicarlo y colocarlo en una buena estantería.

—Pero faltan por escribir muchas cosas. Le falta, no sé, un hilo conductor —dije a modo de protesta.

—Pues cuenta esto. Tal cual está pasando. Con tu parche en el ojo, nuestro viaje desde Francia buscándote motes graciosos... y el final.

—El... final.

—Benigno, maligno... ya sabes.

—María tiene razón. Puedes empezar con nuestra entrada en barco por la desembocadura del río. Los adultos que fueron niños ascienden hacia el nacimiento del río. Esto muy metafórico. «Los ríos son las vidas que van a morir al mar.»

—Ahora te estás mofando.

—¡No se está mofando! A mí me parece una historia preciosa, la de tres hermanos reunidos por la muerte que acaban rememorando su infancia. Es como *Retorno a Brideshead* o *Regreso a Howards End*...

—O *Tierras de penumbra* —dije yo poniéndome en lo peor.

—Pero es que hay algo importantísimo en un libro como este —añadió Michael—. Algo único. Cuando yo era pequeño, odiaba leer, pero con ocho años yo habría leído este libro, lo habría hecho. Tiene todo lo que me podía

interesar, respuestas a mil preguntas de ciencia o de filosofía. Es una historia de niños para adultos y un libro de adultos para niños.

Mi hermanita se unió al ataque:

—Mira lo que encontré buscando el detector de metales.

María nos enseñó unos viejos cuadernos de colegio y un fajo con todas las cartas que Michael le escribió al holandés aquel verano. Aún se conservaban en sus sobres.

—Mamá lo guarda todo, qué tía —dijo mi hermano, admirado por su mala letra.

—¡Anda, di que sí! —insistió la entusiasta, agitando el detector de metales—. Puedes usar los textos del diario de mamá y estas cartas. En el pasado están siempre las respuestas al futuro.

No sabía cómo decirles que esa era mi intención cuando empecé a escribir, buscar respuestas por sí... me muero. La suerte vino a rescatarme y fui salvado por la campana. Era una nota muy conocida. Un perfecto Mi bemol. ¡Ding! El *Pequeño Arethusa* acababa de arribar. Una figura conocida y querida levantó la mano hacia nosotros. Era nuestra madre.

Michael Martin
Joiners House B & B
7 Old boatyard Lane
Hamble-le-Rice
SO3 5HJ

Tom Dutchman
PO BOX 173734
Southampton
Hampshire

Querido Tom:

Esto de que no tengas email es un rollo. No es que me importe escribir a mano, es que no sé si te llegan mis cartas. Es importante que te lleguen. No sabes la que se está liando con la señorita Barlow. Ha resultado ser una homicida y una perpetradora. Esa palabra me encanta. La dijo Brian, que ya sabes que fue policía. ¡Perpetradora! ¿Y sabes cómo lo han descubierto? Por las cámaras de vigilancia del río. ¿Te acuerdas de ese cartel que hay a la entrada del estuario? ¿Ese que dice «Bienvenido al río Hamble,

cámaras de vigilancia en acción»? ¡Y tan «en acción»! Han encontrado unas imágenes del día del accidente de Jim, que no fue, para nada, un accidente. En la grabación se le ve dormido en su barca, junto a la casa de Daniels, y también se ve a la señora Barlow que se le acerca a traición y que le da un remazo en toda la cabezota y luego le desata el cabo del pontón y empuja su canoa a la deriva. ¡Quiso asesinarlo! ¿Y sabes por qué le quiso matar? Porque ella se dio cuenta de que Jim se acordaba de su cara y de que, cualquier día, nos diría a todos que en realidad era Gloria Duncan, aquella niña desaparecida de la casa de acogida y no la prima de la cegata señora Daniels. La muy malvada supo que Jim llamaría a la policía para chivarse, que es justo lo que pasó al final. Por eso la pillaron y va a ir a la cárcel por muchos años. Tom, vuelve, por favor, no puedes perderte todo este jaleo. Es una pasada lo que está sucediendo. Además, y perdona que me ponga tan pesado, tienes que besar a mamá.

Con amor,

Michael

No la habíamos visto desde el otoño. Nuestra madre estaba guapísima. Morena, el pelo lleno de ondas blancas de espuma de mar.

—¡Pero, bueno! ¿Qué es este desembarco? ¡Joiners está lleno de piratas!

Mi madre amarró el *Arethus* al *Memento* y saltó al embarcadero con la agilidad de una treintañera.

—¡Y qué piratas tan bienvenidos!

Besos, abrazos. Me miró el parche, me miró el ojo sano. No preguntó nada. Supe que no preguntaba porque sospechaba que todo el mundo me preguntaba por el ojo al ver mi vendaje. No le gustaba ser literal. No le gustaba ser pesada y pensó que ya se lo contaría cuando fuese el momento. Mamá lloró de emoción al abrazar a María. La madre arborescente siempre llora al vernos. No lo puede evitar.

—Si lloras tú, lloramos todos —dijo Michael.

—¡Qué guapos estáis! Sobre todo tú, María, estás morenísima.

—Vengo de excavar en Turquía, mamá.

—Con lo blanca que eres, por Dios, ponte protección.

—Llevo el sombrero que me regalaste en Navidad.

—Quién os mandaría ser tan viajeros.

—Ya nos quedaremos varados cuando toque, como hiciste tú.

—Michael... qué flaco eres, hijo.

—Por desgracia, no me quedaré así para siempre. Acabaré por parecerme a mi padre o a mi madre.

—A tu padre, seguro, que yo estoy estupenda.

—La *estupendez* de las madres no se mide en centímetros de cadera — dije yo.

—Te has ganado la cabecera de la mesa, querido.

—Espero que hayas matado un cordero.

—Puaj, odio el cordero.

—¿Y qué te dan de comer en Turquía?

—Por eso.

—Sois la felicidad.

Los tres nos abrazamos a ella, como una piña. Siempre hemos sido una piña. Hay que ser piña para no ser piñata.

Mamá traía en el barco las cenizas de nuestro querido vagabundo. También una larga carta de últimas voluntades dirigida a Michael. Mi hermano tomó el sobre y antes de abrirlo noté su emoción.

—Era verdad.

—¿El qué?

—Que me había nombrado su albacea.

—Claro, ¿pensabas que Jim no iba a cumplir su palabra?

Michael abrió el sobre con una parsimonia muy típica de los Martin y empezó a leer.

El testamento de Jim

Queridos niños y, sobre todo, querido Michael:

Si estás leyendo esto es que, al final, lo imposible ha sucedido y me he muerto, pero no te preocupes, no llores sobre mis huesos derrengados. Me he muerto en legítima defensa.

Eres el niño-hombre o el hombre-niño con más memoria que conozco, así que es imposible que se te haya olvidado tu promesa. Por si finges desmemoria, yo te la recuerdo: juraste hacerte cargo de mi entierro. Bien, pues olvida el entierro que ya sabes lo que dice el enterrador de Hamlet. Un cuerpo tarda poco en corromperse, pero un curtidor durará nueve años. Si un curtidor dura tanto, no quiero ni pensar en lo que durará un encurtido y yo me conservo como una aceituna en veneno. El veneno embalsamador que me han embutido estos medicuchos por las venas para intentar matar un tumor.

¿Recuerdas el diálogo entre el enterrador y Hamlet? Sé que te acuerdas. Eso no se puede olvidar. Tampoco es posible olvidar aquella aventura en la que nos vimos involucrados el verano en que tu madre construyó la casa en el árbol. Richard, espero que estés por aquí. Cuida de esas *Damas de Cholmondeley*. Gracias a ti, la policía pescó a la malvada Barlow, que no era Barlow. Salvasteis a una dulce ancianita y le regalasteis cinco preciosos años más de vecindad hasta que se quedó dormida una noche de luna llena y la marea se llevó su alma hacia el mar. No dejéis que el mal se aproveche de los débiles, de los ancianos, de los niños, de los que no tienen corteza como el roble del jardín.

Me acuerdo de aquellas obras de teatro, subidos a la casa del árbol. De tu madre, que trataba a los niños como adultos y a los adultos como si fuéramos chavales. De María, siempre dulce y tierna, con su osito-polarito a rastras, agarrado de una pata o de una oreja. Richard, tu madre me ha leído unos relatos que andas escribiendo y se me ocurre que ya eras escritor de niño, siempre observándolo todo, callado, recreando luego las aventuras de la tele con tus hombrecillos de Lego. No lo dejes si te hace feliz. No sé para qué demonios te convertiste en matasanos. Ojalá los médicos siguierais siendo matasanos, al menos. Ahora sois, más bien, curamuertos. Curais de la muerte sin dar la vida y dejáis que la agonía se prolongue hasta el más allá. Nunca cures a tus muertos, querido niño rubio. Os veo corriendo entre los pliegues de estas

sábanas de hospital, a ti, a la pequeña Ofelia, Trishy Marsh, y al cabronazo de su abuelo, el heladero más cascarrabias del Hamble. Os veo celebrando vuestras luchas de mandoble. Me acuerdo de todo con colores brillantes. Por eso, quiero que me quemem, porque así quedaré espolvoreado por la zona y regaré con mi carbono los recuerdos de Hamble-le-Rice. Trato de recordar eso otro que dice Hamlet sobre Alejandro Magno. ¿Cómo era? Algo de que su polvo estará tapando un agujero en la madera... ¡¿Cómo era, demonio?! ¿Tú te acuerdas? ¡¿Alguien lo recuerda?!

Mi hermano estaba en un estado de emoción íntimo y desinhibido. Recitó con palabras suaves:

—«¿A qué indignidades seremos sometidos después de muertos, Horacio? Con un poco de imaginación podríamos llegar a la conclusión de que los restos de Alejandro Magno sirven hoy día de tapón para un barril de cerveza. Sería cuestión de seguirle la pista a ese pedazo de arcilla, con lógica y paciencia. Alejandro murió, Alejandro fue enterrado, Alejandro se convirtió en polvo, el polvo es tierra y con la tierra hacemos arcilla... y con la arcilla taponamos los agujeros de los barriles de cerveza.»

Mamá abrazó a mi hermanita por detrás. Todos los ojos compartían las mismas lágrimas. Recordé cuando era pequeño y María lloraba. Su alma era un trozo de mar rodeado de tierra. Me gustaba besarle las lágrimas y saborear ese mar en miniatura. Una vez, mi hermanita dijo:

—Entonces ¿estamos hechos casi todo de agua?

—Sí, cariño —dijo Tom—. Así es.

—¿Y es agua de mar o de río?

—De mar, seguro —dije yo—. ¿No ves que tus lágrimas están saladas?

—Puede ser de agua del Hamble. Nuestro río sabe a mar. ¿A que sí, Tom?

El holandés asintió con afecto. María dijo:

—Tom, ¿sabías que al principio de todo fuimos náufragos en balsas hechas de piedra pómez?

—No, no lo sabía.

—Y por eso las células se criaron en las burbujitas de las piedras que flotan en el mar.

—Suenas fascinante, María.

—Sí, es muy fascinante. Sin los volcanes y sin el mar, nadie estaría vivo. Primero los volcanes echaron mucha lava en el mar, luego se enfrió la lava, luego se hizo la isla y luego vinieron los náufragos en sus barquitos de piedra.

—La piedra pómez es espuma de roca. ¿Lo sabías?

—Oh... Sí. Es como la espuma. Oye, Tom, ¿la piedra pómez se llama pómez porque la descubrió el señor Pómez?

Volví de aquel recuerdo sonriendo y sintiendo mucho que Tom no estuviera aquí para compartir la emoción del momento, pero no pensé en él mucho rato, porque Michael volvió a la carta de nuestro vagabundo.

Como eres un navegante *astroingeniero*, no me fío de que andes cerca el día en que muera, así que le he dicho a tu madre que se encargue ella de recoger mis cenizas. No creo que sean pesadas, queda muy poco de mí.

Arder. Qué buen final. Arder me parece una forma de volver al mundo liviana y benéfica. Ahora te queda el problema gordo de qué demonios vas a hacer con mis cenizas. No las pongas en la repisa, no me va. Me gustaría irme de una forma simpática, pero también me gustaría quedarme junto al Hamble. A poder ser con una buena historia, una anécdota para recordar, algo que os haga reír, porque las historias son inmortales. Quiero ser un relato junto al lugar en el que he sido feliz. Porque lo he sido. Mucho. En el peor sufrimiento, he sido feliz porque dicen que la procesión va por dentro, pero en mi caso fue al revés. En mi caso, el paraíso ha ido siempre por dentro.

Siguiendo con el asunto de tu buena memoria, sé que no se te ha olvidado el mapa prometido para localizar el enterramiento de cierto tesoro que tú y yo sabemos. A esta carta, añado ese plano. Busca, cierra los círculos, excava. Tiene todos sus detalles, la rosa de los vientos, los márgenes del río, el árbol danzante... en fin, toda una obrita de arte que espero que acabe enmarcada en vuestro laboratorio, junto a *Las damas de Cholmondeley* y los lagartos en formol. Dile a tus hermanos que los quiero, que os quiero a todos desde la memoria. Para Richard, mi bicicleta. Para ti, mi canoa. Para María, el resto del tesoro, que ella sabrá gestionar. Niños del río Hamble, «Little players»... Yo creo que nos veremos en la otra orilla, aunque no seamos más que pedazos de barro cerrando un barril de cerveza.

Estábamos tristes, felices, huérfanos, con la procesión por fuera y el paraíso por dentro. Aquel Jim de nuestra infancia ya no existía, sin embargo, acababa de llenarlo todo con su espíritu. Michael desplegó el mapa. El mapa del

tesoro.

—¿Qué tesoro es este, hijo? —preguntó una voz de hombre. Nos dimos la vuelta para mirarle. Era un hombre de pelo plateado como la madera de la biblioteca. María corrió a abrazarse a nuestro segundo padre y se puso a llorar.

—¡Tom!

Los ojos de Michael nunca habían sido tan brillantes. Parecían dos esmeraldas bajo la lluvia. Fuimos ríos.

Michael Martin
Joiners House B & B
7 Old boatyard Lane
Hamble-le-Rice
SO3 5HJ

Tom Dutchman
PO BOX 173734
Southampton
Hampshire

Querido Tom:

No me aguanto porque seguro que te has enterado por las noticias, pero, por si no te has enterado ya, voy a contarte lo que pasó con la señora Barlow, que ya te dije en mis cartas que resultó ser una impostora y una perpetradora. La policía ha averiguado que llevaba años estafando ancianas. Encontraba a un familiar lejano (una prima, una sobrina) del anciano al que quería estafar y se hacía pasar por ese familiar para ganarse su confianza y conseguir que le dejaran todo el dinero o sus casas o lo que tuvieran de valor. A veces obligaba a los ancianos a firmar papeles, con la excusa de que dieran permiso para una operación, o solicitar una pensión, y la tía transfería a su nombre todas las propiedades y luego hipotecaba sus casas. Pobres viejecitos... pero no paraba ahí su maldad. A la pobre señora Daniels le hicieron ver mal a propósito, dándole una medicina, y después ¡hasta la estaban envenenando con semillas de glicina, que te dan diarrea! ¡La policía nos tomó declaración de todo y ha sido épico! Luego, los polis los han metido en la cárcel. A ella y a su cómplice, un pelirrojo diabólico, que se hacía pasar por médico. ¡Qué gentuza! Si estás en Inglaterra, a lo mejor lo has visto en las noticias. Ha salido en todas partes y el periódico local de Eastleigh entrevistó a Jim. Hemos guardado todos los recortes para enseñártelos. Espero que estés en Inglaterra por dos motivos, para que recibas mis cartas y para que vuelvas pronto. Yo me estoy portando muy bien y le he prometido a mamá que no

repetiré curso y que escribiré el rollazo que me ha mandado escribir mi profe si te da otra oportunidad. Vuelve antes de que nos tiren la casa del árbol. Vuelve, Tom, por favor.

Te quiero,

Michael

Me encamino al final de esta historia. Habrá más aventuras de los hermanos, porque veinte años de Hamble dan para mucho, pero esta toca a su fin. Aunque he discutido mucho con Michael y María los detalles de algunos sucesos, hay una cosa en la que estamos todos de acuerdo: Inglaterra es la cuna de la belleza. A pesar de la negrura de ciertas almas —que mira que hay ingleses con el alma negra—, su amor por las flores y los barcos, los muretes de piedra y los pajarillos, convierten el peor lodazal en un inmenso decorado natural. Creo que es el agua. El agua embellece esta isla con una jungla primaveral de peonías, primulas y *bluebells*, conejillos saltarines, perdices, zorzales y tordos, seguidos de un verano de bayas silvestres, negras, rojas y moradas, para un largo invierno de mermeladas y tristeza. No he exagerado en mis bucólicas descripciones. Hay fealdad en estas islas, pero está cubierta por gabanes de musgo. La hiedra procesa el veneno de la vida y el humus de cientos de generaciones silenciosas alimenta los árboles danzantes. La belleza ayuda a ser feliz. Por supuesto, todo tiene su lado malo, todo. La casa de tus sueños no existe sin las facturas de tus pesadillas, pero cuando uno es niño no hay facturas. Por eso mi cuento es la historia de un paraíso del que nadie nos ha expulsado. Este no es el paraíso perdido, es el paraíso interior. El paraíso infinito. Jim había muerto, pero nunca moriría porque nos había construido. Estamos hechos de la arcilla en la que se convierten los demás.

A la mañana siguiente, Michael y María prepararon el detector de metales, las viandas, las canoas y los pertrechos para subir río arriba a buscar el tesoro de Jim. La noche anterior la pasé despierto, recordando sus historias, escribiendo este libro con la mente, tomando notas y releyendo fragmentos de «los diarios del árbol». Esta es la voz de mamá:

Hamble. Martes, 21 de junio

En el coche, Michael estaba muy pensativo. Tras su reflexión intensa, como tantas veces, empezó a conversar mientras María y Richard cambiaban cromos.

—Mamá, yo soy muy vago. No voy a ser capaz de escribir esa dichosa redacción.

—No existen los niños vagos. Existen los niños a los que no les interesan unas cosas, pero sí les interesan otras.

—Claro que existen. Los vagos son los que no quieren trabajar.

—¿Y tú, nunca nunca nunca quieres trabajar? ¿Nunca haces nada de nada?

—Es que ayer no quería hacer las sumas esas que había que poner de un lado las unidades y de otro las decenas. ¡No podía, mamá, es que no podía con el aburrimiento!

—Eso no es vagancia, cielo, es falta de motivación. Tú te sabes las unidades y las decenas desde que tienes año y medio y estás cansado de que te las quieran enseñar.

—¿Qué es la falta de motivación?

—Es cuando sientes que no necesitas hacer algo. El cerebro no encuentra un impulso para comenzar. Nada se mueve. La mano queda muerta. Es como no tener hambre y que te pidan que te comas un bocadillo.

—Pues mi profe nuevo dice que eso es ser vago.

—Ya, cielo. Tu profe es un buen profe, pero a todos se nos escapan estos clichés de que la vagancia es no hacer lo que nos piden otros que, supuestamente, tienen autoridad sobre nosotros. Que la vagancia es no obedecer ciegamente, y que, en cambio, el esfuerzo cristiano para alcanzar el paraíso eterno es hacer, hacendosamente, lo que más odiamos sin rechistar. Escucha, cuando te vuelva a decir que eres vago dile: no soy vago para la física, no soy vago para la historia, no soy vago para la ingeniería, no soy vago para la química, solo tengo poca motivación con las cosas aburridas, como aprender de memoria las decenas y las unidades.

—¿Y si solo le digo que tengo falta de motivación?

—Sí, mejor.

—O mejor, no le digo nada, no se vaya a enfadar. Pete me cae genial y no quiero que se enfade.

Independence Day

Michael cumplía ocho años. A la representación de los «Little players» del 4 de julio había venido medio Hamble-le-Rice. Unos porque eran papás del cole, otros porque eran vecinos y otros porque tenían curiosidad por ver la casita del árbol antes de que fuese desmantelada. La lluvia había parado el día antes y la crecida «de colacao» se precipitaba hacia el mar. Ese día iban a destruir nuestra casa en el árbol. Los carpinteros «desmanteladores» (los *des-Joiners*) habían anunciado su siniestra llegada para las doce del mediodía. Nos daba igual. Teníamos un plan y pensábamos ponerlo en marcha delante de todos. Delante del señor Marsh, de los carpinteros, del funcionario observador de pájaros municipal: Mr. Thatcher, que estaba allí para supervisar los trabajos de demolición. Mamá nos había construido un decorado. Hasta Pete, el nuevo profesor de Michael, estaba entre el público. El colegio aún no había terminado (en Inglaterra dura hasta mediados de julio) y mi hermano quería impresionarlo. Guardaba la remota esperanza de que el agradable sustituto le dejase pasar de curso a pesar de que no había hecho la dichosa redacción.

La obra de teatro trataba de unos niños que quieren ser libres y viven con un vagabundo que les enseña solo las cosas que les gustan, pero la sociedad mata al vagabundo y los mete en un colegio que es como una cárcel. De ese colegio, uno solo puede escapar fingiéndose loco o cavando un túnel hacia la libertad. Los niños, liderados por su presidente en la clandestinidad —este era Michael, evidentemente—, cavan el túnel y se refugian en los bosques, donde construyen cabañas aquí y allá, unidas por otros túneles subterráneos. Los funcionarios municipales, armados con perros, les van dando caza, les van metiendo en un campo con alambradas, ciegan los túneles y derriban sus edificios. Los pocos niños que aún son libres se refugian en la última cabaña de madera. La única que está en los árboles. Se

disponen a defenderla con uñas y dientes, arcos y flechas, en plan David Crockett en la película *El Álamo*. Aunque la batalla parece perdida, como en *Zulú*, ocurre algo prodigioso. La leyenda heroica de estos niños, muy al estilo de la película *El cartero*, corre de boca en boca. La infancia se subleva, dispuesta a derrocar a los adultos asesinos de vagabundos en un despliegue final. Este era el emocionante colofón, nuestro apoteósico tercer acto:

—Ya vienen. Puedo verlos desde aquí. Están atravesando la marisma con sus perros —dijo Trishy.

—Nos llevarán de cabeza al correccional... —dijo María.

—¡Ojalá fuese al correccional! ¡Nos llevarán de vuelta al colegio! —dije yo.

—Todas las buenas vidas tienen final feliz, y si este es el final, sea. He tenido una corta pero buena vida, jugando a lo que quería, aprendiendo quiénes fueron los griegos, leyendo sobre los troyanos y queriendo como nunca querré. Adiós, osito-polarito. Te llevaré en el corazón.

—Pufff, no estoy seguro de que morir por una buena causa valga la pena. Quizá el colegio no sea tan terrible... si yo fuera un niño espartano, a estas alturas ya me habrían considerado muy débil y me habrían abandonado en el monte y eso me habría dado mucho miedo y me habría muerto de inanición.

—Ya tienes siete años. Si fueras un niño espartano, a estas alturas ya estarías empezando la academia militar.

—Eso tampoco me haría mucha gracia, porque me afeitarían la cabeza y a mí me encanta mi pelo.

—Más vale calvo que muerto.

—Visto así...

—Espera... mira... viene el presidente de los niños. ¿Y quién lo acompaña?

—Son más niños. Miles de niños...

—¡Y con los niños vienen personas!

—¡Sí, es verdad! ¿Crees que los padres de los otros niños estarán dispuestos a luchar por nuestra libertad?

—¡Callad, el presidente piensa soltarnos uno de sus discursos motivadores...!

—¡Y lo bien que se le dan...!

Michael subió a la casa del árbol, abrió la ventana y se asomó como Julieta a su balcón. Alberto Randall era el encargado de los efectos especiales. Puso en marcha la banda sonora de *Independence Day*. El imitador de presidente americano, Michael, dijo:

—Buenos días, soldados. En menos de una hora, niños de todo el planeta se unirán a nuestra lucha. En pocos minutos, comenzará la batalla más importante en la historia de la infancia. ¡Infancia! ¡Desde hoy, la palabra «infancia» tendrá un nuevo significado para todos! ¡Para los niños, para los padres, para los profesores, para el planeta! No podemos dejar que nos consuman nuestras tontas diferencias de tamaño. Lucharemos unidos por un interés común: el presente. ¡Un presente feliz!

Los niños prorrumpimos en aplausos. El pequeño presidente nos aplacó con un gesto y siguió su arenga:

—Quizá, el destino ha querido que hoy sea 4 de julio y que una vez más, luchéis por vuestra independencia...

Mientras sonaba la épica música y Michael nos arengaba, un barco llegó al atracadero de Joiners. Era el *Pequeño Arethusa*. ¡El holandés había vuelto!

—No será una batalla contra la tiranía o el acoso, será la guerra contra la completa desintegración... porque lo que esos hombres quieren quitarnos es la infancia y, sin infancia, no somos nada más que el traje gris del funcionario municipal que quiere derruir los sueños. Por eso, hoy lucharemos hasta la muerte por nuestro derecho a ser y a existir, y ¡vamos a ganar el día! A partir de hoy, el 4 de julio ya no será solo una fiesta americana, sino el día en que el mundo entero declare con una sola voz: ¡hoy es el día de nuestra independencia!

Todos gritamos feroces y formamos una barrera frente a la casa del árbol. A la señal de Michael, Lulú encendió los cohetes y los petardos caseros subieron al cielo estallando en chisporrotazos alegres y ocasionalmente exagerados. En ese momento de gloria, llegaron los carpinteros «desmanteladores», que parecían desconcertados. Mamá lloraba.

—Señora, tenemos que empezar a trabajar.

El holandés nos miraba desde cubierta con su guasa de siempre. Mamá cruzaba sonrisas y lágrimas con él, y, de pronto, todos los espectadores empezaron a aplaudir y a murmurar cosas ininteligibles, a enardecerse, poniéndose de nuestro lado, como pasa siempre al final de las películas americanas más épicas y sensibleras.

Recordé aquello que María preguntó una vez:

—¿Los milagros existen?

—No, cielito.

—Ah, ya entiendo, los milagros son una cosa americana.

Pero no, no son una cosa americana. Son la puntada final de un perfecto tapiz. Más petardos callaron al público y aterrizaron a algún desconfiado. Se hizo el silencio. Entre el desconcierto pudo escucharse el dulce canto de un pajarito. Era el *Señor Zombi*, que acababa de aterrizar en el nido que se había hecho en el alféizar de la casita del árbol. El señor Thatcher se puso en pie y gritó:

—*Oh, my God!*

El *Señor Zombi* volvió a canturrear. Pití-pití-pití.

—*Oh, my God!* —gritó aún más fuerte el funcionario—. ¿Es posible que haya visto lo que acabo de ver? —le dijo al señor Marsh.

—¿Y qué has visto?

Pití-pití-pití. El funcionario municipal sacó de su bolsillo unos prismáticos digitales y se los echó a la cara.

—¡He visto lo que creía haber visto! ¡Mira, Marsh! ¡Mira ese pájaro!

El señor Marsh cogió los prismáticos y, fascinado por el *Señor Zombi*, gritó:

—*Oh, my God!*

—¡Un carricero políglota! —dijo el señor Thatcher.

—¡Hace tres años que nadie avista un carricero políglota anidando en las islas británicas! —gritó el señor Marsh. Los *birdwatchers* estaban alucinados. El pájaro volvió a decir:

—... pití-pití-pití...

... y se produjo el milagro.

El beso

Hamble. Jueves, 23 de junio

Por la tarde, de nuevo, deberes. Todas las madres sabemos que los deberes son una lucha con la que hay que cumplir, pero todas las madres dudamos de esta aseveración. En esta ocasión, fue Richard el encargado de darme la lección infantil.

—Mamá, los deberes son aburridos porque significan que hay una persona que le dice a otra persona lo que tiene que hacer.

—Ya, la verdad es que eso es muy irritante, sí. Imagino que si yo fuera una madre normal te diría que te tienes que acostumbrar a que te digan lo que tienes que hacer, porque, cuando seas mayor, tendrás un jefe y deberás hacer lo que él te diga... pero no te lo voy a decir.

—¿No?

—No. La sociedad ya habla por sí misma y no necesita portavoces que la defiendan. Al contrario. A cambio, te voy a decir la verdad. Tienes toda la razón. Yo he buscado siempre la manera de no trabajar duro, de no seguir órdenes de nadie, de no hacer casi nada que no me gustara hacer y la sociedad no me ha aplastado, al contrario.

—¿Al contrario?

—Sí, porque la gran contradicción de la sociedad es que aplaude y recompensa a sus propios náufragos. Ahora hago exactamente lo que me gusta sin que nadie me diga lo que tengo que hacer. No hay nada peor, efectivamente.

—Oye, mamá, creo que sí hay una cosa peor a que te digan lo que tienes que hacer.

—¿Sí?

—Tener que decirle a otro lo que debe hacer.

—Muy cierto, hijo. Has dado en el clavo. Y por eso hoy te perdono los deberes.

Recuerdo que al día siguiente de la fabulosa representación del día de la independencia, mamá nos perdonó los deberes. Los hermanos jugábamos en la casa del árbol y teníamos esta conversación:

—Mamá, ¿Venus es un planeta chica? —preguntó María.

—No seas boba, María. Los planetas son cosas y no tienen sexo —dijo Michael.

—Tú no hables mucho de sexos, que dijiste que el *Señor Zombi* era macho y ha resultado ser hembra y se ha hinchado a poner huevos.

Tom le hizo un gesto a mi madre desde su barco. Ella nos dejó dibujando y discutiendo en la casa del árbol y salió a su encuentro.

Mamá se plantó junto al holandés y dijo:

—Cuando la vida parece que no puede sorprendernos más, va y da otra vuelta de tuerca, o un salto mortal —dijo ella.

—¿Se ha salvado la casa del árbol?

—El inspector municipal ha hecho un nuevo informe. «Dado que un ave en peligro de extinción ha anidado de forma permanente en la estructura, los técnicos de medio ambiente recomiendan no tocar una sola maderita de la casita del árbol junto al Hamble de los mágicos niños Martin.» Bueno, igual no son estas las palabras textuales, porque el pájaro no está exactamente en peligro de extinción y los funcionarios municipales no usan tantos diminutivos y tantas palabras cariñosas, pero ha sido algo así.

Tom sonrió y preguntó:

—¿Y Michael? ¿Ha aprobado el curso?

—Pues sí, milagrosamente, el profesor sustituto recibió la visita de «un amigo de la familia», un tipo moreno, de mirada misteriosa, curtido por el sol mariner... que le enseñó quince cartas escritas por mi hijo. Quince, nada menos. Cinco páginas más de las que le habían pedido para demostrar que sabe redactar. Michael se salva gracias a ti. Gracias, gracias y gracias, Tom Dutchman.

—¿Estás contenta?

—Tanto que te besaría ahora mismo.

—Estás muy guapa —dijo él.

—Y tú, impresionante —dijo ella.

Aguantaron sonrisas.

—Así que... los niños han salvado su refugio y se han salvado también de la quema escolar... —añadió Tom.

—Sí. Pero, sobre todo, nos ha salvado el *Señor Zombi*, carricero políglota. ¿Vienes por unos días, unas horas, te quedas, te marchas?

—No sé si vengo o si voy.

—Eso te pasa porque navegas de oído.

—Estás muy guapa.

—Nos estamos repitiendo. ¿Alguna rubia en cabina?

—¿Y el de la moto? ¿Sigue pastando en tus prados?

—¿El príncipe? No, qué va.

—¿Y eso?

—Ya te lo dije en su día. No cerraba las puertas y tenía el corazón en las rodillas. No soporto a la gente que deja las puertas abiertas y que dobla el corazón al caminar. ¿A qué has venido?

—¿A qué va a ser? A por lo que me prometiste.

—¿Yo te hice una promesa?

—¿Tú no has leído las cartas de tu hijo? ¿No te las ha devuelto su profesor? Le dije que te las devolviera... son unas cartas maravillosas.

—Sí, sí, las tengo, tranquilo, pero yo soy muy buena gente y no leo la correspondencia ajena.

—Léelas. Michael tiene mucho talento para contar la vida.

—Lo haré.

—En esas cartas, el niño me explicó que has terminado la casa del árbol. Y por eso he vuelto. Quiero lo acordado.

—¿Y qué es lo acordado?

—Para ser una familia de grandes genios y prodigiosa memoria, sois la mar de olvidadizos.

—No recuerdo nada —dijo ella sin bajarse del juego que mantenían.

—Un beso.

—Aquello no iba en serio...

—Fue idea tuya. Me dijiste que me darías ese beso el día en que acabaras la casa en el árbol. Y ahí está. Una casa en un árbol. ¡Mi beso!

—Lo dije, sí, pero solo porque tú me chantajeaste. Me obligaste a prometértelo para ayudarme a rescatar al niño...

—Niño que no necesitaba ser rescatado. Tú sí lo necesitas.

—¿Yo? Soy perfectamente independiente y feliz sin los besos de nadie.

—¿Qué es? ¿Miedo a que te deje tirada? ¿Es eso? ¿No ves que tu miedo es irrelevante?

—No es miedo, es seguridad. Me dejarás tirada porque es tu naturaleza. Ahora estoy bien, ¿por qué cambiarlo? Un beso lo cambiaría todo.

—O sea, miedo.

—*Yes*.

—El miedo es fuerte, estoy de acuerdo, pero la realidad es más fuerte. Estamos aquí y esto ya no se soporta.

Tom se sentó, suspiró, se quedó en silencio, mirando las olas que rompían contra la grava de la orilla, en el eterno crujido de la fricción. Crunch-crunch, crunchcrunch. Como tantas veces hizo Jim con sus historias, el holandés viajó en el tiempo hasta su propia infancia. Cerró los ojos. Mamá se sentó a su lado, en el embarcadero.

—Durante treinta años fuimos como hermanos y un día discutimos y nos dejamos de hablar y, después, David se murió. No podía soportarlo y por eso... volví.

—Tu famosa expiación.

—Quería comprobar que yo tenía razón y que la mujer por la que rompimos nuestra amistad, igual que se rompen las bandas de rock, no valía la pena. Que era una majadera. Pero me encontré con una mujer libre y divertida en el mundo de los *astroingenieros* y de las madres en los árboles y del presente perfecto.

—Ahora has transformado tu amistad por David en dependencia hacia mí... ¿Cómo lo llaman los psiquiatras? ¿Transferencia?

—Cállate un poquito, Freud, que adivinas fatal. Te voy a contar el asunto de las pesadillas de tu marido y te voy a explicar lo que nos pasó junto a cierta valla, pero lo haré solo si dejas de fastidiar.

—OK.

—Tendríamos trece años o así. Éramos un grupo de unos veinte chicos. Habíamos ido de excursión a una granja de cerdos que había por esta zona.

—¿De cerdos?

—¿Te callas?

Mamá aguantó la risa y se limitó a escuchar.

—Por qué fuimos a ver a los cerdos, no lo sé. Cosas de aquella época. El caso es que ya salíamos de la granja y se puso a llover y nos cogió la galerna costera. Para escapar del huracán y llegar al autobús a toda prisa, acortamos atravesando una valla metálica. La valla separaba el patatal de un campesino de una zona industrial y por debajo había un agujero. Pasábamos de dos en

dos, reptando bajo la valla. Encima de nosotros el viento, la lluvia, los truenos... *You name it*. David y yo cruzamos juntos, arrastrándonos por debajo. Era divertido, una aventura que se convertiría en una historia que contar... pero mientras atravesaban los siguientes chavales, cayó un rayo. La valla era de metal y murieron electrocutados. Murieron los dos. Los partió un rayo, ¿comprendes? Nosotros los vimos morir, así, de golpe, en el acto, zas. Un segundo antes, habríamos sido nosotros. Solo un segundo después y esos chavales habrían sobrevivido.

—«Todo va fenomenal, lo estás pasando genial, todo es fabuloso y de golpe pasa algo y todo va fatal, no puede ir peor.» Esto me lo dijo una vez uno de los niños.

—Son sabios, tus pequeños lamas. Muy sabios. A David y a mí nos unió ese rayo. Nos convirtió en hermanos, porque los dos nacimos de nuevo a la vez mientras reptábamos por el mismo agujero, como si saliéramos de la misma madre hacia un mundo sin falsas esperanzas. Ese rayo nos enseñó a vivir el momento, a no querer casarnos, a no querer hacer nada que no nos gustara. No nos juramos vivir el momento. Simplemente, pasó. Ese rayo borró el futuro y nos dejó, para siempre, navegando en presente.

El holandés se acercó a mamá, que lo miraba sabiendo que, efectivamente, el futuro no era relevante. El futuro es hoy y se crea solo, gracias a la gravedad, con el peso del presente. Todos los ríos desembocan, no se preocupan por ello y lo hacen fenomenal. Tom se acercó más. Le dijo:

—El problema es que el día que te conocí cayó otro rayo que me dejó pegado a ti. No sé disfrutar de mis viajes sin pensar en lo que Ana dirá de esto, en el comentario que hará Ana de aquello. No sé viajar sin escuchar tu voz, sin volver a ti para hablar de lo que he visto y reír. He probado el amor y me ha gustado.

—Parece que tendré que darte ese beso.

—Y yo tendré que cerrarte el corazón.

Se besaron.

—Creí que querías salirte del cuento —dijo él.

—Pero el maldito cuento no quiere salirse de mí.

Mamá y el holandés se volvieron a besar. Desde la ventana de la casita del árbol lo vimos todo y lo escuchamos todo. La vida siempre imita al cine y a las novelas y por eso hay que escoger buenas películas de referencia. Mi hermano y yo nos tapamos la cara porque ver a los mayores besándose nos espeluznaba. María no, María se puso a besar a su osito-polarito en la boca y dijo:

—Creo que ser adulto es tener miedo de algo y, sin embargo, hacerlo.

Estuvimos de acuerdo. Después dije yo:

—¿Jugamos a los papás y a las mamás?

Nos gustaba muchísimo jugar a eso, así que nos pusimos a ello. Yo era la mamá, Michael era el papá y María era el bebé de la casa.

El árbol danzante

Llevábamos pertrechos y el mapa que nos había dibujado Jim. Salimos en tres canoas bautizadas temporalmente como la Pinta, la Niña y la Santa María, aunque en realidad éramos The Spanish Armada, que es como los ingleses llaman a la Armada Invencible. Mamá y el holandés —que se quejaban constantemente de que les hubiéramos liado para acompañarnos— iban en la primera canoa, María y yo, en la segunda y Michael, solo y bien pertrechado con el detector de metales y la merendola, en la tercera. La subida por el Hamble se parece a desnudar el alma. El río no es un río, es una balsa de agua. Los árboles se reflejan en la superficie y la más leve brisa los hace bailar, como las ondas perfectamente moduladas de un buen ritmo nos hacen bailar a los hombres sin que podamos evitarlo. El río se iba estrechando y, poco después de llegar al *fork* de Botley (en inglés, *fork* es una horca de aventar la paja y da nombre a los cruces o los desdoblamientos de calles con forma de U), lo vimos. Era un árbol bien conocido. En ocasiones, habíamos llegado hasta él. El árbol danzante. La casualidad o la dejadez habían querido que, a lo largo de los años, nunca tuviéramos una pala y un detector al pasar por allí, así que jamás habíamos cavado en busca del desangrador. Siempre que pasábamos junto a esa masa de serpientes de madera, coronada por una peluca de hojas, recordábamos las palabras de Jim junto al fuego. Hoy iba a ser diferente. Hoy íbamos a cavar. Michael había traído las cenizas del vagabundo, pues teníamos la idea de enterrarlas allí, en el mismo agujero en el que sospechábamos que no encontraríamos nada, tras unas bonitas palabras y un brindis al sol. Nos sentíamos terriblemente hamletianos.

No fue difícil desembarcar. Llevábamos botas altas de agua, las inglesas *wellingtons*. La marea estaba muy baja. Lucía el sol, cantaban los manglares, refulgían las hojas como espejos naturales. Sacamos las viandas, el vino, la

cesta de pícnic —una de esas cestas de mimbre que llevan los británicos de clase alta en las películas, y que a lo largo de los años ha formado parte de tantas puestas en escena sobre la hierba de Joiners—. Mi hermana María, no la niña del oso polar, sino la adulta experta en lenguas árabes, la arqueóloga pizpireta, no pudo evitarlo y recitó a Hafez:

—«¡Ven, ven y con el vino, durante un rato seremos ruinas y tal vez, entre esas ruinas, hallaremos un tesoro!»

Ella misma había hallado un tesoro recientemente, en Turquía. El mosaico de una villa construida hace dos mil quinientos años, en la vieja Antioquía. La imagen representa un esqueleto danzante con un lema en griego antiguo que los arqueólogos acaban de traducir como «sea feliz, disfrute de su vida».

Pensar en Hafez, Antioquía, la felicidad y la vida, ver a mi madre y a Tom unidos y libres, me convenció de que dos personas que se enamoran de lo que importa, de la esencia de lo prosaico, se encuentran siempre. Son personajes del mismo libro, protagonistas del mismo párrafo. Los dos eran, como habría dicho el tan traído poeta persa, dos *rend*. Dos inconformistas a los que no les importan las normas o el ridículo, libres de lazos invisibles, libres del qué dirán, cavadores de túneles subterráneos que salen al sol, entre los árboles, a espaldas de la muchedumbre.

Ya que María era la arqueóloga, fue la encargada de contar los pasos indicados hacia el este y de acotar el terreno con unas cintas la mar de profesionales. Mi hermano, el ingeniero, pasó su detector de metales por encima de un sospechoso montículo. Yo acechaba con las palas. No tardó en sonar un pitido infernal, como si hubiera encontrado un tesoro.

—¡No es posible!

—Trae esa pala, hermano —me dijo la joven arqueóloga.

Ambos se pusieron a cavar y nosotros nos pusimos a comer. Al cabo de una hora, más o menos, dieron con el cofre. Era de hierro y dentro había, efectivamente, un emocionante tesoro. Encontramos varias cajas. La primera estaba llena de negativos. Muchos rollos sin revelar y diez álbumes de fotos. Todas pertenecían a Jim. Eran las fotografías que había tomado en esos últimos veinte años. Pensé: las fotos son inventarios del tiempo.

—¿Y esto qué es?

María sacó un grueso y antiguo cuaderno de contabilidad de otra de las cajas. Mamá lo reconoció inmediatamente.

—¡Es el libro de citas!

—¿El libro de citas?

—Jim coleccionaba citas. ¿No os acordáis? Son las frases espléndidas que escuchaba o leía. Las frases de un niño, un hombre, un autor legendario, un navegante, nuestras, de cualquiera. Cuando Jim se encontraba con una frase que le tocaba el corazón, la anotaba ahí, en su cuaderno, para que no se le olvidara. Una vez me lo enseñó. Esto sí que es increíble... Aquí habrá cientos de citas literarias que perdieron ya a su autor.

—Una cita sin autor es otra forma de libertad.

—La frase anónima es inmortal.

Tom puso algunos negativos contra la luz, para ver qué contenían.

—Qué hombre tan especial. Siempre iba con su cámara al cuello y nunca quiso enseñarme una sola fotografía.

—Ni a ti ni a nadie. Pufff... ¡qué tesoro nos ha dejado! Esto es un documento de la vida según Jim —dijo Michael, encantado. Fue, una vez más, María la que descubrió algo envuelto en un paño, en un rincón del cofre metálico. Antes de verlo ya sospechábamos lo que era. Michael le echó mano con desesperante pausa. Lo desenvolvió y exhaló un suspiro de emoción. Era la calavera. Una calavera auténtica. Me la ofreció, como un enterrador de Hamlet con su Yorick en la mano.

—Es auténtica —dije—. Al desgraciado este le han reventado el esfenoideas. Tiene el hueso temporal hecho una pena.

—¿Dirías que con un hacha? —preguntó Michael.

—No soy forense, pero lo diría, sí. No hay duda. Es la calavera del desangrador.

Los tres hermanos, sin ponernos de acuerdo, comenzamos a declamar las frases de esa escena tan bien conocida:

—¿Cuánto tiempo puede estar enterrado un hombre sin corromperse? —dijo Michael, muy en su papel de príncipe de Dinamarca.

—Si no nos llega ya podrido, cosa que pasa hoy día con muchos cuerpos, que no hay ni por dónde cogerlos... podrá durar ocho años. Pero un curtidor durará, lo menos, nueve —dije yo en el papel del enterrador

shakespeariano.

—¿Y por qué durará más?

—Porque tiene un pellejo tan duro por su oficio que resiste muy bien el agua; y el agua, señor, es lo que más pronto destruye a cualquier muerto.

—Aquí tenemos una calavera que ha estado enterrada veintitrés años —dijo María cogiendo el cráneo que acabábamos de encontrar.

—¿De quién era? —preguntó Tom.

—¡De un hijo de puta loco! ¿De quién crees que puede ser? —dijo mamá con energía, entrando en nuestra función teatral.

—No lo sé. —Sonrió Michael.

—¡Mala peste en él y en sus travesuras! —gritó María, clavando el texto.

—Una vez me vació una jarra de vino del Rin sobre la cabeza. Esta calavera, señor, es la de Yorick, ¡Yorick! ¡El bufón del Rey! —añadió Tom.

Michael tomó la calavera en sus manos:

—¿Esta?

—Esa misma —dijo María.

—Yorick, yo lo conocí, Horacio... Yo lo conocí...

Después de nuestra pequeña y espontánea representación, reímos, bebimos vino. Hicimos un picnic recordando mil anécdotas de Jim y yo me puse a pensar en la etimología del hueso temporal. Del francés antiguo «terrenal», del latín «tiempo», el hueso que yace bajo el latido de la arteria del tiempo, que marca, con su pulso, lo que nos queda por vivir.

María abrió el «Libro de citas» y se puso a leer. Cada frase era una joya. Había trozos de diálogo de nuestra infancia, citas reales que explicaban el alma de los luchadores del Hamble. Nos fuimos turnando. Era imposible dejarlo. Cuando María lo cerró, nos dijo:

—Ya sé cómo vamos a despedir a Jim.

El 4 de julio es el día de la independencia. Cada año, mamá organiza una tómbola y un mercadillo en el jardín. Los «little players» del Hamble montamos —siempre que logremos cuadrar cuatro ensayos en los días

previos— una divertida representación. Tom y María tocan al violonchelo la pieza para chelo y violín *Arethusa*, que es una de las músicas más *british* y más marineras que existen. Los banderines adornan el jardín, corre el vino, la tortilla española desaparece en cinco minutos, se corta y se corta jamón, cae la noche, sube la música, salen las chaquetas de lana y las mantas y se lanzan los cohetes —fabricados por Michael y sus peculiares alumnos amantes de las explosiones— sobre el cielo del río. Ese día, uno de esos cohetes llevaba una carga muy especial. Las cenizas de Jim iban a ser esparcidas de una forma un tanto bestia y la mar de alegre.

—Tuviste una idea genial, María, querida. Esperemos que salga bien —dijo mamá.

—No sé cómo se me ocurrió esta memez de lanzarlo en cohete sobre el Hamble. ¿Y si las cenizas inundan el aire y Jim se nos mete en los pulmones?

—Uf —dije yo—, la idea es aterradora. Igual nos volvemos como él.

—Como mínimo, tendríamos que toserlo.

—No hay peligro de eso, hermanitos —dijo Michael—. He calculado que mi cohete subirá doscientos treinta y dos metros. Estallará a la altura suficiente para que el aire cálido del oeste empuje a Jim hacia el castillo. Lo más probable es que le llueva encima al príncipe de Netley —dijo Michael.

—Pues será una lluvia ácida —dijo mi hermana—. ¡Jim no le podía soportar!

Todos reímos. Siempre estamos riendo. Siempre.

Se nos habían terminado los tueritos. Yo era feliz. Mientras Michael prendía las mechas y los fuegos artificiales inundaban «la noche americana» del río inglés, los antiguos «Little players» del Hamble y sus orgullosos patrocinadores —el señor Marsh, el señor Thatcher, la señorita Philipa (nuestra nueva vecina)— empezamos a leer las frases sueltas del libro de citas, pasándolo de mano en mano, inaugurando una nueva tradición en Joiners House:

«Estos niños alegres han saqueado mi corazón», dijo el señor Marsh. «Quien no conoce nada, tiene miedo de todo», leyó Philipa, la auténtica sobrina de la ya difunta y aún dulce señora Daniels, que tras recuperarse del

intento homicida de miss Barlow había vuelto a su hogar y a las lecciones de canto y a ver los barcos del río. El día de su muerte, plantamos un magnolio en su honor.

«Siempre he lamentado no ser tan sabio como el día en que nació», leyó Michael. «Si vas a emprender un viaje hacia Ítaca, pide que tu camino sea largo», fue la frase de Trishy Marsh. «A los adultos os molesta todo, os molestan hasta cosas tan pequeñas como un mosquito», dijo Alberto Randall. «Hay que ver la vida a través de los ojos, de todos los ojos, de los diez mil ojos», leyó María. A Melinda le tocó leer una de las más bellas de todas: «La claridad siempre llega desde el mar». «Podemos volar en el agua y la gravedad es Dios», dije yo.

Sobre nosotros, a nuestro lado, por encima, por debajo, goteaban los sonidos de las aves: pinzones, cormoranes, grullas y estorninos, gallinas, cisnes o patos caseros, patos salvajes y carboneros, un cernícalo, o incluso dos, y decenas de gaviotas, gorriones y negros mirlos de pico naranja.

Nacemos sabios. Nacemos felices. Nacemos completos. Nacemos perfectos como las flores. La felicidad existe y está aquí, pero hay que regarla.

El libro volvió una vez más a manos de Tom y él, mirando a mamá como solo miran a las chicas los protagonistas del cine americano, leyó:

—«Cuando me miras, todo mi cuerpo se vuelve corazón.»

Mamá le miró como le había mirado el día en que amarró su barco a nuestra boya en el río, le miró como le miraba siempre y dijo:

—«Cuando te miro, todo mi corazón se vuelve mirada.»

Michael encendió la mecha y Jim se elevó, se elevó, se elevó sobre todos nosotros hasta convertirse en una estela. Cuando ya lo dábamos por perdido, estalló tres veces, la primera en azul, la segunda en blanco y la tercera en rojo.

—Los colores de la bandera británica.

—O de la bandera americana.

—O de la Revolución francesa.

Como siempre, tuvo que ser Michael, el niño de las últimas palabras, el Peter Pan de la astroingeniería, quien cerrase con broche de oro:

—Todos los niños quieren casas en los árboles y todos los adultos también. ¡Vamos, jugadores del Hamble! ¡Los pájaros nos han preparado gintonics!

Trepamos hacia el cielo. Los niños éramos personas porque no solo no habíamos abandonado la infancia, sino que guardábamos la conciencia intacta, embotellada con aromas de glicina y píldoras de madera, y, a veces, la empleábamos para curar desgracias. Trishy, Alberto, Michael, María, Melinda y yo nos perdimos entre las ramas del roble centenario.

Y el fin

Hamble. Viernes, 12 de agosto

Días de Perseidas, estrellas fugaces de agosto. Ayer los niños y yo nos quedamos a dormir en la casita del árbol. Tiene una claraboya por la que podemos ver el firmamento. Hoy ya estábamos metidos en la cama cuando Richard me dijo:

—Es una pena que no hayamos salido a mirar las estrellas igual que ayer

—Estamos a tiempo —le contesté.

—No sé, mami, es un poco de lío. Hay que deshacer las camas y sacar los edredones y las almohadas y, total, hoy ya no va a haber muchas estrellas fugaces y no quiero ser una molestia.

—No cuesta ningún trabajo. ¿Queréis salir?

Los tres niños gritaron al unísono:

—¡Síííí!

Y la madre y los hijos, envueltos en los edredones como esquimales, salimos al viento inglés, a charlar a la casita del árbol, acurrucados, buscando respuestas interiores en la inmensidad estelar a la una de la madrugada.

—¿Conocéis las constelaciones?

—No, muy pocas —dijo Michael—. Solo conozco Leo, la Osa Mayor, la Osa Menor, Escorpio, Casiopea y alguna más. No sé nada de constelaciones.

—¿Y el cinturón de Orión? Un día hablamos de Orión...

—Ah, sí, sí, el cinturón de Orión también.

—Michael, ¿y quién es Orión? Hablamos siempre de este Orión y no sabemos nada de él.

—Pues era un gigante mitológico que cazaba y se metía el cuchillo en el cinturón. Las constelaciones son como esos puzles de puntos que hacemos en el cole, pero gigantes. Si unes todos los puntos, te sale un dibujo.

—Ah, esos puzles son mis favoritos —dijo María—. ¿Hay alguna constelación con forma de dinosaurio?

El diario de mi madre aviva mis propios recuerdos de este *patchwork* infantil.

—No, María —le respondió mi hermano con suma paciencia—. Los dinosaurios no los descubrieron hasta hace poco y las constelaciones son milenarias.

Nos quedamos callados, tumbados, mirando el cielo. Mamá nos dijo:

—Parece una tela negra con agujeros por los que pasa la luz.

Michael se quedó pensativo y al fin dijo:

—¿Sabes qué, mamá? Para mí el espacio es una tela negra. Una tela negra un poco hundida, como una hamaca infinita. En el medio tiene un gran peso y un sumidero. Todo cae hacia ese agujero lentamente, incluso los demás agujeros, todo cae y cae y cae. Eso es más o menos como yo me imagino el espacio.

Yo no estuve de acuerdo:

—Pues yo creo que el espacio es como un cubo de playa y que nosotros estamos dentro.

María abrazó su osito-polarito y el aroma del lodo me trajo al presente de nuevo.

La fiesta ha terminado. Ya solo estamos los hermanos en la casita del árbol. Hemos esparcido a Jim. Hemos hablado de la vida y de la muerte y de que nada tiene un contrario. María y Michael han decidido hacerme custodio temporal de la calavera del desangrador. Es mi *memento* o, mejor dicho, mi *memento mori*. Michael ha robado un edredón de alguna parte y dormiremos aquí arriba, como cuando éramos niños. Cada uno mira hacia su estrella favorita. Alnilam, Alnitak, Mintaka. Hace años, nos repartimos Orión.

—¿Qué os parece? —dice María—. Quizá en este momento no haya otros tres hermanos en el mundo que estén mirando cada uno hacia una estrella de la constelación de Orión. Michael, di algo estupendo.

—Querida María, las cosas estupendas solo salen sin pensar.

—Salen del corazón del corazón —dije yo.

—Eso se lo has robado a Shakespeare. —Rio mi hermana.

—No es un robo, es una herencia. —Sonreí.

—El pasado no es siempre pasado. Ahora está aquí físicamente y lo estamos mirando —dijo Michael con sus ojos en las estrellas.

—¿Eso lo dices metafóricamente?

—No. El pasado es real y existe hoy, aquí. Un haz de luz de Mintaka viene desde el pasado remoto hasta nuestros ojos, que lo absorben. El cerebro lo interpreta y le da connotaciones poéticas y ancestrales. El hilo de luz es real. Nos une a un tiempo que ya no existe con geometría perfecta.

—¡Caray!

—Es fácil viajar al pasado —dijo el *astroingeniero*.

—Sí, está claro que está chupado —añadí, embriagado de poesía estelar.

—Eso que has dicho es estupendo, ¿lo ves? Porque lo has dicho sin pensar. Ahora tú, Richard. Di algo genial para cerrar la noche —dijo María.

—Podría morirme ahora mismo.

Amanece. Todo se puede y no existen las desgracias en Joiners House. Los campos están cubiertos de armiño. Al alba, las espigas refulgen, formando hilos de luz, millones de rayos dorados como hebras de hechicero. A esas horas tempranas pueden observarse las leyes de la física sobre el centeno. Digo centeno por decir algo. Podría ser trigo, borrajas, *barley* o avena. Siempre me han fascinado esas personas, como mi abuela, que al primer vistazo saben qué cereal tienen delante. ¿Cómo se distingue el trigo de la avena?

Los pájaros se comunican en su morse animal, de unos árboles a otros, hablando de la felicidad o el amor eterno, llamándose, pidiendo comida, cariño, protección, cháchara emocional, sin agendas ocultas, sobre sus ramas de Fibonacci. Ellos sí que dominan las notas redondas, las negras y las corcheas del tiempo, que, igual que las hojas de un libro, son pura matemática. Me quedo adormilado, con la luz blanca de un día nublado en la piel, tratando de comprender su idioma.

—Cuhí-cuhí-cuhí-cuhí-cuhí.

—Pati-pati-pati-pati

—Kiku-chí, kiku-chí, kicucucúcucú-chiiii.

—Mejh-mejh-mejh...

—Tac-tac-tac-tac-tac-tac-tac.

—Fífi-fí, fífi-fí, fífi-fí...

El lenguaje de los pájaros no se descifra, se siente, como el amor. Imagino el sol tras el cielo velado. Parece un barco en llamas hundiéndose en las aguas del Hamble.

Navego en mis últimos párrafos. Si has llegado hasta aquí, lector, te preguntarás por el resultado de la biopsia, palabra que viene de *bios*, «vida», y de *opsia*, «cualidad de ver». Te preguntarás por las imágenes mentales que faltan. Palabras que en otros lugares ponen nombre al terror. Pero tengo un problema. No sé bien qué palabras son esas, porque aquí, en Joiners House, no existen las desgracias. No de una forma literal, al menos, y una biopsia puede ser también una metáfora física de la realidad moral, como lo es el castillo o el río Hamble o los atascos o las rotondas o un ojo que se cierra para ver el destino escrito detrás del párpado.

¿Benigno, maligno? ¿Qué significa eso? En mi familia todo lo bueno es a menudo lo contrario y viceversa, y ahora sé que pase lo que pase seguiremos aquí para contarlo, como mi padre, como el pasado, que nunca paran de hablar.

Me han quitado el vendaje. Veo perfectamente. Veo mejor y comprendo mejor. Debo hacer de este ojo un lugar de exploración. La gente se cruza conmigo, me sonrío y me saluda, la vida sigue, sin signos externos de nada siniestro, pues las cosas que ocurren, si es que ocurren, suceden en el mundo microscópico. Todos tenemos días amargos, pero también la quina es amarga y es el principal ingrediente del gin-tonic. Bebamos. Suavicemos los terrores, saquemos de ellos temores tocando las estrellas, saboreando cada trago, llorando estuarios de sal junto a los poetas persas, hasta que las preocupaciones se disuelvan en una canción de Bob Dylan o de Leonard Cohen junto al fuego. Ya estamos escritos y olvidados en la siguiente generación. Esta actitud la descubrí al escribir estas páginas, pero vino de lejos, como el sonar de la ballena. Voy cerrando, me dejo mil cosas. Enormes conversaciones, personajes. Falta todo y nada falta, porque no se puede archivar el pasado por orden alfabético. Hay quien lo intenta. Fotografías, grabaciones, diarios, gestas, pero lo que importan son los huesos y los vanos de las puertas. Piedra pómez y aire. Aire y estructura. Células. La inspiración

surge del hueco, como la vida en la espuma de las piedras. La Venus de Milo no tiene brazos y en sus brazos está el relato. Lo que falta es el impulso a seguir buscando. Discurremos hacia el hueco, infinitos como el agua, así que, sin completar, sin más detalles bellos o escabrosos, termino. Ayer no sabía cómo. Tenía miedo al punto final como si acabar el texto fuera morir. Pasé la noche dándole vueltas y más vueltas, peleándome con la almohada, hasta que recordé la risa y una tarde de aquellas de infancia, haciendo deberes con mamá. Yo tendría siete años. Había que leer un libro y luego tenía que rellenar una ficha respondiendo a las típicas preguntas: «¿Te ha gustado?», «¿Cómo se llama el protagonista?», «¿Cómo se resuelve el conflicto?». Escribí muy afanosamente las respuestas y luego se lo enseñé a mamá. Ella, al ver lo que había escrito, empezó a reír a carcajadas, sufriendo uno de sus ataques de hipo. A la pregunta del análisis de texto, «Cuéntanos cómo termina el libro que has leído», yo había contestado con total seguridad, candor y buena letra:

«Este libro termina con la palabra FIN.»

Agradecimientos

Este libro es una realidad que sucede con palabras de ficción. Es también mi agradecimiento de madre a todo el profesorado del colegio TEMS y mi agradecimiento de escritora a los buenos profesores que nos remolcaron un rato entre las aguas del naufragio. En especial, a los que se cruzaron en mi vida: doña Covadonga, del colegio público Estados Unidos de América, que me acogía en su despacho de dirección diciendo: «Pero, Lea, ¿otra vez te ha echado la profesora de inglés?» y me daba conversación, como el alcaide majo al preso inocente. A don Pedro, que era el único profesor de ciencias de todo el instituto Ortega y Gasset que nos daba la clase de biología en el laboratorio. Organizaba sus temas con transparencias, algo muy exótico en aquella época, y además de enseñarnos a diseccionar ranas, truchas y mejillones, nos llevó en metro al museo de Ciencias Naturales y nos mandó leer *Mi familia y otros animales*. Al profesor Ochoa, que me hizo comprender que no solo no soy imbécil para las matemáticas, sino todo lo contrario, y que los profesores brillantes nos hacen brillar como el sol hace brillar a la luna, por más que estemos hechos de roca gris. A doña Sara, que parecía la señorita Marple y que nos contaba sus andanzas por Egipto cuando nos daba clase de historia, llenando la vida de los faraones de anécdotas de solterona en viaje organizado. A mi madre, María Luisa Martín, que nos leyó en voz alta, cuando éramos muy niños, *El Quijote* y *El barón rampante*, *El Lazarillo de Tormes* o el *Poema de Mío Cid*, y que sacaba el *Larousse* de la estantería a la menor duda que se nos ocurriese plantear. A George Collinson, mi marido, del que sus alumnos dijeron: «Fue el mejor profesor que tuve jamás, me hizo reír y me enseñó a pensar». A ellos les enseñaba física, matemáticas y economía. A mí me enseñó golf, guitarra, carpintería y, sobre todo, a no ser literal. A Carlos Vélez, mi padre, claro, que llenó la casa de libros y de discos de Bob Dylan, y que cuando yo le decía que necesitaba una antología de

Machado para un trabajo del instituto, me dejaba tres ensayos, dos obras completas y un vinilo de Serrat sobre la mesa del desayuno. A mis hijos, Richard y Michael Collinson, niños de mirada maestra, espíritu volador, libertaria rebeldía, sin cuyas preguntas incisivas y su extraordinaria imaginación, jamás de los jamases, nunca, ni en un millón de años, podría haber escrito una sola palabra de lo que precede. Y ya, por último, al destino, que me puso de nombre Lea para que desobedeciera con violencia tal imperativo del verbo leer y me pusiera a escribir. A todos, gracias.

Lea Vélez, 7 de octubre de 2016

Nuestra casa en el árbol

Lea Vélez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Lea Vélez, 2017, Barcelona

de la imagen de la cubierta, © Margie Hurwich / Arcangel

© Editorial Planeta, S. A. (2017)

Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2017

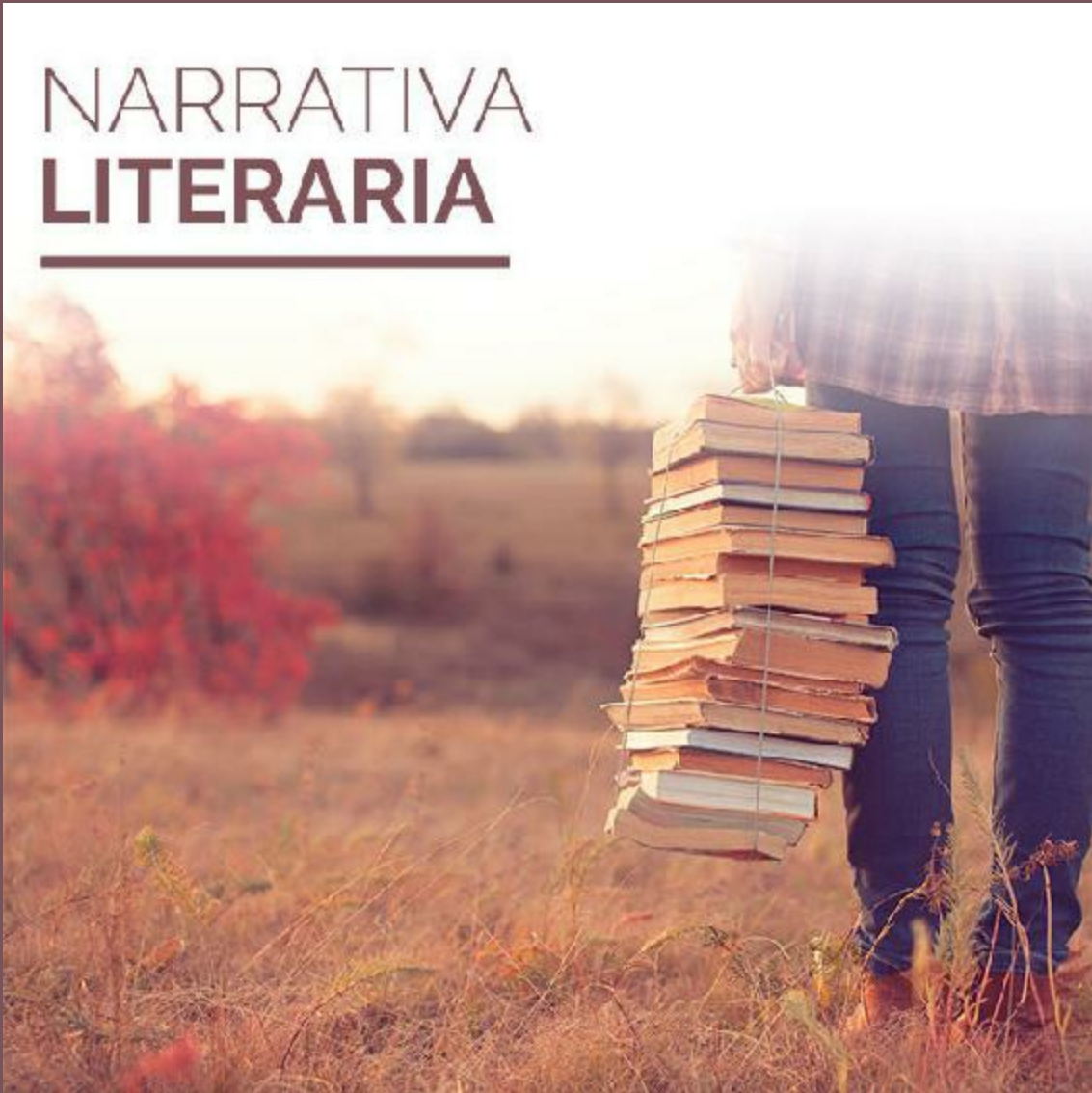
ISBN: 978-84-233-5219-7 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.

www.newcomlab.com

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**

NARRATIVA
LITERARIA



¡Síguenos en redes sociales!

